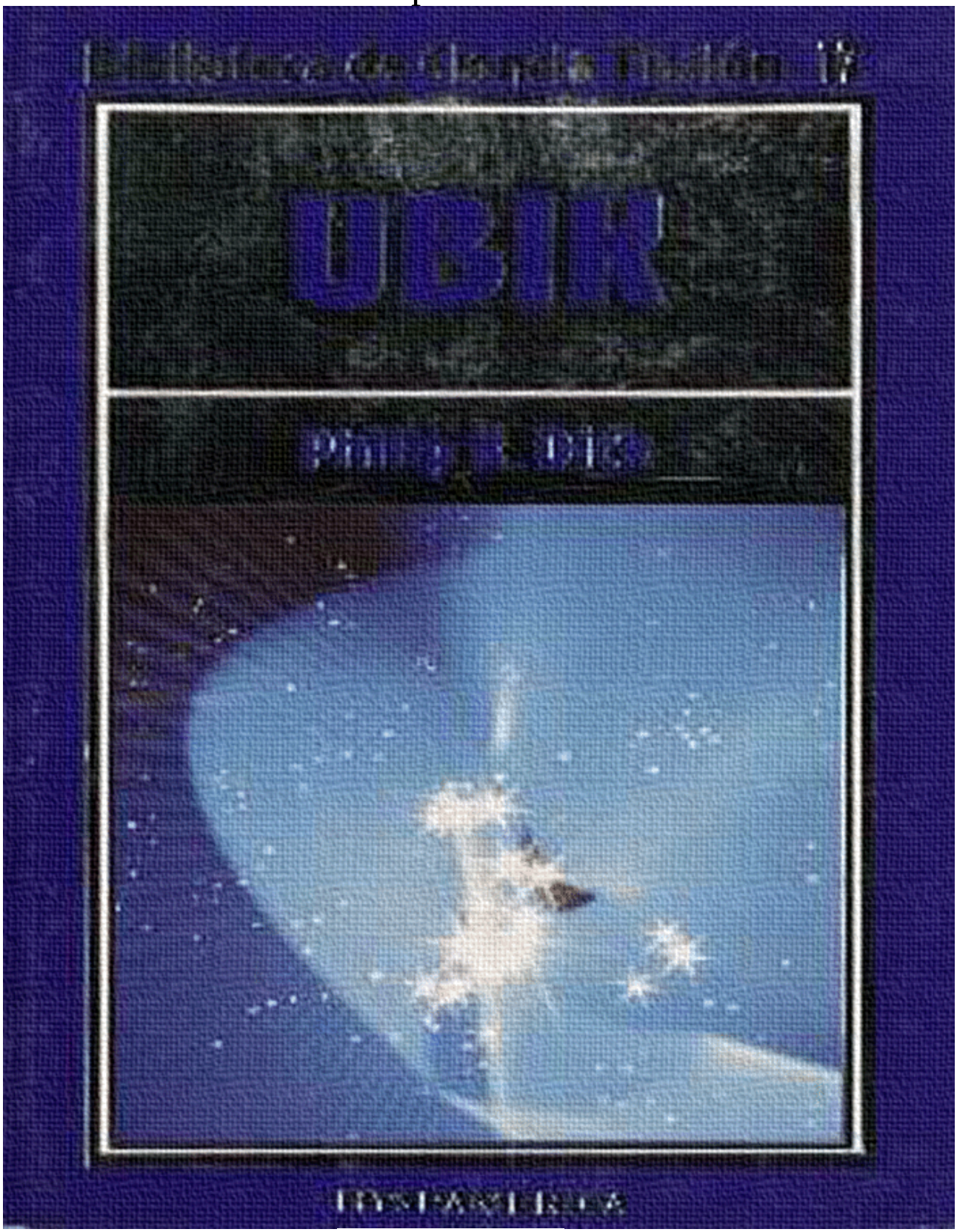
UBIK

Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Tony Boucher

Ich sih die liehte heide
in gruner varwe stan
dar suln wir alle gehen
die sommerzeit enpahen.

Veo el bosque soleado
reluciente de verdor;
¡vayamos pronto, corramos,
que el verano ya llegó!

1

Hoy nos toca hacer limpieza, amigos: éstos son los descuentos con los que liquidamos nuestros silenciosos Ubiks eléctricos. Sí, echamos la casa por la ventana. Y recuerden: todos nuestros Ubiks han de ser usados de acuerdo con las instrucciones.

A las tres y media de la madrugada del cinco de junio de 1992, todos los videófonos se pusieron en funcionamiento: el telépata jefe del Sistema Sol había caído del mapa situado en las oficinas de Runciter Asociados en Nueva York. Durante los dos últimos meses, la Organización Runciter había perdido la pista de demasiados psicos de Hollis; aquella desaparición no causaría mayor sorpresa.

-¿Señor Runciter? Siento molestarle. -El técnico encargado del mapa en el turno de noche carraspeó nerviosamente mientras la voluminosa y desaseada cabeza de Glen Runciter emergía hasta llenar por completo la videopantalla-. Hemos recibido noticias de uno de nuestros inerciales. A ver... -Revolvió un desordenado montón de cintas del grabador que recibía las comunicaciones del exterior-. Lo ha comunicado la señorita Dorn; como recordará, le había seguido hasta Green River, Utah, donde...

-¿De quién me habla? No puedo tener siempre en la cabeza qué inercial está siguiendo a qué telépata o a qué precognitor -masculló, soñoliento, Runciter. Se alisó con una mano la ondulada masa de cabello gris-. Vaya al grano y dígame cuál de los de Hollis es el que falta ahora.

-S. Dole Melipone -dijo el técnico.

-¿Cómo? ¿Que Melipone ha volado? No diga tonterías.

-No digo tonterías -aseguró el técnico-. Edie Dorn y otros dos inerciales le siguieron hasta un motel llamado «Los Lazos de la Experiencia Erótica Polimorfa», un complejo subterráneo de sesenta módulos que recibe una clientela de hombres de negocios y furcias. Edie y sus colegas no creían que Melipone estuviera en actividad, pero para asegurarnos mandamos a uno de nuestros propios telépatas, G.G. Ashwood, a que le leyera. Ashwood encontró un verdadero lío envolviendo la mente de Melipone y no pudo hacer nada, así que volvió a Topeka, Kansas, donde ahora rastrea una nueva posibilidad.

Runciter, ya más despierto, había encendido un cigarrillo. Con la mano en el mentón y expresión sombría, seguía sentado mientras el humo del cigarrillo se elevaba a través del objetivo de su extremo del doble circuito.

-¿Seguro que el telépata era Melipone? Según parece, ya nadie sabe qué aspecto tiene exactamente; debe de cambiar de patrón fisonómico una vez al mes. ¿Y de su campo qué hay?

-Le dijimos a Joe Chip que fuese al motel y midiese la amplitud del campo generado allí. Según Chip, se registraba un máximo de sesenta y ocho coma dos unidades de aura telepática que sólo Melipone, entre todos los telépatas conocidos, puede producir. Así que colocamos la identichapa de Melipone en este punto del mapa. Y ahora Melipone... bueno, la chapa... ya no está.

-¿Ha mirado por el suelo o detrás del mapa?

-La identichapa ha desaparecido electrónicamente. El hombre que representa ya no está en la Tierra ni, por lo que sabemos, en ninguna de sus colonias.

-Iré a consultar con mi difunta esposa -dijo Runciter.

-Pero, los moratorios están cerrados. Es más de medianoche.

-No en Suiza -repuso Runciter, sonriendo con una mueca.

Se despidió brevemente y cortó la comunicación.

Como propietario del Moratorio de los Amadísimos Hermanos, Herbert Schoenheit von Vogelsang llegaba al trabajo, naturalmente, antes que sus empleados. En aquel momento, mientras el glacial edificio empezaba a animarse y a poblarse de ecos, un individuo de aspecto clerical y aire preocupado, con gafas oscuras y ataviado con una chaqueta de piel y zapatos

amarillos puntiagudos, esperaba ante el mostrador de la recepción con un resguardo en la mano. Era obvio que venía a felicitar a algún pariente. El Día de la Resurrección -la festividad en la que se honraba públicamente a los semivivos- estaba a la vuelta de la esquina y pronto empezarían las aglomeraciones.

-Sí, señor, atenderé personalmente su petición -le dijo Herbert sonriendo obsequiosamente.

-Es una señora mayor, de unos ochenta años, bajita y más bien delgada. Mi abuela -señaló el cliente.

-Es cuestión de un minuto. -Herbert se acercó a los recipientes refrigerados para localizar el número 3054039-B. Cuando dio con él, examinó el correspondiente informe sobre el estado de la carga. Quedaba una reserva de quince días de semivida.

No era mucho, pensó; conectó un amplificador protofasónico portátil a la tapa transparente del ataúd, lo encendió y movió el sintonizador en busca de la frecuencia adecuada para encontrar señales de actividad cerebral. Por el altavoz salió una voz apagada:

«Y entonces fue cuando Tillie se dislocó el tobillo; todos pensábamos que no se pondría buena nunca, con todas esas tonterías de empezar a caminar antes de lo debido».

Satisfecho, desconectó el amplificador y llamó a un empleado para que se encargara de llevar el recipiente 3054039-B a la sala de conferencias, donde el cliente podría ponerse en contacto con la anciana señora.

-Ya la ha comprobado, ¿verdad? -preguntó el visitante mientras abonaba los correspondientes contacreds.

-Sí, personalmente -respondió Herbert-. Funciona a la perfección. -Pulsó una serie de interruptores y dio un paso atrás-. Feliz Día de la Resurrección, señor.

-Gracias. -El cliente se sentó frente al ataúd, humeante en su envoltura de hielo sintético. Se colocó unos auriculares apretándolos contra sus oídos y habló en tono firme por el micrófono-: Flora, querida, ¿me escuchas? Me parece que te oigo bien. Flora...

«Cuando me muera», se dijo Herbert Schoenheit von Vogelsang, «creo que dispondré que mis herederos me hagan revivir un día cada cien años: así podré ver qué suerte corre la Humanidad». Pero aquello supondría para ellos un elevado coste de mantenimiento y él sabía muy bien lo que significaba. Tarde o temprano se negarían a cumplir su voluntad, sacarían su cuerpo del refrigerante y -Dios no lo quisiera- lo enterrarían.

-La inhumación es una práctica propia de bárbaros -musitó-. Pura reminiscencia de los primitivos orígenes de nuestra cultura.

-Sí, señor -corroboró su secretaria, sentada a la máquina de escribir.

En la sala de conferencias, a intervalos regulares, varios clientes se comunicaban con sus parientes semivivos, en un silencio arrobado, situado cada uno frente a su correspondiente ataúd. Aquellos fieles, que acudían con tanta puntualidad a rendir homenaje a sus allegados, eran una visión reconfortante. Les llevaban recados, noticias de lo que ocurría en el exterior, animaban a los semivivos en los intervalos de actividad cerebral.

Y pagaban su buen dinero a Herbert Schoenheit von Vogelsang.

La administración de un moratorio era un negocio saneado.

-Me parece que mi papá está un poco alicaído -dijo un joven, reclamando la atención de Herbert-. ¿Tendrá usted la bondad de comprobar su estado? Se lo agradeceré mucho.

-Desde luego -respondió, acompañando al cliente hasta donde estaba el fallecido.

La reserva alcanzaba apenas a unos pocos días, lo cual explicaba la calidad enrarecida de la cerebración. Pero aún... Aumentó el volumen del amplificador protofasónico y la voz del semivivo cobró mayor potencia a través del auricular. «Está casi en las ultimas», pensó Herbert. Resultaba perfectamente obvio que el hijo no deseaba enterarse del nivel de la reserva ni saber que el contacto con su padre se iba perdiendo. No le dijo nada. Se limitó a salir de la sala, dejando al hijo en comunicación con el padre. ¿Por qué habría de decirle que aquélla era seguramente la última vez que venía? En cualquier caso, pronto iba a enterarse.

En la plataforma de carga de la parte trasera del Moratorio acababa de aparecer un camión. Saltaron de él dos hombres con uniformes azul celeste que Herbert conocía muy bien. Leyó el

rótulo: «Transportes y Almacenaje Atlas Interplan». Venían a entregar un semivivo o a llevarse a alguno definitivamente fallecido. Se dirigía indolentemente hacia ellos, para supervisar la operación, cuando le llamó su secretaria:

-Siento interrumpir sus meditaciones, *Herr* Schoenheit von Vogelsang, pero hay un cliente que desea que le ayude a reavivar a un familiar suyo. -Su voz cobró un peculiar matiz- Es el señor Glen Runciter, que acaba de llegar de la Confederación Norteamericana.

Un hombre alto, entrado en años, de grandes manos y zancada larga y decidida, se acercaba hacia él. Llevaba un traje de dacron policolor, faja de género de punto y corbatín de viscosilla teñida. Su cabeza, voluminosa como la de un tigre, se inclinaba hacia delante mientras le escudriñaba con sus grandes y prominentes ojos, de expresión a la vez cálida y penetrante.

Runciter mantenía en su rostro una apariencia de cordialidad profesional, una atención decidida que fijaba en Herbert, al que estuvo a punto de dejar atrás, como si se dirigiera directamente a lo que le había traído allí.

-¿Cómo está Ella? -atronó Runciter, cuya voz sonaba como si pasase por un amplificador electrónico-. ¿Podrá ponerlo en marcha para que converse con ella? Sólo tiene veinte años; debe de estar en mejor forma que usted y yo.

Soltó una risita que tenía algo de abstracto, de distante; siempre sonreía y siempre soltaba la misma risita, su voz sonaba siempre atronadora, pero en su interior no sentía la presencia de nadie ni le importaba: era sólo su cuerpo el que sonreía, hacía ademanes de asentimiento y estrechaba manos. Nada alcanzaba su mente, que permanecía siempre alejada. Amable, pero distante, arrastró a Herbert a su lado, barriendo a grandes zancadas la distancia que le separaba de los receptáculos congelados en los cuales yacían los semivivos.

-Hacía tiempo que no le veíamos por aquí, señor Runciter -comentó Herbert, que no recordaba los datos relativos a la señora Runciter ni cuánta semivida le quedaba.

Con la palma de la mano en la espalda de su acompañante para que éste apretara el paso, Runciter dijo:

-Este es un momento muy importante, Von Vogelsang. Nuestros negocios toman un cariz que va más allá de todo lo racional. No estoy en situación de hacer ninguna revelación al respecto, pero puedo decirle que consideramos que la situación es alarmante aunque no desesperada. La desesperación no es nunca lo más indicado. ¿Dónde está Ella? -Se detuvo y miró rápidamente a su alrededor.

-Se la traeré a la sala de conferencias -dijo Herbert; los clientes no debían permanecer en la sala de los nichos-. ¿Tiene usted el número del resguardo, señor Runciter?

-No, caramba: lo perdí hace meses. Pero usted ya sabe cómo es Ella Runciter, mi mujer, y podrá encontrarla: unos veinte años, ojos pardos y cabello castaño. -Miró de nuevo a su alrededor, con impaciencia-. ¿Dónde está esa sala? Antes la tenía instalada donde yo podía encontrarla.

-Acompañe al señor Runciter a la sala de conferencias -ordenó Herbert a uno de sus empleados, que les había estado siguiendo a alguna distancia movido por la curiosidad de ver en persona al mundialmente famoso propietario de una organización anti-psi.

Mirando al interior de la sala, Runciter dijo con aversión:

-Está lleno. Ahí no puedo hablar con Ella. -Corrió tras de Herbert, que se encaminaba hacia los archivos del Moratorio-. Señor Von Vogelsang -dijo, dándole alcance y dejando caer de nuevo su zarpa sobre la espalda del hombre; Herbert sintió su peso, su vigor persuasivo-, ¿no tienen ustedes algún *Sancta Sanctorum*, algún lugar más discreto para comunicaciones de carácter confidencial? Lo que debo discutir con mi esposa Ella es algo que nosotros, Runciter Asociados, todavía no estamos preparados para revelar al mundo.

Cediendo a la urgencia que había en la voz y en la presencia física de Runciter, Herbert se oyó mascullar:

-Haré que disponga usted de la señora Runciter en uno de nuestros despachos, señor.

Se preguntó qué habría ocurrido, qué presión habría obligado a Runciter a salir de su feudo

y emprender aquel tardío peregrinaje hasta el Moratorio de los Amadísimos Hermanos para poner en marcha, por usar su misma cruda expresión, a su esposa semiviva. Alguna especie de crisis de negocios, conjeturó.

Las diversas instituciones de prevención Anti-psi difundían estridentes arengas por televisión en los homeodiarios. «Defienda su intimidad» repetían machaconamente los anuncios transmitidos a todas horas y por todos los medios de comunicación. «¿Le ronda algún extraño? ¿Está alguien al corriente de sus pensamientos? ¿Se siente usted *realmente* solo?» Aquello iba por los telépatas. Había, además, la puntillosa preocupación por los precognitores: «¿Predice sus actos alguien que usted no conoce, alguien que usted no desearía recibir en casa? Ponga fin a sus inquietudes: acudiendo a la organización de previsión más cercana podrá saber si es usted efectivamente víctima de una intrusión no autorizada y en tal caso, siguiendo sus instrucciones, la organización cuidará de eliminar tal intrusión... a un precio muy asequible».

«Organizaciones de previsión». Le gustaba el término: era preciso y tenía cierto empaque. Conocía el problema por propia experiencia: dos años atrás, un telépata se había filtrado en el personal de su moratorio, por razones que no pudo averiguar.

Seguramente lo haría para participar en las confidencias de algún semivivo. Fuera por lo que fuere, el hecho era que un agente de una de las organizaciones anti-psi había detectado el campo telepático y le había puesto sobre aviso. Cuando hubo firmado el contrato correspondiente le destacaron un antitelépata en las dependencias del moratorio. El telépata no fue localizado pero sí neutralizado, tal como prometían los anuncios de la televisión, y acabó por abandonar su cometido. En la actualidad, el moratorio estaba libre de influencias psi y, para asegurar la permanencia de tal situación, la organización lo inspeccionaba una vez al mes.

-Muchas gracias, señor Vogelsang -dijo Runciter, siguiendo a Herbert a través de una estancia en la que trabajaban varios empleados y pasando a una habitación interior que olía a viejos microdocumentos ya inútiles.

«Naturalmente», rumió Herbert, «me fié de su palabra cuando me dijeron que había un telépata en la casa; presentaron como prueba un gráfico que habían obtenido. A lo mejor era falso, hecho en sus propios laboratorios. También me fié de su palabra cuando dijeron que el telépata había abandonado. Total: que vino, se marchó y yo pagué dos mil contacreds».

¿No serían esas organizaciones de previsión simples estafas organizadas? ¿No estarían creando la demanda de unos servicios que las más de las veces eran innecesarios?

Reflexionando sobre ello, se dirigió de nuevo hacia los archivos. Esta vez Runciter no le siguió; se quedó trasteando ruidosamente por el cuarto y, suspirando, acomodó finalmente su aparatosa mole en una frágil butaca. A Herbert le pareció que el fornido anciano estaba cansado, a pesar de su acostumbrado despliegue de energía.

«Cuando uno pertenece a ese mundo», concluyó Herbert, «tiene que actuar de una forma especial, tiene que aparecer como algo más que un simple ser humano con sus fallos y sus achaques».

El cuerpo de Runciter debía de contener más de una docena de prótesis, órganos artificiales injertados que suplían a los naturales, ya envejecidos o perdidos. La ciencia médica le proporcionaba los instrumentos y la autoridad de la mente de Runciter hacía el resto. Se preguntó qué edad tendría; resultaba ya imposible deducirla de su aspecto, en especial pasados los noventa.

-Señorita Beason, localíceme a la señora Ella Runciter y deme su identinúmero. Hay que llevarla a la oficina 2-A -ordenó a su secretaria. Se sentó al otro extremo del despacho y se entretuvo en tomar un par de pellizcos de rapé Príncipe, de Fribourg & Treyer, mientras la señorita Beason emprendía la tarea, relativamente fácil, de localizar a la esposa de Glen Runciter.

2

La mejor forma de pedir una cerveza es pedir Ubik. Elaborada con lúpulos rigurosamente seleccionados y agua de la más absoluta pureza, envejecida pacientemente hasta alcanzar el óptimo paladar, Ubik es la número uno entre las cervezas de la Nación. Elaborada exclusivamente en Cleveland.

Rígida en su ataúd transparente, envuelta en emanaciones de vapor helado, Ella Runciter yacía con los ojos cerrados y las manos eternamente levantadas hacia su rostro, que permanecía impávido. Hacía tres años que no la veía y, naturalmente, no había cambiado. No cambiaría nunca, al menos en lo exterior. Pero a cada resurrección a la semivida activa, a cada vuelta a la actividad cerebral, por corta que fuera, Ella moría un poco.

El tiempo que le quedaba menguaba por etapas.

La conciencia que de ello tenía explicaba la resistencia de Runciter a reanimarla más a menudo. Lo razonaba así: hacerlo constituía un pecado contra ella, venía a ser como condenarla.

En cuanto a los deseos que ella había formulado expresamente en vida y en ocasión de anteriores encuentros, ya en su estado de semivida, Runciter conservaba unos recuerdos imprecisos.

Siendo cuatro veces mayor que ella, él sabía mejor lo que le convenía. ¿Qué era lo que había pedido? Seguir ejerciendo como copropietaria de Runciter Asociados o algo por el estilo; en cualquier caso, algo inconcreto. Pues bien, ya había satisfecho sus deseos. Lo estaba haciendo en aquel momento, como lo hiciera en media docena de ocasiones anteriores: a cada crisis de la organización le pedía su parecer.

-Maldito auricular... -refunfuñó mientras se ajustaba el disco de plástico al parietal.

Todo eran obstáculos para la comunicación natural. Como el micrófono. Se sentía impaciente e incómodo y buscaba en vano la posición en la butaca tan inadecuada que le había facilitado el tal Vogelsang, o como se llamara. La observó mientras esperaba que adquiriera el estado de consciencia, anhelando que no tardara en alcanzarlo. Súbitamente asaltado por el pánico, pensó:

«Quizá no lo consiga, quizás haya llegado al límite del agotamiento y no me lo hayan dicho. O quizá ni ellos mismos lo sepan. Debería llamar al Vogelsang ése para pedirle una explicación. Tal vez esté ocurriendo algo terrible».

Era Ella, bonita como siempre con su delicada piel. Sus ojos habían sido luminosos, de un azul brillante; nunca más lo serían: podía hablarle y escuchar sus respuestas, podía comunicarse con ella, pero nunca volvería a verla con los ojos abiertos, nunca la vería mover los labios al hablar. Cuando llegara a su lado, ella no le sonreiría, ni lloraría cuando se marchara. ¿Valía la pena todo aquello?, se preguntó. ¿Era verdaderamente mejor todo aquello que el viejo sistema, el tránsito directo de la vida a la sepultura?

«Así la tengo todavía conmigo», resolvió. Era aquello o nada: no había alternativa.

En las palabras que salían por el auricular iban cobrando forma, lentos e inciertos, pensamientos triviales que giraban sobre sí mismos, fragmentos del misterioso sueño en el que ella habitaba ahora. Runciter se preguntó qué debía sentirse en la semivida. Con lo que Ella le contaba no conseguía hacerse una idea; la base de todo, la vivencia, era intransmisible. Una vez se refirió a la gravedad: «Cada vez la sientes menos, hasta que empiezas a flotar y sigues así, flotando y flotando. Cuando se acaba la fase de semivida, creo que sigues flotando fuera del sistema, en las estrellas». Pero ella tampoco lo sabía: sólo lo adivinaba. De todos modos, no parecía sentirse desgraciada ni tener miedo. Se alegró por ella.

-Hola, Ella -articuló torpemente por el micrófono.

Oyó una exclamación por toda respuesta. Parecía sobresaltada y sin embargo su rostro permanecía lógicamente inmutable.

No ocurrió nada más. Runciter miró al vacío y esperó.

-Hola, Glen -dijo la mujer unos momentos después. Su voz reflejaba una sorpresa infantil, como si la maravillara encontrarle allí-. ¿Qué...? -vaciló-, ¿cuánto tiempo ha pasado?

-Un par de años -respondió él.

-¿Qué ocurre?

-Madre mía... -respondió Runciter-. Se nos va todo al diablo, toda la organización. Por eso estoy aquí; querías tomar parte en las decisiones de política de alto nivel, y Dios sabe cuánto necesitamos eso ahora: una nueva política, o en cualquier caso una renovación de nuestra estructura de informadores.

-Estaba soñando -dijo Ella-. Veía una luz roja a través de la niebla; era una luz terrible y sin embargo yo iba hacia allí, no podía parar.

-Sí, el «*Bardo Thödol»* el *«Libro Tibetano de los Muertos»,* habla de eso -dijo Runciter-. Tú lo has leído ¿no te acuerdas? Los médicos te lo hicieron leer cuando te... -Se interrumpió y, tras una pausa, terminó la frase-. Cuando te estabas muriendo.

-Esa luz roja es mala, ¿verdad? -preguntó Ella.

-Sí, y tú quieres escapar de ella. -Carraspeó y dijo-: Escucha, Ella, tenemos problemas. ¿Te sientes con ánimos suficientes para que te los cuente? No quisiera fatigarte ni abusar de ti, de veras; si estás cansada o quieres hablar de otra cosa, dilo.

-Es algo muy extraño. He estado soñando todo este tiempo, desde la última vez que hablamos. ¿Dos años, dices? ¿Sabes lo que pienso, Glen? Pienso que todos los que permanecemos aquí, cada vez estamos más unidos. En muchos de mis sueños ya no soy yo la protagonista. A veces soy un hombre y a veces un niño; a veces soy una mujer gorda y vieja, con varices, y estoy en sitios que nunca había visto, haciendo cosas que no tienen ningún sentido.

-Bueno, es que, como dicen, te diriges hacia una nueva matriz de la que nacer. Y esa luz roja es una matriz que no es la adecuada: no debes ir hacia ella: es una matriz indigna, impropia. Debes de estar prefigurando tu próxima vida, o lo que sea.

Se sentía estúpido, oyéndose decir aquellas cosas. Carecía de toda convicción teológica; pero la experiencia de la semivida era una realidad patente que hacía aflorar lo que cada cual tenía de teólogo en su interior. Cambió de tema:

-Verás, voy a contarte lo que ha ocurrido, lo que me ha hecho venir aquí a molestarte. Hemos perdido de vista a S. Dole Melipone.

Tras un instante de silencio, Ella se echó a reír.

-¿S. Dole Melipone? ¿Y eso qué es? ¿Existe?

Aquella risa, su cálida y bien conocida vibración, hizo estremecerse de pies a cabeza a Runciter; después de tanto tiempo, era lo que más recordaba de ella. Hacía diez años que no la oía.

-Quizá no te acuerdes de él -dijo Runciter.

-Claro que me acuerdo; no podría olvidar un nombre así. ¿Quién es?

-Es el primer telépata de Raymond Hollis. Hemos tenido por lo menos a uno de nuestros inerciales siguiéndole los pasos desde que G.G. Ashwood lo detectó, hace un año y medio. Nunca le perdemos el rastro; eso es algo que no podemos permitirnos. Si hace falta, Melipone es capaz de generar un campo psi dos veces más intenso que el de cualquier otro empleado de Hollis, y de una larga serie de ellos es el único que ha desaparecido. Desaparecido por lo que a nosotros respecta, claro, y por lo que saben las organizaciones de previsión de la Sociedad. Así que he pensado: «Diablos, le preguntaré a Ella qué ocurre y qué debemos hacer», tal como habías dispuesto en tu testamento, ¿recuerdas?

-Sí. -Su voz sonaba distante-. Pasa los anuncios por televisión. Avisa a la gente. Diles que... -Su voz se apagó lentamente.

-Esto te cansa, ¿no? -dijo Runciter con desaliento.

-No. Es que... -Vaciló de nuevo. Runciter la sintió alejarse-. ¿Son todos telépatas? -preguntó Ella tras una pausa.

-Telépatas y precognitores en su mayoría. No están en la Tierra, ya lo sé. Tenemos a una

docena de inerciales sin nada que hacer porque a los psicos que han estado neutralizando no se les encuentra por ninguna parte, y lo que más me preocupa es que la demanda de antipsicos ha bajado, lo cual era de esperar, ya que han desaparecido tantos psicos. Pero me consta... bueno, me parece... que están metidos todos en un único proyecto. Estoy seguro: alguien ha contratado toda la plantilla, pero sólo Hollis sabe de quién o de qué se trata, y con qué fin.

Calló, reconcentrado. ¿Cómo podría Ella serle útil? Encerrada en su nicho, hibernada, fuera del mundo, sólo sabía lo que él le contaba. Y sin embargo siempre había confiado en su sagacidad, aquella perspicacia femenina basada no en una experiencia o un conocimiento especiales sino en una sabiduría innata. Mientras ella vivió, no había conseguido explicársela, y desde luego no podría hacerlo ahora que yacía en aquella glacial inmovilidad. Las mujeres que había conocido después de su muerte carecían de ella o poseían apenas un leve indicio, puro asomo de potencialidades mayores que en ninguna cobraban realidad con la fuerza del caso de Ella.

-Cuéntame cómo es el tal Melipone.

-Un tipo raro.

-¿Trabaja sólo por dinero, sin convicción? Siempre me han preocupado más los que poseen la mística psi, ese sentido de destino, de identidad cósmica. Como Sarapis, ¿te acuerdas de él? Era temible.

-Sarapis ya no cuenta. Parece ser que Hollis se lo quitó de en medio porque pretendía montar su propio negocio y hacerle la competencia. Uno de sus precognitores le dio el chivatazo. Melipone nos resulta todavía más temible que Sarapis. Cuando está en forma se necesitan tres inerciales para contrarrestar su campo, y así no hay forma de sacar nada: cobramos vaya, cobrábamos, la misma tarifa que se paga por uno sólo. Ahora hemos de ceñirnos a las tarifas vigentes en la Sociedad.

Cada vez le gustaba menos la Sociedad; su inutilidad, su antieconomía, se habían convertido en una obsesión para él. Sin hablar ya de su pomposidad.

-Lo menos que se puede decir de Melipone es que es un psico que vale su peso en oro. Resulta consolador, ¿no? -Esperó, pero Ella no respondía-. Ella... -dijo. Silencio. Nervioso, insistió-: Ella, ¿me oyes? ¿Pasa algo?

«Ya no está», pensó.

Hubo una pausa, al cabo de la cual Runciter oyó materializarse un pensamiento en su oído derecho:

-Me llamo Jory.

No era Ella; advertía una entonación distinta, más decidida y sin embargo más torpe, falta de sutileza.

-Deje la línea -dijo asustado-. Estaba hablando con mi esposa. ¿De dónde sale usted?

-Soy Jory -continuó el pensamiento-, y nunca viene nadie a hablar conmigo. Me gustaría mucho conversar un rato con usted, señor, si no tiene inconveniente. ¿Cómo se llama?

Runciter balbuceó:

-Quiero hablar con mi mujer, la señora Ella Runciter. He pagado para hablar con ella y quiero hablar con ella, no con usted.

-Conozco a la señora Runciter -retumbó el pensamiento en su oído-. A veces habla conmigo, pero no es lo mismo que hablar con alguien del mundo, como usted. La señora Runciter está aquí con nosotros, pero da lo mismo, porque sabe tanto como nosotros. ¿En qué año estamos, señor? ¿Ya enviaron aquella nave tan grande a Próxima? Me interesa mucho; a lo mejor sabe usted algo. Si quiere, se lo puedo contar a su esposa. ¿Quiere?

Con un gesto brusco, Runciter arrancó la conexión del auricular y arrojó al suelo los cascos y todo el instrumental. Abandonó la polvorienta oficina y recorrió las hileras de nichos refrigerados, meticulosamente ordenados por números. Los empleados del Moratorio iban saliendo a su paso y se retiraban mientras él proseguía su búsqueda del propietario.

-¿Ocurre algo, señor Runciter? ¿En qué puedo servirle? -preguntó el individuo en cuestión al verle dando tumbos.

-Hay *algo* metido en la línea y no es Ella -respondió, jadeante, Runciter-. Pero ¿esto qué es? En este negocio todo es fachada y luego pasa lo que pasa. Maldita sea...

El director del Moratorio había salido disparado hacia la oficina 2-A y Runciter le seguía.

-Si yo llevara así mi negocio no duraba dos días.

-¿Se ha identificado el individuo?

-Sí, ha dicho que se llama Jory.

-Debe ser Jory Miller -dijo Von Vogelsang, frunciendo el ceño con evidente preocupación-. Creo que está colocado al lado de su esposa.

-¡Pero si yo la veo a ella!

-Con la proximidad prolongada -explicó Von Vogelsang-, suele producirse una ósmosis mutua, una interpenetración de las mentes de dos semivivos. La actividad cefálica de Jory Miller es particularmente buena; no así la de su esposa. Eso explica que se haya producido lamentablemente, un paso unidireccional de partículas protopáticas.

-¿Y no puede arreglarlo? -preguntó Runciter con acritud; se sentía cansado, tembloroso y todavía jadeante-. ¡Saque eso de la mente de mi mujer y hágala volver! ¡Para eso está usted aquí!

-En caso de persistir esta anomalía le será reembolsado el dinero abonado -dijo Von Vogelsang con ampulosidad.

-¿Qué me importa el dinero? No me hable del dinero. -Habían llegado a la oficina A-2. Tambaleándose, Runciter se sentó; su corazón estaba tan alterado que apenas podía hablar-. Si no me saca a ese Jory de la línea le pongo pleito -masculló en un susurro-. ¡Haré que le cierren este tinglado!

Situándose ante el ataúd, Von Vogelsang apretó el auricular contra su oído y habló con energía por el micrófono:

-Sal de ahí, Jory, sé buen chico. -Mirando a Runciter, añadió-: Jory expiró a los quince años, por eso tiene tanta vitalidad. No es la primera vez que ocurre: ya ha aparecido varias veces donde no debe. -Volvió a hablar por el micrófono-: Eso no esta nada bien, Jory; el señor Runciter ha venido de muy lejos para hablar con su señora. No le borres la señal, Jory, eso está muy feo. -Hubo una pausa mientras Von Vogelsang escuchaba por el auricular-. Si, ya sé que tiene una señal muy débil -dijo, y volvió a escuchar, con el aire solemne de un sapo sentado. Se quitó los auriculares y se puso en pie.

-¿Qué ha dicho? -preguntó Runciter-. ¿Saldrá de ahí? ¿Me dejará hablar con Ella?

-Jory no puede hacer nada -dijo Von Vogelsang-; imagínese dos emisoras de frecuencia modulada, una muy cercana a usted, pero limitada a una potencia de quinientos vatios, y otra muy alejada, funcionando a la misma o casi la misma frecuencia, pero utilizando cinco mil vatios. De noche...

-Entiendo -le interrumpió Runciter-: ahora es como si ya fuera de noche, al menos para Ella.

Quizá también fuera de noche para él, si no conseguía dar con todos los hombres de Hollis que habían desaparecido: telépatas, paraquinéticos, precognitores, resurrectores y vivificadores. No sólo había perdido a Ella, sino también sus consejos, al haberla suplantado Jory antes que pudiera dárselos.

-Cuando la devolvamos a la cámara -parloteaba Von Vogelsang-, ya no la pondremos al lado de Jory. Si está usted de acuerdo en satisfacer una cuota mensual ligeramente superior, podemos colocarla en una cámara superaislante con paredes forradas de *Teflon-26* para impedir que se produzca cualquier penetración heteropsíquica... por parte de Jory o de quien sea.

-¿No es ya muy tarde para eso? -dijo Runciter, saliendo por un momento de la depresión en la que le había sumido el incidente.

-Puede ser que vuelva, una vez eliminado el influjo de Jory y en el caso de que no haya entrado nadie más en ella, aprovechando su estado de debilidad. Su esposa es prácticamente accesible a todos -repuso Von Vogelsang mordiéndose el labio con preocupación-. Y a lo

mejor no le gusta estar aislada, señor Runciter. Mire, si tenemos tan juntos los contenedores, los ataúdes, como los llama el público no entendido, es por una razón: para los semivivos, pasar de una mente a otra es la única...

-Aíslela ahora mismo -cortó Runciter-. Estará aislada pero al menos existirá.

-Existir, ya existe -le corrigió Von Vogelsang-; todo lo que pasa es que no puede comunicarse con usted. Hay una diferencia.

-Sí, una diferencia metafísica que para mi no significa nada -replicó Runciter.

-La pondré en régimen de aislamiento aunque creo que está usted en lo cierto: es demasiado tarde -dijo Von Vogelsang-. Jory ha penetrado en ella de forma definitiva, al menos hasta cierto punto. Lo siento mucho.

-Yo también -dijo Runciter con aspereza.

3

Ubik Instantáneo posee el rico aroma del café recién tostado. Cuando lo pruebe, su marido exclamará: «Querida, ante hacías un café pse-pse, pero ahora... ¡hmm!».

Inofensivo si se toma de acuerdo con las instrucciones.

Vestido todavía con su pijama, Joe Chip estaba sentado con aire soñoliento a la mesa de su cocina. Encendió un cigarrillo y, después de introducir una moneda en la ranura, movió el dial del homeoimpresor que acababa de alquilar. Sintiendo aún los efectos de la resaca, vaciló ante el indicador de «Noticias interplanetarias», se detuvo en «Noticias locales» y, finalmente, seleccionó el apartado «Chismes y rumores».

-Sí, señor: chismes y rumores -dijo con jovialidad el aparato-. ¿A que no saben qué prepara en este mismo instante Stanton Mick, el solitario financiero y especulador de fama interplanetaria?

Las tripas de la máquina emitieron un zumbido y por un ranura salió un rollo de papel; era un documento impreso a cuatro tintas y compuesto en un tipo de letra grande y nítido. Rebotó en la superficie de la mesa de neoteca y cayó al suelo.

A pesar de su jaqueca, Chip se agachó para recogerlo, lo desenrolló y lo extendió ante sí.

MICK LE SACA DOS TRILLONES AL BANCO MUNDIAL

Londres, AP: ¿Qué prepara el solitario y huidizo Stanton Mick, el financiero y especulador de fama interplanetaria?, se pregunta hoy el mundo de las finanzas ante el rumor, emanado de Whitehall, según el cual el pintoresco y agresivo magnate industrial, que una vez ofreció a Israel la construcción totalmente gratuita de una flota con la que dicha nación podría colonizar y fertilizar las áreas desiertas de Marte; ha pedido y tiene grandes posibilidades de obtener un increíble préstamo de...

-Eso no es ningún rumor -le dijo Joe al aparato- sino simples especulaciones en torno a negociaciones fiscales. Lo que quiero leer hoy es qué estrella de la televisión se acuesta con qué marido drogadicto.

Como de costumbre, no había dormido muy bien, por lo menos en cuanto a sueño REM, y no había querido tomar un somnífero porque por desgracia había agotado su ración semanal de estimulantes servida por la farmacia autónoma de su bloque de apartamentos; la culpa la tenía, como él mismo reconocía, su desmesurada voracidad. Según la ley, no podría ir a buscar más hasta el martes. Faltaban dos días, dos largos días.

El homeoimpresor dijo:

-Ponga el dial en «Chismorreos».

Lo hizo; a los pocos instantes el aparato expelía un segundo rollo. Le saltó a la vista una excelente caricatura de Lola Herzburg-Wright y se relamió de satisfacción ante su desvergonzada exhibición de la oreja derecha. Pasó al texto.

> Asaltada la otra noche por un carterista en un conocido local neoyorquino, Lola Herzburg-Wright le propinó al caco un puñetazo tal que le hizo aterrizar en la mesa que ocupaban el rey Egon de Suecia y una bella desconocida de enormes...

Sonó, estridente, el timbre del apartamento. Sobresaltado, Joe Chip levantó la mirada y vio que su cigarrillo estaba a punto de quemar la superficie de formica de su mesa de neoteca. Lo recogió y se arrastró hasta el tubo intercomunicador que había al lado del pestillo de la puerta.

-¿Quién es? -gruñó.

Vio en su reloj de pulsera que todavía no eran las ocho.

Debía de ser el robot que pasaba a cobrar el alquiler, o algún acreedor. Dejó el pestillo como estaba.

Del micrófono de la puerta del edificio le llegó una voz masculina enérgica y jovial:

-Ya sé que es muy temprano, Joe, pero acabo de llegar a la ciudad. Soy G.G. Ashwood; he olfateado una buena pieza en Topeka y sólo quiero que me des tu impresión. A mí me parece que es de las buenas y necesito que me lo confirmes antes de ponerla ante las narices a Runciter. Que está en Suiza, por cierto.

-No tengo aquí el instrumental de pruebas -dijo Chip.

-Pues me voy de un salto al taller y te lo traigo.

-No lo tengo en el taller. -Sin excesivo entusiasmo añadió-: Lo tengo en el coche. No tuve tiempo de descargarlo anoche. -De hecho, había estado demasiado achispado de maripapa para abrir el maletero de su autodeslizador-. ¿No puedes esperar hasta las nueve? -preguntó con irritación. La energía maniática e inestable de G.G. Ashwood le resultaba insoportable a cualquier hora, pero a las siete cuarenta era ya demasiado, peor incluso que un acreedor.

-Chip, cielo, lo que tengo entre manos es un mirlo blanco, un muestrario andante de milagros que hará saltar las agujas de tus indicadores y además le dará nueva vida a la firma, que buena falta le hace. Y además...

-¿Qué es, un anti-qué? -preguntó Joe Chip-, ¿antitelépata?

-Ya lo verás tú mismo, no lo sé. -Ashwood bajó la voz-. Oye, Chip, todo esto es muy confidencial. No puedo quedarme aquí en la puerta pregonándolo a los cuatro vientos; alguien podría oírme. De hecho ya estoy captando los pensamientos de algún facha que debe haber en un apartamento de la planta baja y...

-Muy bien -dijo con resignación Joe Chip. Cuando se disparaba, no había quien cortara los implacables monólogos de G.G. Ashwood. Era mejor escucharle-. Cinco minutos: me voy a vestir y miraré si queda café por algún rincón.

Le parecía recordar que había ido al supermercado del bloque de apartamentos la noche anterior y había cortado un cupón verde de racionamiento, lo cual podía significar tanto café o té como cigarrillos o rapé de importación.

-Te gustará -afirmó enérgicamente G.G. Ashwood-, aunque como pasa muchas veces es hija de...

-¿Hija? ¿Una mujer? -dijo alarmado Joe Chip-. Y yo con el apartamento hecho una leonera: con tantos atrasos en el pago, hace dos semanas que no se acercan por aquí los robots de la limpieza.

-Voy a preguntarle si le importa subir.

-No lo hagas, prefiero que no suba. Le haré las pruebas en el taller, durante mis horas de trabajo.

-A ella no le importa, se lo he leído en la mente.

-¿Qué edad tiene? -preguntó.

A lo mejor era una chiquilla. Algunos nuevos inerciales en potencia eran niños que habían

desarrollado tal capacidad para protegerse de padres psiónicos.

-¿Cuántos años tienes, guapa? -preguntó quedamente G.G. Ashwood, separándose del interfono para hablar con la persona que le acompañaba-. Diecinueve -comunicó a Chip.

No era tan niña, pero de todas formas Joe Chip sentía curiosidad. Aquella mezcla de reserva y excitación solía manifestarse en G.G. Ashwood al lado de mujeres atractivas; quizá la chica en cuestión perteneciera a esa categoría.

-Dame un cuarto de hora -le dijo.

Si renunciaba al desayuno, se daba prisa y emprendía una campaña de limpieza, todavía podría componer un apartamento presentable en ese tiempo. Por lo menos valía la pena intentarlo.

Colgó y se fue a buscar una escoba (manual o autopropulsada) o un aspirador (a pilas de helio o conectable a la red) por los armarios de la cocina. No había nada de lo que buscaba. La agencia de suministros del bloque no le había facilitado material de limpieza. Hacia cuatro años que vivía allí y ahora lo descubría. A buenas horas.

Cogió el videófono y marcó el 214, el número del circuito de mantenimiento del edificio.

-Oiga -dijo, cuando respondió el ente homeostático-, actualmente estoy en situación de destinar algunos de mis fondos a saldar mi cuenta pendiente con los robots de la limpieza. Quisiera que suban ahora mismo a darle un repaso al apartamento. Cuando terminen les pagaré todo lo que debo.

-Deberá usted pagar todo lo que debe antes de que empiecen, señor.

Sacó el billetero y vació sobre la mesa todo su surtido de Llaves Mágicas de Crédito, la mayoría de las cuales tenía anuladas probablemente a perpetuidad, dadas sus relaciones con el dinero y con sus tenaces acreedores.

-Voy a cargar la factura a mi Llave Mágica Triangular -informó a su nebuloso antagonista-. Eso dejará mi deuda fuera de su competencia y en sus libros la factura constará como totalmente pagada.

-Más multas, más penalizaciones.

-Las cargaré a mi Llave Mágica Oval.

-Señor Chip, la Agencia de Análisis y Censura de Créditos Ferris & Brockman acaba de emitir una circular referida a usted. La recibimos ayer y todavía la tenemos muy fresca. En lo que va desde el mes de julio ha caído usted de una situación crediticia G-triple a una situación G-cuádruple. Nuestro departamento, y de hecho todo el bloque de apartamentos, está programado ahora para no extender sus servicios ni su crédito a sujetos tan patéticamente anómalos como usted, señor. Con usted hay que llevar las cosas a base de dinero efectivo. De hecho, es probable que tenga que pasar el resto de sus días en ese subnivel crediticio. De hecho...

Chip colgó, abandonando la esperanza de engatusar o amenazar a los robots para que subieran a su desbarajustado apartamento. Entró en su dormitorio a vestirse; eso, por lo menos, podía hacerlo sin ayuda.

Una vez vestido -con un batín marrón de aire deportivo, babuchas de charol y una gorra de fieltro con borla-, deambuló por la cocina con la esperanza de dar con algún rastro de café.

Nada. Se concentró en la sala de estar y encontró, junto a la puerta del baño, una bolsa de plástico con una lata de media libra de auténtico café de Kenia, un lujo que sólo podía haberse permitido estando en plena borrachera. Especialmente en vista de su desesperada situación financiera.

De nuevo en la cocina, abrió la lata de café. Oliendo el insólito aroma, volvió a mirar el reloj y vio que ya había pasado el cuarto de hora, por lo cual se dirigió con presteza a la puerta del apartamento, dio vuelta al tirador y levantó el pestillo. La puerta, negándose a abrirse, dijo:

-Cinco centavos, por favor.

Chip registró sus bolsillos. Ya no le quedaba calderilla, no tenía nada.

-Te pagaré mañana -le dijo a la puerta. Volvió a mover el tirador, pero seguía firmemente

cerrada-. Si te pago -le informó-, será en todo caso por algo perfectamente gratuito, no tengo por qué pagar nada.

-No soy de esa opinión -respondió la puerta-. Eche un vistazo al contrato que firmó al tomar este apartamento.

Chip encontró el contrato en un cajón de su escritorio después de firmarlo había tenido que consultarlo muchas veces.

Era cierto: el pago de cinco centavos para que la puerta se abriera o cerrara era obligatorio. No se trataba de ninguna propina.

-Ya ve que tengo razón -dijo la puerta con satisfacción.

Joe Chip tomó un cuchillo de acero inoxidable y empezó a destornillar aplicadamente la cerradura de aquella puerta tragaperras.

-Le denunciaré -dijo la puerta cuando cayó el primer tornillo.

-Nunca me ha denunciado una puerta -repuso Chip-, pero creo que llegado el caso lo podré resistir.

Sonó un golpe en la puerta.

-Eh, Joe, soy yo, G.G. Ashwood. Ya estamos aquí, abre.

-Mete una moneda por mí en la ranura -dijo Joe-; la de mi lado está atascada.

Se oyó el tintineo de una moneda cayendo en los engranajes de la puerta y ésta se abrió, dando paso a G.G. Ashwood, que aparecía con expresión radiante. Un aire de triunfo brillaba en su astuta mirada mientras empujaba suavemente a la chica hacia el interior de la vivienda.

La muchacha se quedó un momento mirando a Joe. No pasaba de los diecisiete y era esbelta y morena de grandes ojos oscuros. «Dioses, qué bonita es», pensó Joe. Llevaba una camisa de mecánico de falso paño, tejanos y botas manchadas de barro que parecía auténtico. Su brillante cabello quedaba recogido por un pañuelo rojo anudado en la nuca. La camisa, remangada, descubría unos brazos bronceados y firmes. De su cinturón de cuero de imitación pendían un cuchillo, un transmisor de campaña y una bolsa de supervivencia con alimentos y agua. En uno de sus antebrazos Joe distinguió un tatuaje que decía «Caveat Emptor». Se preguntó qué significaría.

-Esta es Pat -dijo G.G. Ashwood pasando el brazo alrededor de la cintura de la muchacha, haciendo ostentación de familiaridad-. El apellido es lo de menos.

Macizo y rechoncho, ataviado con su eterno poncho de mohair, sombrero de fieltro color albaricoque, calcetines de esquí a rombos y zapatillas, avanzó hacia Joe Chip rezumando autosatisfacción por todos los poros; había dado con algo valioso y le iba a sacar todo el jugo.

-Pat, éste es el competentísimo técnico eléctrico de pruebas de la compañía, todo un primera clase.

-¿El eléctrico es usted, o sus pruebas? -preguntó fríamente la muchacha.

-Según -respondió Joe. Percibía a su alrededor las emanaciones del sucio apartamento; flotaba en la estancia el fantasma de la basura y el desorden y sabía que Pat lo había notado-. Siéntate -dijo, haciendo un gesto desmañado-; ¿quieres una taza de café de verdad?

-Vaya lujo -dijo Pat, sentándose a la mesa de la cocina y apilando ordenadamente, con aire reflexivo, los homeodiarios de toda una semana-. ¿De dónde saca el café, señor Chip?

G.G. Ashwood intervino para decir:

-A Joe le pagan un sueldo de millonario. Sin él, la empresa no podría hacer nada.

Alargó el brazo y tomó un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa.

-Deja eso -dijo Joe Chip-. Ya casi no me quedan y me he gastado mi último cupón verde en el café.

-Pues la puerta la he pagado yo -señaló G.G., ofreciendo el paquete a la joven-. No le hagas caso, chica; está haciendo su número. Mira cómo tiene todo esto para que se vea que es un tipo creativo; todos los genios viven así. ¿Dónde tienes el instrumental, Joe? Estamos perdiendo el tiempo.

Joe se dirigió a la muchacha:

-Vas vestida de una forma muy rara.

-Soy la encargada de las líneas videofónicas subterráneas del Kibutz de Topeka -dijo Pat-; en ese Kibutz los trabajos que requieren habilidad manual sólo pueden realizarlos las mujeres. Por eso fui allí y no al de Wichita Falls. -En sus negros ojos había un fulgor de orgullo.

-Esa inscripción que llevas en el brazo ¿es en hebreo? -preguntó Joe.

-No, eso es latín. -Sus ojos disimulaban apenas la sorpresa y la hilaridad-. Nunca había visto un apartamento tan sucio. ¿Vive solo?

-Estos expertos no tienen tiempo para zarandajas -terció G.G. Ashwood con irritación-. Oye, Chip, los padres de esta chica trabajan para Ray Hollis. Si supieran que está aquí la trepanaban.

Joe Chip preguntó a la muchacha:

-¿Acaso no saben que tienes una contrafacultad?

-No -respondió ella, moviendo la cabeza-. Realmente yo tampoco lo entendía hasta que su informador se sentó conmigo en el bar del Kibutz y me lo dijo. No sé, puede que sea verdad -se encogió de hombros- y puede que no lo sea. Me dijo que usted, con sus instrumentos y sus baterías de testeo, podría darme pruebas objetivas de que la tengo.

-¿Qué pensarás si las pruebas demuestran que posees la contrafacultad?

-No sé, es todo tan... negativo -respondió Pat al cabo de unos momentos de reflexión-. Yo no hago nada: no puedo mover objetos, ni convertir las piedras en pan, ni dar a luz sin embarazo, ni invertir el proceso de una enfermedad, ni leer los pensamientos, ni ver el futuro. Nada, no tengo siquiera la capacidad de hacer cosas tan corrientes como éstas. Sólo puedo anular las de otros. Me parece -hizo un gesto impreciso-, frustrante.

-Como factor de supervivencia de la especie humana -dijo Joe-, eso es tan útil como una facultad psi, especialmente para nosotros los Normales. El factor anti-psi supone el restablecimiento natural del equilibrio ecológico. Un insecto aprende a volar, así que otro insecto aprende a construir una telaraña para cazarlo. ¿Es eso lo mismo que no volar? Los moluscos desarrollan caparazones duros para protegerse; en consecuencia, algunos pájaros aprenden a llevarlos muy arriba, volando con ellos en el pico, y a arrojarlos sobre las rocas. En cierto sentido, tú eres una forma de vida que se nutre de presas como los psicos, y los psicos son una forma de vida que se nutre de los Normales. Esto te hace aliada y amiga del género de los Normales. Equilibrio, el círculo que se cierra. Depredador y presa. Parece que es un sistema eterno y, francamente, no creo que se pueda mejorar.

-Podrían considerarme una traidora -dijo Pat.

-¿Y eso te preocupa?

-Me preocupa que la gente pueda sentir hostilidad hacia mí. Pero me imagino que no es posible vivir mucho tiempo sin despertar hostilidad; no es posible complacer a todo el mundo, porque cada cual quiere una cosa diferente. Si complaces a uno disgustas a otro.

-¿En qué consiste tu antifacultad? -preguntó Joe.

-Es difícil explicarlo.

-Ya te lo he dicho -intervino de nuevo G.G. Ashwood-: es algo único, algo nunca visto.

-¿Cuál es la facultad psi que contrarrestas? -preguntó Joe a la muchacha.

-La precognición -respondió Pat-. Vaya, me parece. Su informador, el señor Ashwood -señaló a G.G., cuya sonrisa de entusiasmo no había menguado- me lo ha explicado. Yo ya sabía que hacía algo raro; a los seis años empecé a registrar fases extrañas, pero nunca se lo dije a mis padres porque pensé que les disgustaría.

-¿Son precognitores? -preguntó Joe.

-Sí.

-Has hecho bien: les habría disgustado. Pero si hubieras empleado tu poder con ellos, lo habrían notado. ¿No han sospechado nunca nada? ¿No has usado tu facultad para obstaculizar la suya?

-Creo... -Pat hizo un gesto impreciso. Su rostro reflejaba perplejidad-. Creo que sí, pero ellos no lo notaron.

-Mira, voy a explicarte cómo actúa la antiprecognición -dijo Joe-, al menos en los casos que conocemos. El precognitor distingue una serie de futuros dispuestos como las celdas de un panal. Para él, una de esas celdas brilla con mayor intensidad, y ésa es la que elige. Una vez la ha elegido, el antiprecognitor ya no puede hacer nada; el antiprecognitor tiene que estar presente durante el proceso de decisión del precognitor, no después. El antiprecognitor hace que todos los futuros ofrezcan el mismo aspecto para el precognitor, que todos le parezcan igualmente reales; da al traste con su capacidad de elección. El precognitor se da cuenta al instante de la presencia de un antiprecognitor porque su relación con el futuro se ve completamente alterada. En el caso de los telépatas se produce una reducción parecida de...

-Esta chica retrocede en el tiempo -le interrumpió G.G. Ashwood.

Joe se quedó perplejo.

-Retrocede en el tiempo -repitió G.G., paladeando las palabras y asaeteando con la mirada todos los rincones de la cocina-. El precognitor sobre el que actúa sigue viendo un futuro predominante; la posibilidad más luminosa, como tú mismo has dicho. Y la selecciona, y acierta. Pero ¿por qué acierta? ¿Por qué es la más brillante? Porque esta chica -señaló a Pat con un ademán- controla el futuro. La posibilidad más brillante lo es porque ella ha ido al pasado y lo ha alterado. Cambiando el pasado modifica el presente, el cual contiene al precognitor, cuya capacidad se ve afectada sin que él lo sepa. Su facultad de precognición parece funcionar, cuando en realidad no lo hace. Esta es una de las ventajas de la contrafacultad de Pat respecto de la de los otros antiprecognitores. La otra ventaja, la mayor, es que puede alterar la decisión del precognitor después de tomada. Puede intervenir más tarde, y ya sabes que nuestro principal problema ha sido siempre que si no estábamos presentes desde el primer momento no podíamos hacer nada. En cierto modo, nunca hemos podido anular realmente la capacidad de un precognitor como hemos hecho con las de otros psicos. Este ha sido siempre el punto débil de nuestros servicios ¿no? -Miró a Joe Chip con aire expectante.

-Es interesante -dijo Joe.

-¿Interesante? -repitió G.G. Ashwood gesticulando con indignación-. ¡Es la mayor contrafacultad descubierta hasta la fecha!

Pat intervino para decir en voz baja:

-Yo no retrocedo en el tiempo. -Alzó la mirada y la fijó en Joe Chip con una expresión mezcla de disculpa y desafío-. Hago una cosa, pero el señor Ashwood la presenta de forma muy exagerada.

-Te leo el pensamiento -dijo G.G. algo molesto-. Yo sé que tú puedes cambiar el pasado; ya lo has hecho alguna vez.

-Puedo cambiar el pasado pero no voy al pasado. Yo no viajo por el tiempo, como pretende hacerle creer a su técnico.

-¿Cómo cambias el pasado? -preguntó Joe.

-Pensando en él. Pienso en un aspecto concreto, un suceso, algo que alguien dijo, o alguna cosa que ocurrió y que yo hubiera querido que no ocurriera. La primera vez que lo hice, cuando niña...

-Cuando tenía seis años -la interrumpió G.G.- y vivía con sus padres en Detroit, rompió una estatua de cerámica, una antigüedad que su padre guardaba como un tesoro.

-¿Y tu padre, con su capacidad de precognición, no lo previó? -preguntó Joe Chip.

-Sí, lo previó -respondió Pat- y me castigó una semana antes de romperla porque dijo que era inevitable. Ya sabe lo que es la facultad precognitora: se puede ver lo que va a suceder pero no se puede hacer nada por cambiarlo. Después de que se rompiese la estatua, o mejor, después de romperla yo, le di muchas vueltas al asunto, pensando en la semana anterior al incidente, durante la cual me mandaban a la cama a las cinco y sin postre. Pensé: «Dios mío -o lo que digan los niños en estos casos- ¿no habrá un modo de evitar estos lamentables incidentes?». Las habilidades precognitoras de mi padre no me parecían demasiado espectaculares, ya que no podían alterar el curso de los acontecimientos; me inspiraban un

cierto desdén. Pasé una semana entera tratando de recomponer la maldita estatua con la fuerza de la mente; volvía en el recuerdo al tiempo anterior a su destrucción y evocaba el aspecto que ofrecía cuando estaba entera... que era horrible, por cierto. Hasta que un buen día me levanté y allí estaba. Entera, como si no le hubiera pasado nada. -Se inclinó, tensa, hacia Joe y prosiguió con voz cortante y decidida-: Pero mis padres no notaban nada. Les parecía perfectamente normal que la figura estuviera intacta; creían que siempre había estado así. Yo era la única que recordaba. -Sonrió, se recostó en el respaldo de la silla, cogió otro cigarrillo y lo encendió.

-Voy al auto a buscar el equipo de pruebas -dijo Joe dirigiéndose hacia la puerta.

-Cinco centavos, por favor -dijo ésta apenas tocó el tirador.

-Págaselos -dijo Joe a G.G. Ashwood.

Una vez descargados los aparatos de medición que había arrastrado hasta el apartamento, Joe Chip le pidió a G.G. Ashwood que se ausentara.

-¿Que me largue? -dijo, más que sorprendido, el informador de la firma-. Pero si la he encontrado yo, si el filón es mío. He pasado diez días recorriendo la zona hasta dar con ella y ahora...

-No puedo hacerle las pruebas con tu campo por aquí cerca, ya lo sabes. Los campos psi y anti-psi se deforman mutuamente; si no fuera así no estaríamos metidos en este negocio -dijo Joe tendiendo una mano a G.G. al tiempo que éste se ponía en pie con malhumor evidente-. Y déjame un par de monedas para que luego podamos salir de aquí.

-Yo tengo cambio -murmuró Pat-. En la bolsa.

-Puedes medir la fuerza que genera tomando como referencia la pérdida que se observe en mi campo -dijo Ashwood-. Te lo he visto hacer cientos de veces.

-Esto es otra cosa -dijo secamente Joe.

-No puedo salir, ya no me queda calderilla.

Mirando primero a Joe y luego a G.G., Pat dijo:

-Tenga -le arrojó una moneda que el hombre recogió.

Su expresión de desconcierto dio paso a un aire adusto de pesadumbre.

-Vais a acabar conmigo -murmuró al introducir la moneda en la ranura de la puerta-. Los dos -añadió mientras la puerta se cerraba tras él-. He sido yo quien la ha descubierto. Desde luego, este negocio es la selva... -Su voz se apagó al cerrarse del todo la puerta.

Se hizo el silencio. Pat dijo entonces:

-Cuando desaparece su entusiasmo, no queda casi nada de él.

-Está bien -dijo Joe. Se sentía como en muchas ocasiones: culpable, aunque no demasiado-. Sea como sea, ha cumplido con su misión. Ahora...

-Ahora le toca a usted, por así decirlo -dijo Pat-. ¿Puedo quitarme las botas?

-Claro que puedes -dijo Joe.

Empezó a disponer su instrumental de pruebas, comprobando el estado de las bobinas y las baterías; hizo mediciones de verificación con cada una de las agujas indicadoras, dando entrada a impulsos predeterminados y registrando sus respuestas.

-¿Puedo ducharme? -preguntó la muchacha mientras depositaba las botas en un rincón.

-Veinte centavos -murmuró Joe-. Te va a costar veinte centavos, porque yo no los tengo. -Levantó la mirada y vio que la chica se estaba desabrochando la blusa.

-En el Kibutz todo es gratis -dijo.

-¿Gratis? Eso es económicamente imposible. ¿Cómo puede funcionar siendo todo gratis? ¿Cómo puede resistir más de un mes?

-Se parte de la base de que cada cual cumple con su cometido y por ello recibe su correspondiente salario -explicó la muchacha, que, imperturbable, seguía desabrochándose-. La suma de nuestras ganancias se destina en bloque a la Comunidad. De hecho, el Kibutz de Topeka lleva varios años arrojando beneficios; como grupo, ponemos más de lo que sacamos.

Terminó de desabotonar la blusa, se la quitó y la colgó en el respaldo de la silla. Debajo de

la áspera tela azul no llevaba nada; Joe vio su busto, alto y firme, erguido cerca del nítido dibujo de las clavículas.

-¿Estás segura de que es eso lo que quieres hacer? ¿Quitarte la blusa? -preguntó.

-¿No se acuerda?

-¿De qué?

-De que no me la he quitado. En otro presente no me la he quitado. No le ha gustado y lo he suprimido; por eso me la quito ahora.

-¿Qué he hecho al ver que no te la quitabas? -preguntó Joe con cautela-. ¿Me he negado a hacerte las pruebas?

-Ha murmurado no sé qué sobre el señor Ashwood. Que había sobrevalorado mi antifacultad, creo.

-No, yo no hago estas cosas -dijo Joe.

-Mire, esto es del presente anterior, el que he anulado.

Se puso en pie y sus senos oscilaron al inclinarse para rebuscar en el bolsillo de la blusa; sacó de él un papel doblado y se lo tendió.

Joe lo leyó. La última línea contenía su valoración final:

«Campo anti-psi generado: inadecuado. Claramente inferior a la media. Sin ningún valor frente a los índices de los precognitores actuales». Debajo había la contraseña que empleaba, un círculo partido por un trazo vertical. Significaba «No contratar», y sólo él y Glen Runciter la conocían. Ni siquiera los informadores sabían qué significaba el símbolo; por lo tanto, era imposible que Ashwood se lo hubiera dicho. Le devolvió el papel en silencio; ella lo dobló de nuevo y lo introdujo en el bolsillo de la prenda.

-¿Todavía necesita hacerme las pruebas, después de esto? -preguntó.

-Hay un procedimiento que seguir, seis índices que...

-Es usted un pobre burócrata inhábil y cargado de deudas, que ni tan siquiera es capaz de juntar la calderilla suficiente para que la puerta le deje salir de casa.

La voz de la muchacha, reposada pero devastadora, retumbó en los oídos de Joe Chip, que enrojeció de sorpresa y se sintió empequeñecer.

-Tengo una mala racha -dijo-, pero pronto saldré a flote. Voy a conseguir un préstamo. Si hace falta se lo pediré a la empresa. -Se puso en pie, titubeante; cogió dos platos y dos tazas y sirvió café-. ¿Leche, azúcar?

-Leche -dijo Pat, todavía de pie y sin la blusa.

Joe tiró de la puerta del frigorífico para sacar un cartón de leche. No se abría.

-Diez centavos -dijo el frigorífico-: cinco por abrirme y cinco por la leche.

-Total, por un poco de leche... Vamos, abre por esta vez. -Siguió tirando furtivamente del asa-. Esta noche te la pago, lo juro.

-Tenga -dijo Pat arrojando una moneda por encima de la mesa. Mientras observaba cómo Chip la introducía en la ranura del refrigerador, comentó-: Su señora debía de tener mucho dinero, ¿no? Se siente usted fracasado, ¿verdad? Lo supe en cuanto el señor Ashwood...

-No siempre me va tan mal como ahora -cortó Joe, algo irritado.

-¿Quiere que le saque de apuros, señor Chip? -Con las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero, le miraba sin que su rostro dejara traslucir emoción alguna, salvo una actitud de alerta-. Usted sabe que puedo hacerlo. Siéntese y escriba su informe. Déjese de pruebas: mi capacidad es única. Por otra parte, no puede medirla porque actúa en el pasado y usted está en el presente, que se produce como una simple consecuencia. ¿Está de acuerdo?

-Déjame ver esa nota de valoración que tienes en la blusa. Quiero verla otra vez antes de decidir.

La muchacha volvió a sacar del bolsillo de la blusa la hoja de papel amarillo y la deslizó con calma a través de la mesa.

Joe la releyó: era su letra, en efecto. Luego, era verdad. Se la devolvió y sacó de su equipo de pruebas una hoja limpia del mismo papel.

Escribió en ella el nombre de la chica y datos falsos sobre unos resultados

extraordinariamente altos. Sus nuevas conclusiones eran: «Posee una capacidad increíble. Su campo anti-psi es algo nunca visto. Podría anular a todo un ejército de precognitores». Al pie de la hoja garabateó un signo: esta vez, dos aspas subrayadas. Pat miraba por encima de su hombro; Joe sentía su aliento.

-¿Qué significan las aspas? -preguntó la chica.

-«Contratar a cualquier precio».

-Gracias. -Buscó en su bolsa y extrajo un puñado de billetes; escogió uno y lo ofreció a Joe. Era uno de los grandes-: Para sus gastos. No se lo podía dar antes, hasta que me hiciera la valoración oficial: lo habría echado todo a rodar y usted habría vivido el resto de sus días convencido de que quería sobornarle. Incluso habría dictaminado que yo no poseía ninguna contrafacultad. -Corrió la cremallera de su pantalón y siguió desnudándose.

Joe Chip examinó lo que había escrito, sin mirarla. Las dos aspas subrayadas no significaban lo que le había dicho. En realidad querían decir: «Persona a vigilar. Constituye un riesgo para la empresa. Peligrosa».

Firmó la nota de prueba, la dobló y se la pasó. Pat la guardó rápidamente en su monedero.

-¿Cuándo puedo traer aquí mis cosas? -preguntó mientras se dirigía al cuarto de baño-. A partir de ahora considero mía esta casa, ya que le he pagado lo que vendrá a resultar el alquiler de un mes.

-Tráelas cuando quieras -respondió Joe Chip.

La puerta del baño dijo:

-Veinte centavos, por favor. Antes de dar el agua.

Pat volvió a la cocina por su monedero.

4

Ubik, lo más nuevo en aderezos para ensalada. Ni italiano ni francés: Ubik es distinto a todos. Con Ubik, el mundo entero está descubriendo el nuevo sabor de la ensalada. Descubra también usted el loco sabor de Ubik.

Inofensivo si se emplea según las instrucciones.

Finalizado su viaje al Moratorio de los Amadísimos Hermanos Glen Runciter aterrizó en una imponente limosina eléctrica de alquiler en el techo del edificio central de Runciter Asociados en Nueva York. El tobogán de descenso le depositó rápidamente en su despacho del quinto piso. A las nueve y media de la mañana, hora local, estaba ya sentado ante su escritorio en un voluminoso y anticuado sillón giratorio de castaño y cuero auténticos y hablaba por el videófono con su Departamento de Relaciones Públicas.

-Oiga, Tamish, acabo de regresar de Zurich, donde me he entrevistado con Ella.

En aquel preciso instante se abrió la puerta y su secretaria entró con precaución en el enorme despacho. Lanzándole una mirada furibunda, Runciter le espetó:

-¿Qué es lo que quiere, señora Frick?

La timorata y ajada señora Frick, con el rostro cubierto de pecas de colores artificiales que intentaban contrarrestar su senil tono grisáceo, hizo un ademán de excusa: no tenía más remedio que molestarle.

-Está bien, señora Frick -dijo con resignación-; ¿de qué se trata?

-Una nueva cliente, señor Runciter. Opino que debería recibirla.

Avanzó hacia él al tiempo que retrocedía. Sólo la señorita Frick podía ejecutar tan difícil maniobra; había necesitado diez décadas para dominarla.

-Lo haré tan pronto termine -le dijo Runciter. Dirigiéndose al videófono, preguntó-: ¿Con qué frecuencia se emiten nuestros anuncios a las horas de mayor audiencia de la Cadena Planetaria de Televisión? ¿Siguen saliendo una vez cada tres horas?

-Nada de eso, señor Runciter. A lo largo de todo el día los anuncios de servicios de

previsión se emiten a un promedio de una vez cada tres horas por el canal de UHF, pero el coste de las horas de audiencia máxima...

-Quiero que salgan una vez cada hora -dijo Runciter-. Ella cree que será mejor así. -Durante su viaje de vuelta al hemisferio occidental había determinado cuál era el anuncio que le gustaba más-. Conoce la última disposición del Tribunal Supremo según la cual un hombre puede matar legítimamente a su esposa si demuestra que ella no le concedería el divorcio bajo ninguna circunstancia, ¿no?

-Si, es esa Ley que llaman...

-No me importa como la llamen; lo que me interesa es que ya tenemos un anuncio de televisión sobre ese tema. ¿Cómo es? No consigo recordarlo...

-Si sale un hombre, un ex marido, al que están juzgando. Primero se ve un plano del jurado, luego otro del juez y luego una panorámica de la sala con el Fiscal interrogando al ex marido. Le dice: «Por lo visto, señor, a su esposa...».

-Eso es -dijo Runciter con satisfacción. Había colaborado personalmente en la redacción del guión, lo cual venía a constituir, en su opinión, una muestra más de su polifacético talento.

-Pero tengo entendido -dijo Tamish- que los psicos desaparecidos están trabajando en grupo para una de las mayores firmas de inversión. Si es así, como parece probable, deberíamos insistir en alguno de nuestros anuncios dirigidos a empresas. ¿Recuerda éste, señor Runciter? Es el del marido que vuelve a casa después del trabajo, por la noche. Todavía lleva puesta la faja de color amarillo eléctrico, falda plisada, calzones ceñidos a la rodilla y gorra de visera estilo militar. Se deja caer en el sofá del cuarto de estar, empieza a quitarse las manoplas y entonces encorva la espalda, pone cara de preocupación y le dice a su mujer: «Caray, Jill, me gustaría saber qué es lo que me pasa estos días. A veces, y cada día más a menudo, la menor observación que me hacen en la oficina me hace pensar... no sé, que alguien me está leyendo el pensamiento». Entonces ella va y le dice: «Si tanto te preocupa, ¿por qué no acudes a la organización de previsión más próxima? Nos facilitarán un inercial a un precio al alcance de nuestro presupuesto y ¡pronto volverás a ser el de siempre!». Entonces él sonríe de oreja a oreja y exclama: «¡Ya empiezo a sentirme mejor!».

La señora Frick apareció de nuevo en la puerta del despacho de Runciter.

-Señor Runciter, por favor... -Le bailaban las gafas.

Runciter asintió con un gesto.

-Luego seguiremos hablando, Tamish. Por de pronto hágase con esos espacios y que empiecen a pasar lo nuestro a la frecuencia que le he dicho.

Colgó y se quedó mirando a la señora Frick.

-He tenido que ir a Suiza y hacer que despertaran a mi esposa Ella para obtener esa información y recibir este consejo -puntualizó.

-El señor Runciter ya puede recibirla, señorita Wirt.

La secretaria se hizo a un lado y una mujer rolliza penetró en la oficina. La cabeza oscilaba sobre sus hombros como una pelota, impulsó su esférica mole hacia una silla y se sentó en ella, con las delgadas piernas colgando. Llevaba un anticuado abrigo de seda transparente y embutida en él parecía un bicho bondadoso envuelto en un capullo tejido por otro. Sonreía y parecía hallarse a sus anchas. Runciter calculó que rondaría los cincuenta; ya quedaban lejos los días en los que pudo tener algún atractivo.

-Lo lamento, señorita Wirt, no podré dedicarle mucho tiempo -le dijo-. Le ruego que vaya directamente a lo esencial. ¿Cuál es el problema?

Con voz melosa y en un tono impropiamente jovial, la señorita Wirt dijo:

-Tenemos algunos problemas con los telépatas. Creemos que se trata de eso pero no estamos muy seguros. Tenemos un telépata propio; le conocemos bien y se encarga de circular entre nuestros empleados. Si encuentra algún psico, sea telépata o precognitor; debe dar parte -lanzó una mirada vivaz a Runciter- a mi superior. A finales de la semana pasada presentó uno de esos partes. Disponemos de un informe sobre la competencia de varias Agencias de previsión, elaborado por una firma particular. La suya ocupa el primer lugar.

-Me consta que es así -dijo Runciter; de hecho, conocía aquel informe, que por el momento no había contribuido precisamente a que aumentara su clientela. Quizá lo iba a hacer ahora-. ¿Cuántos telépatas detecta, su hombre? ¿Más de uno?

-Dos, por lo menos.

-¿Podrían ser más?

-Podrían -asintió la señorita Wirt.

-Mire, nosotros actuamos así -dijo Runciter-: primero medimos con todo rigor el campo psi, para determinar con qué nos las hemos de ver. Esto suele requerir de una semana a diez días, según él...

La señorita Wirt le interrumpió:

-Mi jefe quiere que le envíe los inerciales sin perder un instante. No quiere pasar por esas tediosas y costosas formalidades de las pruebas previas.

-No hay otro modo de saber cuántos inerciales hacen falta, ni de qué tipo, ni dónde situarlos. La desarticulación de una trama psi debe hacerse sobre una base sistemática, nosotros no vamos por ahí con una varita mágica o fumigando veneno por los rincones. Debemos anular a la gente de Hollis hombre a hombre, asignando un anti-psico a cada psico. Si es que Hollis se ha infiltrado en su estructura, lo ha hecho de esta forma: psico a psico. Uno se introduce en el Departamento de Personal y contrata a otro, que a su vez organiza un nuevo Departamento o toma la dirección de uno ya existente y consigue los servicios de otros dos. A veces les cuesta varios meses; nosotros no podemos deshacer en veinticuatro horas lo que ellos han articulado al cabo de un largo periodo de tiempo. La actividad psi a largo plazo es como un mosaico: ellos no pueden permitirse ser impacientes y nosotros tampoco.

-Pues mi jefe está impaciente -dijo sonriente la señorita Wirt.

-Tendré que hablar con él. -Runciter se acercó al videófono-. Deme su nombre y su número.

-No, tendrá que llevar este asunto conmigo.

-Puede que no acepte. ¿Por qué no quiere usted decirme a quién representa?

Runciter pulsó un botón situado bajo el borde de su escritorio para advertir a su telépata de plantilla, Nina Freede, que se situara en el despacho contiguo a fin de seguir los procesos mentales de la señorita Wirt. «No puedo negociar con esta gente si no sé de quién se trata -pensó-. Me da en la nariz que Ray Hollis quiere contratarme».

-No sea usted intransigente -dijo la señorita Wirt-. Todo lo que pedimos es rapidez. Y si la pedimos es porque la necesitamos. Sólo puedo decirle esto: la instalación que nos han invadido no está en la Tierra. Desde el punto de vista de rendimiento potencial y desde el de capital invertido, es nuestro proyecto principal. Mi superior ha puesto en él todo su activo. Nadie debería estar al corriente de ello; precisamente, lo que más nos sorprendió cuando detectamos la presencia de telépatas...

-Perdone -dijo Runciter, levantándose y yendo hacia la puerta-. Voy a ver cuánta gente hay disponible en la casa para intervenir en este asunto.

Cerrando la puerta a su espalda, buscó en los despachos contiguos hasta encontrar a Nina Freede. Estaba sola en uno de los más pequeños, fumando un cigarrillo y concentrándose.

-Averigüe a quién representa y hasta dónde están dispuestos a llegar -le dijo.

«Tenemos treinta y ocho inerciales parados», reflexionó. «Con un poco de suerte los embarcaremos a casi todos en este asunto y a lo mejor descubrimos dónde se ha metido toda la recontramaldita pandilla de listillos de Hollis».

Regresó al despacho y se sentó de nuevo tras su escritorio.

-Si se les han infiltrado telépatas en la operación -dijo, juntando las manos y mirando a la señorita Wirt-, lo mejor que pueden hacer es afrontar los hechos y admitir la evidencia de que la operación en si ya no es ningún secreto, independientemente de que hayan conseguido o no información de carácter estrictamente técnico. Entonces, ¿por qué no me dice de qué proyecto se trata?

La señorita Wirt, dubitativa, respondió:

-No sé en qué consiste el proyecto.

-¿Ni dónde está situado?

-Tampoco. -Meneó la cabeza.

-¿Sabe usted para quién trabaja? -preguntó Runciter.

-Trabajo para una empresa subsidiaria que él, mi jefe, controla financieramente. Conozco a mi superior inmediato: es un tal señor Shepard Howard, pero no me han dicho nunca a quién representa.

-Si les proporcionamos los inerciales que ustedes necesitan, ¿podremos saber dónde les envían?

-Probablemente no.

-Supongamos que no vuelven.

-¿Por qué no habrían de volver? Los tendrá aquí en cuanto terminen el trabajo de descontaminación.

-Todo el mundo sabe que los hombres de Hollis han matado a más de un inercial enviado a neutralizarles -dijo Runciter-. La protección de la vida de mis hombres es mi principal responsabilidad y no puedo cumplir con ella si no sé dónde están.

El microaltavoz que llevaba oculto en la oreja izquierda lanzó un zumbido y Runciter escuchó la voz pausada de Nina Freede, audible únicamente para él.

«La señorita Wirt actúa en nombre de Stanton Mick. Es su persona de confianza. El tal Shepard Howard no existe. El proyecto en cuestión está localizado inicialmente en Luna. Tiene que ver con *Techprise*, que es el Departamento de Investigación de Mick; el patrimonio está puesto a nombre de ella. No está al corriente de los detalles técnicos; Mick no le facilita ninguna clase de evaluación científica o información sobre la marcha de los trabajos, lo cual le sienta muy mal. De todos modos, ha conseguido hacerse una idea de la consistencia del proyecto a base de lo que le han dicho otras personas del grupo de Mick. Aceptando que esas informaciones de segunda mano sean correctas, puede decirse que el proyecto lunar consiste en un sistema revolucionario de transporte interestelar de bajo costo, capaz de acercarse a la velocidad de la luz y que podría ser alquilado a cualquier grupo político o étnico que disponga de un mínimo de recursos. Parece ser que Mick sostiene que este sistema de desplazamiento posibilitará masivamente las empresas de colonización, que así dejarán de ser monopolizadas por unos pocos Gobiernos».

Nina Freede cortó la transmisión y Runciter se arrellanó en su sillón giratorio de castaño y cuero para reflexionar.

-¿En qué piensa? -preguntó alegremente la señorita Wirt.

-Me estaba preguntando si están ustedes en situación de hacerse con nuestros servicios. No dispongo de datos y sólo puedo hacer un cálculo aproximado del número de inerciales necesarios, pero... podrían llegar a cuarenta -respondió Runciter sabiendo perfectamente que Stanton Mick podía permitirse contratar, o hallar el modo de que alguien contratara en su nombre, un número ilimitado de inerciales.

-Cuarenta -repitió la señorita Wirt-. No está mal.

-Cuantos más empleemos, antes liquidaremos el trabajo. Ya que tienen prisa, haremos que se instalen todos a la vez. Así que, si está usted autorizada a firmar un contrato en nombre de su superior y a pagar un anticipo ahora mismo -apuntó a la mujer con un dedo índice firme y severo, pero ella no se inmutó-, podremos disponerlo todo en menos de setenta y dos horas. -La observó, expectante.

El microaltavoz de su oído susurró:

«Como propietaria de *Techprise* tiene plenos poderes. Legalmente, puede obligar a su empresa por una cantidad igual a su propio valor total. En este momento está calculando a cuánto subiría éste, puesto en el mercado». Hubo una pausa. «Ha decidido que serían varios billones de contacreds. Pero se resiste a hacer lo que le propone; no le gusta la idea de comprometerse en la firma de un contrato y en el pago de un anticipo. Preferiría que lo hicieran los abogados de Mick, aunque ello significara un retraso de varios días».

«Pero tienen prisa», pensó Runciter. «Eso dice, al menos».

El microaltavoz respondió:

«Intuye que usted sabe, o adivina, a quién representa. Y teme que como consecuencia le aumente la tarifa. Mick está al tanto de su reputación; él mismo se considera el primer nombre mundial. Trabaja de esta forma, con alguien o alguna empresa que le sirve de tapadera. Por otro lado, necesitan todos los inerciales que puedan conseguir y ya se han resignado a que todo esto les salga enormemente caro».

-Cuarenta inerciales -dijo Runciter con aire indolente. Tomó una cuartilla que estaba dispuesta a tal efecto sobre su mesa y garabateó en ella-. A ver: seis veces cincuenta veces tres por cuarenta.

La señorita Wirt, todavía con la sonrisa de felicidad congelada en el rostro, esperaba con visible ansiedad.

-Me gustaría saber quién le ha pagado a Hollis para que meta a sus hombres en el proyecto de ustedes -murmuró Runciter.

-Eso es lo de menos, ¿no cree? Lo que cuenta es que están allí -dijo la señorita Wirt.

-A veces no llegamos a descubrirlo, aunque como usted dice, eso es lo de menos. Es como cuando se le meten las hormigas en la cocina: uno no se pregunta por qué están dentro simplemente busca la forma de echarlas.

Había llegado al final de su cálculo de los costes. La cifra era enorme.

-Creo que... Creo que tendré que pensarlo, -dijo la señorita Wirt alzando la mirada de la escandalosa cifra y haciendo ademán de levantarse-. ¿No hay un despacho donde pueda estar sola un rato y llamar al señor Howard si es necesario?

Runciter, poniéndose en pie, dijo:

-No es muy frecuente que una organización de previsión tenga tantos inerciales disponibles en un momento dado. Si espera mucho, la situación puede cambiar. Si los quiere es mejor que no se entretenga.

-¿De veras cree que hacen falta tantos inerciales?

Tomándola del brazo, Runciter condujo a la señorita Wirt a través del vestíbulo y la hizo pasar a la sala de mapas de la empresa.

-Aquí tiene usted la posición de todos nuestros inerciales y los de las otras compañías. El mapa muestra, o intenta mostrar, además, la posición de todos los psicos de Hollis. -Contó aplicadamente las identichapas de psicos que habían sido retiradas una a una del mapa, terminando por la última, la de S. Dole Melipone-. Sé dónde están -le dijo a la señorita Wirt que había perdido su sonrisa mecánica al comprender el significado de las chapas dejadas al margen. Tomando la húmeda mano de la mujer, le deslizó la de S. Dole Melipone entre los dedos y se la hizo cerrar-. Puede quedarse aquí a meditar. Ahí tiene un videófono. No la molestarán; yo estaré en mi despacho, por si me necesita.

Salió de la sala de mapas, pensativo. No sabía realmente si era en el proyecto de Stanton Mick donde se habían metido todos aquellos psicos desaparecidos, pero era muy posible. Además, Stanton Mick había soslayado el trámite habitual de efectuar una prueba objetiva. Por lo tanto, si Mick terminaba contratando más inerciales de los necesarios sería únicamente culpa suya.

En términos estrictamente legales, la Empresa Runciter Asociados venía obligada a notificar a la Sociedad que habían sido localizados algunos de los psicos desaparecidos, ya que no todos. Pero Runciter disponía de cinco días para presentar la notificación... y decidió esperar al último. Una oportunidad semejante de hacer un buen negocio sólo se presentaba una vez en la vida.

-Señora Frick -dijo entrando en el despacho de su secretaria-, prepáreme un contrato de trabajo para cuarenta... -No terminó la frase.

Al fondo de la habitación había dos personas sentadas. El hombre, Joe Chip, demacrado, taciturno y más melancólico que de costumbre; a su lado se hallaba cómodamente aposentada una muchacha de largas piernas y negro cabello ondulado, del mismo color de sus brillantes

ojos. Su belleza intensa y purísima iluminaba aquella parte de la estancia. Un extraño hálito rodeaba a la muchacha. Era como si se resistiera a ser atractiva, pensó Runciter, y no le gustara la suavidad de su propia piel y la profunda calidad sensual, carnosa, de sus labios.

«Parece que acaba de levantarse de la cama. Todavía desarreglada, como irritada de que sea de día, o de que el sol salga cada día».

Acercándose a los dos, Runciter dijo:

-Deduzco que G.G. ha vuelto a Topeka.

-Esta es Pat -dijo Joe Chip-. Nada de apellidos.

Le hizo una seña a Runciter y suspiró. Flotaba alrededor de su persona una atmósfera de derrota y sin embargo no parecía haberse dado por vencido. Bajo la resignación se escondía un vago y maltratado resto de vitalidad; a Runciter le pareció que se podía acusar a Joe de fingir aquel abatimiento espiritual: en realidad no había nada de eso.

-¿Anti qué? -preguntó a la chica, que seguía tumbada en la butaca con las piernas extendidas.

-Anticetogénesis -murmuró ella.

-¿Y eso qué significa?

-Prevención de la cetosis -explicó la chica con aire ausente-, como cuando le administran glucosa a uno.

-Explícame de qué va -dijo Runciter a Joe.

-Muéstrele la hoja de pruebas al señor Runciter -indicó Joe a la muchacha.

La joven alargó el brazo para revolver en el interior de su bolso, de donde sacó una de las arrugadas cuartillas amarillas de Joe. La desdobló, le echó un breve vistazo y la pasó a Runciter.

-Impresionante. ¿Tan buena es? -preguntó éste a Joe. Vio entonces las dos aspas subrayadas, símbolo de sospecha, o más bien de acusación de falsedad.

-Lo mejor que he visto -dijo Joe.

-Venga a mi despacho -dijo Runciter a la muchacha. Echó a andar y ambos le siguieron.

La rechoncha señorita Wirt apareció de repente, sin aliento y moviendo los ojos de un lado para otro.

-He hablado con el señor Howard y tengo instrucciones -comunicó a Runciter. Se interrumpió un momento al ver a Joe Chip y a la joven, pero continuó-: El señor Howard desea que establezcamos ahora mismo el acuerdo. ¿Lo hacemos ya? No hace falta que insista sobre la importancia del factor tiempo en todo esto. -Volvió a exhibir su vítrea y decidida sonrisa-. ¿Les importa esperar? -preguntó a los otros dos-. El asunto que tenemos entre manos el señor Runciter y yo, tiene prioridad.

Pat, mirándola, dejó oír una apagada risita de desdén.

-Tendrá que esperar, señorita Wirt -dijo Runciter con un principio de temor que aumentó al mirar primero a Pat y luego a Joe-. Tome asiento, señorita Wirt -dijo, indicándole una de las butacas de la antesala del despacho.

La señorita Wirt dijo:

-Ya puedo decirle con exactitud cuántos inerciales vamos a necesitar, señor Runciter. El señor Howard cree estar en situación de hacer una evaluación precisa de nuestras necesidades, una determinación clara de la consistencia de nuestro problema.

-¿Cuántos? -preguntó Runciter.

-Once -respondió la señorita Wirt.

-En seguida firmamos el contrato, tan pronto termine de atender a estos señores -dijo Runciter. Con un gesto de su vasta mano hizo pasar a Joe y la muchacha al interior del despacho, cerró la puerta y se sentó-. No lo van a conseguir. Con once, no lo van a conseguir. Ni con quince, ni con veinte -dijo, dirigiéndose a Joe-, especialmente teniendo a S. Dole Melipone en el bando contrario. -Se sentía a la vez fatigado y asustado-. Esta señorita debe de ser el posible fichaje que G.G. descubrió en Topeka, ¿verdad? ¿Cree usted que debemos contratarla? ¿Están de acuerdo los dos, G.G. Y usted? Si es así, la contrataremos,

naturalmente. -«A lo mejor la cedo a Mick; podría ser uno de los once», pensó-. Por de pronto, nadie me ha dicho aún qué facultad psi neutraliza.

-Me ha dicho la señora Frick que acaba usted de regresar de Zurich -dijo Joe-; ¿qué le aconsejó Ella?

-Más anuncios. Por televisión. Uno cada hora -respondió Runciter.

Se volvió hacia el intercomunicador y dijo:

-Señora Frick, prepáreme un acuerdo de empleo entre nosotros y Fulanita de Tal; haga constar el sueldo inicial que fijó el Sindicato en diciembre pasado y también...

-¿A cuánto asciende ese sueldo inicial? -preguntó Pat con un acento en su voz que dejaba traslucir un cierto recelo.

Runciter la miró fijamente.

-Ni tan siquiera sé todavía qué es lo que sabe hacer.

-Es como la precognición, Glen, pero de otra forma -intervino Joe Chip. No entró en detalles; parecía agotado, como uno de aquellos viejos relojes a pilas.

-¿Se le puede dar ya un trabajo? -le preguntó Runciter-. ¿O será de las que necesitan que nos ocupemos a fondo de ella y luego hay que esperar a que rinda? Tenemos casi cuarenta inerciales parados y ahora contratamos a otro. Cuarenta menos once, supongo. Veintinueve empleados completamente ociosos, cobrando todos el sueldo íntegro mientras se pasan el día sentados tocándose las narices. No sé, Joe, no sé... Quizá deberíamos despedir a todos los informadores en peso. De cualquier modo, creo que he dado con el resto de los psicos de Hollis. Ya le contaré. -Volvió a hablar por el intercomunicador-: Señora Frick, haga constar también que podemos despedir a Fulanita de Tal sin previo aviso y sin indemnización o compensación de ningún tipo; y que durante los primeros noventa días no tendrá derecho a los beneficios de seguro de enfermedad. -Dirigiéndose a Pat, explicó-: El sueldo inicial es de cuatrocientos creds al mes, en todos los casos, sobre la base de veinte horas a la semana. Tendrá que afiliarse a un Sindicato, el de *Trabajadores de Minería, Forja y Fundición*, que es el que dio entrada hace tres años a todos los empleados de las organizaciones de previsión. Yo no tengo nada que ver con él.

-Gano más cuidando de los enlaces videofónicos en el Kibutz de Topeka -dijo Pat-. Su informador, el señor Ashwood, me dijo que...

-Nuestros informadores mienten -repuso Runciter-. Y además, lo que digan nuestros informadores no nos compromete legalmente a nada. Esto es igual para todas las organizaciones de previsión.

Se abrió la puerta del despacho y entró con paso vacilante la señora Frick, llevando en la mano el documento mecanografiado del acuerdo.

-Gracias, señora Frick -dijo Runciter al recibir los papeles-. Tengo congelada a mi esposa, una mujer de veinte años -explicó a sus dos acompañantes-; es una mujer muy hermosa y cada vez que habla conmigo viene un chiquillo entrometido que se llama Jory y la aparta de la comunicación; acabo hablando con él en lugar de ella. La pobre Ella, congelada en su semivida y apagándose lentamente, y yo aquí, sin nadie a quien mirar en todo el día más que esa bruja que tengo por secretaria.

Contempló a la muchacha, deteniéndose en su cabello negro y espeso y su boca sensual; sintió en su interior el despertar de desolados anhelos, deseos inútiles y nebulosos que no conducían a ninguna parte y volvían vacíos a él, completando un círculo perfecto.

-Firmaré -dijo Pat, extendiendo el brazo para coger la pluma de encima del escritorio.

5

«No puedo ir al almuerzo de trabajo. Helen: tengo el estómago hecho polvo». «¡Te voy a dar Ubik! ¡Ubik te pondrá en forma para la lucha diaria!». Tomado según las instrucciones, Ubik alivia en escasos segundos la jaqueca y el dolor de estómago. Tenga

siempre Ubik a mano. Evite su uso prolongado.

Durante los largos días de ocio forzoso, la antitelépata Tippy Jackson solía dormir hasta después de mediodía. Un electrodo estimulador implantado en su cerebro le inducía un sueño REM, por lo cual, mientras permanecía arrebujada en las sábanas de percal de su cama, tenía mucho qué hacer.

En aquel preciso momento, el estado de sueño artificial estaba centrado en un mítico empleado de Hollis dotado de desmesurados poderes psiónicos. Uno de cada dos inerciales del Sistema Sol se había entregado o había sido fundido en grasa de cerdo. Por eliminación, la tarea de anular el campo generado por aquel ser sobrenatural había terminado correspondiéndole a ella.

-No logro ser el de siempre cuando usted ronda cerca -manifestó su nebuloso antagonista, con una salvaje expresión de odio en el rostro que le daba todo el aspecto de una ardilla psicótica.

En el sueño, Tippy respondió:

-Es posible que la definición de su autosistema carezca de verdaderos límites. Ha erigido usted una estructura de personalidad más bien precaria, a base de elementos inconscientes sobre los que no ejerce control alguno. Por eso se siente amenazado por mi.

-¿No será usted empleada de alguna organización de previsión? -preguntó el telépata de Hollis mirando nerviosamente a su alrededor.

-Si posee usted las asombrosas facultades de que presume, podrá averiguarlo leyéndome el pensamiento -dijo decididamente Tippy.

-No puedo, he perdido la facultad de hacerlo -dijo el telépata-. Será mejor que hable con mi hermano Bill. Ven, Bill; habla con esta señora. ¿Te gusta esta señora?

Bill, vestido más o menos como su hermano el telépata, dijo:

-Si, me gusta mucho porque yo soy precognitor y ella no me afecta. -Dio un saltito y sonrió con una mueca que puso al descubierto una hilera de grandes dientes amarillentos, romos como palas-. «Yo, groseramente construido, privado de esta bella proporción, desprovisto de todo encanto por la pérfida Naturaleza...». -Se detuvo, arrugando la frente, y preguntó a su hermano-: ¿Qué viene ahora, Matt?

-«Deforme, sin acabar, enviado antes de tiempo a este latente mundo, terminado a medias...» -dijo Matt, el telépata ardillesco, rascándose el cuero cabelludo con aire meditativo.

-Ah, sí, ya recuerdo -dijo el precognitor meneando la cabeza-: «Y eso tan imperfectamente y fuera de moda, que los perros me ladran cuando me paro ante ellos». Es de *«Ricardo Tercero»* -explicó a Tippy. Los dos hermanos soltaron la misma risita. Tenían romos hasta los incisivos, como si se alimentaran de semillas crudas.

-¿Y eso qué significa? -preguntó Tippy.

-Significa que la vamos a cazar -respondieron Matt y Bill al unísono.

Sonó el videófono y Tippy se despertó.

Se acercó tambaleante al aparato, desorientada por una nube de burbujas de colores que flotaba ante sus ojos parpadeantes, levantó la palanca de escucha:

-Diga.

«Me estoy convirtiendo en una planta. Dios mío, qué tarde es», pensó al ver el reloj. El rostro de Glen Runciter apareció en la pantalla. Manteniéndose fuera del campo del objetivo del videófono, Tippy dijo:

-Hola, señor Runciter. ¿Hay algo para mí? ¿Ha salido algún trabajo?

-Me alegro de encontrarla, señora Jackson -dijo Runciter-. Estamos formando un grupo bajo la dirección de Joe Chip y mía. Once en total, con trabajo serio y en firme para los que elijamos. Hemos examinado los historiales de todos nuestros empleados. Joe considera que el de usted es bueno y yo me inclino a compartir esa opinión. ¿Cuánto tiempo necesita para bajar aquí? -El tono de su voz parecía optimista, pero el rostro que se veía en la diminuta pantalla daba muestras de fatiga y tensión.

Tippy dijo:

-Supongo que habrá que irse a vivir a...

-Sí, tendrá que hacer las maletas -dijo Runciter, que le soltó inmediatamente una breve reprimenda-: Cada uno de nosotros está obligado a tener las maletas hechas y estar dispuesto para salir en cualquier momento; es una regla fundamental que no quiero que nadie infrinja, especialmente en casos como éste, en los que interviene el factor tiempo.

-Ya tengo las maletas hechas. Estaré en la oficina de Nueva York dentro de un cuarto de hora. Todo lo que he de hacer es dejarle una nota a mi marido, que está trabajando.

-Muy bien, de acuerdo -dijo Runciter con aire preocupado. Probablemente miraba ya el siguiente nombre de la lista-. Adiós, señora Jackson.

«Qué sueño tan extraño», pensó Tippy mientras se quitaba el pijama para ir apresuradamente al dormitorio a vestirse. «¿De dónde dijeron Matt y Bill que habían sacado aquello que recitaban?». De *«Ricardo Tercero»*, recordó, viendo de nuevo, en su mente, los dientes grandes y planos de las dos cabezas idénticas, protuberantes, rematadas por penachos de cabello rojizo que les crecían en la cima como matojos. «No recuerdo haber leído *«Ricardo Tercero»*. En todo caso, si lo he hecho habrá sido hace muchos años, cuando niña».

Se preguntó cómo era posible que alguien soñara versos que no había oído nunca. «Quizás había un telépata que me estaba afectando mientras dormía, o un telépata y un precognitor en acción combinada, como los que he visto en el sueño. No sería mala idea preguntar a los del Departamento de Investigación si por remota casualidad Hollis tiene entre sus empleados al equipo que forman dos hermanos llamados Matt y Bill».

Perpleja e intranquila, empezó a vestirse tan deprisa como podía.

Reclinándose en su sillón, Glen Runciter encendió un habano *Cuesta Rey Palma Supremo*, pulsó un botón del intercomunicador y dijo:

-Señora Frick, prepare un cheque de regalo por valor de cien contacreds a nombre de G.G. Ashwood.

-Si, señor Runciter.

Runciter miró a Ashwood, que deambulaba con nerviosismo de maníaco por el amplio despacho, irritándole con el crujir de sus zapatos en el parquet de madera auténtica.

-Parece que Joe Chip no es capaz de explicarme lo que hace la chica -dijo Runciter.

-Joe Chip es un memo -dijo G.G.

-¿Qué es eso de que la tal Pat retroceda en el tiempo y no haya nadie más capaz de hacerlo? Apuesto a que no se trata de ninguna facultad nueva; sólo que a ustedes, los informadores, les habrá pasado por alto hasta hoy. Sea como sea, no resulta lógico que la contrate una organización de previsión: posee una cierta facultad, no una antifacultad. Y nosotros sólo...

-Como le he explicado, y como Joe hizo constar en su informe, deja fuera de combate a los precognitores.

-Pero eso es un simple efecto colateral -reflexionó Runciter-. Joe cree que es peligrosa, no sé por qué.

-¿Se lo ha preguntado?

-Murmuró no sé que, como de costumbre. Joe no tiene nunca explicaciones, sino presentimientos -dijo Runciter-. Por otro lado quiere que tome parte en la operación Mick. -Se inclinó hacia delante, hurgó en el montón de documentos del Departamento de Personal que había encima de la mesa y los puso en orden-. Dígale a Joe que venga, a ver si ya tenemos formado el grupo de once. -Consultó el reloj-. Ya deberían estar aquí. Si esa chica es tan peligrosa como dice, es una locura incluirla en el grupo, se lo voy a decir a Joe. ¿No haría usted lo mismo, G.G.?

-Tiene un asuntillo con ella -dijo G.G.

-¿Qué clase de asuntillo?

-Sexual.

Librodot

-Joe no se entiende sexualmente con nadie. Nina Freede le leyó el pensamiento el otro día y no tiene dinero ni para eso.

La puerta del despacho se abrió y la señora Frick avanzó titubeante con el cheque en la mano para que Runciter lo firmara. Mientras lo hacía. Runciter dijo:

-Ya sé por qué quiere que intervenga en la operación de Mick: para vigilarla. Él también va; pese a lo que estipuló el cliente, va a medir el campo psi. Hemos de saber a qué nos enfrentamos. Gracias, señora Frick.

Le hizo un ademán y tendió el cheque a Ashwood.

-Supongamos que no medimos primero el campo psi y luego resulta que es demasiado intenso para nuestros inerciales. ¿De quién es la culpa?

-Nuestra -respondió G.G.

-Ya les dije que once no bastaban. Les damos los mejores que tenemos, hacemos todo lo que podemos. Al fin y al cabo, hacernos con el contrato de Stanton Mick es algo muy importante para nosotros. Pero resulta sorprendente que una persona tan rica y poderosa como Mick puede ser tan miope y tan mezquina. Señora Frick, ¿está Joe Chip ahí fuera?

-El señor Chip está en la oficina de fuera con varias personas más -respondió la secretaria.

-¿Cuántas? ¿Diez, once?

-Por ahí andará, señor Runciter: unas diez o doce.

Dirigiéndose a G.G. Ashwood, Runciter dijo:

-Será el grupo. Quiero verles a todos juntos antes de que salgan para Luna. Hágales pasar, señora Frick -ordenó, lanzando una enérgica bocanada de humo de su verde cigarro.

La señora Frick dio media vuelta y salió.

-Ya sabemos que individualmente trabajan muy bien: está escrito en estos papeles -dijo Runciter a G.G. hojeando los documentos que tenía sobre la mesa-. Pero ¿y en equipo? ¿Qué dimensiones tendrá el contracampo poliencefálico que generen juntos? Píenselo, G.G., eso es lo que realmente hay que preguntarse.

-El tiempo lo dirá -dijo Ashwood.

-Llevo mucho tiempo en este negocio -dijo Runciter en tanto entraban varias personas en fila: Ésta es mi contribución a la civilización contemporánea.

-Por decirlo en pocas palabras, es usted un policía que salvaguarda la vida privada de gente -dijo G.G.

-¿Sabe lo que dice Ray Hollis de nosotros? Dice que queremos dar marcha atrás al reloj.

Runciter observó a los individuos que iban llenando el despacho. Se mantenían muy juntos y en silencio; esperaban que dijese algo. «Vaya una pandilla de saldos», pensó con pesimismo. Había una chica flaca como un palo, con gafas y cabello lacio amarillo limón, que llevaba un sombrero de *cowboy*, mantilla negra de ganchillo y pantalones cortos: debía de ser Edie Dorn. A su lado, una mujer mayor, morena y atractiva, con los ojos hundidos bajo una capa de cosméticos, vestida con un sari de seda, cinturón de judoka de nylon y calcetines cortos: Francy Comoselllame, una esquizofrénica cíclica que sostenía que de vez en cuando aterrizaban en el tejado de su casa unos seres amables y sentimentales procedentes de Betelgeuse. Había un adolescente de pelo rizado, envuelto en una nube de superioridad cínica y orgullosa; vestía una camisa floreada y bombachos de espándex. Runciter no le había visto nunca antes. Contó cinco hembras y cinco varones. Faltaba alguien.

Entró entonces Patricia Conley, con aire reconcentrado y tenso. Era la que hacía once: el grupo estaba completo.

-Veo que ha llegado a tiempo, señora Jackson -dijo Runciter a la dama hombruna, treintañera y de tez arenosa que vestía pantalones de lana de vicuña de imitación y una camiseta en la que se veía la efigie descolorida de Bertrand Russell-. A pesar de que la avisé en último lugar, es la que ha tardado menos.

Tippy Jackson desplegó una sonrisa anémica y grisácea.

Runciter se puso en pie, les invitó a sentarse y tras indicarles que podían fumar si querían, empezó a hablar:

-A algunos de ustedes ya les conozco. Por ejemplo, a usted, señorita Dorn; el señor Chip y yo la hemos elegido en atención a su destacada labor ante S. Dole Melipone.

-Gracias, señor Runciter -dijo Edie Dorn con una tímida vocecita de avispa, ruborizándose y fijando dos ojos como naranjas en la pared que tenía enfrente-. Es estupendo tomar parte en esta nueva empresa -añadió sin demasiada convicción.

-¿Quién de ustedes es Al Hammond? -preguntó Runciter consultando sus papeles.

Un negro muy alto, demasiado alto, de hombros caídos y una expresión amable en el rostro alargado hizo un gesto para identificarse.

-No tenía el gusto de conocerle -dijo Runciter consultando su expediente- aunque, siendo usted el más destacado de nuestros antiprecognitores, debería haber tenido más de una ocasión. ¿Cuántos antiprecognitores más hay entre ustedes? -Aparecieron otras tres manos-. Ustedes cuatro van a beneficiarse en grado sumo de la oportunidad de conocer y trabajar con el más reciente descubrimiento de G.G. Ashwood, la señorita Conley, que posee un nuevo sistema de neutralizar precognitores. Quizá la misma señorita Conley tendrá la bondad de describírnoslo. -Señaló a Pat con un gesto de la cabeza.

Y se encontró de pie ante un escaparate de la Quinta Avenida. Era el de una tienda de numismática y él estaba observando detenidamente un dólar de oro, preguntándose si podría permitirse añadirlo a su colección.

«¿Qué colección?», se preguntó desconcertado. «Si yo no colecciono monedas. ¿Qué hago aquí? ¿Y cuántas horas llevo mirando escaparates cuando debería estar en mi despacho supervisando... supervisando...?». No podía recordar lo que supervisaba. Era un negocio de un cierto tipo, que tenía algo que ver con gente dotada de algunas habilidades particulares. Cerró los ojos, tratando de concentrarse. «No tuve que dejarlo el año pasado por culpa de un infarto», recordó. «Pero estaba allí, en mi despacho, hace unos pocos segundos, hablando de un nuevo proyecto con un grupo de gente. Ya no está: lo que yo levanté ya no está», pensó en plena ofuscación.

Abrió los ojos y se vio de nuevo en su despacho. Ante él estaban G.G. Ashwood, Joe Chip y una muchacha morena, intensamente atractiva, cuyo nombre no recordaba. Por razones que no alcanzaba a comprender, le sorprendió que no hubiera nadie más en la sala.

-Señor Runciter -dijo Joe Chip-, le presento a Patricia Conley.

-Encantada de conocerle al fin, señor Runciter -dijo la muchacha. Soltó una carcajada y sus ojos lanzaron un destello exultante. Runciter no sabía por qué.

«Le ha hecho algo», comprendió Joe Chip.

-Pat, no pondría la mano en el fuego pero creo que aquí las cosas son diferentes -dijo, lanzando en derredor una mirada de interrogación.

El despacho ofrecía el aspecto de siempre: la alfombra demasiado estridente, los objetos artísticos heterogéneos de siempre, las mismas pinturas originales y sin ningún mérito... Tampoco Glen Runciter había cambiado: desordenado su cabello gris, meditativo el rostro, le devolvió la mirada. También él parecía perplejo. Cerca de la ventana, G.G. Ashwood, se encogió de hombros con indiferencia. Era evidente que no veía nada anormal.

-Nada ha cambiado -dijo Pat.

-*Todo* ha cambiado -le dijo Joe-. Debes de haber retrocedido en el tiempo y nos has puesto en otro rumbo. No puedo demostrarlo ni precisar la naturaleza de los cambios, pero...

-Nada de peleas matrimoniales en horas de oficina -dijo Runciter frunciendo el ceño.

-¿Peleas matrimoniales? -preguntó Joe, desconcertado. Vio entonces el anillo que llevaba Pat en el dedo; era de plata labrada y jade, y recordó haberla ayudado a elegirlo.

«Fue dos días antes de casarnos», pensó. «De eso hace cerca de un año. Entonces pasaba muchos apuros de dinero, pero ahora las cosas han cambiado: Pat, con su sueldo y su espíritu ahorrativo, las ha arreglado para siempre».

-Bien, a lo que íbamos -intervino Runciter-: cada uno de nosotros debe tratar de responder a esta pregunta: ¿por qué acudió Stanton Mick a otra organización de previsión y no a la nuestra? En pura lógica, deberíamos haber conseguido el contrato: somos los mejores del

ramo y además estamos radicados en Nueva York, donde Mick prefiere trabajar. ¿Tiene usted alguna teoría al respecto, señora Chip? -preguntó, mirando a Pat con aire esperanzado. La muchacha preguntó a su vez:

-¿De veras quiere saberlo, señor Runciter?

-Sí, me gustaría mucho -respondió él asintiendo con vehemencia.

-Fui yo. Yo hice que fuera a otra compañía.

-¿Cómo?

-Con mi facultad.

-¿Qué facultad? Usted no posee ninguna facultad; usted es la mujer de Joe Chip -repuso Runciter.

Desde la ventana, G.G. Ashwood dijo a la joven:

-Usted ha venido aquí para almorzar con Joe y conmigo.

-Es cierto: posee una facultad -dijo Joe.

Intentó recordar cuál, pero todo se le hacía borroso; el recuerdo se desvanecía apenas evocado, pese a sus esfuerzos para reavivarlo. «Otro curso del tiempo, el pasado», pensó. Sus recuerdos terminaban ahí: más allá de aquello, no vislumbraba nada. «Mi mujer es un caso único; es la única persona en la Tierra que puede hacer lo que hace», pensó. «En tal caso, ¿por qué no trabaja para Runciter Asociados? *Aquí pasa algo».*

-¿Le ha hecho alguna medición? -le preguntó Runciter-. Es su obligación, ¿no? Se diría que sí lo ha hecho; parece usted muy seguro de lo que dice.

-No estoy muy seguro de lo que digo, pero sí estoy seguro de lo que dice ella -respondió Joe-. Traeré mi instrumental de pruebas y veremos qué clase de campo crea.

-Vamos, Joe; si su esposa poseyera alguna facultad o antifacultad se la habría medido hace un año por lo menos. No me diga que lo va a descubrir ahora -dijo Runciter con irritación. Pulsó un botón del intercomunicador-: ¿Personal? ¿Tenemos alguna ficha a nombre de la señora Chip, Patricia Chip?

Tras una pausa, el intercomunicador respondió:

-Ninguna a este nombre, señor Runciter. Quizá por el de soltera...

-Conley, Patricia Conley -dijo Joe.

Hubo una nueva pausa.

-Sobre la señorita Patricia Conley tenemos dos textos: un informe inicial del señor Ashwood y los resultados de las pruebas efectuadas por el señor Chip. -Por una ranura del intercomunicador aparecieron las copias de los dos documentos.

Mientras examinaba con aire preocupada los hallazgos de Joe Chip, Runciter dijo:

-Venga aquí, Joe: será mejor que vea esto.

Posó el índice en el papel y Joe, que se había puesto a su lado, vio las dos aspas subrayadas; se miraron el uno al otro y luego miraron ambos a Pat.

-Ya sé lo que pone ahí -dijo Pat con aplomo- «Posee una capacidad increíble. Su campo anti-psi es algo nunca visto». -Se concentró, tratando a todas luces de recordar la frase exacta-: «Podría anular a todo...».

-Habíamos conseguido el contrato de Mick -dijo de súbito Runciter a Joe Chip-; tenía aquí a un grupo de once inerciales y entonces le sugerí a ella que...

-Que le demostrara al resto del grupo lo que sabía hacer -dijo Joe-. Y lo hizo; hizo exactamente eso. Y mi evaluación era acertada. -Señaló con el índice la señal de peligro que había al pie de la hoja-. Mi propia esposa -dijo.

-Yo no soy su esposa -dijo Pat-. También cambié eso. ¿Quieren que todo vuelva a ser como antes, incluso en los detalles? Lo haré, aunque eso no servirá de mucho a sus inerciales. De todos modos no se habrán enterado de nada, a menos que alguno haya retenido algún vestigio de recuerdo, como ha hecho Joe, aunque ahora ya debería de haberse borrado.

Runciter dijo con aspereza:

-Me gustaría volver a verme con el contrato de Mick en el bolsillo. Por lo menos eso.

-Cuando los descubro, los descubro -dijo G.G. Ashwood, que había vuelto a sus tristezas.

-Sí, no puede negarse que tiene usted olfato para los grandes talentos -dijo Runciter.

El intercomunicador lanzó un zumbido y se oyó temblar la estridente voz de la señora Frick:

-Hay aquí un grupo de inerciales que desea verle, señor Runciter. Dicen que usted les ha convocado a propósito de un nuevo proyecto de trabajo en equipo. ¿Puede recibirles?

-Hágales pasar -dijo Runciter.

-Me guardaré el anillo -dijo Pat, exhibiendo la alianza de jade y plata que ella y Joe habían elegido en otro curso temporal; era todo lo que iba a conservar de aquel mundo alternativo. Joe se preguntó si no habría conservado además algún vínculo legal. Esperaba que no fuera así, pero optó por un prudente silencio: era mejor no mencionarlo siquiera.

Se abrió la puerta del despacho y los inerciales fueron entrando por parejas. Estuvieron un momento de pie, indecisos, y tomaron asiento frente a la mesa de Runciter. Éste les observó detenidamente y luego manoseó el revoltijo de documentos que tenía sobre la mesa; era obvio que quería comprobar si Pat había alterado en algo la composición del grupo.

-¿Edie Dorn? Si, ya veo que está. -Runciter la miró, y miró después al hombre que se sentaba junto a ella-. ¿Hammond? Sí, Hammond. ¿Tippy Jackson? -inquirió.

-He venido tan aprisa como he podido -dijo la señora Jackson-; no me ha dado usted mucho tiempo, señor Runciter.

-Jon Ild -dijo Runciter.

El adolescente de pelo rizado y revuelto lanzó un gruñido a modo de respuesta. Joe observó que su arrogancia se había atenuado: el muchacho le parecía ahora más bien introvertido, incluso un poco turbado.

«Me gustaría saber qué es lo que recuerda, qué es lo que recuerdan todos, juntos y por separado», pensó.

-Francesca Spanish -dijo Runciter.

La vistosa y agitanada mujer, que irradiaba una forma muy peculiar de agresividad, dijo a voz en grito:

-Durante los últimos minutos, mientras esperábamos en el despacho de fuera, señor Runciter, se me han aparecido unas misteriosas voces que me han dicho algunas cosas.

-¿Es usted Francesca Spanish? -preguntó Runciter, cargándose de paciencia. Parecía más fatigado que de costumbre.

-Sí, soy Francesca Spanish. Siempre lo he sido y siempre lo seré. -En su voz había un tono de total convicción-. ¿Me permite decirle lo que me han revelado las voces?

-Más tarde, quizá... -dijo Runciter, pasando a otro expediente.

-Tengo que decirlo -manifestó con voz vibrante la señorita Spanish.

-Muy bien; haremos una pausa de un par de minutos -concedió Runciter. Abrió un cajón de su escritorio y sacó de él una de sus píldoras de anfetamina, que engulló sin agua-. Oigamos lo que esas voces le han revelado, señorita Spanish. -Buscó la mirada de Joe y se encogió de hombros.

-Alguien nos acaba de transportar, a todos nosotros, a otro mundo -dijo la señorita Spanish-. Hemos vivido en él y finalmente alguna potencia espiritual vasta y omnicomprensiva nos ha restituido a nuestro verdadero universo, éste.

-Sería Pat. Pat Conley, que ha pasado hoy precisamente a formar parte de nuestra compañía -dijo Joe Chip.

-Tito Apostos, ¿está? -dijo Runciter, alargando el cuello para buscarle entre los que estaban sentados en la habitación.

Un hombre calvo que lucia una barbita de chivo se dio a conocer con un gesto. Llevaba unos anticuados bombachos de lamé dorado que, sin embargo, le daban una apariencia refinada. Quizás era debido a los botones en forma de huevo de su blusa de encaje verde alga, pero lo cierto era que todo él respiraba una imponente dignidad, una distinción muy poco común. Joe se sentía impresionado.

-Don Denny -dijo Runciter.

-Aquí, señor -declaró una voz atiplada; provenía de un individuo delgado y serio que estaba sentado muy tieso en su silla, con las manos sobre las rodillas. Llevaba un vestido tirolés de poliéster y zahones de vaquero sobre los cuales brillaban unas estrellas de hojalata. Se recogía el largo cabello con una redecilla y calzaba sandalias.

-Veo que es usted un antianimador -dijo Runciter consultando el correspondiente papel-; el único que utilizamos. -Se dirigió a Joe, diciendo-: No sé si le vamos a necesitar; quizá deberíamos poner en su lugar otro antitelépata. Cuantos más llevemos, mejor.

-Debemos cubrir todas las posibilidades, ya que no sabemos en qué nos vamos a meter -contestó Joe.

-Tiene usted razón -asintió Runciter-. Sammy Mundo.

Un joven de nariz roma en una cabeza pequeña y amelonada, vestido con maxifalda, alzó la mano en un gesto espasmódico que más parecía un tic; como si hubiera sido un reflejo de su anémico organismo, pensó Joe. Le conocía: Mundo aparentaba bastantes menos años que los de que en realidad tenía, al haberse detenido tiempo atrás sus procesos de crecimiento físico y mental. Técnicamente, Mundo poseía la inteligencia de un mosquito: sabía caminar, comer, lavarse e incluso, hasta cierto punto, hablar. Sin embargo, su habilidad antitelepática era considerable. Una vez eclipsó, él solo, a S. Dole Melipone; el boletín de la empresa no habló de otra cosa durante meses.

-Ah, sí, Mundo -dijo Runciter-. Ahora viene Wendy Wright.

Como siempre que se le presentaba la ocasión, Joe dirigió una larga y penetrante mirada a la mujer que, de haber sido capaz, habría hecho su amante o, mejor aún, su esposa. Le parecía imposible que Wendy Wright hubiera nacido de un útero, como todo el mundo. En su proximidad, se sentía como un crío sucio, maleducado y grasiento al que le hacía ruido el estómago y le silbaba la nariz. Cerca de ella cobraba una clara conciencia de los mecanismos físicos que le mantenían vivo: sentía en su interior todo un complejo de tubos, válvulas, compresores y correas de ventilador, obligado a traquetear en pos de una finalidad que de antemano estaba condenado a no alcanzar, enfrascado en una tarea destinada al fracaso. Viendo el rostro de ella, descubría el suyo como una máscara pintarrajeada; contemplar su cuerpo le hacía sentirse un tosco juguete de cuerda. Todo en Wendy poseía una coloración sutil, una luminosidad atenuada. Sus ojos, dos gemas verdes, lo miraban todo con impasibilidad: en ellos nunca había miedo, desprecio ni aversión. Aceptaba lo que veía. Solía aparentar calma, pero, más que eso, a Joe le admiraba su estabilidad, su frialdad, su ausencia de conflictos interiores. Parecía no conocer la tensión, la fatiga, la enfermedad y el desgaste físico. Tendría veinticinco o veintiséis años, pero no lograba imaginarla más joven y por supuesto nunca llegaría a parecer mayor: tenía demasiado dominio de sí misma y de la realidad externa.

-Aquí -dijo Wendy con suave aplomo.

Runciter hizo un gesto de aprobación:

-Muy bien, muy bien. Sólo queda Fred Zarsky. Debe de ser usted.

Detuvo la mirada en un sujeto de mediana edad, de carnes fláccidas y grandes pies, con el cabello engomado, la piel llena de barros y la nuez de Adán muy prominente. Se había puesto para la ocasión un atuendo informal color naranja.

-Acertó, ¿qué le parece? -dijo Zarsky conteniendo a duras penas la risa.

-Madre mía, y encima tener que llevar a un antiparacinético en el grupo, por si acaso... Bien, Zarsky: usted es el hombre. -Runciter, meneando la cabeza, dejó caer los documentos sobre la mesa y buscó su habano verde. Dirigiéndose a Joe, dijo-: Este es el grupo, más usted y yo. ¿Desea introducir algún cambio de última hora?

-No, estoy satisfecho.

-¿Considera usted que éste es el mejor grupo de inerciales que podemos formar? -le espetó sin ambages Runciter.

-Sí -respondió Joe.

-¿Serán capaces de medirse con los psicos de Hollis?

-Sí -mintió Joe.

Aquello no era nada por lo que osara poner la mano en el fuego.

Desde luego, no se trataba de nada sensato. En potencia, la capacidad de generación de un contracampo que poseían los once inerciales debía considerarse enorme, y sin embargo...

-¿Puedo robarle un minuto de su tiempo, señor Chip? -El señor Apostos, el hombre de la barbita de chivo y los resplandecientes pantalones de lamé dorado, asió a Chip por el brazo-. ¿Puedo comentar con usted una experiencia que tuve anoche? Creo que, hallándome en estado hipnagógico, establecí contacto con uno de los hombres de Hollis o quizá con dos: un telépata que evidentemente operaria en combinación con uno de sus precognitores. ¿Cree que debo informar de ello al señor Runciter? ¿Vale la pena?

Joe Chip miró dubitativamente a Runciter. Derrumbado en su queridísimo sillón, intentando volver a encender su habano, el anciano parecía terriblemente cansado. Tenía las mejillas hundidas.

-No, olvídelo -dijo Joe.

-Señoras y señores, vamos a salir para Luna -anunció Runciter alzando la voz por encima de los murmullos-. Seremos catorce en total: ustedes once, Zoe Wirt, la representante de nuestro cliente, Joe Chip y yo. Iremos en nuestra propia nave. -Sacó su anacrónico reloj de bolsillo de oro y lo consultó-. Las tres treinta. El *Pratfall II* nos recogerá en la azotea principal a las cuatro. -Cerró la tapa del reloj y se lo guardó en el bolsillo del fajin de seda-. Bueno, Joe, para bien o para mal ya estamos metidos de lleno en esto. Ojalá tuviéramos un precognitor en plantilla para que echase un vistazo antes de que fuéramos nosotros.

Su expresión y su tono de voz languidecieron bajo el peso de las preocupaciones y las inquietudes, bajo la carga ineludible de la responsabilidad y la vejez.

6

Nos hemos propuesto ofrecerle un afeitado distinto a todo lo que usted haya conocido. Creemos que ya es hora de que los rostros varoniles inspiren un poco de cariño. Con la nueva hoja continua autoenrollable Ubik de cromo suizo se acabaron los cortes, los rasguños y las irritaciones. Pruebe Ubik... y déjese querer. Atención: úselo según las instrucciones. Y con cuidado.

-Bienvenidos a Luna -dijo Zoe Wirt con aire risueño. Unas gafas triangulares de montura roja le agrandaban los ojos-. Permítanme transmitirles el saludo que el señor Howard dirige a todos y cada uno de ustedes, en especial al señor Glen Runciter, que ha puesto su organización -y a ustedes, concretamente- a nuestro servicio. Este conjunto hotelero subálveo, que ha sido decorado por Lada, la hija del señor Howard, una joven muy dotada para las actividades artísticas, se encuentra a trescientas yardas lineales de las instalaciones Industriales y de Investigación que, según el señor Howard, han sido invadidas. La presencia conjunta de todos ustedes en esta habitación, por tanto, debería ejercer ya una acción inhibidora de los poderes psíquicos de los agentes de Hollis; una idea que nos resulta especialmente grata a todos. -Hizo una pausa y observó detenidamente al grupo-. ¿Alguna pregunta?

Joe Chip, que trasteaba con su equipo de pruebas, no le hizo ningún caso; pese a lo que había estipulado el cliente, se proponía medir el campo psiónico en el que se encontraban. Durante la hora de viaje desde la Tierra, Runciter y él lo habían decidido así.

-Sí, una pregunta -dijo Fred Zarsky alzando la mano-: ¿dónde está el baño?

-Se les facilitará a todos un plano en miniatura en el que se indican estos pormenores -respondió Zoe Wirt. Hizo una seña a una asistenta de aspecto desaliñado y tosco, que empezó a distribuir unos mapas de papel de charol de colores brillantes-. Este conjunto residencial se completa con una cocina cuyos servicios son gratuitos. No hace falta que les diga que no se

han regateado medios en la construcción de esta unidad de vivienda, que posee una capacidad de hasta veinte personas y está dotada de aire autorregulado, agua, calefacción y un suministro de alimentos extraordinariamente bien surtido; además de circuito cerrado de televisión y un sistema fonográfico polifónico de alta fidelidad. Estos dos últimos servicios, a diferencia de la cocina, funcionan con monedas. Para facilitarles el disfrute de los elementos de recreo, se ha instalado una máquina cambiadora en la sala de juegos.

-En mi mapa sólo hay nueve dormitorios -dijo Al Hammond.

-Cada dormitorio está equipado con una litera doble; en total, son dieciocho plazas- explicó la señorita Wirt-. Además, cinco de las camas son dobles, pensando en aquellos de entre ustedes que deseen dormir juntos durante su estancia aquí.

-Yo tengo mis normas sobre eso de que mis empleados duerman juntos -dijo Runciter con irritación.

-¿A favor o en contra de ello? -inquirió Zoe Wirt.

-En contra. -Runciter estrujó su plano y lo arrojó al suelo de metal-. Y no estoy acostumbrado a que me digan lo que...

-Pero si usted no va a quedarse aquí, señor Runciter -señaló la señorita Wirt-; ¿no regresará usted a la Tierra en cuanto sus empleados entren en acción? -preguntó, obsequiándole con una de sus sonrisas profesionales.

Runciter preguntó a Joe Chip:

-¿Ya tiene usted algún dato del campo psi?

-Primero tengo que efectuar una medición del contracampo que generan nuestros inerciales.

-Debió hacerlo durante el viaje -dijo Runciter.

-¿Pretende usted hacer alguna medición? -preguntó, vigilante, la señorita Wirt-. Ya le dije que el señor Howard lo había desaconsejado explícitamente.

-De todos modos vamos a hacerlo -dijo Runciter.

-Pero el señor Howard...

-Esto no le importa nada a Stanton Mick -cortó Runciter.

La señorita Wirt ordenó a su hosca auxiliar:

-Dígale al señor Mick que baje, por favor. -La mujer salió a todo correr hacia el complejo de ascensores. La señorita Wirt se dirigió a Runciter-: El propio señor Mick se lo dirá. Entre tanto, no hagan nada, por favor; les ruego que esperen a que llegue.

-Ya tengo una medida de nuestro campo. Es muy alta -dijo Joe a Runciter-. Mucho más alta de lo que esperaba.

«Debe ser a causa de Pat», determinó. «¿Por qué tendrán tanto interés en que no hagamos mediciones? Ahora ya no es una cuestión de tiempo: tenemos aquí a los inerciales y ya están actuando».

-¿No hay armarios para guardar la ropa? Me gustaría deshacer el equipaje -solicitó Tippy Jackson.

-Cada habitación dispone de un amplio armario que se abre con una moneda -explicó la señorita Wirt-. Para empezar, aquí tienen un surtido de regalo. -Sacó una gran bolsa de plástico llena de cartuchos de monedas de diferentes valores y la pasó a Jon Ild-. ¿Le importa distribuirlo equitativamente? Es un gesto de buena voluntad por parte del señor Mick.

Edie Dorn preguntó:

-¿Hay algún médico, o una enfermera, en este asentamiento? A veces, en épocas de mucho trabajo, me salen sarpullidos; suelo curármelos con una pomada de cortisona, pero con la prisa olvidé traerla.

-Las instalaciones Industriales y de Investigación cercanas a este sector residencial tienen varios médicos de guardia y además una pequeña enfermería con varias camas -explicó la señorita Wirt.

-¿También funcionan con moneda? -preguntó Sammy Mundo.

-Toda nuestra asistencia médica es gratuita. Pero la demostración de que está

auténticamente enfermo corre a cargo del paciente -respondió Zoe Wirt, que añadió-: Todas las máquinas que proporcionan la medicación, sin embargo, si funcionan a base de monedas. A propósito, debo informarles de que en la sala de juegos encontrarán una máquina expendedora de tranquilizantes, y si lo desean podemos hacer que traigan de las instalaciones anexas un expendedor de estimulantes.

-Y de alucinógenos, ¿qué? -reclamó Francesca Spanish-. Cuando trabajo rindo mucho más si tomo alguna droga psicodélica de las derivadas del cornezuelo del centeno: me hace ver a quién me enfrento, y eso siempre es una ayuda.

-El señor Mick está en contra de todos los agentes alucinógenos derivados del cornezuelo; opina que son malos para el hígado -respondió la señorita Wirt-. Si ha traído alguno con usted, puede tomarlo sin reparo, pero no se los podremos facilitar, aunque tengo entendido que disponemos de ellos.

-¿Desde cuándo necesitas drogas psicodélicas para tener alucinaciones? -preguntó Don Denny a Francesca Spanish-. Tu vida es una perpetua alucinación...

Sin inmutarse, Francesca repuso:

-Hace dos noches recibí una visita que me impresionó particularmente.

-No me sorprende -dijo Don Denny.

-Una multitud de telépatas y precognitores bajaba hasta mi balcón por una escala hecha de cáñamo trenzado. Se abrieron paso disolviendo un pedazo del muro y rodearon mi cama, despertándome con su cháchara. Citaban versos y pasajes de una prosa lánguida sacada de libros antiguos; era encantador, parecían tan... -buscó la palabra- chispeantes, tan ocurrentes. Uno de ellos, que se llamaba Bill...

-Un momento -la interrumpió Tito Apostos-: yo también tuve un sueño así. -Se volvió hacia Joe-: Se lo conté poco antes de dejar la Tierra, ¿recuerda? -Le temblaban las manos de excitación-. ¿Recuerda?

-Yo también lo soñé: Bill y Matt. Decían que iban a cazarme -terció Tippy Jackson.

Adoptando bruscamente una expresión sombría, Runciter dijo:

-Debió decírmelo, Joe.

-En realidad, lo que ocurrió... -Joe se rindió-: Le vi muy cansado. Pensé que tenía otras cosas en la cabeza.

Francesca protestó secamente:

-No era ningún sueño; era una auténtica visitación. Sé cuál es la diferencia.

-Claro que si, Francy -dijo Don Denny haciéndole un guiño a Joe.

-Yo también tuve un sueño, pero en el mío aparecían autodeslizadores -intervino Jon Ild-. Yo me aprendía de memoria los números de matricula. Memoricé sesenta y cinco, y todavía los recuerdo. ¿Quieren que se los cante?

-Lo siento, Glen, creí que Apostos había sido el único en experimentarlo -dijo Chip a Runciter-. No sabía lo de los otros. Yo... -El ruido de unas puertas de ascensor que se abrían le hizo callar. Todos se volvieron para mirar.

Stanton Mick avanzaba hacia ellos. Era un hombre rechoncho, de panza abultada y piernas robustas; llevaba unos pantalones de pescador color fucsia, zapatillas rosadas de piel de carnero tibetano y una blusa sin mangas de piel de serpiente. Se sujetaba con una cinta el cabello blanco teñido que le llegaba hasta media espalda. Joe se fijó en su nariz: parecía la pera de goma de una bocina suave al tacto y pidiendo a gritos ser estrujada. Y llamativa. Era la nariz más llamativa que jamás viera.

-Hola, «superantipsicos» -dijo Stanton Mick abriendo los brazos en un almibarado ademán de bienvenida-. Ya están aquí los exterminadores... Me refiero a ustedes, claro. -En su voz había un agudo y penetrante rechinar. Era el sonido que uno esperaría oír en una colmena de abejas de metal, pensó Joe-. Sobre el inofensivo, amigable y pacifico mundo de Stanton Mick cayó un día una plaga, en forma de abigarrada chusma psiónica. Aquél fue un día negro para Mickville, nuestro alegre y atractivo asentamiento lunar. Naturalmente, ya han empezado ustedes a trabajar, como estaba seguro de que harían. Y lo han hecho, lo están haciendo,

porque son ustedes lo más selecto en su especialidad, como comprende cualquiera a la sola mención de la firma Runciter Asociados. Debo reconocer que me siento encantado de observar su actividad, con la única y mínima excepción de que veo a su experto en mediciones jugueteando con el instrumental. Eh, señor experto, ¿tendría la bondad de mirarme mientras le hablo?

Joe desconectó sus indicadores y sus polígrafos, cortando la fuente de energía.

-¿Me presta usted atención ahora? -le preguntó Stanton Mick.

-Sí -respondió Joe.

-Deje el instrumental como estaba -le ordenó Runciter-. Usted es un empleado mío, no del señor Mick.

-No importa: ya he obtenido los datos del campo psi generado en esta zona -dijo Joe a Runciter. Había hecho su trabajo; Stanton Mick había llegado tarde.

-¿Es muy intenso el campo? -le preguntó Runciter.

Joe respondió:

-No hay tal campo.

-¿Cómo? ¿Lo están anulando nuestros inerciales? ¿Es más intenso nuestro contracampo?

-No es eso; lo que digo es que no hay campo psi de ninguna especie dentro de lo que alcanza a detectar mi equipo. Detecto nuestro propio campo, lo cual me permite deducir que el instrumental funciona. Considero que es una conclusión acertada. Estamos produciendo dos mil unidades, y la cifra sube hasta dos mil cien a intervalos regulares de pocos minutos. Es probable que crezca de modo gradual; cuando nuestros inerciales lleven actuando juntos unas doce horas, pongamos por caso, puede que vaya por...

-No lo entiendo -dijo Runciter.

Los inerciales se iban agrupando alrededor de Joe Chip. Don Denny cogió una de las cintas que había expelido el polígrafo, observó la línea continua, inalterada, y pasó la tira de papel a Tippy Jackson. Runciter preguntó a Stanton Mick:

-¿De dónde sacó la idea de que había psicos infiltrados en su proyecto? ¿Y por qué no quería que hiciéramos las pruebas de rigor? ¿Acaso sabía que íbamos a obtener este resultado?

-¡Claro que lo sabía! -exclamó Joe Chip, súbitamente convencido de ello.

El rostro de Runciter fue presa de una actividad intensa y agitada; iba a decir algo a Stanton Mick, pero cambió de idea y anunció en voz baja a Joe:

-Regresemos a la Tierra; hemos de sacar a los inerciales de aquí ahora mismo. -Dirigiéndose en voz alta a los demás, ordenó-: Recojan sus cosas; volvemos a Nueva York. Quiero verles a todos en la nave dentro de un cuarto de hora; el que falte se quedará aquí. Joe, apile sus cachivaches; si hace falta, le ayudaré a cargarlos en la nave. No quiero que quede aquí ningún aparato, ni mucho menos usted.

Se volvió hacia Mick con el rostro congestionado por la ira. Iba a decir algo, pero...

Soltando chillidos con su voz de insecto metálico, Stanton Mick ascendía flotando hacia el techo de la habitación, con los brazos extendidos y rígidos.

-No permita que el tálamo domine la corteza cerebral, señor Runciter. No se precipite; este asunto exige discreción. Tranquilice a su personal y unámonos codo con codo en un esfuerzo de mutua comprensión.

Su pintoresco cuerpo de gordinflón se bamboleaba en el aire, girando con un lento movimiento, de tal modo que apuntaba a Runciter más con los pies que con la cabeza.

-Ya sé lo que es: es una bomba humanoide autodestructora -dijo Runciter a Joe-. Ayúdeme a sacarles a todos de aquí. La han puesto en «auto»; por eso ha subido hasta el techo.

La bomba estalló.

El humo, ondulando en oleadas fétidas, descendía lentamente, cubriendo la figura que se retorcía a los pies de Joe Chip.

Don Denny le gritaba al oído:

-Han matado a Runciter, señor Chip. Ese es el señor Runciter. -La excitación le hacía tartamudear.

-¿Y a quién más? -articuló Joe respirando con dificultad: el humo acre le oprimía el pecho. En el interior de su cráneo resonaba todavía la sacudida de la explosión; sintió en el cuello una punzante quemazón en el lugar donde un cascote le había abierto una herida.

Desde algún lugar impreciso pero cercano, Wendy Wright dijo:

-Creo que todos los demás estamos heridos pero con vida. Inclinándose sobre Runciter, Edie Dorn dijo:

-¿No podríamos pedirle un animador a Ray Hollis? -Tenía el rostro magullado y pálido.

Joe se inclinó a su vez hacia Runciter.

-No -respondió. Dirigiéndose a Don Denny, dijo-: Se equivoca: no está muerto.

Pero sobre las retorcidas planchas del suelo, Runciter estaba agonizando. En dos o tres minutos, Don Denny estaría en lo cierto.

-Escuchen todos -dijo Joe Chip levantando la voz-: ya que el señor Runciter está herido, asumo provisionalmente el mando, hasta que consigamos regresar a la Tierra.

-Suponiendo que regresemos -dijo Al Hammond que, con un pañuelo doblado, restañaba un profundo corte que tenía encima de la ceja derecha.

-¿Cuántos de ustedes llevan armas? -preguntó Joe. Los inerciales daban vueltas por la sala, sin responder-. Ya sé que infringe las normas de la Sociedad, pero me consta que algunos de ustedes las llevan. Olvídense de la ilegalidad; piensen en la gravedad del momento.

Después de un silencio, Tippy Jackson dijo:

-La tengo con mis cosas, en la otra habitación.

-Yo la tengo aquí -dijo Tito Apostos, que sostenía ya en la mano derecha una vieja pistola de proyectiles de plomo.

-Si tienen pistolas, y las tienen en la habitación donde han dejado el equipaje, vayan a buscarlas -ordenó Joe.

Seis de los inerciales se encaminaron hacia la puerta. Al Hammond y Wendy Wright se quedaron. Joe les dijo:

-Tenemos que meter a Runciter en hielo artificial.

-En la nave lo hay -dijo Al Hammond.

-Pues vamos a llevarle allí -dispuso Joe-; usted levántelo por un extremo y yo sujetaré el otro. Apostos, vaya delante y si alguno de los hombres de Hollis intenta detenernos, dispare.

Jon Ild, que volvía de la otra habitación con un tubo de rayos láser, preguntó:

-¿Cree que Hollis está aquí, con el señor Mick?

-Con él o solo. Es posible que no hayamos estado nunca en tratos con Mick -respondió Joe-; puede que Hollis lo haya dirigido todo desde el principio.

«Resulta sorprendente que la explosión no nos haya matado a todos», pensó. Se preguntó qué habría sido de Zoe Wirt. Evidentemente, había salido antes de la explosión: no había rastro de ella. «Me gustaría saber cómo reaccionó al enterarse de que no trabajaba para Stanton Mick, sino que su superior, su verdadero superior, nos había contratado y traído aquí para asesinarnos. Probablemente tendrán que matarla también a ella para más seguridad. Desde luego, ya no les va a ser de mucha utilidad y podría actuar como testigo de lo sucedido».

Los otros inerciales regresaban, ya armados; esperaban órdenes de Joe. Teniendo en cuenta su situación, aparentaban un grado razonable de serenidad.

Mientras transportaba con Hammond a su agonizante jefe hacia los ascensores, Joe explicó:

-Si logramos meterle a tiempo en el hielo, Runciter podrá seguir dirigiendo la empresa como lo hace su mujer. -Pulsó con el codo el botón de llamada del ascensor-. No es muy probable que funcione el ascensor. Deben de haber cortado la corriente en el momento de la explosión.

Sin embargo, el ascensor apareció. Joe y Hammond subieron en él a Runciter sin perder un

segundo.

-Que vengan con nosotros tres de los que van armados -dispuso Joe-. El resto, que...

-¡Al diablo! No vamos a quedarnos plantados aquí, esperando que regrese el ascensor -protestó Sammy Mundo-. Quizá no vuelva nunca. -Dio un paso adelante, con el rostro contraído por el pánico.

-Primero va Runciter -dijo Joe con aspereza. Pulsó un botón y las puertas se cerraron, dejando en el interior a Al Hammond, Tito Apostos, Wendy Wright, Don Denny y él, con Glen Runciter-. No había otra solución. Y de cualquier forma, si arriba están los de Hollis esperando, nos cazarán primero a nosotros. Aunque no creo que esperen que vayamos armados.

-Como hay esa norma... -dijo Don Denny.

-Compruebe si está muerto -indicó Joe a Tito Apostos.

Apostos se agachó para examinar el cuerpo inerte.

-Todavía respira débilmente. Aún podemos hacer algo, tenemos una posibilidad.

-Sí, una posibilidad -murmuró Joe.

Seguía entumecido, física y psicológicamente, desde el momento de la explosión; se sentía helado y torpe y creía tener los tímpanos afectados. «En cuanto estemos en la nave y hayamos puesto a Runciter en el hielo, podemos lanzar una llamada de socorro a Nueva York, a todo el personal de la compañía. O mejor, a todas las organizaciones de previsión. Si no conseguimos despegar, pueden venir a recogernos», pensó.

Pero en realidad no podría ser así, porque antes de que llegara a Luna alguien de la Sociedad, todos los que se hallaron detenidos en la subsuperficie, en el ascensor y a bordo de la nave habrían muerto. No había, pues, ninguna posibilidad.

Tito Apostos dijo:

-Debió dejar que subieran algunos más. Apretándonos un poco, habría cabido el resto de las mujeres. -Lanzó a Joe una mirada acusadora; le temblaban las manos de agitación.

-Nosotros corremos mayor peligro que ellos. Hollis debe esperar que los supervivientes de la explosión, si los hay, utilicen el ascensor, como estamos haciendo. Por eso no ha cortado la corriente, sin duda. Sabe que hemos de volver a la nave.

-Eso ya nos lo ha dicho, Joe -dijo Wendy Wright.

-Intento justificar racionalmente lo que hago, al dejar a los otros ahí abajo.

-¿Y qué hay del gran talento de la chica nueva? Esa muchacha taciturna y un poco desdeñosa, Pat No-sé-cuántos... -dijo Wendy-. Podría haberla enviado al pasado, al tiempo anterior a la explosión que ha herido a Runciter para que modificara lo ocurrido. ¿Acaso se olvidó de que posee esa facultad?

-Sí -respondió, desconcertado, Joe. En la confusión que siguió al estallido de la bomba, cegado y perdido, lo había olvidado.

-Volvamos abajo. Como usted dice, los hombres de Hollis nos estarán esperando en la superficie -dijo Tito Apostos-. Usted lo ha dicho: nos exponemos a que...

-Ya estamos en la superficie -anunció Don Denny- El ascensor se ha parado. -Pálido y tenso, se mordió el labio con aprensión al descorrerse las puertas automáticamente.

Se encontraron ante una cinta transportadora que ascendía hacia una vasta sala al final de la cual, a través de unas puertas aeroherméticas, distinguieron la base de su nave, que estaba en posición de despegue, exactamente como la habían dejado. Nadie se interponía. «Curioso», pensó Joe Chip. «¿Tan seguros estaban de que la bomba acabaría con todos nosotros? Debe de haberles fallado alguna parte del plan: primero la propia explosión, luego la corriente que no se cortó, y ahora este corredor desierto».

-Me parece que el hecho de que la bomba flotase hasta el techo les estropeó el plan -dijo Don Denny mientras Al Hammond y Joe sacaban a Runciter del ascensor y subían a la cinta-debía ser una bomba de fragmentación, por eso la mayor parte de la metralla nos pasó por encima de la cabeza y se estrelló en las paredes y el techo. Creo que ni se les ocurrió pensar que pudiera salir con vida ninguno de nosotros; esa podría ser la razón de que no cortaran la

Librodot

corriente.

-Pues menos mal que subió hasta el techo -dijo Wendy Wright-. Dioses, qué frío hace aquí. La explosión debe de haber destruido el sistema de calefacción. -Temblaba visiblemente.

La cinta se desplazaba con una lentitud exasperante. A Joe le pareció que habían pasado más de cinco minutos cuando les depositó ante las dobles compuertas de membrana de aire. Aquel penoso avance era en cierto modo lo peor que habían pasado hasta entonces, como si Hollis lo hubiera dispuesto expresamente.

-¡Esperen! -gritó alguien a sus espaldas. Oyeron el ruido de unos pasos y Tito Apostos se volvió, aprestando el arma.

-Son los otros -dijo Don Denny a Joe, que no podía volverse porque estaba efectuando con Al Hammond la complicada maniobra de hacer pasar el cuerpo de Runciter a través del intrincado sistema de compuertas aerohérméticas-. Ya están ahí. Estupendo. -Haciendo gestos con el arma en la mano, gritó-: ¡Por aquí, vamos!

La nave seguía unida al recinto por medio del túnel plástico de enlace. Al oír el sordo ruido que producían sus propias pisadas, Joe se preguntó: «¿Será verdad que nos dejan escapar? ¿O nos están esperando en la nave? Es como si jugase con nosotros algún poder cargado de malicia, dejándonos corretear alocadamente como ratones privados de cerebro. Le servimos de diversión; nuestros esfuerzos le entretienen. Pero cuando hayamos llegado demasiado lejos, cerrará el puño sobre nosotros y arrojará nuestros restos exprimidos, como los de Runciter, a la cinta transportadora».

-Primero usted, Denny. Vaya a la nave a ver si nos están aguardando -ordenó.

-¿Y si están? -preguntó Denny.

-Si están, regresa, nos lo dice, nos entregamos y nos matan a todos -respondió Joe con sarcasmo.

Wendy Wright sugirió, con suavidad pero con insistencia:

-Dígale a Pat No-sé-cuántos que use su talento. Por favor, Joe.

-Intentemos entrar en la nave -dijo Tito Apostos-. Esa chica no me gusta; su capacidad no me inspira ninguna confianza.

-No la comprende a ella ni su capacidad -dijo Joe.

Observó al escuálido Don Denny, que correteaba por el túnel, llegaba a su extremo, manipulaba el sistema de palancas qué gobernaba la escotilla de entrada de la nave y desaparecía en su interior.

-No saldrá de ahí -dijo jadeante; el peso de Glen Runciter parecía haber aumentado. Apenas podía sujetarlo-. Vamos a dejar a Runciter aquí -dijo a Al Hammond. Le depositaron en el suelo del túnel-. Para ser un viejo, pesa mucho -comentó estirándose. Miró a Wendy y dijo-: Hablaré con Pat.

En aquel momento les alcanzó el resto del grupo, que se apretó agitadamente en el interior del tubo.

-¡Vaya un desastre! Pensar que ésta iba a ser nuestra mayor operación... En fin, uno no sabe nunca lo que puede ocurrir. Esta vez, Hollis nos la ha jugado -dijo Joe. Hizo que Pat se le apresurara. La muchacha tenía tiznada la cara y la blusa hecha jirones-. Escucha -dijo a Pat, poniéndole la mano en el hombro y mirándola a los ojos; ella le devolvió una mirada tranquila-. ¿Puedes ir hacia el pasado, hasta antes de que detonara la bomba, y devolvernos a Glen Runciter?

-Ya es tarde -respondió la muchacha.

-¿Por qué?

-Por eso: porque ha pasado mucho tiempo. Debería haberlo hecho inmediatamente después de la explosión.

-¿Por qué no lo hizo? -le preguntó Wendy Wright con hostilidad.

Apartando los ojos de Joe Chip, Pat los clavó en Wendy:

-¿Pensó usted en ello? Si se le ocurrió, no lo dijo. Nadie dijo nada.

-Entonces, no siente ninguna responsabilidad por la muerte de Runciter -dijo Wendy-,

cuando con su facultad podría haberla obviado.

Pat se echó a reír.

Don Denny, que volvía de la nave, informó:

-Está vacía.

-Muy bien. Llevaremos a Runciter ahí dentro y le meteremos en hielo sintético.

Joe y Al levantaron de nuevo la embarazosa carga del cuerpo de Runciter y reemprendieron el camino hacia la nave. Los inerciales se apiñaron a su alrededor, dándose empellones, ávidos de encontrarse en lugar seguro. Joe percibía la pura emanación física de su miedo como un campo que les envolvía a todos. La posibilidad real de abandonar Luna con vida tendía más a crisparles que a otra cosa; su resignación aturdida había desaparecido por completo.

-¿Dónde está la llave? -aulló Jon Ild al oído de Joe mientras éste y Al Hammond se acercaban a trompicones a la cámara de congelación. Sujetó a Joe por el brazo e insistió-: La llave, señor Chip.

Al Hammond aclaró:

-La llave del encendido. De la nave. La debe llevar Runciter encima; cójasela antes de que le congelemos, porque después no podremos tocarle.

Rebuscando por los muchos bolsillos de Runciter, Joe encontró un estuche de piel que contenía las llaves y se lo tendió a Jon Ild.

-¿Ahora sí? ¿Podemos congelarlo ya? -preguntó sin poder dominar su ira-. Vamos, Hammond, por todos los santos, ayúdeme a meterlo en la cámara.

«Pero no hemos actuado con suficiente rapidez. Se acabó, hemos fracasado. Así son las cosas...», reflexionó con profundo desaliento.

Los cohetes de despegue se encendieron con estruendo; mientras cuatro de los inerciales colaboraban ineficazmente en la tarea de programar el receptor computarizado de órdenes, toda la nave temblaba.

«¿Por qué nos habrán dejado escapar?», se preguntaba Joe Chip mientras Al Hammond y él mantenían el cuerpo de Glen Runciter de pie en el interior de la cámara de congelación. Unas bridas automáticas lo sujetaron por hombros y muslos, sosteniéndolo mientras el frío brillaba con destellos de falsa vida hasta deslumbrar a Al y Joe.

-No lo entiendo -dijo éste.

-Fallaron -respondió Hammond-; no tenían nada previsto para después de la explosión. Como los que intentaron matar a Hitler: cuando vieron saltar el *bunker*, dieron por sentado que...

-Salgamos de aquí antes que el frío nos mate -dijo Joe, empujando a su compañero hacia la salida de la cámara; una vez fuera, ambos accionaron la manivela de cierre-. Qué sensación tan extraña, pensar que una fuerza así conserve la vida. O cierta clase de vida.

Francy Spanish, que llevaba chamuscadas las largas trenzas, le detuvo cuando se dirigía a la sección de proa.

-¿Tiene la cámara circuito de comunicación? ¿Podemos hacerle ahora una consulta al señor Runciter?

-De consultas, nada -respondió Joe moviendo la cabeza-: No hay auriculares ni micrófono. Ni protofasones, ni semivida. Nada, hasta que estemos de vuelta en la Tierra y le traslademos a un moratorio.

-Entonces, ¿cómo sabremos si le hemos congelado a tiempo? -preguntó Don Denny.

-No hay forma de saberlo -respondió Joe.

-Se le puede haber deteriorado el cerebro -dijo Sammy Mundo, riendo entrecortadamente.

-Es cierto: es posible que nunca volvamos a escuchar la voz o los pensamientos de Runciter -dijo Joe-. Es posible que tengamos que dirigir Runciter Asociados sin él y pasemos a depender de lo que queda de Ella. Es posible que tengamos que trasladar las oficinas al Moratorio de los Amadísimos Hermanos de Zurich, y operar desde allí.

Se sentó en una butaca lateral desde la que podía ver a los cuatro inerciales enzarzados en

una discusión sobre la forma de dar el rumbo correcto a la nave. Con movimientos de sonámbulo, sumido en el dolor sordo y tenaz de la conmoción, sacó un cigarrillo torcido y lo encendió.

El cigarrillo, reseco y rancio, se les deshizo en los dedos al intentar sostenerlo. «Qué extraño», pensó.

-La explosión. El calor -dijo Al Hammond, que lo había notado.

-¿Nos habrá hecho envejecer? -preguntó Wendy desde detrás de Hammond; dio unos pasos y se sentó al lado de Joe-. Me siento vieja; soy vieja. Ese paquete de cigarrillos es viejo, hoy somos todos viejos por culpa de lo que ha sucedido. Para nosotros, hoy ha sido un día distinto a los demás.

Con dramática energía, la nave se elevó de la superficie de Luna, arrastrando absurdamente el túnel plástico de enlace.

7

Si los suelos de su hogar están tristes y apagados, deles resplandor y alegría con Ubik, el nuevo y sorprendente pulimento plástico. Fácil de aplicar, superbrillante y resistente a toda prueba, Ubik la librará de esas horas inacabables de frotar y frotar. ¡Déjese deslumbrar por Ubik!

Totalmente inofensivo si se aplica según las instrucciones.

-Aterrizaremos en Zurich: creo que es lo mejor que podemos hacer -dijo Joe Chip-. Si le instalamos en el mismo moratorio que Ella podremos hacerles consultas a los dos simultáneamente; pueden conectarlos electrónicamente para que funcionen al unísono.

-Protofasónicamente -corrigió Don Denny.

-¿Sabe alguno de ustedes cómo se llama el gerente del Moratorio de los Amadísimos Hermanos? -preguntó Joe.

-Herbert No-sé-qué, un nombre alemán -respondió Tippy Jackson.

Wendy Wright, tras pensarlo, precisó:

-Herbert Schoenheit von Vogelsang. Lo recuerdo porque el señor Runciter me dijo que significaba «Herbert, la belleza del canto de los pájaros». Me gustaría llamarme así; recuerdo que lo pensé entonces.

-Podría casarse con él -dijo Tito Apostos.

-Voy a casarme con Joe Chip -dijo Wendy en un tono sombrío e introspectivo, tocado de seriedad infantil.

-¿Ah, sí? ¿De veras? -preguntó Pat Conley, con una fugaz llamarada en sus negros ojos.

-¿Puede usted cambiar también eso con su facultad? -repuso Wendy.

-Yo vivo con Joe. Soy su amante. Según el trato, yo le pago las facturas. Esta mañana le he dado dinero para que la puerta de su casa le dejara salir. De no haber sido por mí todavía estaría en el apartamento.

-Y nuestro viaje a Luna -añadió Al Hammond- no habría tenido lugar. -Clavó la mirada en Pat, con una compleja expresión.

-Quizás hoy no, pero en cualquier caso lo habríamos hecho -señaló Tippy Jackson-; no veo la diferencia. Por otra parte, creo que a Joe le vendrá muy bien tener una amante que le dé dinero para la puerta. -Le dio una palmadita en el hombro; su rostro irradió, al hacerlo, algo que a Joe le pareció una aprobación lasciva, como si disfrutara indirectamente de sus actividades personales más íntimas. Bajo la fachada extrovertida de la señora Jackson acechaba un *voyeur*.

-Traigan la guía videofónica universal -pidió Joe-. Avisaré al moratorio para que nos esperen. -Consultó su reloj de pulsera: quedaban diez minutos de vuelo.

-Aquí tiene, señor Chip -dijo Jon Ild, que la había encontrado, tendiéndole una pesada caja

Librodot

cuadrada dotada de teclado y microanalizador.

Joe marcó primero SWI, luego ZUR y finalmente MORA AMSMS HNOS.

-Condensaciones semánticas, como en hebreo -comentó Pat a su espalda.

El microanalizador se desplazaba de un lado a otro, seleccionando y descartando; finalmente, arrojó una tarjeta perforada que Joe introdujo en la ranura del videófono. Se oyó una voz tintineante:

-Está usted escuchando una grabación: el número que solicita está fuera de uso -la tarjeta salió despedida enérgicamente-; para información, introduzca la tarjeta roja.

-¿Qué fecha lleva la guía? -preguntó Joe a Jon Ild, que se disponía a depositarla en un estante. Ild examinó los datos que figuraban en una de las caras.

-Mil novecientos noventa: es de hace dos años.

-Imposible: hace dos años esta nave no existía -dijo Edie Dorn-. Todo lo que hay en ella es nuevo.

-Quizá Runciter escatimara algo -sugirió Tito Apostos.

-Nada de eso: Runciter derrochó dinero, tecnología y mimo en el *Pratfall II*. Cualquiera que haya trabajado para él lo sabe: esta nave es la niña de sus ojos -dijo Edie.

-Era la niña de sus ojos -corrigió Francesca Spanish.

-Todavía me niego a aceptar ese matiz -dijo Joe. Introdujo una tarjeta roja en la ranura de entrada del receptor-. Deme el número actual del Moratorio de los Amadísimos Hermanos en Zurich, Suiza -ordenó. Se dirigió a Francy Spanish-: Esta nave es todavía la niña de sus ojos porque él todavía existe.

Del videófono salió una nueva tarjeta perforada que Joe deslizó en la ranura de entrada. Esta vez, los circuitos del aparato respondieron sin irritación y en la pantalla apareció un rostro cetrino de expresión enigmática: era el del untuoso mequetrefe que regentaba el Moratorio de los Amadísimos Hermanos. Joe lo recordó con desagrado.

-Soy *Herr* Herbert Schoenheit von Vogelsang. ¿Acude usted a mí en ocasión de un luctuoso acontecimiento, señor? ¿Tendrá usted la bondad de darme su nombre y dirección, en previsión de que nuestra comunicación quedara accidentalmente interrumpida?

El propietario del moratorio lucía un aplomo de auténtico profesional.

-Ha habido un accidente -dijo Joe.

-Eso que nosotros denominamos aún accidente -dijo Von Vogelsang- no es sino una manifestación de la obra salida de las manos de la divinidad. En cierto modo, podríamos llamar «accidente» a toda nuestra vida. Y sin embargo...

-No pienso entrar en ninguna discusión teológica, ahora no -le interrumpió Joe.

-Es ahora más que nunca cuando el consuelo de la teología resulta más reconfortante. ¿Es el difunto pariente suyo?

-Es nuestro jefe: Glen Runciter, de Runciter Asociados, Nueva York -respondió Joe-. Usted ya tiene a su esposa Ella en el moratorio. Vamos a aterrizar dentro de ocho o nueve minutos: ¿puede hacer que nos espere uno de sus furgones frigorizados?

-¿Le tienen metido en hielo artificial?

-No, está en Tampa, Florida, tomando el sol en la playa -le soltó Joe.

-Deduzco que su divertida respuesta equivale a una afirmación.

-Tenga listo el furgón en el cosmopuerto de Zurich -dijo Joe, y cortó.

«Y pensar que de ahora en adelante hemos de tratar con este individuo», rumió.

Volviéndose hacia los inerciales agrupados a su alrededor, dijo:

-Hay que ir por Ray Hollis.

-¿Qué quiere decir? -inquirió Sammy Mundo.

-Quiero decir que hay que matarlo. Él ha sido el causante de todo esto -dijo Joe.

Imaginó a Glen Runciter tieso en un ataúd de plástico transparente adornado con capullos de rosa de plástico, despertado a la actividad de la semivida una hora al mes, deteriorándose, debilitándose, chocheando. «Dioses, con toda la gente que hay en el mundo, tocarle precisamente a él, un hombre tan vital», pensó.

-Por lo menos estará más cerca de Ella.

-Según cómo, también me gustaría meter en el hielo a... -Joe se interrumpió, negándose a decirlo-. No me gustan nada los moratorios y menos aún sus propietarios. No me cae bien el tal Herbert Schoenheit von Vogelsang. ¿Por qué preferirá Runciter los moratorios suizos? ¿Qué tienen de malo los de Nueva York?

-Los moratorios son un invento suizo -explicó Edie Dorn-; según estudios imparciales, la duración media de la semivida de un individuo en un moratorio suizo es dos horas superior a la del mismo individuo en uno de los nuestros. Parece que los suizos le han cogido el truco a lo de la semivida.

-La ONU debería abolir la semivida por obstaculizar el ciclo natural de la muerte y la reproducción -dijo Joe.

Al Hammond comentó en tono burlón:

-Si Dios estuviera de acuerdo con la semivida, naceríamos todos en un envase lleno de hielo seco.

Desde la consola de mando, Don Denny anunció:

-Ya estamos bajo la jurisdicción del transmisor de microondas de Zurich. Ellos harán el resto. -Abandonó el puesto con aire melancólico.

-Ánimo, hombre -le dijo Edie Dorn-. Hablando en plata, creo que aún podemos estar satisfechos de nuestra suerte: podríamos haber muerto todos en la explosión o haber sido barridos después con un láser. Se sentirá mejor después de aterrizar ya lo verá; en la Tierra estaremos seguros.

-El detalle de tener que ir a Luna debió alertarnos -dijo Joe.

«Mejor dicho, debió poner sobre aviso a Runciter», rectificó para sus adentros.

-Todo es por culpa de la laguna que hay en la legislación sobre la autoridad civil imperante en Luna. Runciter lo decía siempre: «Desconfíen de cualquier oferta de trabajo que implique salir de la Tierra». Si viviera, nos lo estaría repitiendo ahora mismo: «Sobre todo, no piquen si se trata de actuar en Luna. Ya han mordido el cebo demasiadas organizaciones». Si en el moratorio logran revivirlo, será lo primero que nos diga: que siempre había desconfiado de Luna. Pero no lo suficiente. Claro que el asunto era una pera en dulce; no pudo resistir la tentación. Y con ese cebo le pescaron. Sabían perfectamente que lo lograrían.

Disparados por el transmisor de microondas de Zurich, los retrocohetes de la nave empezaron a rugir; la nave se estremeció de punta a cabo.

-Joe, ¿se da cuenta de que tendrá que comunicarle a Ella lo de Runciter? -dijo Tito Apostos.

-No he dejado de pensar en ello desde que despegamos -respondió Joe.

La nave, aminorando la velocidad, se preparó para aterrizar con ayuda de sus servosistemas homeostáticos.

-Además -añadió Joe-, tengo que dar cuenta de lo sucedido a la Sociedad. Nos van a poner verdes: les faltará tiempo para decirnos que hemos caído como corderitos.

Sammy Mundo dijo:

-Pero la Sociedad es amiga nuestra, ¿no?

-Después de este fiasco, nadie querrá ser amigo nuestro -sentenció Al Hammond.

Al borde de la pista de Zurich aguardaba un helicóptero alimentado por pilas solares, con un rótulo que rezaba *«*Moratorio de los Amadísimos Hermanos*»*. A su lado había un individuo cucarachesco que llevaba un atuendo de estilo continental: toga de *tweed,* mocasines, faja escarlata y gorrita púrpura rematada por una hélice. El dueño del moratorio caminó con afectación hacia Joe Chip, tendiéndole una mano enguantada.

-A juzgar por el aspecto que ofrece usted, no ha sido precisamente un viaje repleto de satisfacciones -dijo Von Vogelsang tras el breve apretón de manos-. ¿Puedo enviar a mis empleados a bordo de su atractiva nave para que empiecen a...?

-Sí. Suban y sáquenle -dijo Joe.

Librodot

Con las manos en los bolsillos y arrastrando una desolada melancolía, se encaminó hacia el bar del cosmopuerto. A partir de aquel momento todo iba a reducirse a los trámites habituales. Habían regresado a la Tierra sin que Hollis les cazara: podían darse por satisfechos. La operación Luna, aquella desagradable experiencia, había terminado y empezaba una nueva fase sobre la que no tenían ningún poder.

-Cinco centavos, por favor -dijo la puerta del bar, que permanecía cerrada ante él.

Esperó a que saliera una pareja y aprovechó para colarse limpiamente; se dirigió hacia un taburete vacío y se sentó. Acodado en el mostrador, leyó el menú y pidió:

-Café.

-¿Leche o azúcar? -preguntó el altavoz de la torreta de la mónada rectora del establecimiento.

-Los dos.

Se abrió una ventanilla y aparecieron, deteniéndose en la barra frente a Joe, una taza de café, dos minúsculas bolsas de papel que contenían azúcar y un recipiente de leche semejante a un tubo de ensayo.

-Un contacred internacional, por favor -dijo el altavoz.

-Cárguelo a la cuenta del señor Glen Runciter, de Runciter Asociados, Nueva York -respondió Joe.

-Inserte la correspondiente tarjeta de crédito.

-Hace cinco años que no me dejan utilizar tarjetas de crédito -dijo Joe-. Todavía estoy pagando lo que me fiaron allá por el año...

-Un contacred, por favor -insistió el altavoz, que empezó a emitir un siniestro tic-tac-, o doy parte a la Policía dentro de diez segundos.

Joe pagó el contacred y cesó el tic-tac.

-Podemos arreglárnoslas perfectamente sin gente como usted -dijo el altavoz.

-El día menos pensado, la gente como yo se rebelará -contestó airado Joe- y habrá llegado el fin de la tiranía de la máquina homeostática. Habrá llegado el día de los valores humanos, de la piedad y del calor afectivo; ese día, cualquiera que como yo las haya pasado moradas y necesite vitalmente un café para tenerse en pie y seguir funcionando mientras deba funcionar, podrá tomar su café caliente tanto si tiene un contacred a mano como si no. -Levantó la miniatura de jarro de leche y la posó inmediatamente en el mostrador-. Además, esta leche, o crema, o lo que sea, está agria.

El altavoz permanecía callado.

-¿Es que no piensa hacer nada? Para reclamar el contacred no le faltaban palabras -dijo Joe.

La puerta de pago de la cafetería se abrió y entró Al Hammond. Se acercó a Joe y tomó asiento a su lado.

-Los del moratorio tienen a Runciter en el helicóptero y desean saber si va usted con ellos.

-Vea esta leche -dijo Joe alzando el jarro; en su interior, el líquido se adhería a las paredes formando espesos grumos-: esto es lo que le dan a uno por un contacred en una de las ciudades más modernas y tecnológicamente avanzadas de la Tierra. No pienso irme de aquí mientras no pongan remedio a esto, devolviéndome el dinero o dándome un jarro de leche fresca para que pueda tomarme el café.

Poniéndole la mano en el hombro, Al Hammond le observó detenidamente.

-¿Qué es lo que ocurre, Joe?

-Primero, el cigarrillo; luego, la guía videofónica de la nave, y ahora me sirven una leche que tendrá semanas. No lo entiendo, Al.

-Tómate el café solo y sube al helicóptero para que puedan llevar a Runciter al moratorio -dijo Al-. Los demás esperaremos en la nave hasta que regreses y entonces iremos a la oficina más próxima de la Sociedad a presentar un informe completo.

Joe cogió la taza y encontró el café frío y rancio; flotaba en la superficie un coágulo de espuma. Apartó la taza con repugnancia. «¿Qué pasa? ¿Qué me está pasando?», se preguntó,

mientras su repugnancia se transformaba de golpe en un pánico nebuloso y espectral.

-Vamos, Joe -dijo Al, asiéndole fuertemente por los hombros-: olvídate del café, no merece la pena preocuparse por eso. Lo que ahora cuenta es llevar a Runciter a...

-¿Sabes quién me dio ese contacred? -preguntó Joe-. Pat Conley. Y enseguida he hecho con él lo que hago siempre con el dinero: malgastarlo. Lo he malgastado en un café hecho el año pasado. -Bajó del taburete ayudado por Al Hammond-. ¿Y si vinieras conmigo al moratorio? Voy a necesitar ayuda, en especial para entrevistarme con Ella. ¿Qué debo hacer, echarle las culpas a Runciter? ¿Decir que la decisión de mandarnos a Luna fue suya? La verdad es ésa. No sé, quizá debería decirle otra cosa, como que la nave se estrelló o que su marido murió de muerte natural.

-Pero tarde o temprano van a enlazar a Runciter con ella y le dirá la verdad así que vas a tener que decírsela tú también.

Salieron del bar y se aproximaron al helicóptero del Moratorio de los Amadísimos Hermanos.

-A lo mejor dejo que sea Runciter quien se lo cuente todo -dijo Joe al subir a bordo-. ¿Por qué no? La decisión de ir a Luna fue suya: que se lo cuente él. Además, está acostumbrado a hablar con Ella.

-¿Listos señores? -inquirió Von Vogelsang, sentado a los mandos del aparato-. ¿Podemos ya encaminar nuestros afligidos pasos en dirección a la postrera morada del señor Runciter?

Joe lanzó un gruñido y miró por la ventanilla del helicóptero concentrando su atención en los edificios que constituían las instalaciones del cosmopuerto de Zurich.

-Sí, despegue -dijo Al.

Mientras el helicóptero se elevaba, el gerente del moratorio pulsó un botón del cuadro de mandos. Por una docena de altavoces distribuidos por el interior de la cabina surgió poderosamente la *«Missa Solemnis»* de Beethoven. Una multitud de voces, acompañada por una orquesta sinfónica amplificada electrónicamente, repetía una y otra vez: *«Agnus Dei, qui tollis peccata mundi».*

-¿Sabías que Toscanini solía cantar con los intérpretes mientras dirigía una ópera, y que en su versión de *«La Traviata»* se le oye durante el aria *«Sempre Libera»*? -preguntó Joe.

-No, no lo sabía -respondió Al.

Contempló los elegantes y sólidos bloques de apartamentos de Zurich, que desfilaban por debajo del helicóptero en una solemne procesión. Joe también los observaba.

-*Libera me, Domine* -musitó.

-¿Qué significa eso? -preguntó Al.

-Significa «Señor, ten piedad de mí». ¿No lo sabías? Si lo sabe todo el mundo...

-¿Y por qué has pensado en eso?

-Me lo ha recordado la música, esta maldita música. -Se dirigió a Von Vogelsang-: Pare la música; Runciter no puede oírla. Yo soy aquí el único que puede y ahora no estoy de humor. -Se volvió hacia Al y preguntó-: Porque tú no quieres escucharla, ¿verdad?

-Cálmate, Joe -dijo Al.

-¡Estamos transportando a nuestro jefe muerto a un lugar llamado Moratorio de los Amadísimos Hermanos y sólo se te ocurre decir que me calme! -le espetó Joe-. Sabes que Runciter no tenía por qué ir a Luna con nosotros; podía mandarnos allí y quedarse en Nueva York. Y ahora el hombre más animoso y enamorado de la vida que he conocido va a ser...

-El consejo de su compañero me parece muy acertado -terció el propietario del moratorio.

-¿Qué consejo? -preguntó Joe.

-Que se calme. -Von Vogelsang abrió la guantera del tablero de mandos y tendió a Joe una caja de vivos colores-. Mastique uno, señor Chip.

-Chicle sedante -dijo Joe, recogiendo la caja y abriéndola con aire reflexivo-. Chicle sedante con sabor a melocotón. ¿Tengo que tomarlo? -preguntó a Al.

-Te hará bien -respondió éste.

-En circunstancias parecidas, Runciter nunca habría tomado un sedante. Glen Runciter no

tomó un sedante en toda su vida. ¿Sabes lo que empiezo a comprender, Al? Que de una forma indirecta dio su vida por salvar la nuestra.

-Sí, de una forma muy indirecta. Ya llegamos. -El helicóptero había iniciado el descenso hacia una diana pintada en la azotea de un edificio-. ¿Podrás dominarte?

-Podré dominarme en cuanto oiga de nuevo la voz de Runciter -respondió Joe-, cuando vea que conserva alguna forma de vida, de semivida.

El dueño del moratorio dijo con optimismo:

-Yo no me preocuparía por eso, señor Chip. Normalmente obtenemos un flujo protofasónico suficiente. Más tarde, cuando se agota el plazo de semivida, empiezan las congojas. Pero con una planificación sensata ese momento puede posponerse durante muchos años. -Apagó el motor del helicóptero y pulsó un botón para abrir la puerta de la cabina-. Bienvenidos al Moratorio de los Amadísimos Hermanos -dijo, escoltándoles mientras Al y Joe bajaban a la pista-: mi secretaria particular, la señorita Beason, les acompañará a una sala de conferencias. Si tienen la amabilidad de esperar allí, haré que les traigan al señor Runciter tan pronto mis técnicos establezcan contacto con él.

-Quiero asistir a todo el proceso, quiero ver cómo le recuperan sus técnicos -dijo Joe.

El propietario del moratorio se dirigió a Al:

-Quizás usted que es su amigo pueda hacerle comprender...

-Debemos esperar en la sala, Joe -dijo Al.

Joe le miró con rabia.

-Eres un vulgar Tío Tom -dijo.

-Todos los moratorios funcionan así. Ven conmigo a la sala de conferencias.

-¿Cuánto tardarán? -preguntó Joe al dueño del moratorio.

-Sabremos con seguridad si es recuperable o no dentro de los primeros quince minutos. Si para entonces no se registra señal apreciable...

-¿Cómo? ¿Sólo van a intentarlo durante un cuarto de hora? -Se volvió hacia Al-: Sólo piensan dedicar un cuarto de hora a la recuperación de un hombre que es más grande que todos nosotros juntos. Ven, Al, vamos a... -Estaba a punto de echarse a llorar.

-No, Joe, ven tú. Vamos a la sala -repitió Al.

Joe le siguió hasta la sala de conferencias.

-¿Un cigarrillo? -ofreció Al tras tomar asiento en un diván de piel sintética, alargándole la cajetilla.

-Están rancios -respondió éste; no necesitaba tocar ninguno para saberlo.

-Sí, es cierto -dijo Al, retirando la cajetilla-. ¿Cómo lo has sabido? -Esperó una respuesta que no llegó-. No he conocido a nadie que se desanime tan fácilmente como tú. Podemos considerarnos afortunados por el hecho de estar vivos: podríamos ser nosotros, todos nosotros, quienes estuviéramos metidos en hielo, y Runciter quien esperara sentado aquí. -Consultó su reloj.

Joe dijo:

-Todos los cigarrillos del mundo están rancios. -Miró también su reloj-: Y diez. -Se puso a meditar, dando vueltas a un gran número de pensamientos inconexos y desarticulados que nadaban por su mente como peces plateados. Sentía temores aprensiones y vagas repugnancias. Los peces de plata reaparecían ya como aguijonazos de miedo-. Si Runciter estuviera sentado aquí, todo estaría en orden. No sé por qué, pero estoy convencido. -Se preguntó qué estaría pasando en aquel momento entre los técnicos del moratorio y los restos de Glen Runciter-. ¿Te acuerdas de los dentistas? -preguntó a Al.

-No los recuerdo, pero sé lo que eran.

-A la gente se le estropeaban los dientes.

-Comprendo.

-Mi padre me contó una vez lo que sentía uno en la sala de espera del dentista. Cada vez que la enfermera abría la puerta, pensaba: «Ya está, va a ocurrir lo que me he pasado la vida temiendo que ocurriera».

-¿Y eso es lo que sientes ahora? -preguntó Al.

-Ahora me pregunto: por todos los santos, ¿por qué no viene de una vez el imbécil que administra todo esto y nos dice que está vivo, que Runciter está vivo, o que no? Lo uno o lo otro: que sí o que no.

-Casi siempre es sí. Como ha dicho Vogelsang, las estadísticas...

-Esta vez será no.

-No tienes modo de saberlo.

-Me gustaría saber si Ray Hollis tiene sucursal aquí en Zurich -dijo Joe.

-Claro que la tiene. Pero de todas formas, cuando tengas aquí al precognitor ya sabrás si Runciter vive o no.

-Llamaré para que me manden un precognitor. Voy a conseguir uno inmediatamente -dijo Joe, poniéndose en pie y preguntándose dónde hallar un videófono-. Dame veinticinco centavos.

Al negó con la cabeza.

-Mira, Al: por decirlo así, tú eres uno de mis empleados. Si no haces lo que te ordeno, te despido. Apenas muerto Runciter, asumí el mando de la compañía. He estado al frente de ella desde que estalló la bomba: decidí traer a Runciter aquí y ahora tomo la decisión de alquilar los servicios de un precognitor durante un par de minutos. Dame esos veinticinco centavos -concluyó, tendiendo la palma de la mano.

-Runciter Asociados, dirigida por un hombre que tiene agujereados los bolsillos -comentó Al, arrojándole una moneda que se había sacado del bolsillo-. Aquí los tienes; añádelos a mi cheque de fin de mes.

Joe salió de la sala y enfiló un corredor, frotándose fatigadamente la frente. «Este lugar es algo antinatural, a mitad de camino entre la vida y la muerte», reflexionó. «Ahora soy la cabeza visible de Runciter Asociados, con excepción de Ella, que no está viva y únicamente puede hablar si vengo a este lugar y hago que la reanimen. Conozco las disposiciones testamentarias de Glen Runciter, que ahora han entrado automáticamente en vigor: debo hacerme cargo de la empresa hasta que Ella, o los dos si logran revivir a Glen, decidan nombrar a alguien que le sustituya a él. Tienen que estar los dos de acuerdo: ambos testamentos lo estipulan como condición obligada. Quizá decidan que yo siga en el cargo de forma permanente».

«Pero esto no sucederá nunca», comprendió. «No le sucederá nunca a nadie como yo, incapaz de cumplir con sus obligaciones fiscales. Es algo que el precognitor de Hollis podría saber: puedo averiguar si me van a ascender o no a director de la compañía. Valdría la pena enterarse de ello; y como de todos modos tengo que contratar a un precognitor...».

-¿Dónde hay un videófono público? -preguntó a un empleado uniformado, que se lo indicó con un gesto-. Gracias -dijo, y siguió caminando hasta llegar al aparato. Levantó el auricular, esperó a oír la señal y dejó caer en la ranura la moneda que le había dado Al. El videófono dijo:

-Lo siento mucho, señor, pero no puedo aceptar dinero fuera de circulación. -La moneda salió despedida por la base del aparato con un ruido de desagrado y aterrizó a sus pies.

-¿Cómo? -protestó Joe, agachándose con torpes movimientos para recogerla-. ¿Desde cuándo están fuera de circulación veinticinco centavos de la Confederación Norteamericana?

-Lo siento, señor, pero lo que ha introducido en mí no era una moneda de veinticinco centavos de la Confederación Norteamericana, sino un ejemplar de una emisión ya retirada de la circulación, procedente de la fábrica de moneda de Filadelfia, Estados Unidos de América. En la actualidad, su interés es meramente numismático.

Joe observó detenidamente el cuarto de dólar y distinguió en su enmohecida superficie el perfil en bajorrelieve de George Washington. Y la fecha: tenía cuarenta años de antigüedad y, como decía el videófono, estaba fuera de circulación desde hacía mucho tiempo.

-¿Algún problema, señor? -le preguntó un empleado del moratorio, acercándose en actitud diferente-. He visto que el videófono le rechazaba la moneda. ¿Me permite examinarla? -

Alargó la mano y Joe le dio el cuarto de dólar-. Se la cambiaré por diez francos suizos que el videófono aceptará.

-Estupendo -dijo Joe. Hecho el cambio, introdujo la moneda de diez francos en el videófono y marcó el número internacional, libre de tasas, de Hollis.

-Psicofacultades Hollis -dijo una relamida voz femenina mientras aparecía en la pantalla un rostro de muchacha, de líneas modificadas por un maquillaje altamente sofisticado-. Ah, el señor Chip -dijo al reconocerle-: el señor Hollis nos dejó dicho que llamaría. Le hemos estado esperando toda la tarde.

«Precognitores...», pensó Joe.

-El señor Hollis nos ha dado instrucciones para que le pasemos inmediatamente su llamada -prosiguió la joven-; desea atender personalmente sus deseos. ¿Le importa esperar un momento mientras le pongo con él? Sólo un momento, señor Chip: la próxima voz que oiga será la del señor Hollis, si Dios quiere.

El rostro se esfumó y Joe se encontró ante una pantalla en blanco.

En la pantalla se fue definiendo un torvo rostro azulado de ojos hundidos, un semblante misterioso que flotaba sin cuello ni torso. Los ojos le parecieron a Joe como gemas defectuosas: brillantes, pero mal facetados, lanzaban destellos irregulares en varias direcciones.

-Hola, señor Chip -dijo.

«¿Con que éste es el aspecto que tiene», pensó Joe. «Las fotografías no han captado nunca la imperfección de este rostro. Se diría una frágil estructura recompuesta que hubiera perdido su textura original».

-La Sociedad va a recibir un informe detallado del asesinato cometido por usted en la persona de Glen Runciter. La Sociedad dispone de un gran equipo de talentos jurídicos: va usted a pasar el resto de sus días en los Tribunales. -Aguardó a que el rostro reaccionara, pero no lo hizo-. Sabemos que lo hizo usted -dijo, sintiendo la futilidad del gesto, la inutilidad de lo que estaba haciendo.

-Por lo que respecta al motivo de su llamada -dijo Hollis, con una voz culebreante que hizo pensar a Joe en un nido de serpiente-, le comunico que el señor Runciter no va a...

Joe colgó, temblando de pies a cabeza.

Desanduvo el camino por el corredor y llegó a la sala en la que Al Hammond se entretenía en deshacer un cigarrillo cuyo contenido reseco se reducía a polvo. Hubo un instante de silencio y Al levantó la mirada.

-La respuesta es no -dijo Joe.

-Ha venido Vogelsang preguntando por ti. Se comportaba de una forma muy rara: era evidente lo que estaba sucediendo ahí detrás. Apuesto lo que quieras a que le aterroriza la idea de decírtelo ahora; es probable que se meta en un montón de trámites tediosos, pero al final saldrá lo que tú dices, saldrá no. ¿Y ahora, qué?

-Ahora hay que ir por Hollis.

-No lo conseguiremos.

-La Sociedad... -Joe se interrumpió: el propietario del moratorio entraba tímidamente en la sala, nervioso y descompuesto, pero tratando al mismo tiempo de irradiar un halo de austera y serena presencia de ánimo.

-Hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano. A temperaturas tan bajas, el flujo de corriente no encuentra prácticamente resistencia: a ciento cincuenta bajo cero no se aprecia impedancia alguna. La señal debería haber brotado clara y fuerte, pero todo lo que le hemos sacado al amplificador ha sido un zumbido de sesenta ciclos. De todos modos, recuerden que no supervisamos la instalación refrigerante en que lo trajeron. Ténganlo presente.

-Lo tenemos presente -dijo Al, poniéndose en pie ceremoniosamente y mirando a Joe-. Creo que esto es todo.

-Hablaré con Ella -dijo Joe.

-¿Ahora? Es mejor que esperes hasta que sepas lo que has de decirle. Habla con ella

mañana; ahora vete a casa y duerme un rato.

-Ir a casa significa ir a casa de Pat Conley, y ahora no me siento con fuerzas para resistirlo.

-Alquila una habitación aquí en Zurich -le aconsejó Al-. Desaparece. Yo regresaré a la nave, les contaré a los demás lo sucedido e informaré a la Sociedad. Puedes delegar en mí por escrito. -Se dirigió a Von Vogelsang diciendo-: Traiga papel y pluma.

-¿Sabes con quién me gustaría hablar? Con Wendy Wright -dijo Joe mientras el dueño del moratorio salía a todo correr en busca de papel y pluma-. Ella sabrá lo que hay que hacer. Valoro en mucho su opinión, aunque me gustaría saber por qué: apenas la conozco.

Joe advirtió en aquel momento la presencia de una sutil música de fondo dominando la sala. Había estado sonando desde que llegaron y era la misma que se oía en el interior del helicóptero *«Dies irae, dies illa»*, cantaban oscuras voces. «*Solvet saeculum in favilla, teste David cum Sybilla»*. Reconoció las notas del *«Réquiem»* de Verdi. Von Vogelsang debía de conectarla con sus propias manos cada mañana, a las nueve, cuando llegaba al trabajo.

-En cuanto consigas la habitación, es probable que logre persuadir a Wendy Wright para que se deje caer por allí -dijo Al.

-Sería inmoral -dijo Joe.

-¿Inmoral? ¿En un momento como éste, cuando la organización está a punto de hundirse en las tinieblas del olvido a menos que consigas recobrarte? -Al le miraba fijamente-. Todo lo que te haga funcionar está plenamente justificado, es necesario. Ve al videófono, llama a un hotel, vuelve aquí y dime el nombre del hotel y el...

-Todo nuestro dinero no vale nada -dijo Joe-: no puedo usar el teléfono, a no ser que encuentre un coleccionista de monedas dispuesto a cambiarme otra moneda de diez francos de curso legal.

-Diantre -exclamó Al, lanzando un respingo y sacudiendo la cabeza.

-¿Acaso es culpa mía? ¿Acaso dejé yo fuera de circulación la moneda que me diste antes? -preguntó Joe con enfado.

-De alguna forma misteriosa, sí, es culpa tuya -dijo Al-. Pero no sé cómo. Quizá pueda explicármelo algún día. En fin, regresemos juntos al *Pratfall II*; allí podrás enrollarte con Wendy Wright y llevártela al hotel.

Las voces cantaban: *«¡Quantus tremor est futurus, quando judex est venturus, cuncta stricte discussurus».*

-¿Y con qué pagaré la habitación? En el hotel tampoco aceptarán nuestro dinero.

Soltando una imprecación, Al sacó su billetero con un gesto brusco y examinó los billetes que contenía.

-Son viejos pero todavía están en circulación. -Inspeccionó las monedas que llevaba en los bolsillos-. Éstas no. -Al se desembarazó de ellas, arrojándolas a la alfombra de la sala con una interjección de desagrado, como antes hiciera el videófono-. Toma estos billetes -dijo, tendiendo el papel moneda a Joe-: hay bastante para una noche en el hotel, una cena y un par de copas para cada uno. Mañana mandaré una nave desde Nueva York para que os recoja.

-Te lo devolveré. Como Director en funciones de Runciter Asociados voy a cobrar un salario más alto; podré saldar todas mis deudas, incluyendo los impuestos atrasados y las multas que me han ido poniendo los del impuesto sobre la renta.

-¿Sin Pat Conley? ¿Sin su ayuda?

-La puedo echar ahora mismo -afirmó Joe.

-Me gustaría verlo.

-Estoy en el inicio de una nueva etapa. Voy a empezar una nueva vida.

«Yo sé cómo dirigir la empresa», se dijo. «Desde luego, no voy a cometer el error que cometió Runciter: ningún Hollis que se haga pasar por Stanton Mick conseguirá atraernos a mis inerciales y a mí fuera de la Tierra, donde pueda darnos caza».

-En mi opinión -dijo Al ahuecando la voz-, tienes voluntad de fracaso. No hay ninguna combinación de circunstancias, ni siquiera ésta, que pueda cambiarlo.

-Lo que yo tengo es voluntad de triunfo -contestó Joe-. Glen Runciter lo comprendió y por

eso dejó dispuesto en su testamento que yo me hiciera cargo de la compañía en caso de que muriera y los del Moratorio de los Amadísimos Hermanos o cualquier otro que mereciera mi aprobación no consiguieran situarlo en la semivida.

Joe sentía en su interior una creciente confianza en sí mismo; distinguía ante él innumerables posibilidades de futuro, tan claramente como si poseyera la facultad de la precognición. Recordó entonces la capacidad de Pat, lo que podía hacer con los precognitores y con cualquier intento de anticipar el futuro.

Las voces cantaban: *«Tuba mirum spargens sonum, per sepulchram regionum coget omnes ante thronum».*

Leyéndole la expresión, Al dijo:

-Tú no vas a echarla de casa, con todo lo que ella puede hacer.

-Tomaré una habitación en el *Hotel Rootes* de Zurich, de acuerdo con el plan que has apuntado -decidió Joe.

«Pero Al tiene razón: no resultará», pensó. «Pat, o incluso algo peor, vendrá y me destruirá. Estoy condenado, en el sentido que daban los clásicos a la palabra».

Una imagen se proyectó con fuerza en su mente agitada y cansada: la de un pájaro atrapado en una telaraña. El tiempo se cernía sobre la imagen y ello le atemorizaba: era un aspecto que parecía literal, real. «Profético», pensó. Pero no entendía exactamente cómo. «Las monedas», pensó, «fuera de circulación rechazadas por el videófono. Piezas de coleccionista, como las de los museos». ¿Sería aquello? Era difícil decirlo; no lo sabía.

Las voces cantaban: «*Mors stupebit, et natura, cum resurgent creatura, judicanti responsura».*

Cantaban y cantaban, implacablemente.

8

Si los apuros monetarios le quitan el sueño, hágale una visita a la señorita de Ahorro y Crédito Ubik: le librará de las siempre molestas deudas. Por ejemplo, supongamos que usted toma en préstamo, a un interés limitado, cincuenta y nueve contacreds. Vamos a ver: en total...

La luz del sol penetraba en la elegante habitación de hotel poniendo al descubierto las imponentes formas que, según advirtió Joe Chip, parpadeando, eran piezas de mobiliario: grandes lienzos de neoseda estampados a mano, que representaban la evolución del género humano, desde los organismos unicelulares del período cambriano hasta el primer vuelo con un aparato más pesado que el aire, a principios del siglo veinte. Una magnífica cómoda de neocaoba, cuatro sillones articulados criptocromados y tapizados en tela jaspeada... Admiró, aturdido, el esplendor de la habitación y de pronto, herido por un agudo sentimiento de decepción, cayó en la cuenta de que Wendy no había llamado a la puerta. O que, en todo caso, no la había oído llamar; dormía demasiado profundamente.

Así, el imperio de su nueva autoridad se había desvanecido en el mismo momento de iniciarse.

Invadido por una muda melancolía, residuo del día anterior, se levantó del enorme lecho, cogió su ropa y se vistió. Hacía un frío nada normal y reflexionó sobre ello durante algunos momentos. Levantó el auricular del videófono y marcó el número del servicio de habitaciones.

-Devolverle el dinero si es posible -oyó-. Por supuesto, primero hay que poner en claro si Stanton Mick tuvo algo que ver con todo esto o se trataba de un simple doble homosimulado que actuaba en contra de nosotros, y en tal caso por qué razón, y en caso contrario cómo... -Aquella voz siguió hablando para sí y no para Joe. Parecía no advertir su presencia, como si no existiera-. Según todos nuestros informes, parece evidente que Mick actúa, en general, de

forma correcta y acorde con las prácticas legales y éticas vigentes en el Sistema. En vista de lo cual...

Joe colgó y permaneció de pie, balanceándose mareado, tratando de despejarse. *Era la voz de Runciter*, no cabía duda. Volvió a coger el auricular y siguió escuchando.

-Que Mick ponga pleito. Es algo que se puede permitir perfectamente y además él ya tiene experiencia en esta clase de litigios. Desde luego, habremos de consultar a nuestro equipo de juristas antes de elevar un informe en toda regla a la Sociedad. Si lo hiciéramos público sin más, daríamos pie a una acusación de difamación y detención ilegal, si...

-¡Runciter! -gritó Joe.

-No creo que haya modo de verificarlo, por lo menos hasta que...

Joe colgó. «No lo entiendo», dijo para sus adentros. Fue al baño y se lavó la cara con agua helada, se peinó con un peine aséptico ofrecido gratuitamente por la dirección del hotel, se afeitó con una maquinilla desechable aséptica ofrecida gratuitamente por la dirección del hotel y se roció la barbilla, el cuello y las mejillas con una loción aséptica ofrecida gratuitamente por la dirección del hotel. Desprecintó el vaso aséptico ofrecido gratuitamente por la dirección del hotel y bebió unos sorbos de agua. ¿Habrían conseguido los del moratorio resucitar por fin a Runciter y ponérselo al aparato?

«Tan pronto como reapareciera, Runciter pediría hablar conmigo antes que con nadie», pensó. «Pero si ése es el caso, ¿por qué no me oye? ¿Por qué me llega sólo una comunicación unidireccional? ¿O es un simple fallo técnico?».

Volvió al videófono y levantó el auricular con la idea de llamar al Moratorio de los Amadísimos Hermanos.

-Ni la persona más adecuada para dirigir la empresa, en vista de sus enrevesados problemas personales, especialmente teniendo en cuenta que...

Comprendió que no podía llamar y colgó. Ni siquiera podía hablar con el servicio de habitaciones.

Sonó una campanilla en un rincón y una voz tintineante dijo:

-Soy su homeoimpresor particular, para servirle; un servicio gratuito ofrecido en exclusiva por los hoteles de la *Cadena Rootes* en toda la Tierra y sus colonias. Marque el número del apartado de noticias que desee recibir y en escasos segundos le facilitaré un homeodiario de la más candente actualidad, confeccionado a la exacta medida de sus preferencias personales. ¡Todo completamente gratis!

-Muy bien -dijo Joe, acercándose al aparato. Quizá se habría difundido ya la noticia del asesinato de Runciter. Los medios de comunicación cubrían habitualmente las relaciones de altas de los moratorios. Pulsó la tecla de «Información interplanetaria de alto nivel» y la máquina empezó a elaborar, entre rumores de ruedecillas y cilindros, una hoja impresa que Joe recogió apenas salida de la ranura. Ni siquiera mencionaba a Runciter. ¿Era demasiado pronto aún, o había conseguido la Sociedad suprimir la noticia? Quizás había sido Al, conjeturó; quizás Al había untado al propietario del moratorio. Pero él tenía todo su dinero; Al no podría sobornar a nadie.

Sonó un golpe en la puerta.

Dejando el homeodiario, Joe se dirigió cautelosamente hacia ella, meditando. «Debe ser Pat Conley, que me ha atrapado aquí. Aunque también pudiera ser alguien venido de Nueva York para recogerme y llevarme de vuelta allí». En teoría, podía incluso ser Wendy, aunque no parecía probable, siendo tan tarde.

También podría tratarse de un asesino enviado por Hollis.

«Puede que nos esté eliminando uno a uno», pensó.

Abrió la puerta.

Tembloroso e intranquilo, retorciéndose las carnosas manos, apareció en el umbral Herbert Schoenheit Von Vogelsang. Balbuceó:

-No lo entiendo, señor Chip, no lo entiendo. Nos hemos turnado durante toda la noche sin sacarle siquiera un chispazo. Le hicimos un electroencefalograma y dio muestras de que

existe en él una débil pero inequívoca actividad cerebral. Hay posvida, pero no logramos que se manifieste. Tenemos sondas colocadas en todos los rincones de su corteza cerebral. No sé qué más podemos hacer.

-¿Se aprecia metabolismo cerebral? -preguntó Joe.

-Sí, señor. Llamamos a un experto de otro moratorio y lo detectó empleando su propio equipo. El índice es normal, es el que cabría esperar inmediatamente después de la muerte.

-¿Cómo me ha localizado? -preguntó Joe.

-Llamamos al señor Hammond, en Nueva York. Intenté hablar con usted llamándole a este hotel, pero su videófono estuvo toda la mañana comunicando. Por eso he juzgado necesario venir en persona.

-Yo tampoco puedo llamar. Está averiado.

-El señor Hammond trató de ponerse en contacto con usted pero no lo consiguió -dijo el dueño del moratorio-. Me pidió que le diera un encargo suyo sobre algo que quiere que haga usted en Zurich antes de regresar a Nueva York.

-Querrá recordarme que me entreviste con Ella.

-Quiere que le comunique el lamentable y prematuro fallecimiento de su marido.

-¿Me presta un par de contacreds? Tengo que desayunar -dijo Joe.

-El señor Hammond me puso sobre aviso acerca de sus previsibles intentos de sacarme dinero. Me informó de que le facilitó a usted fondos suficientes para pagar el hotel, una ronda de bebidas e incluso...

-Al partió de la base que me instalaría en una habitación más modesta que ésta. Pero no encontré nada más pequeño, con lo cual no contaba él. Puede hacerlo constar en el informe que presente a Runciter Asociados a fin de mes. Como debe saber por Al, ahora soy el Director en funciones de la Firma. Está usted hablando con un hombre poderoso, de mentalidad positiva, un hombre que se ha ganado el cargo a pulso. Como comprenderá yo podría reconsiderar la decisión inicial de la compañía en cuanto al moratorio del que deseamos ser clientes; podríamos inclinarnos, por ejemplo, a favor de algún otro más cercano a Nueva York...

Von Vogelsang buscó malhumoradamente en el interior de su toga de *tweed* y sacó un billetero de falsa piel de cocodrilo en el que metió los dedos.

-Vivimos en un mundo cruel en el que la única Ley es la de la competencia despiadada -dijo Joe cogiendo el dinero.

-El señor Hammond me dio más información para que se la transmitiera. La nave que le envía desde la oficina de Nueva York llegará a Zurich dentro de dos horas aproximadamente.

-Estupendo -dijo Joe.

-Con objeto de que disponga usted de tiempo suficiente para entrevistarse con Ella, el señor Hammond ha dispuesto que la nave le recoja en el moratorio. En vista de lo cual sugiere que le lleve allí conmigo. Tengo el helicóptero estacionado en la terraza del hotel.

-¿Le dijo eso Al Hammond, que yo volviera al moratorio con usted?

-Exacto -asintió Von Vogelsang.

-¿Al Hammond? ¿Un negro alto, de hombros caídos de unos treinta años? ¿Uno que lleva fundas de oro en los incisivos?

-El hombre que ayer salió con nosotros de la pista de Zurich, el que estuvo esperando con usted en el moratorio.

-¿Llevaba bombachos de fieltro verde, calcetines grises de golf, cazadora abierta de piel de tejón y zapatillas de charol?

-No vi cómo iba vestido; sólo le vi la cara por la videopantalla.

-¿Le dio alguna contraseña para que yo pudiera tener la seguridad de que era él?

El propietario del moratorio, irritado, dijo:

-No veo dónde está el problema, señor Chip: el hombre que me llamó por videófono desde Nueva York era el mismo que iba ayer con usted.

-No puedo aventurarme a ir con usted ni a montar en su helicóptero. Quizá le envía Ray

Hollis. Fue Ray Hollis quien mató al señor Runciter.

Mirando a Joe con ojos como cuentas de cristal, Von Vogelsang preguntó:

-¿Ha informado de esto a la Sociedad de previsión?

-Lo haremos a su debido tiempo. Por de pronto hemos de cuidar de que Ray Hollis no acabe con el resto de nosotros. Quiso matarnos también, allí en Luna.

-Usted necesita protección; le aconsejo que llame inmediatamente a la Policía de Zurich: destinarán a un hombre para que le proteja hasta que salga usted hacia Nueva York. Y en cuanto llegue allí...

-El videófono está averiado, ya se lo dije. Todo lo que se oye es la voz de Runciter. Por eso nadie puede comunicarse conmigo.

-¿De veras? Qué raro... -El dueño del moratorio pasó junto a Joe con movimientos ondulantes y entró en la habitación-. ¿Puedo escuchar? -Levantó el auricular del videófono con aire inquisitivo.

-Un contacred -exigió Joe.

Metiendo la mano en el bolsillo de su toga, el dueño del moratorio pescó un puñado de monedas; la hélice de avión que remataba su gorra emitió un zumbido de irritación cuando entregó tres de ellas a Joe.

-Sólo le pido lo que cobran aquí por una taza de café; es lo mínimo -dijo éste. Recordó que no había desayunado, y que en esas mismas condiciones debería entrevistarse con Ella. No importaba: podía tomar una anfetamina en lugar de desayuno. Probablemente se la suministraría gratuita y gentilmente la dirección del hotel.

Apretando fuertemente el auricular contra su oído, Von Vogelsang dijo:

-No se oye nada, ni siquiera la señal para marcar. Ahora sí: oigo parásitos. Muy apagados, como si vinieran de muy lejos. -Tendió el auricular a Joe, que lo cogió y se puso también a escuchar.

Él también oía los parásitos. Muy lejanos: estarían a miles de millas de distancia, pensó. Eran algo fantasmal, que a su manera le dejaba tan perplejo como la voz de Runciter, si era eso lo que había oído antes.

-Le devolveré el contacred -dijo, colgando.

-No importa -dijo Von Vogelsang.

-Pero no ha podido oír la voz...

-Vayamos al moratorio, como pidió el señor Hammond.

-Al Hammond es un empleado mío; las decisiones las tomo yo. Creo que regresaré a Nueva York antes de hablar con Ella; según mi opinión, es más urgente redactar la notificación formal que debemos presentar a la Sociedad. Cuando Al Hammond habló con usted, ¿le dijo si todos los inerciales salieron de Zurich con él?

-Todos excepto la señorita que ha pasado la noche con usted en este hotel. -El propietario del moratorio lanzó una ojeada en derredor, preguntándose dónde estaría la chica. Su curiosa fisonomía dejaba traslucir cierta preocupación-. ¿No está aquí?

-¿Quién era esa señorita? -preguntó Joe; su moral, que ya estaba baja, se hundía ahora en las más negras profundidades de su alma.

-El señor Hammond no me lo dijo. Debió de suponer que usted ya lo sabía. Habría sido una indiscreción por su parte decirme su nombre, dadas las circunstancias. ¿Acaso no...?

-No se ha presentado nadie.

¿Quién sería? ¿Pat Conley? ¿Wendy? Joe dio unas vueltas por la habitación, sacudiéndose el miedo a fuerza de reflexión. «¡Dios mío! ¡Que sea Pat!», se dijo.

-En el ropero -apuntó Von Vogelsang.

-¿Qué? -Joe se detuvo.

-Debería mirar ahí. Estas *suites* tan caras tienen roperos muy espaciosos.

Joe tocó el tirador de la puerta del ropero: el mecanismo de resorte la abrió de par en par.

Dentro, en el suelo, yacía un informe montón de carroña retorcida, deshidratada, casi momificada. Jirones descompuestos de lo que parecía haber sido ropa alguna vez lo cubrían

Librodot

casi por completo, como si durante un largo período de tiempo aquel cuerpo se hubiera encogido poco a poco dentro de lo que quedaba de sus vestiduras. Joe se agachó y le dio la vuelta: apenas pesaba unas libras; al tocarlo, sus miembros se desdoblaron en frágiles prolongaciones óseas, crujiendo como si fueran de papel. El cabello le pareció desmesuradamente largo. Delgado y revuelto, formaba una nube negra que oscurecía el rostro. Joe, en cuclillas, inmóvil, no quería ver quién era.

Von Vogelsang murmuró con voz ahogada:

-Eso es viejísimo, está completamente reseco, como si llevase siglos en este lugar. Bajaré a decírselo al director.

-No puede ser una mujer adulta -dijo Joe. Sólo podían ser los restos de una criatura, eran demasiado pequeños-. No puede ser Pat, ni Wendy -añadió, apartando de aquel rostro la nube de cabello-. Es como si hubiera estado dentro de un horno, a una temperatura muy elevada, durante mucho tiempo.

«La explosión, el terrible calor de la explosión», pensó.

Observó en silencio el pequeño rostro arrugado y medio carbonizado. Entonces supo quién era. La reconoció con dificultad.

Era Wendy Wright.

A alguna hora de la noche, razonó Joe, habría entrado en la habitación, y entonces se habría desencadenado algún proceso en ella o alrededor de ella. Advirtiéndolo, debió de arrastrarse hasta el ropero, ocultándose para que él no la descubriera. Algo se había apoderado de ella durante sus últimas horas de vida (o quizá fueran sólo minutos: Joe rogó por ello), pero ella había permanecido en silencio. No quiso despertarle. «O quizá lo intentó, sin conseguirlo», pensó. «Quizá no logró atraer mi atención. Quizá fue después de intentar en vano despertarme cuando se arrastró hacia el interior del ropero. Quiera Dios que todo fuese muy rápido».

-¿No puede hacer nada por ella en el moratorio? -preguntó a Von Vogelsang.

-Es demasiado tarde. A estos extremos de descomposición no podríamos hallar ningún residuo de semivida. ¿Es ella, es la chica?

-Sí -respondió Joe, asintiendo con un gesto.

-Será mejor que abandone el hotel ahora mismo, por su propia seguridad. Hollis hará lo mismo con usted. Porque *ha sido* Hollis, ¿no?

-Los cigarrillos, la guía atrasada que había en la nave, la leche rancia y el café coagulado, el dinero antiguo -dijo Joe. Había un nexo de unión: el tiempo, la vejez-. Ella lo dijo en Luna, cuando íbamos hacia la nave: «Me siento vieja». Lo dijo.

Se puso a reflexionar, tratando de controlar un miedo que empezaba a convertirse en terror. «Y esa voz en el videófono, la voz de Runciter: ¿qué significaba?», se preguntó.

No distinguía ninguna trama subyacente en todo aquello, nada que le diera un sentido. La voz de Runciter en el videófono no encajaba en ninguna de las interpretaciones que alcanzaba a inferir o inventar.

-Radiaciones -dijo Von Vogelsang-: yo diría que fue expuesta a la radiactividad de forma extensiva, probablemente hace algún tiempo. Debió de recibir una enorme cantidad de radiación.

-Creo que murió a causa de la explosión, la misma explosión que mató a Runciter -dijo Joe.

«Partículas de cobalto, polvo ardiente que se posó en ella y que ella inhaló. Pero en tal caso vamos a morir todos de esta misma forma: el polvo se habrá depositado en todos nosotros. Debo de llevarlo en los pulmones, como Al y los demás inerciales. Y en ese caso no se puede hacer nada, es demasiado tarde. No pensamos en ello; no se nos ocurrió pensar que la explosión consistiera en una reacción nuclear micrónica. Así, no es extraño que Hollis nos dejara escapar. Y sin embargo...».

Aquello explicaba la muerte de Wendy y la destrucción de los cigarrillos, pero no lo

sucedido con la guía videofónica, ni con las monedas, ni la corrupción de la leche y el café.

Tampoco explicaba la presencia de la voz de Runciter, su parloteo por el videófono del hotel, que cesó cuando Von Vogelsang empuñó el auricular; precisamente, advirtió Joe, cuando otra persona trataba de escucharlo.

«Tengo que regresar a Nueva York», se dijo. «Todos los que fuimos a Luna, todos los que estábamos presentes en el momento de la explosión, debemos solucionar esto juntos, antes de morir uno a uno de la misma forma como murió Wendy. O de una forma peor, si la hay».

-Diga a recepción que me suban una bolsa de polietileno -dijo al dueño del moratorio-; la meteré dentro y me la llevaré a Nueva York.

-¿No es éste un asunto para la Policía? Un asesinato tan horrible... Habría que informarla de esto -dijo Von Vogelsang.

-Consígame la bolsa y basta.

-Muy bien. Al fin y al cabo, es una empleada suya. -El propietario del moratorio salió con dirección al vestíbulo de recepción.

-Lo fue. Ya no lo es.

«Tenía que ser precisamente ella la primera», se dijo Joe.

«Aunque, en cierto modo, es mejor así. Voy a llevarte conmigo, Wendy; voy a llevarte a casa».

Lo haría, pero no como había proyectado.

Al Hammond, rompiendo bruscamente el silencio en el que se hallaban sumidos los inerciales, sentados alrededor de la imponente mesa de conferencias construida en auténtica madera de roble, dijo:

-Joe ya debería estar de vuelta. -Consultó su reloj de pulsera para cerciorarse. Parecía haberse parado.

-Mientras tanto, propongo que veamos el noticiario de la noche para saber si Hollis ha difundido la noticia de la muerte de Runciter -dijo Pat Conley.

-El homeodiario de hoy no la trae -dijo Edie Dorn.

-El noticiario de la televisión será más reciente -dijo Pat, dando a Al una moneda de cincuenta centavos con la que poner en marcha el televisor que había en el extremo más apartado de la sala de juntas, oculto tras una cortina. Era un impresionante aparato polifónico, policromático y tridimensional que había constituido un motivo de orgullo para Runciter.

-¿Quiere que la meta yo en la ranura, señor Hammond? -preguntó Sammy Mundo, ansioso por complacerle.

-De acuerdo -respondió Al. Con aire meditabundo, arrojó la moneda a Sammy, que la cazó al vuelo y se dirigió con presteza hacia el televisor.

El abogado de Runciter, Walter W. Wayles, se removió con impaciencia en su butaca, jugueteó con sus delicadas manos de aristócrata con el cierre de su maletín y dijo:

-Señores, no debieron dejar al señor Chip en Zurich. No podemos hacer nada hasta que se presente aquí, y es de una importancia vital que todas las cuestiones relativas al señor Runciter sean despachadas cuanto antes.

-Usted ya ha leído el testamento, y Chip también -dijo Al-. Todos sabemos quién quería Runciter que se hiciera cargo de la dirección de la compañía.

-Pero desde el punto de vista legal... -quiso objetar Wayles.

-Ya no puede tardar -dijo Al con brusquedad.

Se entretenía en trazar con la pluma líneas desordenadas en los márgenes de la lista que había confeccionado; dibujó un complicado encaje y la leyó una vez más, con preocupación.

CIGARRILLOS RANCIOS
GUÍAS ATRASADAS
DINERO FUERA DE CIRCULACIÓN
ALIMENTOS PODRIDOS

Librodot

ANUNCIO EN CARTERITA CERILLAS

-Voy a repasar la lista una vez más -dijo en voz alta-. A ver si esta vez alguno de nosotros consigue descubrir un lazo de unión entre estos cinco puntos, datos, incidentes o como quieran llamarlos. Estas cinco cosas que están... -hizo un gesto impreciso.

-Que están mal -dijo Jon Ild.

Pat Conley dio su punto de vista:

-Es fácil ver lo que une los cuatro primeros. Pero la carterita de cerillas no encaja.

-Déjemela ver otra vez -dijo Al, alargando la mano.

Pat le entregó la carterita y él leyó el anuncio una vez más.

MAGNÍFICA OPORTUNIDAD DE PROMOCIÓN PERSONAL
PARA TODOS AQUELLOS QUE DEMUESTREN SU CAPACIDAD.

> El señor Glen Runciter, del Moratorio de los Amadísimos Hermanos, de Zurich, Suiza, duplicó sus ingresos en sólo una semana, después de recibir nuestro juego gratuito de zapatos con información detallada sobre cómo puede usted también vender nuestros mocasines a sus amigos, familiares y compañeros de trabajo. El señor Runciter, pese a hallarse conservado en hielo sintético, obtuvo unas ganancias de cuatrocientos...

Al dejó de leer y se entregó a sus reflexiones mientras hurgaba en su dentadura con la uña del pulgar. Aquel anuncio era algo diferente: los otros puntos de la lista hablaban de descomposición y desuso, pero aquel anuncio no.

-Me gustaría saber qué sucedería si respondiéramos a este anuncio -dijo-. Da el número de un apartado de correos de Des Moines, Iowa.

-Nos enviarían un juego gratuito de zapatos -dijo Pat Conley- con información detallada sobre cómo podemos nosotros también...

-Quizás entraríamos así en contacto con Glen Runciter -la interrumpió Al. Todos, incluyendo a Walter W. Wayles, le miraron fijamente-. Hablo en serio. Tenga -dijo, pasando las cerillas a Tippy Jackson-: escríbales.

-¿Y qué les digo? -preguntó Tippy Jackson.

-Limítese a rellenar el cupón -dijo Al. Preguntó a Edie Dorn-: ¿Está usted completamente segura de que llevaba esa carterita en el bolso desde finales de la semana pasada? ¿No la habrá cogido hoy de algún sitio?

Edie Dorn afirmó:

-El miércoles metí varias carteritas en mi bolso. Ya le he dicho que esta mañana, al venir hacia aquí, me fijé casualmente en ésta mientras encendía un cigarrillo. Sin ningún género de dudas, había estado allí desde antes de que fuéramos a Luna. Desde varios días antes.

-¿Con ese anuncio? -le preguntó Jon Ild.

-Nunca hasta hoy reparé en lo que decían las carteritas. No sabría decir si antes llevaban escrito algo especial. ¿Lo sabe alguien?

-Nadie lo sabe -dijo Don Denny-. ¿Qué opina, Al? ¿Es una broma de Runciter, que las habría mandado imprimir antes de su muerte? O quizá fue Hollis, que nos quiso gastar una broma grotesca sabiendo que iba a matar a Runciter y que para cuando leyéramos el texto de la solapa del estuche Runciter estaría congelado en Zurich, como dice el anuncio.

Tito Apostos preguntó:

-¿Cómo supo Hollis que llevaríamos a Runciter a Zurich y no a Nueva York?

-Lo sabía porque es allí donde está Ella.

De pie frente al televisor, Sammy Mundo examinaba en silencio la moneda de cincuenta centavos que le había entregado Al. Su pálida frente de retrasado estaba arrugada en una expresión de perplejidad.

-¿Qué ocurre, Sam? -preguntó Al, sintiendo crecer la tensión en su interior; preveía un nuevo fenómeno.

-¿No es la cara de Walt Disney la que llevan grabada las monedas de cincuenta centavos? -preguntó a su vez Sammy.

-La de Disney o, si es una moneda más vieja, la de Fidel Castro. Déjeme ver...

-Otra moneda fuera de circulación -apuntó Pat Conley mientras Sammy Mundo entregaba los cincuenta centavos a Al.

-No, es del año pasado; es perfectamente normal en cuanto a la fecha, perfectamente aceptable -dijo Al-. Cualquier máquina del mundo la aceptaría; el televisor la aceptará.

-¿Qué ocurre, pues? -preguntó tímidamente Edie Dorn.

-Exactamente lo que dice Sammy: no lleva la efigie que debería llevar -respondió Al. Se puso en pie, se acercó a Edie y depositó la moneda en la húmeda palma de su mano-. ¿A quién le recuerda?

Tras una pausa, luego de haber examinado la moneda, Edie balbuceó:

-No..., no lo sé.

-Claro que lo sabe -dijo Al.

-De acuerdo -dijo secamente Edie, pinchada en su deseo de no responder. Devolvió la moneda a Al, quitándosela de encima con un escalofrío de repulsión.

-*Es Runciter* -dijo Al a todos quienes estaban reunidos alrededor de la gran mesa.

-Añádalo a su lista -dijo tras una pausa Tippy Jackson. Su voz era apenas audible.

Mientras Al volvía a sentarse y añadía el nuevo dato a su lista, Pat dijo:

-Veo actuar dos procesos. Uno es un proceso de deterioro, eso parece obvio. Todos estamos de acuerdo en ello.

Levantando la cabeza, Al preguntó:

-¿Y el otro?

-No estoy muy segura. Es algo que tiene que ver con Runciter. Creo que deberíamos mirar todas nuestras monedas, y también los billetes. Tengo que pensar un poco más.

Uno a uno, los reunidos sacaron sus carteras y monederos y rebuscaron por sus bolsillos. Jon Ild anunció:

-Yo tengo un billete de cinco contacreds con un bello retrato de Runciter grabado al acero. -Miró detenidamente sus restantes billetes-: Los demás están bien, todos normales. ¿Quiere ver el de cinco, señor Hammond?

-No, ya tengo dos de esos. ¿Quién más? -dijo Al. Se alzaron seis manos-. Ocho de nosotros tenemos lo que pienso deberíamos llamar «dinero Runciter». Por el momento lo tenemos en una cierta cantidad, pero probablemente antes de que termine el día todo nuestro dinero será dinero Runciter. Pongamos dos días. De todas formas, el dinero Runciter será igualmente válido: pondrá en marcha las máquinas y los aparatos domésticos y podremos pagar nuestras deudas con él.

-O no; ¿qué le hace pensar así? -contestó Don Denny-. ¿Por qué habrían de cambiar los bancos esto, lo que usted llama «dinero Runciter»? -Dio un golpecito a uno de los billetes-. Esto no es moneda legal, no es una emisión del Gobierno. No es dinero de verdad, es dinero de pega.

-De acuerdo. Puede que no sea dinero de verdad y que los bancos no lo acepten, pero la verdadera cuestión no es ésa -dijo Al.

-Es ésta -dijo Pat Conley-: ¿en qué consiste el segundo proceso, el de todas estas manifestaciones de Runciter?

-Eso es lo que son: manifestaciones de Runciter -asintió Don Denny-. Ese es el segundo proceso, paralelo al de deterioro. Unas monedas quedan fuera de circulación en tanto que otras aparecen con la cabeza o el busto de Runciter en una cara. ¿Sabe lo que pienso? Que estos dos procesos van en sentidos opuestos. Uno de ellos es, por decirlo de alguna manera, un dejar de existir. Ese es el proceso número uno. El número dos es un pasar a existir de algo que antes nunca existió.

-Cumplimiento de deseos -musitó Edie Dorn.

-¿Cómo dice? -preguntó Al.

-Quizás esas son cosas que Runciter había deseado -dijo Edie-: ver su perfil en el dinero de curso legal, en todo nuestro dinero, incluso en las monedas. Algo grandioso.

Tito Apostos intervino para decir:

-¿Y qué me dice de las carteritas de fósforos?

-No sé: no tienen nada de grandioso -reconoció Edie Dorn.

-La empresa ya hace publicidad en carteritas de fósforos -dijo Don Denny- y se anuncia por televisión, en los homeodiarios y en las revistas, y también por correo. El Departamento de Relaciones Públicas cuida de todo eso. A Runciter le importaba un comino lo relativo a esa parte de la actividad de la firma, y desde luego no le importaban lo más mínimo las carteritas de cerillas. Si estuviéramos ante alguna forma de materialización de su psiquismo, cabría esperar que su rostro apareciera en las pantallas de televisión, no en el dinero ni en los reclamos publicitarios.

-Quizá sí aparece en el televisor -dijo Al.

-Es verdad: no lo hemos probado -dijo Pat Conley-. Todavía no hemos tenido tiempo de ver la televisión.

-Vaya a poner el televisor en marcha, Sammy -dijo Al, devolviéndole la moneda de cincuenta centavos.

-No sé si voy a mirar -dijo Edie mientras Sammy introducía la moneda en la ranura y se ponía a un lado para accionar los mandos del aparato.

En aquel momento se abrió la puerta de la sala y apareció Joe Chip. Al vio su expresión.

-Apague el televisor -dijo, poniéndose en pie. Todos le siguieron con la mirada cuando salió a recibir a Joe-. ¿Qué ha sucedido, Joe? -Joe no respondió-. ¿Qué pasa?

-He alquilado una nave para venir -dijo Joe con voz ronca.

-¿Con Wendy?

-Hazme un cheque para pagarla. Está en la azotea. A mí no me llega el dinero.

Al preguntó a Walter W. Wayles:

-¿Puede usted desembolsar fondos?

-En casos como éste, sí. Voy a arreglar lo de la nave. -Llevando el maletín consigo, Wayles salió de la habitación. Joe se quedó en el umbral, nuevamente encerrado en su mutismo. Aparentaba ser cien años más viejo que cuando Al le viera por última vez.

-Está en mi despacho -dijo al fin. Apartó la mirada de la mesa de juntas, parpadeando. Vacilaba-. Creo que... Creo que no deberías verlo. El hombre del moratorio estaba conmigo cuando la encontré. Dijo que no podía hacer nada: había pasado demasiado tiempo. Años.

-¿Años? -repitió Al con un escalofrío.

-Bajemos a mi despacho -dijo Joe. Condujo a Al al ascensor, cruzando el vestíbulo-. Durante el viaje de regreso los de la nave me han dado tranquilizantes; los han añadido a la factura. De hecho, me siento mucho mejor. En cierto modo, no siento nada: debe ser por los tranquilizantes. Me temo que cuando pase el efecto volveré a sentirlo.

Llegó el ascensor. Descendieron juntos, en silencio, hasta el tercer piso, en el que tenía Joe su despacho.

-No te aconsejo que mires; es cosa tuya. -Abrió la puerta e invitó a entrar a Al-. Aunque si yo lo resistí es probable que tú también lo hagas. -Encendió la lámpara del techo.

Tras un silencio, Al exclamó:

-Cielo santo...

-No la abras -dijo Joe.

-No pienso abrirla. ¿Cuándo fue, esta mañana o anoche?

-Evidentemente, sucedió mucho antes, incluso antes de que llegara a mi habitación. El propietario del moratorio y yo hallamos pedazos de tela en el pasillo. Conducían a mi habitación. Pero debía estar perfectamente o casi perfectamente cuando cruzó el *hall* de recepción; nadie vio nada extraño, y en un hotel como aquél tienen siempre a alguien

vigilando. Además, el hecho de que consiguiera llegar a mi habitación...

-Sí, eso indica que por lo menos tenía fuerzas para caminar. Parece indicarlo, al menos.

Joe dijo:

-Estoy pensando en el resto de nosotros.

-¿En qué sentido?

-Pienso que podría ocurrirnos lo mismo.

-¿Cómo?

-Como le ocurrió a ella: como consecuencia de la explosión. Vamos a morir como ella uno tras otro. Uno a uno, hasta que no quede con vida ninguno de nosotros, hasta que todo lo que quede de cada cual sea una bolsa de plástico con diez libras de piel y cabello y algunos huesos resecos revueltos con la mezcla.

-Muy bien -dijo Al-: ha entrado en acción alguna fuerza que produce una descomposición rápida. Ha estado actuando desde el momento de la explosión que hubo en Luna, o se puso en movimiento entonces. Ya lo sabíamos. También sabemos, o creemos saber, que hay otra fuerza en acción, una contrafuerza que empuja las cosas en el sentido opuesto. Es algo relacionado con Runciter. En nuestro dinero está empezando a aparecer su retrato. Y en una cartera de cerillas...

-Estaba en el videófono del hotel -dijo Joe.

-¿En el videófono? ¿Cómo?

-No lo sé; estaba allí, eso es todo. No en la pantalla, sólo se le oía la voz.

-¿Qué decía?

-Nada en concreto.

Al observó atentamente a Joe y preguntó:

-¿Te oía?

-No. Intenté hacerme oír, pero era una comunicación unidireccional. Yo escuchaba y eso era todo.

-¿Por eso no pude comunicarme contigo?

-Sí, era por eso- asintió Joe.

-Íbamos a ver la televisión cuando apareciste. Ya habrás visto que los diarios no dicen nada de su muerte. Que lío...

No le gustaba el aspecto que ofrecía Joe. Parecía agotado, viejo, insignificante. ¿Era así como empezaba todo? «Hemos de establecer contacto con Runciter», se dijo. «No basta con oírle; es evidente que trata de comunicarse con nosotros, pero... si queremos salir de ésta tendremos que establecer contacto con él».

-Sintonizar con él por televisión no va a servirnos de mucho: será como por el videófono, a menos que nos diga cómo hacerle llegar nuestras respuestas. Quizá puede decírnoslo, quizá lo sabe. Puede ser que entienda qué ha sucedido.

-Debería entender qué le ha sucedido a él, y eso es algo que no sabemos.

«De alguna forma, debe de estar vivo, aunque en el moratorio no consiguieran despertarle», pensó Al. «Es obvio que el propietario del establecimiento hizo todo lo que pudo con un cliente de tanta categoría».

-¿Pudo oírle Von Vogelsang por el videófono? -preguntó a Joe.

-Lo intentó, pero sólo hubo silencio y luego parásitos que parecían venir de muy lejos. Yo también lo oí: era la nada, el sonido de la nada absoluta. Era un sonido muy extraño.

-Esto no me gusta nada -dijo Al, sin saber a ciencia cierta por qué-. Estaría más tranquilo si también lo hubiera oído Von Vogelsang. Por lo menos estaríamos seguros de que estaba allí, de que no fue una alucinación tuya.

«O de todos nosotros, como en el caso de la carterita de fósforos», pensó.

Pero algunos de los fenómenos no fueron, de ninguna manera, alucinaciones: algunas máquinas habían rechazado monedas fuera de circulación pero se trataba de máquinas programadas para reaccionar únicamente ante ciertas propiedades físicas. Los elementos psicológicos no intervenían para nada. Las máquinas carecían de imaginación.

-Voy a salir un rato de este edificio -dijo Al-. Elige una ciudad o un pueblo al azar, algún lugar con el que no tengamos nada que ver ni en el que hayamos estado nunca.

-Baltimore -dijo Joe.

-Muy bien, me voy a Baltimore. Voy a ver si en una tienda elegida al azar aceptan dinero Runciter.

-Cómprame tabaco fresco -dijo Joe.

-Sí, también lo haré: veré si la descomposición afecta también a los cigarrillos que encuentre en una tienda cualquiera de Baltimore. También comprobaré otros artículos: haré un muestreo. ¿Vienes conmigo, o prefieres subir a contarles lo de Wendy?

-Voy contigo -dijo Joe.

-Quizá sería mejor no contárselo nunca.

-Creo que debemos decirlo, ya que volverá a ocurrir -dijo Joe-. Es posible que ocurra antes de que regresemos. Es posible que ya esté ocurriendo.

-En ese caso será mejor que liquidemos el viaje a Baltimore lo antes posible -dijo Al. Salió de la oficina, seguido de Joe Chip.

9

¿Qué puede hacer una chica con un cabello tan áspero y rebelde? Simplemente, aplicarte el acondicionador capilar Ubik. En sólo cinco días descubrirá en él una tersura y una elasticidad desconocidas. Usado según las instrucciones, el spray capilar Ubik resulta totalmente inofensivo.

Escogieron el Supermercado del Cliente Afortunado, situado en las afueras de Baltimore. Dirigiéndose al tablero expendedor autónomo computarizado que dominaba el mostrador, Al pidió:

-Un paquete de Pall Mall.

-Los Wings son más baratos -comentó Joe.

-Ya no hay Wings, hace años que no se fabrican -repuso Al, molesto.

-Sí se fabrican, sólo que no los anuncian. Los Wings son una marca honrada, que no promete nada del otro jueves -dijo Joe, y dirigiéndose al tablero añadió-: Ponga Wings en lugar de Pall Mall.

La cajetilla se deslizó por un tubo y cayó sobre el mostrador.

-Noventa y cinco centavos -dijo el tablero.

-Aquí tiene un billete de diez contacreds -dijo Al introduciéndolo en una hendidura del aparato expendedor, cuyos mecanismos zumbaron brevemente al examinarlo.

-El cambio, señor -dijo el aparato depositando un montoncito de monedas delante de Al-. No se detenga, por favor.

«Luego, el dinero Runciter es bueno» se dijo Al mientras dejaban paso al siguiente comprador, una corpulenta dama ataviada con una gabardina color frambuesa y una bolsa mejicana de cuerda trenzada colgándole del hombro. Al abrió con mucho cuidado el paquete de cigarrillos. Su contenido se le deshizo en los dedos.

-Si hubieran sido Pall Mall, esto habría demostrado algo -dijo-. Voy a ponerme otra vez en la cola. -Cuando se disponía a hacerlo, observó que la anciana señora de la gabardina color frambuesa discutía acaloradamente con el expendedor automático.

-Cuando llegué a casa ya estaba muerta -chillaba-. Tenga, quédesela. -Depositó un tiesto en el mostrador; en él había una planta marchita, posiblemente una azalea, aunque su estado de depauperación no permitía distinguirlo con claridad.

-No puedo admitir esta devolución -respondió el tablero-. No garantizamos las formas de vida vegetal. Nuestro lema es «Ojo, señor cliente». Circule, por favor.

-Además, el «Saturday Evening Post» que me llevé del puesto de periódicos era de hace

más de un año -insistía la mujer-. ¿Qué es lo que pasa? El plato precocinado de larvas marcianas estaba...

-El siguiente, por favor -dijo el expendedor, ignorándola.

Al se apartó de la cola y deambuló por el recinto hasta que llegó donde los cigarrillos. Paquetes de todas las marcas se amontonaban hasta alturas de más de dos metros.

-Coge un cartón -le dijo a Joe.

-Dominó, que vale lo mismo que los Wings.

-No te quedes con cualquier cosa, diantre. Elige uno de Winston, o Kool, o algo por el estilo -dijo Al cogiendo uno él mismo y agitándolo-. Está vacío, lo noto por el peso. -Sin embargo, había algo dentro, algo pequeño y liviano que se movía cuando agitaba el envase. Abrió el cartón y miró en su interior.

Era una nota escrita a mano. La letra le resultaba familiar, y también a Joe. Extrajo el papel y lo leyeron juntos.

> Es fundamental que me ponga en contacto con ustedes. La situación es seria y se agrava con el tiempo. Tengo varias posibles explicaciones que deberíamos discutir. Siento lo de Wendy Wright; hicimos todo lo que estuvo en nuestra mano.

-Así que está al corriente de lo de Wendy -dijo Al-. Bueno, a lo mejor esto significa que ya no le ocurrirá lo mismo a ninguno de nosotros.

-Un cartón de tabaco cualquiera en una tienda cualquiera de una ciudad elegida al azar, y encontramos una nota de Glen Runciter para nosotros -reflexionó Joe-. ¿Qué contendrán los otros cartones, la misma nota? -Levantó un cartón de L&M y lo abrió: diez paquetes encima y otros diez debajo, todo perfectamente normal. ¿Normal? Al cogió otro cartón-. Ya ves que están bien -dijo Joe sacando un nuevo cartón de la mitad de la pila-; éste también está lleno. -En vez de abrirlo, sacó otro, y otro a continuación. Todos contenían paquetes de cigarrillos. Y todos los cigarrillos se desmenuzaban al simple contacto de los dedos.

-Me gustaría saber cómo pudo adivinar él que vendríamos aquí y que escogeríamos precisamente este cartón -dijo Al.

Todo aquello no tenía sentido y, sin embargo, allí estaban en acción las dos fuerzas contrapuestas. «La degeneración contra Runciter», pensó Al. «En todo el mundo, quizás en el universo entero. Igual se apaga el Sol y Runciter pone uno nuevo en su lugar. Si puede, claro. He aquí la cuestión: ¿hasta dónde alcanza el poder de Runciter? O mejor: ¿hasta dónde puede llegar el proceso de degeneración?».

-Probemos otra cosa -dijo, y echó a andar por el pasillo que formaban paquetes, latas y cajas, hasta llegar a la sección de electrodomésticos del supermercado. Allí, sin pensarlo un instante, se detuvo ante un valioso magnetófono de fabricación alemana-. Éste parece bueno -le dijo a Joe, que le había seguido, y cogió uno igual sin sacarlo del embalaje-. Vamos a quedarnos con él y nos lo llevamos a Nueva York.

-¿No quieres abrir la caja antes y probarlo? -preguntó Joe.

-Me parece que ya sé lo que vamos a encontrar, y es algo que no podemos comprobar aquí. -Se fue hacia la caja con el magnetófono bajo el brazo.

De nuevo en Runciter Asociados, Nueva York, depositaron el aparato en el taller de la empresa. Un cuarto de hora más tarde, el jefe de taller, que lo había desmontado, les dio su informe:

-Todas las piezas móviles del mecanismo de arrastre están gastadas. El disco de goma presenta rozaduras y hay fragmentos de goma por todo el interior del aparato. No queda prácticamente nada de los frenos del sistema del rebobinado. Este aparato lleva muchos años a cuestas; para mí, lo que necesita es un repaso a fondo, incluyendo correas nuevas.

-¿Quiere decir que está muy gastado? -preguntó Al.

-Sí. ¿Cuántos años hace que lo tiene?

-Lo he comprado hoy -respondió Al.

-Imposible -dijo el técnico-. En todo caso, le habrán vendido un...

-Sé muy bien lo que me han vendido. Lo sabía en el momento de comprarlo, antes de abrir la caja -dijo Al-: un magnetófono nuevecito, completamente desgastado. Lo he comprado con un dinero de pega que en la tienda no tienen inconveniente en aceptar; por un dinero que no vale nada, un artículo que no vale nada. Tiene su lógica.

-Hoy no es mi día -dijo el encargado del taller-. Esta mañana, al levantarme, se me había muerto el loro.

-¿De qué? -preguntó Joe.

-No lo sé. Sólo sé que estaba muerto, más tieso que un palo. -El huesudo índice del técnico se agitó ante Al-. Voy a decirle algo que usted no sabe acerca de su magnetófono. Está muy gastado, pero eso no es todo: hace cuarenta años que no se fabrica. Ya nadie emplea discos de goma, ni sistema de arrastre por correa. No podrá conseguir piezas de recambio a menos que alguien se las haga a mano. Y ni aun así valdrá la pena: ese trasto se ha quedado anticuado. Tírelo a la basura y olvídese de él.

-Tiene razón, no lo sabía -dijo Al. Salió del taller y acompañó a Joe por el pasillo-. Ahora ya no se trata solamente de una cuestión de envejecimiento o de degeneración; esto es distinto. Y vamos a tener dificultades para procurarnos alimentos comestibles, donde sea y de la clase que sea. ¿Cuánta de la comida que venden en los supermercados estará en buenas condiciones después de tantos años?

-Las conservas. Vi un montón de conservas en el supermercado de Baltimore -respondió Joe.

-Ahora ya sabemos por qué: hace cuarenta años, los supermercados vendían más productos enlatados que congelados, y en una proporción mucho mayor que hoy en día. Tienes razón: las conservas acabarán por ser nuestra única fuente de alimentos. -Tras unos instantes de reflexión, prosiguió-: Pero en un día hemos saltado de dos años a cuarenta; mañana a esta misma hora podemos andar por los cien, y no hay comida enlatada, envasada o empaquetada que aguante ese tiempo.

-Los huevos chinos, esos huevos que se conservan al cabo de mil años de estar enterrados -dijo Joe.

-Y no sólo somos nosotros. Lo que compró aquella vieja de Baltimore, una azalea, creo, también resultó afectado -dijo Al.

¿Iba a morir de inanición el mundo entero a causa de la explosión de una bomba en Luna? ¿Por qué afectaba a todo el mundo y no sólo a ellos?

-Ahí está la...

-Un momento, no digas nada. Tengo que pensar -dijo Al-: Es posible que Baltimore sólo esté allí cuando va uno de nosotros. Y el Supermercado del Cliente Afortunado, igual: puede que dejara de existir apenas lo abandonamos. Puede ser incluso que, en realidad, sólo experimentemos esto los que estábamos en Luna.

-Cuestión filosófica irrelevante y falta de sentido, que además resulta imposible demostrar o refutar.

-Para la señora de la gabardina frambuesa sí resultaría relevante, y para todos los demás -repuso Al con causticidad.

-Ahí llega el encargado del taller -dijo Joe.

-He estado hojeando el manual de instrucciones de su magnetófono -dijo el técnico tendiendo el folleto a Al, con una extraña expresión en el rostro-. Échele un vistazo. -Pero se lo arrebató de las manos y añadió-: Voy a ahorrarle la molestia de leerlo: mire en la última página, donde dice quién fabricó el aparato y dónde hay que enviarlo para que lo reparen.

-«Fabricado en Zurich por Runciter» -leyó Al en voz alta-. Y hay un servicio de asistencia posventa en la Confederación Norteamericana, en Des Moines. Como en la carterita de cerillas. -Pasó el manual a Joe y dijo-: Nos vamos a Des Moines. Este folleto es la primera manifestación de una relación entre los dos lugares. -«¿Por qué Des Moines?», se preguntó-.

¿Recuerdas si Runciter tuvo en vida algo que ver con Des Moines?

-Nació allí y allí pasó sus primeros quince años -respondió Joe-. Lo mencionaba de vez en cuando.

-Pues ahora, después de muerto, ha vuelto allí de una forma u otra.

«Runciter está en Zurich y también en Des Moines», pensó Al. «En Zurich presenta un metabolismo cerebral apreciable; su semivida física, corporal, está en suspenso, entre el hielo artificial del Moratorio de los Amadísimos Hermanos, y sin embargo no se puede establecer comunicación con él. En Des Moines carece de existencia física y sin embargo sí puede establecerse tal comunicación. De hecho, *ya* se ha establecido contacto, por lo menos en una dirección, de él hacia nosotros, a través de conexiones tales como este manual de instrucciones. Y entre tanto, nuestro mundo se halla en pleno declive, involuciona haciendo que emerjan etapas remotas de la realidad. Para el fin de semana es posible que nos encontremos con un desfile de tranvías traqueteando por la Quinta Avenida». Le vino al pensamiento una extraña expresión: «Robatranvías». Se preguntó qué significaría. Debía de ser un término abandonado que surgía del pasado, una emanación distante y nebulosa que sin embargo, en su mente, eclipsaba la realidad presente. Aquella percepción poco nítida primero, meramente subjetiva, le incomodaba: era algo que no había oído nunca hasta entonces pero que ya se había convertido en una entidad demasiado real.

-Robatranvías -dijo en voz alta. Por lo menos hacía un siglo. El término permanecía obsesivamente fijo en el centro de su atención; no conseguía apartarlo.

-¿De dónde ha sacado esa palabra? -preguntó el jefe del taller-. Ya nadie recuerda lo que significa: es el apodo que les daban a los Dodgers de Brooklyn -explicó, mirando a Al con recelo.

-Subamos para asegurarnos que todos estén bien antes de salir para Des Moines -dijo Joe.

-Si no llegamos pronto a Des Moines puede que el viaje dure el día entero o incluso más.

«Es perfectamente posible, en vista de cómo cambian los medios de transporte», pensó. «Del cohete al reactor, del reactor al avión de hélice y de éste a sistemas de transporte terrestre como el tren de vapor y el tranvía de caballos... Pero la regresión no puede ir tan lejos. Aunque ya tenemos en las manos un viejo aparato que funciona a base de discos de goma y correas de transmisión». Quizá sí podía ir tan lejos.

Se dirigió con Joe hacia el ascensor. Joe pulsó el botón y ambos se pusieron a esperar en silencio, sumido cada cual en sus meditaciones.

El ascensor llegó con estruendo. El ruido sacó a Al de su introspección. Con expresión concentrada, abrió la reja de seguridad.

Se encontró frente a una jaula abierta, con apliques de metal bruñido, sentado en un taburete, un ascensorista uniformado, respirando aburrimiento, manejaba el mando y les miraba con indiferencia. Sin embargo, no fue indiferencia lo que sintió Al.

-No entres -dijo, sujetando a Joe-. Míralo y piensa: trata de recordar el ascensor hidráulico, automático y cerrado en el que subimos hoy mismo...

Calló de repente, porque el vetusto y chirriante armatoste se había desvanecido y en su lugar había recobrado su existencia el ascensor de siempre. Y sin embargo sentía la presencia del otro ascensor, el más viejo; acechaba en la periferia de su campo visual, como dispuesto a volver tan pronto él y Joe desviaron su atención del lugar. «Quiere volver», advirtió. «Se propone volver. Podemos impedirlo durante un cierto tiempo; probablemente, no más de unas horas. El impulso de la fuerza retrógrada va en aumento: las formas arcaicas avanzan más deprisa de lo que creíamos hacia un dominio total. Ahora ya es cuestión de saltos de un siglo. El ascensor que acabamos de ver no tendría menos de cien años. Y sin embargo, parece que podemos ejercer algún control sobre ello. Hicimos que el ascensor real, el de ahora, volviera a la existencia. Si nos mantuviéramos unidos, no ya como una unidad de dos mentes, sino de doce...».

-¿Qué es lo que has visto? -le decía Joe-. ¿Por qué me has dicho que no suba?

-¿No lo has visto? ¿No has visto ese ascensor antiguo, abierto, todo de hierro? Sería de mil

novecientos diez. ¿No has visto al empleado sentado en el taburete?

-No -respondió Joe.

-¿No has visto *nada*?

-Sí: esto, el ascensor normal y corriente que veo cada día cuando vengo a trabajar. He visto lo que veo siempre, lo mismo que estoy viendo ahora. -Subió al ascensor, se dio la vuelta y se quedó mirando a Al.

Al comprendió que sus respectivas percepciones comenzaban a diferir; ignoraba qué podría significar aquello, pero le parecía de mal agüero, no le gustaba en lo más mínimo. De algún modo oscuro y amenazador, parecía ser en potencia el peor de los cambios acaecidos desde la muerte de Runciter. Ya no retrocedían al mismo ritmo y tenía el presentimiento agudo e instintivo de que Wendy Wright había experimentado lo mismo antes de morir. Se preguntó cuánto tiempo le quedaría a él.

Estaba cobrando consciencia de una frialdad insidiosa y penetrante que tiempo atrás, en algún momento olvidado, había empezado a dominarle, investigando lo que había dentro de él y en el mundo que le rodeaba. Aquello le recordaba sus últimos minutos en Luna. El frío deterioraba la superficie de los objetos: los penetraba, los combaba, se expandía y se revelaba en forma de protuberancias redondeadas que emitían un ruido sibilante y estallaban. El frío se deslizaba por las innumerables heridas abiertas hasta el corazón de las cosas, el núcleo que las hacía vivir. Lo que ahora veía parecía un desierto de hielo del que sobresalían macizos peñascos. El viento barría como un vómito la llanura en que se había convertido la realidad; un viento que cuajaba en hielo cada vez más espeso y que iba engullendo las rocas. Y las tinieblas cercaban su campo visual. Las atisbaba vagamente.

«Pero todo esto es una proyección mía», pensó. «No es que el universo se esté hundiendo bajo capas de frío, viento, hielo y oscuridad; todo eso ocurre dentro de mí y yo creo verlo fuera. Es extraño: ¿está el mundo dentro de mí, contenido en mi cuerpo? Si es así, ¿cuándo ocurrió? Debe ser una manifestación de la muerte. La incertidumbre que siento, este lento hundirme en la entropía: éste es el proceso, y el hielo que veo el resultado de su finalización. En cuanto cierre los ojos, el universo entero desaparecerá. Pero ¿y las luces que debería ver, las entradas a nuevas matrices? ¿Dónde está concretamente la luz rojiza de las parejas que copulan? ¿Y la luz débil y triste que indica la avidez animal? Todo lo que distingo es la oscuridad que avanza y el calor que retrocede, una llanura que se enfría, abandonada por su sol. Esto no puede ser la muerte normal, todo esto es antinatural: el impulso normal de la disolución ha sido reemplazado por un factor superpuesto, por una presión arbitraria y forzada. Quizás alcance a comprenderlo si logro descansar y acumular la energía necesaria para pensar».

-¿Qué ocurre? -preguntó Joe mientras subían en el ascensor.

-Nada -respondió secamente Al. «Quizás ellos sí, pero yo no saldré de ésta», pensó.

Joe y él continuaron ascendiendo en un silencio vacío.

Al entrar en la sala de conferencias, Joe vio que Al no estaba con él. Se volvió y miró por el pasillo: le distinguió de pie, solo, inmóvil.

-¿Qué ocurre? -preguntó de nuevo. Al no se movía-. ¿Te encuentras bien? -insistió, echando a andar hacia él.

-Estoy cansado -dijo Al.

-Tienes mal aspecto -dijo Joe, profundamente inquieto.

-Voy al retrete. Tú sigue y reúnete con los demás. Asegúrate de que estén todos bien. Yo vengo enseguida -dijo Al. Empezó a caminar, vacilante; parecía desorientado-. Pronto estaré bien. -Se desplazaba con titubeos por el pasillo, como si tuviera dificultad en ver el camino.

-Voy contigo; así, seguro que llegas.

-A ver si mojándome la cara con agua caliente... -dijo Al.

Dio con la puerta gratuita del aseo para caballeros y la abrió con la ayuda de Joe, desapareciendo en su interior. Joe se quedó en el pasillo. «Algo le pasa», pensó. «Lo del

ascensor viejo le ha afectado». Se preguntaba por qué.

Al salió del lavabo.

-¿Qué hay? -preguntó Joe al ver su expresión.

-Ven a ver esto -dijo Al haciéndole entrar y señalando la pared del fondo de la sala-. *Graffiti*, palabras garabateadas. Lo que uno encuentra escrito en la pared cada vez que va al retrete. Lee.

Escrito a lápiz o en tinta roja de bolígrafo, se leía:

> Mete el culo en la caja, pobre amigo:
> tú y los demás estáis muertos. Yo vivo.

-¿No es la letra de Runciter? -preguntó Al-. ¿La reconoces?

-Sí, es la letra de Runciter -asintió Joe.

-Entonces ya sabemos la verdad -dijo Al.

-¿Es ésa la verdad?

-Claro. Evidente.

-Pues vaya una manera de enterarse. Escrito en la pared de un lavabo -comentó Joe. Estaba, por encima de todo, amargamente resentido.

-Así son los *graffiti*: crudos y directos. Podríamos haber pasado meses y meses, toda la eternidad, viendo la televisión, escuchando el videófono o leyendo los homeodiarios sin llegar a enterarnos, sin que nadie nos lo dijera de una forma tan directa y tan simple.

-Pero nosotros no estamos muertos, salvo Wendy -dijo Joe.

-Estamos en semivida. Probablemente estamos todavía en el *Pratfall II*, de regreso de Luna hacia la Tierra, después de la explosión que nos mató. *A nosotros*, no a Runciter. Y Runciter está tratando de captar nuestro flujo de protofasones. Hasta ahora no lo ha conseguido: no pasamos de nuestro mundo al suyo. Pero se las ha arreglado para llegar a nosotros. Nos lo encontramos por todas partes, incluso en lugares que elegimos al azar. Su presencia nos invade por todos lados porque él es la única persona que trata de...

-¿Qué te pasa? -preguntó Joe al ver que Al callaba.

-Me siento mal. -Al abrió el grifo para que el agua corriera por el lavabo y empezó a rociarse la cara. Joe vio que no era agua caliente: había pedazos de hielo que se deshacían en astillas-. Vuelve a la sala de conferencias; yo vendré cuando esté mejor, suponiendo que esté mejor alguna vez -insistió Al.

-Creo que será mejor que me quede aquí contigo -dijo Joe.

-No, maldita sea, ¡márchate! -Con el rostro gris y descompuesto de pánico, Al le arrastró hasta la puerta y le empujó hacia el pasillo-. Vamos, vete y asegúrate de que los demás están bien. -Volvió al interior del aseo, cubriéndose el rostro con las manos; se inclinó y quedó oculto tras la puerta cuando ésta se cerró.

-Muy bien, estaré con ellos en la sala de conferencias -dijo Joe tras unos momentos de vacilación. Esperó una respuesta; no se oía nada-. ¿Al? -«Dios mío, es terrible: algo le está pasando», pensó. Empujando la puerta, dijo-: Quiero ver con mis propios ojos que estás bien, Al.

En voz baja y serena, Al dijo:

-Es demasiado tarde, Joe. No mires. -El aseo de caballeros estaba a oscuras; Al había conseguido apagar la luz. Su voz volvió a oírse débil y a la vez firme-: No debimos separarnos de los demás. Por eso le ocurrió a Wendy lo que le ocurrió. Podrás seguir vivo al menos por algún tiempo si vas a buscarles *y no te separas de ellos*. Díselo a todos y asegúrate de que lo comprendan. ¿Entiendes?

Joe buscó a tientas el interruptor de la luz.

Sintió en la mano un golpecito débil, como dado por un puño carente de peso. Aterrado, apartó la mano sorprendido por la impotencia que se advertía en el puño de Al. Ya no le hacía falta mirar: aquel golpe se lo decía todo.

-Sí, entiendo. Voy con los demás -dijo-. ¿Te duele?

Hubo un silencio, y una voz apática susurró:

-No, sólo que... -la voz se apagó y volvió a hacerse el silencio.

-Espero verte alguna vez -dijo Joe. Sabía que era lo peor que se podía decir en aquella situación; le horrorizaba oírse decir semejante banalidad, pero era todo lo que podía hacer-. En otras palabras, espero que te sientas mejor -dijo, sabiendo que Al ya no podía oírle-. Les contaré lo de la pared y volveré. Les diré que no vengan a mirar porque podrían... -buscó la palabra adecuada- molestarte.

No hubo respuesta.

-Adiós -dijo Joe, y salió de la oscuridad del cuarto. Caminó indeciso por el pasillo y volvió a la sala de conferencias. Se detuvo un momento en la entrada, tomó aliento con una inspiración profunda e irregular y empujó la puerta.

El televisor que había en la pared del fondo de la sala trompeteaba un anuncio de detergente; en la gran pantalla tridimensional de color, un ama de casa examinaba críticamente una toalla de piel de nutria sintética y con voz aguda y penetrante la declaraba indigna de ocupar un lugar en su cuarto de baño.

La pantalla mostró entonces una panorámica de su cuarto de baño: había un *graffiti* en una de las paredes. Era la misma letra, que esta vez decía:

> «De cagar y joder yo no me privo,
> os dice a los muertos el que está vivo».

En la sala, sin embargo, sólo había una persona mirando la pantalla. Era Joe, que estaba solo en una estancia desierta. Los otros habían desaparecido. Todo el grupo.

Se preguntó dónde estarían, y si viviría el tiempo suficiente para encontrarles. No parecía probable.

10

¿Le rehuyen sus amigos en la piscina? Es por culpa de la transpiración. El desodorante Ubik, en barra o en pulverizador, elimina el olor corporal y le garantiza diez días de total protección. ¡Aplíquese Ubik y vuelva a ser el centro de las reuniones!

Inofensivo si se emplea según las instrucciones, dentro de un programa riguroso de higiene corporal.

-Y ahora, las noticias que nos trae Jim Hunter -anunció el locutor de televisión.

En la pantalla apareció el rostro lampiño y alegre del comentarista.

-Glen Runciter regresó hoy a su lugar de nacimiento, pero no fue el suyo un regreso que alegrara el corazón de nadie. Ayer, la tragedia se abatió sobre Runciter Asociados, posiblemente la organización de previsión más renombrada de la Tierra: en un atentado terrorista perpetrado en unas instalaciones de la subsuperficie de Luna, cuya localización exacta no ha sido revelada, Glen Runciter resultó mortalmente herido y falleció antes de que sus restos pudieran ser sumergidos en hielo sintético. Trasladado al Moratorio de los Amadísimos Hermanos de Zurich, fueron vanos todos los esfuerzos por despertarle a la semivida. Ante la evidencia de su inutilidad, dichos esfuerzos fueron abandonados y el cuerpo de Glen Runciter trasladado a Des Moines. La capilla ardiente será instalada en esta ciudad, concretamente en la Funeraria del Humilde Pastorcillo.

La pantalla mostró un blanco y anticuado edificio de madera ante el cual deambulaban algunas personas.

«Me gustaría saber quién autorizó el traslado a Des Moines», dijo para sí Joe Chip.

-El desenlace al que asistimos se debe a la decisión de la esposa de Glen Runciter, una

decisión tomada con toda tristeza pero inexorablemente -prosiguió la voz del comentarista-. La señora Ella Runciter, que se halla a su vez conservada en hielo sintético y con la cual se esperaba pudiera reunirse su esposo, fue revivida esta mañana para ser enfrentada a la tragedia. La señora Runciter supo entonces del cruel hado que se había abatido sobre su cónyuge y tomó personalmente la decisión de abandonar todos los esfuerzos encaminados a reavivar un posible último indicio de semivida en el hombre con el que esperaba reunirse en espíritu algún día. Una esperanza que la realidad acaba de echar por tierra.

En la pantalla apareció durante unos momentos una fotografía de Ella tomada en vida de ésta. El comentarista siguió hablando:

-Con la solemnidad propia del caso, los afligidos empleados de Runciter Asociados se reunieron en la capilla de la Funeraria del Humilde Pastorcillo, preparándose lo mejor posible, dadas las circunstancias, para rendir un último homenaje al fallecido.

La imagen mostraba ahora la pista de aterrizaje que coronaba el edificio de la funeraria; se abrió la compuerta de una nave estacionada en posición vertical y salieron de ella varios hombres y mujeres. Un reportero los iba deteniendo micrófono en mano.

-Dígame, señor: además de trabajar para Glen Runciter, ¿le conocían personalmente usted y estos otros empleados? No ya como jefe, sino como hombre.

Parpadeando como un mochuelo deslumbrado, Don Denny dijo por el micrófono que le ofrecían:

-Todos nosotros conocíamos a Glen Runciter como hombre, como una gran persona y un ciudadano en el que se podía confiar. Sé que al decir esto expreso el sentir de mis compañeros.

-¿Están aquí todos los empleados del señor Runciter, señor Denny? ¿O sería mejor decir ex empleados?

-Estamos aquí muchos de nosotros -respondió Don Denny-. El señor Len Niggelman, presidente de la Sociedad de previsión, se puso en contacto con nosotros en Nueva York y nos comunicó que se había enterado de la muerte de Glen Runciter. Nos informó de que el cuerpo del finado iba a ser trasladado a Des Moines y nos dijo que debíamos acudir aquí; aceptamos y nos ha traído en su nave. Su nave es ésta -señaló el aparato del que acababan de descender-. Le estamos muy agradecidos por notificarnos que se había procedido al traslado del cuerpo. De todos modos, faltan algunos de nosotros porque no estaban en las oficinas de Nueva York. Me refiero concretamente a los inerciales Al Hammond y Wendy Wright y al técnico de pruebas señor Chip. Desconocemos el paradero de los tres, pero seguramente...

-Sí, seguramente estarán viendo esta retransmisión, que se difunde vía satélite por toda la superficie de la Tierra -dijo el locutor- y acudirán a Des Moines para estar presentes en esta luctuosa ocasión, como habrían deseado el señor y la señora Runciter. Y ahora devolvemos la conexión a Jim Hunter en el estudio central.

Jim Hunter, de nuevo en pantalla, dijo:

-Ray Hollis, cuyo personal, dotado de facultades psiónicas, es el objeto de la tarea de neutralización que llevan a cabo los inerciales y constituye por tanto el blanco de las organizaciones de previsión, manifestó, en un comunicado difundido por su secretaría, que lamentaba la muerte por accidente de Glen Runciter y que haría todo lo posible por asistir a las honras fúnebres en Des Moines. Sin embargo, es posible que Len Niggelman, que representa, como les hemos dicho, a la Sociedad de Previsión, pida que no se le permita asistir, en vista de las insinuaciones hechas por los portavoces de algunas organizaciones de previsión en el sentido de que Hollis reaccionó con satisfacción apenas disimulada a la noticia del fallecimiento de Runciter. -El comentarista hizo una pausa, cogió una hoja de papel y dijo-: Y ahora pasemos a otros aspectos de la actualidad.

Joe Chip accionó con el pie el pedal de mando del televisor: la pantalla se apagó y el sonido se desvaneció poco a poco hasta hacerse el silencio.

«Esto no casa con los *graffiti* de las paredes de los lavabos y del cuarto de baño», reflexionó Joe. «Quizá, después de todo, Runciter haya muerto. Así lo creen los de la

televisión, y Ray Hollis, y también Len Niggelman. Todos le dan por muerto; sólo dicen lo contrario esos dos pareados que cualquiera pudo garrapatear, pese a lo que pensara Al».

La pantalla del televisor volvió a iluminarse, para su sorpresa: no había tocado el pedal. Además, cambiaba continuamente de canal: las imágenes se sucedían unas a otras, sin pausa, hasta que finalmente el misterioso ente quedó satisfecho. Quedó en pantalla la última imagen.

Era el rostro de Glen Runciter.

-¿Está usted cansado de tanta insipidez? ¿Se ha apoderado la col hervida de su universo gastronómico? -dijo Runciter con su voz áspera de siempre-. ¿No consigue usted librarse de ese viejo olor apagado y rancio de lunes por la mañana, por más centavos que introduzca en la cocina? *Ubik* pondrá fin a su problema: *Ubik* resucita el sabor de la comida, devolviéndole la frescura y restituyendo a cada plato su delicioso aroma de siempre. -Una lata de aerosol de vivos colores reemplazó a Glen Runciter en la pantalla-. Una pulverización invisible de *Ubik*, producto de precio por demás económico, ahuyentará todos sus temores obsesivos de que el mundo esté convirtiéndose en leche coagulada, magnetófonos gastados y ascensores antiguos, amén de otras manifestaciones de degeneración no vislumbradas todavía. Debe usted saber que esta forma regresiva de deterioro del mundo constituye una experiencia normal para muchos semivivos, particularmente en aquellas etapas iniciales durante las cuales los vínculos con la realidad son todavía muy estrechos. El semivivo retiene como carga residual una especie de universo que se resiste a desaparecer y lo percibe como un pseudoambiente altamente inestable, no apoyado en infraestructura érgica alguna. Ello es especialmente cierto cuando se amalgaman varios sistemas de memoria, como es el caso con todos ustedes. ¡Pero con el nuevo *Ubik*, más poderoso que nunca, el problema está resuelto!

Joe se sentó, atónito, sin apartar la mirada de la pantalla en la que un hada de dibujos animados revoloteaba en espiral lanzando chorros de *Ubik* por todas partes.

El hada fue sustituida por un ama de casa de enormes dientes y mandíbula de caballo, que vociferaba con tono estridente:

-Me decidí por *Ubik* después de probar otros soportes de realidad débiles y anticuados. Mis cacharros de cocina se convertían en un montón de herrumbre. Los suelos de mi apartamento se hundían, y un día mi marido, Charles, agujereó con el pie la puerta de la alcoba. Pero ahora uso el nuevo *Ubik*, potente y económico, y me da un resultado maravilloso. Observe este frigorífico -apareció en la pantalla una antigua nevera General Electric-: caramba, ha retrocedido ochenta años...

-Sesenta y dos -corrigió Joe Chip en tono reflexivo.

-Y mire ahora -dijo la mujer, rociando el viejo trasto con un aerosol *Ubik*. Una aureola mágica lo envolvió y fue sustituido en un abrir y cerrar de ojos por un espléndido refrigerador de seis puertas a moneda.

-Sí -prosiguió la sombría voz de Runciter-, por medio de las más avanzadas técnicas de la ciencia moderna, la regresión de la materia hacia formas primitivas puede ser invertida, y a un precio muy razonable. *Ubik* se vende únicamente en los mejores comercios de artículos para el hogar de la Tierra. Evite su uso interno. Manténgalo alejado del fuego. Siga meticulosamente las normas de utilización que se detallan en la etiqueta. Búsquelo, Joe, no se quede ahí sentado: vaya a buscar un frasco de *Ubik* y pulverice con él a su alrededor noche y día.

Poniéndose en pie, Joe exclamó:

-Sabe que estoy aquí. ¿Significa esto que puede verme y oírme?

-Claro que no: no puedo verle ni oírle. Este mensaje publicitario está grabado en magnetoscopio; lo registré hace dos semanas, exactamente doce días antes de mi muerte. Sabía que iba a producirse la explosión; me serví de un precognitor.

-Entonces está usted efectivamente muerto.

-Naturalmente. Estoy muerto. ¿No ha visto el reportaje que acaban de televisar desde Des Moines? Ya sé que lo ha visto; también me lo dijo el precognitor.

-¿Y qué me dice de los *graffiti* de los lavabos?

Runciter, tronando por el circuito de sonido del televisor, respondió:

-Otro fenómeno de deterioro. Vaya a comprarse un frasco de *Ubik* y dejarán de sucederle todas estas cosas. Todo cesará.

-Al cree que estamos muertos -dijo Joe.

-Al se está deteriorando. -Runciter se echó a reír a carcajadas lúgubres y reverberantes que sacudían la sala de juntas-. Mire, Joe, grabé este maldito anuncio para ayudarle, para guiarle precisamente a usted, en honor de nuestra vieja amistad. Sabía que le dejaría muy confundido, y así está usted en este momento: totalmente confundido. Lo cual no es de extrañar, teniendo en cuenta su estado habitual. Sea como sea, intente resistir: quizá se tranquilice cuando vaya a Des Moines y vea mi cuerpo en la capilla ardiente.

-¿Qué es eso de «*Ubik*»? -preguntó Joe.

-En cambio, creo que ya es tarde para ayudar a Al.

-¿De qué está hecho? ¿Cómo funciona? -insistió Joe.

-De hecho, es probable que Al produjera por inducción las inscripciones del lavabo. De no ser por él, usted no las habría visto.

-Usted está realmente en una cinta de magnetoscopio, ¿no es cierto? Sí, es verdad, no puede oírme -dijo Joe.

-Además, Al...

-¡Al diablo! -masculló Joe, molesto y cansado. Se dio por vencido: era inútil.

La mujer de perfiles equinos volvió a la pantalla del televisor para cerrar el anuncio. Su voz era ahora más suave. Gorjeó:

-Si su tienda de artículos para el hogar no dispone todavía de *Ubik*, regrese a su apartamento, señor Chip, y hallará una muestra gratuita que acaba de llegar por correo. Se trata de una muestra gratuita de presentación que le sacará de apuros hasta que se procure un frasco de tamaño corriente.

La imagen se desvaneció y el televisor quedó apagado y en silencio. El mismo fenómeno que lo conectó lo había desconectado ahora.

«Así que debo culpar a Al...», pensó Joe. La idea no le atraía: percibía en ella una lógica muy peculiar, una inexactitud quizá deliberada. Lo explicaba todo en términos de Al, tomándole como cabeza de turco y haciéndole pagar los platos rotos. «Es absurdo», murmuró. Y... ¿le había oído Runciter? Tal vez había mentido al decirle que se trataba de una grabación. Por unos momentos, durante el anuncio, había aparentado responder a sus preguntas; sólo hacia el final sus palabras se habían hecho incongruentes. Joe se sintió de pronto como una polilla desorientada, revoloteando contra el cristal de la realidad y viéndola borrosamente desde fuera.

Un nuevo pensamiento acudió a su mente; era una idea pavorosa. Se detuvo a considerar que Runciter pudo haber preparado la grabación de magnetoscopio partiendo de la base de que el estallido de la bomba le mataría a él y dejaría vivo al resto del grupo; todo ello apoyado en información inexacta aportada por el precognitor. La cinta había sido grabada honesta pero equivocadamente. Runciter no había muerto; habían muerto *ellos*, como decían las inscripciones hechas en la pared del lavabo, y Runciter seguía con vida. Dejó dispuesto, antes de la explosión, que el anuncio grabado se difundiera a aquella hora, y así lo hizo la cadena de televisión, sin que él alcanzara a dar la oportuna contraorden. Ello explicaría la disparidad existente entre lo que dijo en la grabación y lo que escribió en el cuarto de aseo; de hecho, explicaría ambas cosas a la vez, lo cual, por lo que podía entrever, no hacía ninguna otra teoría.

A no ser que Runciter se entregara con ellos a un juego sarcástico, gastándoles bromas, llevándoles primero en una dirección y luego en la contraria. Como una fuerza gigantesca y antinatural que rondara por sus vidas, emanada del mundo de los vivos o del de los semivivos. «O quizá de ambos a la vez», pensó Joe de repente. En cualquier caso, controlando lo que experimentaban, o al menos gran parte de ello. Aunque quizá sin gobernar el proceso de degeneración. Aquello, no. Pero, ¿por qué no? Quizás aquello también, aunque Runciter lo

negara. Runciter y *Ubik*. De pronto, lo advirtió: *ubicuidad*. De ahí derivaba la marca del pretendido producto en aerosol, un producto que probablemente ni siquiera existía, que probablemente no era sino un engaño más, destinado a desconcertarles aún en mayor grado.

Además, si viviera, no existiría un Runciter sino dos: el del mundo real, el auténtico, el que pugnaba por comunicarse con ellos, y el Runciter fantasmal convertido en cadáver en aquel mundo de semivida, el que yacía de cuerpo presente en Des Moines, Iowa. Y, para llevar aquel encadenamiento lógico a sus últimas implicaciones, otras de las personas que veía, como Ray Hollis o Len Niggelman, eran también pura fantasmagoría, en tanto que sus dobles reales permanecían en el mundo de los vivos.

«Todo muy desconcertante», se dijo Joe Chip. Aquello no le gustaba nada. Tenía, eso sí, cierta simetría satisfactoria, pero por otro lado le parecía poco limpio.

«Iré volando al apartamento a recoger la muestra de *Ubik*», decidió. «Luego saldré hacia Des Moines. Al fin y al cabo, es lo que me ha recomendado el anuncio. Estaré más seguro si llevo encima un frasco de *Ubik*, como me han aconsejado tan sabiamente. Hay que prestar atención a estos avisos si se desea conservar la vida... o la semivida. O lo que sea».

El taxi le dejó en la pista de la azotea del edificio; descendió por la rampa automática y se detuvo a la puerta de su apartamento. La abrió con una moneda que alguien le había dado (no recordaba si Al o Pat) y entró.

El comedor olía débilmente a grasa quemada; era un olor que no percibía desde cuando era niño. Pronto descubrió la causa: la cocina había retrocedido en el tiempo, hasta dar paso a un anticuado modelo *Buck* a gas natural, con los quemadores atascados y la puerta del horno cubierta de mugre y mal cerrada. Contempló alicaído la vieja y gastada cocina y descubrió que los otros aparatos habían sufrido transformaciones similares. El homeoimpresor había desaparecido. El tostador de pan se había fundido en algún momento del día y tomado la forma de un pintoresco modelo manual. Pura chatarra: carecía de control automático, como observó al manipularlo desmañadamente. El frigorífico que parecía saludarle era un enorme modelo a compresor, una reliquia que había saltado a la existencia procedente de Dios sabía qué remoto pasado: era más anticuado aún que el General Electric del anuncio televisado. Lo que menos había cambiado era la cafetera: de hecho, incluso había mejorado en un aspecto: no tenía ranura para monedas y, obviamente, funcionaba gratis. Joe observó que dicho detalle se repetía en todos los aparatos, o por lo menos en todos los que quedaban. Al igual que el homeoimpresor, el triturador de basuras había desaparecido por completo. Joe intentó recordar qué otros aparatos poseía, pero le fallaba la memoria. Desistió del intento y volvió al comedor.

La regresión que presentaba el televisor era muy considerable: en su lugar aparecía un receptor de radio Atwater-Kent de onda media, con su mueble de madera barnizada de oscuro, su antena y su toma de tierra.

«Dios del cielo», dijo Joe para sus adentros, asombrado.

Pero ¿por qué no se había convertido el televisor en una masa informe de metal y plástico? Después de todo, aquéllos eran sus componentes; fue construido con ellos, no con las piezas de un receptor de radio más antiguo. Todo aquello venía quizás a confirmar, de algún modo extraño, una vieja filosofía abandonada, la de los objetos ideales de Platón, los universales que poseían una existencia real para cada clase. La forma *televisor* era un modelo impuesto como sucesor de otros modelos, como la sucesión de los fotogramas de una secuencia filmada. «Las formas primitivas deben de llevar una vida residual, invisible, en cada objeto», meditó Joe. «El pasado está latente, sumergido, pero sigue ahí y puede aflorar a la superficie tan pronto desaparezcan, por cualquier desafortunado motivo y contra lo que nos enseña la experiencia diaria, las características del objeto último, más tardío. El hombre no contiene al muchacho, sino a los hombres que le precedieron. La historia empezó hace mucho».

Los restos deshidratados de Wendy. La sucesión de formas que se da normalmente se detuvo y la última se borró sin que viniera otra a reemplazarla. «Ninguna nueva forma,

Librodot

ninguna nueva etapa de lo que consideramos crecimiento, vino a llenar el hueco. Debe ser esto lo que experimentamos como vejez; de esta ausencia nacen la decrepitud y la senilidad. Sólo que en aquel caso sucedió de pronto, en unas horas».

Pero la vieja teoría decía algo más... ¿No creía Platón que existía algo que sobrevivía a la degeneración, algo interior, inasequible a la descomposición? El viejo dualismo del cuerpo separado del alma: el cuerpo, acabando como acabó Wendy, y el alma lejos, como el pájaro que abandona el nido. «Quizá sea así», pensó Joe. «Quizá volvamos a nacer, como dice el *«Libro Tibetano de los Muertos»*. Es realmente cierto. Vaya, así lo espero, porque en tal caso podremos reunirnos todos de nuevo. Como en *«El osito Winnie»*: en otro lugar del bosque donde jugarán eternamente un niño y su oso... Es una idea que no pasará, una idea imperecedera, como todos nosotros: al final, todos nos reuniremos con el osito en un lugar nuevo, más claro y más duradero».

Por simple curiosidad, manipuló el prehistórico aparato de radio: el dial se iluminó, el altavoz emitió un fuerte zumbido de sesenta ciclos y se oyó, entre parásitos y chirridos, una emisora.

-Es la hora de *«La familia de Pepper Young»* -dijo el locutor, mientras sonaban las gorgoteantes notas de un órgano-, que ofrecemos a nuestros oyentes por gentileza de Camay, el jabón de las mujeres hermosas. En nuestro capítulo de ayer, Pepper veía tocar a su fin largos meses de sufrimiento, merced a la inesperada...

Joe apagó la radio. «Un serial de antes de la Segunda Guerra Mundial», se dijo con creciente asombro. «Aunque, bien mirado, no hace más que obedecer a la lógica de este semimundo agonizante, o lo que sea».

Dando una ojeada por el comedor, descubrió un velador de patas muy recargadas y superficie de cristal, sobre el que había un ejemplar de la revista *«Liberty»*. También era de antes de la Segunda Guerra Mundial; presentaba un capítulo de la serie *«Un rayo en la noche»*, fantasía futurista sobre una supuesta guerra nuclear. Joe la hojeó con dedos torpes y examinó el conjunto de la habitación en busca de más cambios.

El suelo duro y gris se había transformado en un parquet de madera blanda; en su centro había una alfombra turca descolorida y con polvo de años incrustado en las fibras.

De las paredes sólo colgaba un cuadro: era un grabado a un solo color, enmarcado y protegido por un cristal, que representaba a un indio agonizante a lomos de un caballo. Era la primera vez que lo veía. No le traía ningún recuerdo y no le prestó atención.

El videófono había sido sustituido por un teléfono de pie negro, sin disco. Levantó el auricular del gancho que lo sostenía y oyó una voz femenina que dijo:

-¿Qué número desea?

Colgó.

Era evidente que el sistema de calefacción regulado por termostato ya no existía. A un extremo del comedor distinguió una estufa de gas con una gran chimenea de estaño que subía por la pared y llegaba casi hasta el techo.

Fue a su alcoba y revolviendo en el ropero consiguió reunir un atuendo completo: zapatos negros estilo Oxford, calcetines de lana, pantalones de golf, camisa azul de algodón, abrigo de pelo de camello y gorra a cuadros. Para ocasiones de mayor compromiso, extendió sobre la cama un traje cruzado azul-negro listado de rojo, un par de tirantes, una corbata ancha con dibujo de flores y una camisa blanca de cuello duro.

-Diantre, ¡qué reliquia! -exclamó al tropezarse en el ropero con una bolsa de golf que contenía un juego completo de palos.

Volvió de nuevo al comedor. Esta vez se fijó en el rincón que antes ocuparan los componentes de su equipo de sonido polifónico. Todo había desaparecido: el sintonizador múltiple de frecuencia modulada, el plato giradiscos de alta histéresis con brazo reproductor ultraligero, los altavoces, el amplificador multipista, todo. En su lugar le daba la bienvenida un voluminoso armazón de madera; Joe distinguió la manivela y no le hizo falta levantar la tapa para saber en qué consistía ahora su equipo de sonido: agujas de bambú -había una caja

de ellas en un estante, al lado del gramófono- y un disco *Víctor* de 78 revoluciones por minuto con la orquesta de Ray Noble interpretando *«Delicias turcas»*. Era todo lo que quedaba de su colección de discos y cintas.

Probablemente, al día siguiente se hallaría en posesión de un fonógrafo de cilindro. Y, para hacerlo sonar, una grabación a gritos del padrenuestro.

Le llamó la atención un periódico que parecía recién impreso y estaba tirado en el extremo más alejado del mullido diván. Lo cogió y leyó la fecha: era del martes 12 de septiembre de 1939. Recorrió los titulares.

FRANCIA AFIRMA HABER ABIERTO BRECHA EN LA LÍNEA SIGFRIDO.
NOTABLES AVANCES EN EL SECTOR DE SAARBRUCKEN.
Rumores de preparativos de una gran ofensiva
en el frente occidental.

«Interesante», pensó: acababa de estallar la Segunda Guerra Mundial y los franceses creían que iban a ganarla. Leyó otro titular.

SE ASEGURA EN POLONIA QUE EL EJÉRCITO ALEMÁN
SE HA DETENIDO.
Los invasores lanzan sin éxito nuevas tropas
al combate.

El periódico costaba tres centavos. También era un detalle interesante. «¿Qué se puede comprar hoy día con tres centavos?», se preguntó. Arrojó el diario lejos de sí, maravillándose de que pareciera tan reciente. No tendría más de un par de días. «Ahora tengo un punto de referencia; ya sé con exactitud hasta dónde ha llegado por ahora el proceso de regresión».

Vagando por el apartamento, descubriendo las diversas transformaciones, se encontró, en su dormitorio, frente a una cómoda encima de la cual descansaban varias fotografías enmarcadas.

En todas aparecía Runciter, *pero no el Runciter que él conocía.* Eran de un bebé, de un niño y de un joven: un Runciter vagamente reconocible, tal como fuera en otros tiempos.

Sacó su cartera y en su interior sólo halló fotografías de Runciter; ninguna de su propia familia ni de sus amistades. ¡Runciter por todas partes! Volvió a meterse la cartera en el bolsillo y notó con un sobresalto que no era de plástico sino de piel de becerro. Aquello también encajaba: antaño podía conseguirse piel de origen animal. ¿Y qué más daba? Sacó de nuevo la cartera y la examinó con aire sombrío; frotó la piel con la yema de los dedos y experimentó una sensación táctil desconocida. Era agradable; dictaminó que era infinitamente superior al plástico.

De nuevo en el comedor, anduvo un rato en busca de la abertura de recepción del correo, la cavidad abierta en la pared que debería contener la correspondencia del día. Había desaparecido, ya no existía. Se concentró, tratando de imaginar cuáles serían los antiguos procedimientos de distribución del correo. ¿Lo dejarían en el suelo, a la puerta de cada apartamento? No, debían de depositarlo en algún lugar dispuesto a tal efecto. Le vino a la memoria la palabra «buzón». Sí, su correspondencia debía estar en un buzón. Pero ¿dónde estaban los buzones?, ¿en la entrada principal del edificio? Parecía vagamente lo más lógico. Tendría que salir del apartamento. Encontraría la correspondencia en la planta baja, veinte pisos más abajo.

-Cinco centavos, por favor -dijo la puerta cuando intentó abrir. Por lo menos había algo que seguía igual. Aquella puerta de peaje poseía una testarudez innata; probablemente resistiría más que todo. Desde hacía un tiempo, todo, toda la ciudad, si no el mundo entero, había sufrido una regresión. Todo, excepto aquella puerta.

Pagó los cinco centavos y cruzó a toda prisa el vestíbulo, en dirección a la rampa

automática que utilizara minutos antes. Sin embargo, la rampa se había transformado en un tramo de inertes escalones de hormigón. Reflexionó: había veinte tramos como aquél y tendría que cubrirlos escalón a escalón. Imposible: no había quien bajara a pie tantos peldaños. El ascensor. Se encaminó hacia él y de pronto recordó lo sucedido a Al. «¿*Y si ahora veo lo mismo que vio él*?», se preguntó. «Una vieja jaula metálica pendiente de un cable, manejada por un vejestorio medio idiota con gorra de ascensorista. Ya no sería una visión de 1939 sino de 1909; un retroceso mayor que todos aquellos con los que me he tropezado hasta ahora».

Era mejor no arriesgarse y bajar a pie. Resignado, emprendió el descenso.

Estaba casi a mitad de camino cuando un mal presentimiento empezó a agitarse en su cerebro: no había forma de volver a subir al apartamento ni a la azotea donde le esperaba el taxi. Una vez en la planta baja, se vería confinado en ella quizá para siempre. A menos que el pulverizador de *Ubik* fuera lo bastante potente como para recuperar el ascensor o la rampa automática. «Transporte de superficie», se dijo: «¿En qué diablos consistirá el transporte de superficie cuando haya llegado abajo? ¿Un tren, un coche de caballos?».

Bajando los escalones de dos en dos, continuó, malhumorado, el descenso. Era demasiado tarde para cambiar de idea.

Al llegar a la planta baja se encontró ante un amplio vestíbulo en el que había una mesa de mármol con dos ramos de flores -lirios, evidentemente- colocados en sendos jarrones de cerámica. Cuatro grandes peldaños llevaban a la puerta principal, cubierta con cortinajes; asió el tirador de cristal facetado y la abrió.

Más peldaños y, a la derecha, una hilera de cajas metálicas cerradas, cada una con un nombre y una cerradura. Acertó: el correo sólo llegaba hasta allí. Localizó su buzón: tenía adherida una tirita de papel en la que se leía JOSEPH CHIP 2075 y bajo la cual había un botón que al ser apretado debía de hacer sonar un timbre en el interior de su apartamento.

La llave. No tenía. ¿O sí? Hurgando en sus bolsillos, descubrió una anilla de la que colgaban varias llaves metálicas de diferentes formas; las examinó, perplejo, preguntándose para qué servían. La cerradura del buzón era insólitamente pequeña; requería, obviamente, una llave de tamaño análogo. Eligió la menor del juego, la introdujo en la cerradura y le dio vuelta. La puerta de latón se abrió y Joe escrutó el interior del buzón.

Había dos cartas y un paquete rectangular envuelto en papel marrón y precintado con cinta adhesiva del mismo color. Llevaba pegados varios sellos de tres centavos, de color púrpura, con la efigie de George Washington. Joe se entretuvo en contemplar aquellas admirables reliquias del pasado y, sin preocuparse por las cartas, rasgó el envoltorio del paquete. Le pareció satisfactoriamente pesado, pero enseguida advirtió que su tamaño no era el adecuado para un aerosol: era demasiado corto. Le asaltó el miedo. ¿Y si aquello no fuera una muestra gratuita de *Ubik*? Tenía que serlo; no podía ser otra cosa. De otro modo volvería a aparecer la sombra de Al por todas partes. «*Mors certa et hora certa*», dijo para sí mientras arrojaba el papel de embalar al suelo y examinaba el envase de cartón que lo envolvía.

BÁLSAMO HEPÁTICO-RENAL UBIK

Halló dentro del envase un frasco de vidrio azul con un grueso tapón. En la etiqueta se leía:

> *Modo de empleo*. Esta fórmula analgésica única en el mundo, desarrollada por el doctor Edward Sondebar tras cuarenta años de investigaciones, asegura la solución definitiva del molesto problema de la ansiedad nocturna. Por vez primera en su vida, usted descansará sin dificultad y gozará de un bienestar superlativo. Disuelva simplemente una cucharadita de *bálsamo hepático-renal Ubik* en un vaso de agua templada y bébalo media hora antes de acostarse. Caso de persistir la irritación o las molestias, aumente la dosis hasta una cucharada sopera. No lo suministre a los niños. Contiene hojas de adelfa homogeneizada, salitre, esencia

de menta, N-acetilo-p-aminofenol, óxido de zinc, carbón vegetal, cloruro de cobalto, cafeína, extracto de digital, esteroides (indicios), citrato sódico, ácido ascórbico y colorantes y aromatizantes artificiales. El *Bálsamo hepático-renal Ubik* alcanza su plena eficacia si se emplea según las presentes instrucciones. Inflamable. Use guantes de goma para su manipulación. Evite las salpicaduras en los ojos y la piel. No aspire sus efluvios durante mucho tiempo. Atención: su uso prolongado o excesivo puede crear hábito.

«¡Qué insensatez!», se dijo Joe. Releyó la lista de ingredientes con irritación y desconcierto cada vez mayores y un sentimiento de impotencia que calaba muy hondo en su interior y se extendía por la totalidad de su ser. «Todo acabó para mí. Esto no es lo que anunciaba Runciter por televisión; esto no es más que una vieja mezcla de fármacos anticuados, ungüentos para la piel, calmantes, venenos y sustancias perfectamente inocuas. Y para rematarlo, cortisona, que aún no se conocía antes de la Segunda Guerra Mundial. Es obvio que el *Ubik* que me describieron en el anuncio televisado, o al menos esta muestra, ha sufrido un proceso de regresión. Una ironía que ya es demasiado para mí: la propia sustancia destinada a contrarrestar los procesos regresivos de cambio ha sufrido una regresión. Debí adivinarlo al ver los sellos».

Miró a uno y otro lado de la calle y vio, aparcado junto a la acera, un vehículo de transporte terrestre de tipo clásico, digno de figurar en un museo: un La Salle.

«¿Podré llegar a Des Moines en un automóvil La Salle modelo 1939?», se preguntó. «A la larga sí, con tal que no se transforme, por lo menos durante los próximos siete días. Aunque para entonces ya no importará. Por otra parte, el automóvil sufrirá cambios. Nada dejará de sufrirlos, salvo quizá la puerta del apartamento».

Pese a todo, se aproximó al La Salle para examinarlo de cerca. «A lo mejor es mío», se dijo. «A lo mejor una de las llaves encaja en el contacto. ¿No funcionaban así estos vehículos? Pero ¿cómo voy a conducirlo? No sé conducir automóviles antiguos y menos aún los de... ¿cómo era?... Los de transmisión manual». Abrió la puerta y se sentó al volante. Mordiéndose el labio con aire desorientado, trató de plantearse con claridad la situación.

«No sé si debería tomar una cucharada de bálsamo hepático-renal Ubik», se dijo frunciendo el ceño. «Con lo que contiene, me dejaría seco». No le parecía, sin embargo, la clase de muerte que estaba dispuesto a aceptar. El cloruro de cobalto actuaría con lentitud, provocando una larga agonía, a menos que se anticipara el digital. Además estaban las hojas de adelfa. El mejunje le convertiría los huesos en gelatina, centímetro a centímetro.

«Un momento: en 1939 ya existía transporte aéreo. Si consigo llegar al aeropuerto de Nueva York, y quizá lo consiga con este auto, puedo fletar un avión. Puedo alquilar un trimotor Ford con piloto y, de esta forma, plantarme en Des Moines».

Probó varias llaves y finalmente dio con una que puso en marcha el motor de arranque. Éste dio vueltas y el motor arrancó, manteniéndose en marcha con un ronroneo rebosante de vitalidad que a Joe le resultó muy agradable. Como la de la cartera, aquella regresión le parecía más una mejora que otra cosa: los medios de transporte de su época, totalmente silenciosos, carecían de aquel lozano toque de realismo.

«Ahora el embrague, a la izquierda». Localizó el pedal con el pie. «Hay que apretarlo a fondo y meter la marcha con la palanca del cambio». Lo intentó y se produjo un horrísono chirrido de piezas metálicas que entrechocaban. Era evidente que había soltado demasiado pronto el embrague. Volvió a intentarlo, esta vez con éxito.

El coche avanzó dando sacudidas; trepidaba y cabeceaba, pero andaba. Correteó caprichosamente por la calle mientras Joe sentía renacer un moderado optimismo. «Y ahora a ver si encuentro el maldito aeropuerto, antes que sea tarde y lleguen los días del motor en estrella Gnome, con sus cilindros giratorios exteriores lubricados con aceite de castor y su autonomía de cincuenta millas de vuelo de saltamontes a setenta y cinco por hora».

Librodot

Una hora más tarde llegaba al campo de aviación. Aparcó y contempló los hangares, la manga del anemómetro y los viejos biplanos de aparatoso armazón de madera. «Vaya un panorama», pensó. Aquello era una página perdida de la historia, un conjunto de restos de otro milenio recreados sin relación alguna con el mundo real al que estaba habituado. Era un espectro que se interponía momentáneamente en su campo visual y que pronto desaparecería también: no duraría más de lo que habían durado otros objetos. El proceso de involución barrería aquello como antes barriera todo lo demás.

Bajó temblando del La Salle, sintiendo agudos síntomas de mareo, y caminó torpemente hacia los barracones del campo.

-¿Qué puedo fletar con esto? -preguntó a la primera persona con aspecto de encargado que vio, depositando todo su dinero en el mostrador-. Quisiera ir a Des Moines lo más rápido posible. Habría que despegar ahora mismo.

El encargado del campo, un hombre calvo que lucía un bigote engomado y gafas de montura dorada, examinó en silencio los billetes.

-Eh, Sam, ven a ver este dinero -dijo, haciendo un gesto con una cabeza redonda como una manzana.

Un segundo individuo, que vestía una camisa rayada de mangas abombadas, brillantes pantalones de lino y calzaba zapatillas de lona, se acercó pesadamente.

-Es falso: es dinero de pega -sentenció después de darle una ojeada-. No lleva el retrato de George Washington ni el de Alexander Hamilton. -Los dos empleados observaron escrutadoramente a Joe.

-Tengo un La Salle del 39 en el aparcamiento. Lo doy a cambio de un viaje de ida a Des Moines en el primer avión que quiera llevarme allí -ofreció-. ¿Les interesa?

El empleado de las gafas de montura dorada dijo en tono dubitativo:

-Quizá le interese a Oggie Brent.

-¿A Brent? ¿El del Jenny? -preguntó el de los pantalones de lino, arqueando las cejas-. Si ese avión tiene más de veinte años... No llegaría ni a Filadelfia.

-¿Y a McGee?

-Es posible, pero está en Newark.

-En ese caso, que hable con Sandy Jespersen. Su Curtiss-Wright podría llegar hasta Iowa. -El encargado se dirigió a Joe-: Vaya al hangar tres y busque un biplano Curtiss rojo y blanco. Verá a un tipo bajo, tirando a gordo, trasteando con él. Si él no le lleva, aquí no encontrará quien lo haga, a menos que espere usted a que Ike McGee regrese mañana en su trimotor Fokker.

-Gracias -dijo Joe, saliendo del edificio y dirigiéndose a rápidas zancadas hacia el hangar tres.

Distinguía ya lo que parecía un biplano Curtiss-Wright rojo y blanco. «Al menos no haré el viaje en un JN de entrenamiento, de los tiempos de la Gran Guerra». De pronto, se preguntó: «¿Cómo sabía yo que «Jenny» es el apodo que dan a los JN de entrenamiento? ¡Santo cielo!» Algunos elementos de aquel período parecían desarrollar sus correspondientes referencias en su mente. «No me extraña que haya sido capaz de conducir el La Salle; mentalmente, estoy poniéndome en fase con este curso temporal».

Un hombre bajo, gordo y pelirrojo frotaba distraídamente con un trapo grasiento las ruedas del biplano. Alzó la mirada al acercarse Joe.

-¿Es usted el señor Jespersen? -preguntó éste.

-Sí. -El hombre le miró de pies a cabeza; le confundían las ropas de Joe, que no habían cambiado con el tiempo-. ¿En qué puedo servirle?

Joe se lo explicó.

-A ver si he oído bien: ¿me ofrece usted un La Salle, un La Salle nuevecito, a cambio de un viaje de ida a Des Moines? -Jespersen cavilaba, moviendo nerviosamente las cejas-. Aunque sea de ida y vuelta; de todos modos tengo que regresar aquí... Muy bien, le daré un vistazo al coche. Pero no le prometo nada; aún no he decidido.

Fueron juntos hacia el aparcamiento.

-Yo no veo ningún La Salle del 39 -dijo Jespersen, receloso.

Tenía razón: el La Salle había desaparecido. En su lugar, Joe distinguió un Ford cupé con techo de lona, un automóvil pequeño y de aspecto frágil, muy viejo: calculó que sería del año 29. Un Ford A del 29, de color negro. No valía prácticamente nada: la expresión de Jespersen lo decía bien claro.

No había ninguna esperanza: era obvio que nunca llegaría a Des Moines. Y como dijo Runciter en el anuncio, no hacerlo equivalía a la muerte, la misma muerte que tuvieron Al y Wendy.

Era sólo cuestión de tiempo.

«Mejor morir de otra forma. *Ubik*», pensó. Abrió la portezuela y subió al Ford.

En el asiento de al lado yacía el frasco que recibió por correo.

Lo cogió.

Y descubrió algo que, en el fondo, no le sorprendía. El frasco, como el coche, había experimentado una nueva regresión: era una botella plana, una botella de las fabricadas empleando un molde de madera. Era, efectivamente, muy antigua: el tapón de estaño flexible, roscado, hecho a mano, dataría de finales del siglo XIX. También la etiqueta había cambiado; sosteniendo la botella, Joe leyó lo que había impreso en ella.

> ELIXIR DE UBIQUE. Garantizamos que este elixir restituye la virilidad perdida y disipa todos los vapores conocidos, además de aliviar los trastornos de las funciones de la procreación tanto en los varones como en las hembras. Empleado con la debida asiduidad y siguiendo las indicaciones que se detallan, este producto constituye una preciosa ayuda para la Humanidad.

Había otra inscripción en un tipo de letra más pequeño; casi bizqueó para descifrar los minúsculos y borrosos caracteres.

> No lo haga, Joe. Hay otra solución.
> Busque y la encontrará. Mucha suerte.

Comprendió que era de Runciter. «Sigue jugando sádicamente al ratón y al gato con nosotros, aguijoneándonos para que no nos detengamos, retrasando el final tanto como puede. Dios sabe por qué. Es posible que disfrute con nuestro calvario, pero todo esto no es propio de él. Éste no es el Glen Runciter que yo conocí».

De todos modos, Joe soltó la botella de Elixir de Ubique, abandonando el propósito de servirse de ella.

Y se preguntó cuál sería la misteriosa solución a la que tan vagamente se refería Runciter.

11

Tomado según las instrucciones, Ubik le depara un sueño ininterrumpido y un despertar libre de molestias. Con Ubik, usted se levantará fresco como una rosa y dispuesto a enfrentarse a esos pequeños problemas que le preocupan.

No exceda la dosis aconsejada.

-Oiga, ¿puedo ver la botella que tiene ahí? -pidió Jespersen con una extraña entonación, mirando al interior del automóvil.

Sin decir palabra, Joe pasó al aviador el frasco aplanado de Elixir de Ubique.

-Mi abuela solía hablar de esto -dijo Jespersen sosteniendo la botella a contraluz-. ¿Dónde lo consiguió? No lo fabrican desde cuando la Guerra Civil, aproximadamente.

-Lo heredé -dijo Joe.

-Claro, no podía ser de otro modo. Estas botellas hechas a mano ya no se encuentran. Para empezar, la fábrica no puso muchas a la venta. Este medicamento fue inventado hacia mil ochocientos cincuenta en San Francisco. No se vendía en los comercios: había que encargarlo. Venía en tres tipos, según la fuerza. El que tiene usted es del tipo más fuerte. -Miró fijamente a Joe-. ¿Sabe qué hay dentro?

-Naturalmente: óxido de zinc, esencia de menta, citrato sódico, carbón vegetal...

-Déjelo -le interrumpió Jespersen. Fruncía el ceño y aparentaba dar vueltas a algo en la mente. Finalmente, cambió de expresión: había llegado a una decisión-: Le llevo a Des Moines a cambio de este frasco de Elixir de Ubique. Salgamos ya, quiero hacer de día la mayor parte posible del viaje. -Se alejó del Ford a grandes zancadas, llevando consigo la botella.

Diez minutos después, con el depósito lleno de carburante, la hélice puesta en marcha manualmente y Jespersen y Chip a bordo, el biplano Curtiss-Wright trazaba por la pista un recorrido irregular y caprichoso, dando saltos, elevándose y cayendo.

A Joe le rechinaban los dientes pero resistía.

-Es que vamos muy cargados -dijo Jespersen sin alterarse; no parecía preocupado. El aparato se elevó, por fin, vacilante, dejando atrás la pista, y sobrevoló ruidosamente los tejados de los edificios cercanos, rumbo al oeste.

Joe aulló:

-¿Cuánto tardaremos en llegar?

-Depende de si tenemos viento de cola o no. Es difícil decirlo: posiblemente mañana al mediodía, si hay suerte.

-¿Puede decirme ahora lo que hay en la botella? -gritó Joe.

-Pepitas de oro en suspensión, en una base compuesta principalmente de aceite mineral- gritó a su vez el piloto.

-¿Cuánto oro, mucho?

Jespersen volvió la cabeza y sonrió, sin responder. No hacía falta que lo dijera: era obvio.

El viejo biplano Curtiss-Wright siguió dando bandazos en dirección a Iowa.

A las tres de la tarde del día siguiente llegaron al aeropuerto de Des Moines. Una vez en tierra, el piloto se alejó con rumbo desconocido llevando consigo el frasco de pepitas de oro. Joe saltó al suelo, agarrotado y dolorido, y pasó algunos minutos frotándose las ateridas piernas. Luego se encaminó con paso vacilante hacia el diminuto pabellón del aeropuerto.

-¿Puedo llamar por teléfono? -preguntó a un anciano empleado de aspecto ordinario que estaba sentado examinando con aire absorto un mapa meteorológico.

-Si tiene cinco centavos... -Con un ademán de cabeza, el hombre le señaló el teléfono público.

Joe rebuscó entre su dinero, descartando las monedas que llevaban la imagen de Runciter; encontró finalmente una moneda de la época, con la silueta de un bisonte en una cara, y la depositó ante el encargado. Éste emitió un gruñido sin alzar la mirada.

Joe consultó la guía telefónica local y dio con el número de la Funeraria del Humilde Pastorcillo. Pidió dicho número a la operadora y al rato oyó contestar:

-Funeraria del Humilde Pastorcillo. Al habla el señor Bliss.

-He venido para asistir a las honras fúnebres de Glen Runciter -dijo Joe-. ¿Llego tarde? -Deseó fervientemente que no fuera así.

-Se están celebrando en este mismo instante -respondió el señor Bliss-. ¿Desde dónde llama, señor? ¿Quiere que mandemos un vehículo a recogerle? -Su tono de voz traducía una desaprobación exagerada.

-Estoy en el aeropuerto -dijo Joe.

-Debió llegar antes; dudo mucho de que logre presenciar el final de las exequias. De todas formas, el señor Runciter estará de cuerpo presente todo el día de hoy y mañana por la

mañana. Aguarde a que llegue nuestro coche, señor...

-Chip.

-Sí, le estábamos esperando. Varios de los deudos del señor Runciter pedían que organizáramos una vigilia para usted y también para el señor Hammond y una tal señorita... -hizo una pausa-. Wright. ¿Han venido con usted?

-No -dijo Joe, y colgó.

Se sentó en un banco de lustrosa madera curvada desde el cual podía ver los automóviles que se acercaban al aeropuerto.

«De todas formas llego a tiempo de reunirme con el grupo», pensó. «Todavía no han abandonado la ciudad, y eso es lo que cuenta».

El veterano empleado le llamó:

-Acérquese un momento, señor.

Joe se levantó y cruzó la sala de espera.

-¿Qué ocurre?

-Esta moneda que me ha dado... -La había examinado atentamente durante aquel rato.

-Es una moneda de cinco centavos, con su bisonte y todo. ¿No es lo que corresponde a esta época?

-Es que lleva la fecha de 1940. -El hombre le miraba sin pestañear.

Con un gruñido de disgusto, Joe sacó la calderilla que le quedaba y volvió a rebuscar en ella; encontró por fin una moneda de cinco centavos de 1938 y la arrojó al empleado.

-Quédese con las dos -dijo, y volvió a sentarse en el banco de madera.

-De vez en cuando nos cae moneda falsa en las manos -explicó el encargado.

Joe no dijo nada. Dirigió su atención hacia la radio Audiola de mueble que sonaba en un rincón de la sala de espera. El locutor anunciaba un dentífrico llamado *Ipana*. «Quisiera saber cuánto tendré que esperar», pensó. La espera le intranquilizaba ahora que se hallaba físicamente tan cerca ya de los inerciales. «Me reventaría haber llegado tan lejos, a unas pocas millas del grupo y que luego...». Abandonó sus cavilaciones en aquel punto y se limitó a esperar.

Media hora más tarde, un Willys-Knight 87, de 1930, llegó resollando al aparcamiento del aeropuerto; bajó de él un individuo de aspecto rústico vestido con un ostentoso traje negro y escudriñó el interior de la sala de espera con la mano a modo de visera sobre los ojos.

Joe se le acercó.

-¿Es usted el señor Bliss? -preguntó.

-Para servirle. -El hombre, que despedía un fuerte olor a *Sen-sen*, le dio un breve apretón de manos, subió acto seguido al Willys-Knight y puso de nuevo el motor en marcha-. Suba, señor Chip, dése prisa. Aún podremos presenciar parte de la ceremonia. En ocasiones de esta importancia, el padre Abernathy suele hablar un buen rato.

Joe se instaló en el asiento delantero, al lado del señor Bliss. Un instante después rodaban con estrépito por la carretera que llevaba al centro de Des Moines, a velocidades que en ocasiones rozaban las cuarenta millas por hora.

-¿Es usted empleado del señor Runciter? -preguntó Bliss.

-Sí -respondió Joe.

-El señor Runciter trabajaba en un ramo muy poco común. No estoy muy seguro de entenderlo. -Bliss tocó el claxon para ahuyentar a un *setter* que pretendía cruzar la calzada; el perro retrocedió, cediendo el paso al imponente Willys-Knight-. ¿Qué significa «poderes psiónicos»? Varios empleados del señor Runciter usaron ese término.

-Significa poderes parapsicológicos, fuerzas mentales que actúan de forma directa, sin intervención de entidad física alguna.

-¿Quiere decir poderes místicos, como el de conocer el futuro? Se lo pregunto porque algunas de aquellas personas hablaban del futuro como si ya existiera. No conmigo; sólo hablaban de ello entre sí, pero yo lo oí sin querer... En fin, ya se sabe... Todos ustedes son médiums, ¿no?

-Por así decirlo.

-¿Qué prevé usted en cuanto a la guerra que hay en Europa?

Joe respondió:

-Alemania y Japón serán derrotadas. Los Estados Unidos entrarán en la lucha el siete de diciembre de mil novecientos cuarenta y uno. -Sin el menor deseo de hablar de aquello, Joe se encerró en el mutismo; tenía otros problemas en que enfrascarse.

-Aquí donde me ve, soy miembro de la *Hermandad Secreta del Santo Sepulcro* -declaró Bliss.

«¿Qué debe de experimentar el resto del grupo?», se preguntó Joe. «¿Esta realidad, la de los Estados Unidos de 1939, o se invertirá mi proceso de regresión cuando me reúna con ellos, colocándome en una época posterior? Buena pregunta, porque en tal caso los otros tendrían que dar un salto colectivo de cincuenta y tres años, hasta los componentes formales de la época contemporánea, no alterada». Si habían sufrido en bloque igual grado de regresión que él, reunirse no supondría una ayuda para nadie, salvo en un aspecto: libraría a Joe del penoso trance de soportar nuevas regresiones del mundo que le rodeaba. Por otra parte, aquella realidad de 1939 parecía bastante estable; en las últimas veinticuatro horas había logrado permanecer prácticamente constante. «Aunque esto puede ser debido a que he estado aproximándome al grupo», reflexionó.

Por otro lado, el frasco de bálsamo hepático-renal Ubik de 1939 había retrocedido más de ochenta años, pasando en pocas horas de frasco de aerosol a botella vaciada en madera. Como el ascensor de jaula de 1909 que sólo vio Al.

Pero no era lo mismo: también Sandy Jespersen, el piloto bajo y obeso, había visto la botella hecha a mano, el frasco de Elixir de Ubique, como se llamaba finalmente. No era una mera visión individual; de hecho, fue lo que le trajo hasta Des Moines. Y el piloto vio también la regresión del La Salle. Se diría que a Al le había sucedido algo totalmente distinto. Así lo esperaba Joe, al menos; rogaba porque así fuera.

«Supongamos que no podemos invertir nuestro proceso de regresión y pasamos aquí lo que nos queda de vida. ¿Tan mal lo pasaríamos? Podemos acostumbrarnos a los receptores de radio de consola *Philco*, de nueve lámparas, aunque no hará tanta falta, dado que ya se ha inventado el circuito superheterodino; por cierto, todavía no he visto ninguno. Podemos aprender a conducir automóviles Austin americanos de los de 445 dólares». Aparentemente, aquella cifra había surgido en su cerebro por casualidad, pero la intuía correcta. «Y en cuanto consigamos empleo y ganemos dinero de esta época, no tendremos por qué viajar a bordo de vetustos biplanos Curtiss-Wright; al fin y al cabo, hace cuatro años, en 1935, se inauguró la línea transpacífica servida por cuatrimotores Clipper China. Hoy día, el trimotor Ford es un modelo con once años de antigüedad, y el biplano que me ha traído aquí una pieza de museo incluso para esta gente. Antes de transformarse, mi La Salle era un ingenio muy considerable, daba gusto conducirlo».

-¿Y los rusos? -preguntaba el señor Bliss-. Me refiero a la guerra... ¿Les barreremos? ¿Alcanza a verlo?

Joe respondió:

-Rusia luchará al lado de los Estados Unidos.

«Y todos los demás objetos, sociedades y aparatos de este mundo... Los medicamentos serán el mayor inconveniente. Veamos: deben estar justamente empezando a usar las sulfamidas. Cuando alguno de nosotros caiga enfermo se verá en serios apuros. Además, la odontología no será nada que pueda tomarse a broma: todavía trabajan los dentistas con tornos mecánicos y novocaína. Los dentífricos a base de flúor aún no han aparecido; están a veinte años de distancia».

-¿A nuestro lado? -farfulló Bliss-. ¿Los comunistas a nuestro lado? Imposible: tienen un pacto con los nazis.

-Alemania lo violará -dijo Joe-. Hitler atacará la Unión Soviética en junio de mil novecientos cuarenta y uno.

-Y la arrasará, espero.

Distraído de sus cábalas, Joe se volvió para mirar atentamente al señor Bliss, que seguía conduciendo su Willys-Knight de nueve años.

Bliss manifestó:

-La verdadera amenaza son los comunistas no los alemanes. Por ejemplo, la cuestión de los judíos: ¿sabe quién la desorbita? Los judíos que hay en este país, viviendo la mayoría no como ciudadanos sino como refugiados, a expensas del tesoro público. Desde luego, opino que los nazis se han excedido un poco en algunas de las cosas que les han hecho, pero básicamente la cuestión judía existía desde tiempo atrás y había que hacer algo al respecto. Aquí en los Estados Unidos tenemos problemas parecidos, con los judíos y los negros. A la larga habrá que hacer algo con ellos. Por lo que respecta a lo de Alemania, el único que lleva razón es Lindbergh. ¿Le ha oído hablar alguna vez? No como lo cuentan los periódicos sino en persona. -Bliss aminoró la velocidad hasta detener él coche ante un semáforo en rojo-. Otros: el senador Borah y el senador Nye. Si no fuera por ellos, Roosevelt estaría vendiendo municiones a Inglaterra y metiéndonos en una guerra que no es la nuestra. Roosevelt parece demasiado interesado en anular la cláusula de embargo de armamentos que contiene el tratado de no intervención; quiere involucrarse en la guerra, pero el pueblo americano no va a darle su apoyo: al pueblo americano no le interesa verse envuelto en la guerra de los ingleses ni en la de nadie.

El semáforo cambió, asomando un brazo metálico con una luz verde. Bliss puso una marcha corta y el Willys-Knight avanzó retumbando para perderse en el tráfico de mediodía del centro de Des Moines.

-No lo pasará usted muy bien durante los próximos cinco años -dijo Joe.

-¿Por qué no? Todo el estado de Iowa piensa como yo. Oiga, ¿sabe lo que pienso de todos ustedes, los empleados del señor Runciter? Por lo que dice usted y lo que han dicho los otros, además de lo que he podido oír, creo que son ustedes agitadores profesionales. -Bliss le lanzó una mirada de indisimulada bravuconería.

Joe no respondió; contemplaba el desfilar de los antiguos edificios de ladrillo, madera y cemento y los venerables modelos de automóvil -que parecían ser mayoritariamente negros- y se preguntaba si él sería el único miembro del grupo que se veía enfrentado a aquel aspecto concreto del mundo de 1939. «En Nueva York todo será diferente; esto es el ombligo del Medio Oeste aislacionista, estamos en el país de la Biblia», se dijo. «No nos quedaremos a vivir aquí; iremos a la costa este o a la costa oeste». Sin embargo, intuía que acababa de insinuarse un problema más grave para todos ellos. «Sabemos demasiado para vivir tranquilos en esta época. Si hubiéramos retrocedido veinte años, o a lo sumo treinta, podríamos cubrir el bache psicológico: volver a los días de los paseos espaciales del proyecto Géminis o los primeros vuelos Apolo no resultaría muy interesante, pero al menos sería llevadero. Sin embargo, en esta cota temporal... Aún escuchan discos de 78 revoluciones con grabaciones de *«Un par de cuervos», «Mert y Marge»* y las canciones de Joe Penner. La Depresión todavía colea. En mi época teníamos colonias en Marte y Luna, y estaban perfeccionando un sistema viable de transporte interestelar, en tanto que esta gente no ha logrado siquiera abrirse paso en el desierto de Oklahoma. Este mundo vive todavía bajo el influjo de la oratoria del fiscal William Jennings Bryan; aquí tuvo lugar el «Juicio del mono» al profesor Scopes. No habrá forma de adaptarse a esta concepción del mundo, a este ambiente moral, social y político. Para esta gente somos agitadores profesionales y constituimos en potencia una amenaza más temible que el propio Partido Comunista. Bliss está totalmente en lo cierto: somos los agitadores más peligrosos a que haya de enfrentarse esta época».

-¿De dónde son ustedes? -inquirió Bliss-. No son de ningún lugar de los Estados Unidos, ¿me equivoco?

-No se equivoca. Somos de la Confederación Norteamericana -respondió Joe. Sacó del bolsillo una moneda de medio dólar con la efigie de Runciter y la ofreció a Bliss-. Tenga la bondad de aceptar este obsequio.

Bliss miró de soslayo la moneda, tragó saliva y dijo con voz trémula:

-Esta cara... ¡es la del difunto! ¡Es el señor Runciter! -Volvió a mirarla y palideció-. Y la fecha... 1990.

-No lo malgaste -dijo Joe.

Cuando el Willys-Knight llegó a la Funeraria del Humilde Pastorcillo, el servicio religioso había concluido. En los amplios peldaños blancos de la entrada del edificio de madera había varias personas formando grupo. Joe las reconoció a todas. Allí estaban por fin Edie Dorn, Tippy Jackson, Jon Ild, Francy Spanish, Tito Apostos, Don Denny, Sammy Mundo, Fred Zarsky... y Pat. «Mi mujer», dijo Joe para sí, nuevamente conmovido por la visión de la joven, de su espléndida cabellera oscura, los tonos intensos de su tez y sus ojos y los fuertes contrastes que irradiaba su persona.

-No, no es mi mujer; ella misma lo anuló -dijo en voz alta mientras bajaba del coche aparcado. Recordó, sin embargo, que conservaba el anillo de jade y plata labrada que eligieran juntos. Era todo lo que quedaba. Pese a todo, volverla a ver le producía un fuerte impacto. Era como verse de nuevo, por un instante, en el refugio espectral de un matrimonio que había sido anulado, que de hecho nunca existió salvo por aquel anillo.

Un anillo que ella podía hacer desaparecer cuando le viniera en gana.

-Hola, Joe Chip -dijo Pat con frialdad y en un tono casi burlón. Le examinó clavando en él su penetrante mirada.

-Hola -respondió Joe con cierto embarazo. Los otros le saludaron a su vez pero casi no reparó en ellos: Pat acaparaba su atención.

-¿No ha venido Al Hammond? -preguntó Don Denny.

-Al ha muerto. Wendy Wright, también.

-Ya sabíamos lo de Wendy -dijo Pat con perfecta calma.

-No, no lo sabíamos -corrigió Don Denny-; lo suponíamos pero no estábamos seguros de ello. Yo no estaba seguro. ¿Qué les sucedió, qué fue lo que les mató?

-Se consumieron -respondió Joe.

-¿Cómo, por qué? -preguntó desabridamente Tito Apostos, uniéndose al círculo formado alrededor de Joe.

Pat Conley intervino:

-Joe, lo último que nos dijo en Nueva York, antes de salir con Hammond...

-Ya sé lo que dije.

-Habló usted de años. Dijo que «había pasado demasiado tiempo», ¿qué quería decir?

-Señor Chip, desde que llegamos, esta ciudad ha cambiado radicalmente -dijo con agitación Edie Dorn-. No logramos entenderlo. ¿Ve usted lo mismo que nosotros? -Le indicó la funeraria y los otros edificios de la calle.

-No estoy muy seguro de saber lo que ven ustedes -dijo Joe.

-Vamos, Chip, no despiste; díganos de una vez cómo ve este lugar -exigió con enfado Tito Apostos-. Por ejemplo, el vehículo en el que ha llegado; díganos qué es. Díganos en qué ha venido.

Todos esperaban con ansiedad la respuesta de Joe.

Sammy Mundo dijo atropelladamente:

-Es un automóvil antiguo de los de verdad, ¿no, señor Chip? Es eso, ¿verdad? -Rió nerviosamente-. ¿Es muy antiguo? ¿Cuánto, exactamente?

Tras hacer una pausa, Joe respondió:

-Es de hace sesenta y dos años.

-Eso nos da mil novecientos treinta -dijo Tippy Jackson a Don Denny-. Más o menos lo que calculamos.

-Calculamos estar en mil novecientos treinta y nueve -precisó Don Denny con voz pausada; era una voz suave, serena, madura. Sin emociones indebidas, ni siquiera en aquellas circunstancias.

-Es fácil determinarlo -dijo Joe-: vi un periódico en mi apartamento de Nueva York. Era del doce de septiembre; por lo tanto, hoy estamos a trece de septiembre de mil novecientos treinta y nueve. Los franceses creen haber roto la Línea Sigfrido.

-Para mondarse -comentó Jon Ild.

-Yo esperaba que como grupo percibieran una realidad más tardía -dijo Joe-. En fin, así son las cosas...

-Si estamos en el treinta y nueve, estamos en el treinta y nueve -dijo Fred Zarsky con voz chillona-. Todos percibimos lo mismo, naturalmente... ¿Qué otra cosa vamos a hacer? -Agitaba con energía los largos brazos, pidiendo la aprobación de los demás.

-Corte ya, Zarsky -dijo Tito Apostos con aire hastiado.

Joe Chip se dirigió a Pat para preguntar:

-¿Qué dices tú de todo esto?

La muchacha se encogió de hombros.

-No te encojas de hombros y responde.

-Hemos retrocedido en el tiempo.

-Yo no diría eso.

-¿Qué, si no? ¿Acaso hemos avanzado?

-No hemos ido a ninguna parte -dijo Joe-: estamos donde siempre, pero por alguna razón, por alguna entre varias razones posibles, la realidad ha sufrido una regresión; ha perdido sus apoyos subyacentes y ha refluido hacia formas anteriores, las formas que tomó hace cincuenta y tres años. Y aún puede llegar más allá. Pero ahora me interesa más saber si Runciter se os ha manifestado.

-Runciter yace en su ataúd, más muerto que una piedra -dijo Don Denny, esta vez con emoción indebida-. Es toda la manifestación que le hemos observado y que le podremos observar.

-¿Le dice algo la palabra «*Ubik*», señor Chip? -preguntó Francesca Spanish.

Joe tardó un momento en asimilar la pregunta, pero enseguida repuso:

-Por el amor de Dios, ¿no sabe distinguir entre manifestaciones de...?

-Francy sueña cosas, siempre lo ha hecho -terció Tippy Jackson-. Cuéntale el sueño del *Ubik*, Francy. -Se dirigió a Joe-: Ahora le contará el sueño del *Ubik*, como lo llama ella. Lo tuvo anoche.

-Lo llamo así porque trata de eso -afirmó de mal talante Francesca Spanish, juntando las manos en un arrebato de excitación-. Mire, señor Chip, no fue un sueño como los que he tenido hasta ahora. Bajaba del cielo una gran mano, como si fuera la mano y el brazo de Dios. Era enorme, del tamaño de una montaña. Yo sabía enseguida lo importante que era; estaba cerrada, aquel puño era grande como un peñasco y yo sabía que escondía algo tan valioso que mi vida y la vida de todos los habitantes de la Tierra dependían de ello. Esperaba que el puño se abriera, y se abría. Yo veía lo que había dentro.

-Un bote de aerosol -dijo secamente Don Denny.

-En el bote -prosiguió Francesca Spanish- se veía una palabra escrita en grandes letras de oro que resplandecían, letras de fuego dorado que componían la palabra *Ubik*. Nada más, sólo aquella extraña palabra. Entonces la mano se cerraba de nuevo alrededor del frasco de aerosol y el brazo y el puño desaparecían, yendo a ocultarse tras una especie de techo de nubes grises. Hoy, antes del funeral, he buscado en el diccionario y consultado en la biblioteca pública, pero nadie sabe qué significa aquella palabra ni a qué idioma pertenece, y no viene en el diccionario. El bibliotecario me dijo que no es inglés. En latín hay una palabra que se le parece: *ubique*. Significa..

-«En todas partes» -dijo Joe.

Francesca Spanish asintió.

-Eso es. Pero no logro averiguar qué significa «*Ubik*», que es como aparecía escrito en el sueño.

-Son la misma palabra; sólo cambia la grafía -explicó Joe.

-¿Cómo lo sabe? -preguntó Pat Conley con socarronería.

-Runciter se me apareció ayer en un anuncio de televisión que grabó antes de su muerte -manifestó Joe. No quería entrar en detalles; le parecía demasiado complicado explicarlo, al menos en aquellos momentos.

-Pobre idiota -le dijo Pat.

-¿Por qué?

-¿Así concibe usted la forma de manifestarse de un muerto? Viéndolo así, igual puede tomar como «manifestaciones» las cartas que escribió antes de morir o las notas de orden interno que hizo circular por la oficina a lo largo de los años, e incluso...

-Voy ahí dentro a ver a Runciter por última vez -dijo Joe. Se separó del grupo, que quedó a la espera, y penetró en el frío y oscuro salón mortuorio a través de los amplios escalones de madera.

El vacío era total. No vio a nadie; sólo distinguió una vasta sala con hileras de asientos como bancos de iglesia y, al fondo, un ataúd cubierto de flores. En una recámara, un antiguo órgano de fuelle y algunas sillas plegables de madera. El mortuorio olía a flores y polvo, en una mezcla dulzona y rancia que le repugnaba. Pensó en la cantidad de habitantes del estado de Iowa que habrían ingresado en la eternidad en aquella estancia tan impersonal: suelos barnizados, pañuelos de bolsillo, trajes oscuros de lana gruesa... sólo faltaban las monedas puestas sobre los ojos de los muertos y el órgano tocando cuatro himnos elementales.

Llegó junto al féretro, vaciló unos instantes y se inclinó para mirar.

En el fondo del ataúd yacía un montón requemado de huesos deshidratados, rematado por un cráneo acartonado que le miraba de soslayo con ojos como pasas hundidas en las cuencas. Algunos harapos entremezclados con ramas de espino envolvían el diminuto esqueleto, como arrastrados hasta allí por el viento.

Parecía que el cuerpo, respirando, hubiera formado montón con ellos a lo largo de un proceso impalpable, un continuo de sibilantes inspiraciones y espiraciones ya cesadas. La misteriosa transformación que ya destruyera a Al y Wendy Wright había llegado a su fin hacía, evidentemente mucho tiempo. «Años», pensó Joe, recordando a Wendy.

¿Habían visto aquello los del grupo, o había ocurrido durante las exequias? Joe alargó los brazos, asió la tapa de roble del ataúd y la dejó caer, cerrándolo. El golpe resonó en la sala desierta pero nadie lo oyó. No apareció nadie.

Cegado por lágrimas de terror, salió de la silenciosa y polvorienta sala hacia la débil luz del atardecer.

-¿Qué pasa? -le preguntó Don Denny cuando se unió al grupo.

-Nada -respondió.

-Pues está fuera de sí; parece que le hayan dado un susto de muerte -observó Pat Conley con expresión punzante.

-¡No me pasa nada! -Le lanzó una mirada de profunda y airada hostilidad.

Tippy Jackson le preguntó:

-¿No ha visto por casualidad a Edie Dorn mientras estaba ahí dentro?

-No aparece -añadió Jon Ild a modo de explicación.

-Pero si estaba aquí hace un momento... -protestó Joe.

-Se ha pasado el día diciendo que se encontraba muy fatigada y que tenía un frío terrible -dijo Don Denny-. Puede que haya regresado al hotel; antes dijo algo de eso, que tenía ganas de echarse un rato y dormir una siesta después de la ceremonia. Debe de estar bien.

-Debe de estar muerta -dijo Joe. Se dirigió al grupo diciendo-: Creí que lo entendían. Si alguien se separa del grupo no podrá sobrevivir. Lo que les ocurrió a Wendy, a Al y a Runciter... -No terminó la frase.

-A Runciter lo mató la explosión -dijo Don Denny.

-La explosión nos mató a nosotros -dijo Joe-: lo sé porque me lo dijo Runciter; lo escribió en la pared del aseo, en nuestra sede de Nueva York. Y lo vi otra vez en...

-Lo que dice es una insensatez -lo interrumpió Pat Conley con acento cortante-. ¿Está o no

está muerto Runciter? ¿Y nosotros, estamos muertos, o no? Primero dice una cosa y luego otra. ¿No puede ser más coherente?

-Trate de ser más coherente -apuntó Jon Ild. Los otros, con rostros angustiados, expresaban un mudo asentimiento.

Joe dijo:

-Puedo contarles lo que había escrito en el lavabo. Puedo contar lo del magnetófono gastado y el manual de instrucciones que llevaba en la caja; puedo hablar del anuncio de Runciter que salió por televisión, de la nota que contenía el cartón de tabaco que compré en Baltimore y de la etiqueta que llevaba un frasco de Elixir de Ubique, pero no puedo dar un sentido a todas estas cosas. Sea como sea, hemos de ir al hotel y tratar de encontrar a Edie antes de que se agoste y muera sin remedio. ¿Dónde hay un taxi?

-La funeraria nos ha facilitado un coche para que lo usemos durante nuestra estancia aquí. Es el Pierce-Arrow que está aparcado ahí -le informó Don Denny.

Se dirigieron precipitadamente hacia el automóvil.

-No cabremos todos -dijo Tippy Jackson mientras Don Denny tiraba de la maciza puerta de acero y subía a su interior.

-Pregunten a Bliss si nos deja usar el Willys-Knight -dijo Joe. Se sentó al volante del Pierce-Arrow y puso en marcha el motor cuando se hubieron instalado todos los que cabían en su interior, enfilando la transitada calle mayor de Des Moines. El Willys-Knight le seguía de cerca, haciendo sonar lastimeramente el claxon para advertir a Joe de su presencia.

12

Prepare las tostadas del desayuno con pan de molde Ubik, elaborado únicamente con fruta fresca y levadura vegetal de primera calidad. Ubik convierte el desayuno en una fiesta. Ubik con mantequilla, ¡qué maravilla!

Inofensivo si se consume según las instrucciones.

«Vamos sucumbiendo uno por uno», se dijo Joe Chip mientras conducía el enorme auto por entre el tráfico. «Algo falla en mi teoría. Estando en el grupo, Edie tenía que estar a salvo y en cambio yo... Tenía que ocurrirme a mí. Pudo ocurrirme en cualquier momento durante el vuelo desde Nueva York, tan lento».

-Lo que habrá que hacer -dijo a Don Denny- es asegurarse de que quien se sienta cansado lo comunique al resto de nosotros. Parece que el cansancio es el primer aviso. Hay que impedir que nadie se separe.

Volviéndose para hablar a quienes ocupaban el asiento trasero, Don Denny dijo:

-¿Han oído? En cuanto alguno de ustedes se sienta fatigado, aunque sea un poquito, que lo comunique al señor Chip o a mí. -Se volvió hacia Joe-: Y entonces, ¿qué?

-¿Entonces qué, Joe? -repitió Pat Conley-. ¿Qué hay que hacer entonces? Díganoslo, le escuchamos.

-Me extraña mucho que aquí no entre en juego tu facultad -le dijo Joe-; esta situación me parece hecha a tu medida. ¿Por qué no retrocedes un cuarto de hora y convences a Edie de que no se separe del grupo? Haz lo que hiciste la primera vez que te presenté a Runciter.

-Fue G.G. Ashwood quien me presentó al señor Runciter -puntualizó Pat.

-En fin, que no vas a hacer nada.

Sammy Mundo soltó una risita y dijo:

-Se pelearon anoche durante la cena. A la señorita Conley no le gusta la señorita Dorn. Por eso no quiere ayudarnos.

-Edie me caía muy bien -dijo Pat.

-¿Tiene usted algún motivo para no hacer uso de su facultad? -le preguntó Don Denny-. Joe tiene razón. Resulta muy extraño. A mí también me cuesta comprender por qué no intenta

ayudar.

Después de un silencio, Pat explicó:

-Mi facultad ya no funciona. No lo ha hecho desde que estalló la bomba.

-¿Por qué no lo has dicho? -preguntó Joe.

-Porque no me apetecía, maldita sea. ¿Por qué iba a confesar algo así, que no logro hacer nada? Lo intento una y otra vez y no funciona: no pasa nada. Nunca me había ocurrido nada semejante. He tenido la facultad prácticamente toda la vida.

-¿Cuándo...? -intentó preguntar Joe.

-Con Runciter, inmediatamente después de la explosión. Antes de que me lo pidiera.

-Luego, lo sabes desde hace tiempo.

-Volví a intentarlo en Nueva York, cuando usted llegó de Zurich y se hizo evidente que a Wendy le había sucedido algo horrible. Y acabo de intentarlo ahora, al decir usted que Edie debe de estar muerta. Quizá se debe a que estamos en una época tan antigua; quizá las facultades psiónicas no funcionan en mil novecientos treinta y nueve. Pero esto no explica lo de Luna, a menos que hubiéramos estado aquí entonces sin darnos cuenta de ello. -Se sumió en una meditación silenciosa y reconcentrada; contemplaba aburridamente las calles de Des Moines, con una amarga expresión en el fiero rostro.

«Esto encaja», se dijo Joe. «Naturalmente, su capacidad de desplazarse en el tiempo ya no actúa. En realidad no estamos en 1939; estamos totalmente fuera del tiempo, lo cual da la razón a Al. Los *graffiti* decían la verdad: estamos en la semivida, tal como decían aquellos ripios».

Sin embargo, no lo dijo a quienes iban con él en el coche. «¿Por qué decirles que no hay esperanza? Tarde o temprano lo van a descubrir. Incluso es posible que los más listos, como Don Denny, lo hayan comprendido ya, basándose en lo que he dicho y en lo que ellos mismos han vivido».

-Le molesta de veras que su facultad no funcione, ¿verdad? -dijo Don Denny.

-Claro. Esperaba que cambiase la situación -asintió Joe.

-Aún hay más -dijo Denny, con certera intuición-. Lo adivino en su tono de voz, posiblemente -hizo un gesto impreciso-. El hecho es que lo sé. Significa algo, es importante, le dice algo a uno.

-¿Sigo recto? -preguntó Joe, reduciendo la velocidad al aproximarse a un cruce.

-Tuerza a la derecha -dijo Tippy Jackson.

Pat añadió:

-Verá un edificio de ladrillo con un rótulo de neón que se enciende y se apaga. Es el Hotel Meremont. Un lugar terrible: hay un cuarto de baño para cada dos habitaciones, con bañera en vez de ducha. La comida es algo increíble y la única bebida que sirven es una cosa que llaman Nehi.

-A mí me gustó la comida -dijo Don Denny-: ternera auténtica, no proteínas sintéticas, y salmón de verdad...

-¿Es bueno su dinero? -preguntó Joe. Oyó entonces un gemido agudo que subía y bajaba, resonando a su espalda por la calle-. ¿Qué es eso? -preguntó a Don Denny.

-No sé -respondió nerviosamente éste.

Sammy Mundo explicó:

-Es una sirena de la Policía. No hizo la señal antes de torcer.

-¿Y cómo iba a hacerla? Este volante no lleva ninguna palanca.

-Debió hacerla con la mano -dijo Sammy.

La sirena sonaba ahora muy cercana; volviendo la cabeza, Joe vio una motocicleta que iba ganándole terreno. Redujo la velocidad, sin saber demasiado bien qué debía hacer.

-Pare junto a la acera -aconsejó Sammy.

Joe detuvo el coche junto a la acera.

El guardia bajó de la motocicleta y se acercó lentamente a Joe. Era un hombre joven, con cara de rata y grandes ojos de mirada dura. Observó detenidamente a Joe y dijo:

-Enséñeme su carnet de conducir, señor.

-No tengo -respondió Joe-. Póngame la multa y déjenos seguir. -Ya se veía el hotel. Se volvió hacia Denny-: Será mejor que vayan para allá, todos ustedes.

El Willys-Knight siguió su camino y Don Denny, Pat, Sammy Mundo y Tippy Jackson bajaron y echaron a correr tras de él. Se detuvo frente al hotel, dejando a Joe solo con el policía.

Éste ordenó a Joe:

-Enséñeme la documentación.

Joe le tendió su cartera. El guardia rellenó un impreso con un lápiz rojo indeleble, lo arrancó del talonario y lo entregó a Joe.

-Omisión de la señal reglamentaria y no posesión de permiso de conducir. Esta citación dice dónde y cuándo debe presentarse.

El policía cerró de un golpe el libro de denuncias, devolvió la cartera a Joe y montó de nuevo en la moto. Dio gas y se perdió zumbando en el tráfico, sin mirar atrás.

Por alguna oscura razón, Joe miró superficialmente la citación antes de metérsela en el bolsillo. Tuvo que leerla otra vez más despacio. En lápiz rojo, una letra que le era muy familiar decía:

> Corren ustedes mayor peligro del que pensaba. Lo que ha dicho Pat Conley es

El mensaje terminaba ahí, en mitad de la frase. Se preguntó cuál sería la continuación. ¿Había algo más en la citación? Miró al dorso sin encontrar nada y volvió al anverso. No había nada más escrito a mano, pero distinguió, al pie del impreso, compuesta en un minúsculo tipo de letra, la siguiente inscripción:

> Visite la farmacia Archer si precisa de remedios caseros de confianza y preparados medicinales de eficacia comprobada. Precios módicos.

«No es mucho», pensó Joe. Sin embargo, tampoco era lo que cabría esperar ver al pie de una denuncia de la Policía de Tráfico de Des Moines; se trataba, evidentemente, de otra manifestación, como la inscripción en rojo que había más arriba.

Bajó del Pierce-Arrow y entró en la tienda más cercana, un establecimiento mezcla de papelería, estanco y confitera.

-¿Me deja consultar el listín? -preguntó al fornido dueño del lugar.

-Está ahí detrás -respondió amablemente, con un gesto de su grueso pulgar.

Joe consultó la guía telefónica en la penumbra de la trastienda. La farmacia Archer no constaba. Cerró el volumen y se fue hacia el propietario del establecimiento, ocupado en aquel momento en despachar a un niño un paquete de barquillos Neco.

-¿Sabe usted dónde puedo encontrar la farmacia Archer? -le preguntó.

-En ninguna parte.

-¿Por qué?

-Hace años que cerró.

-Da igual, dígame dónde estaba. Hágame un plano.

-No hace falta, le diré dónde estaba. -El hombre se inclinó hacia delante, señalando a través de, la puerta de la tienda-. ¿Ve aquella enseña de barbero? Vaya allí y mire al norte. El norte está hacia allí -explicó con un gesto-. Verá un edificio antiguo, con tejado de dos aguas, de color amarillo. Todavía vive alguien en los pisos, pero las tiendas de la planta baja están abandonadas. Aún puede leerse el rótulo: «Específicos Archer», así que no tiene pérdida. Lo que pasó fue que a Ed Archer le salió un cáncer de garganta y...

-Gracias -dijo Joe, saliendo de la tienda al pálido sol de media tarde. Cruzó rápidamente la calle y se situó junto al poste de barbero; desde allí miró hacia el norte.

Distinguió, casi en el límite de su campo visual, el alto edificio amarillo cubierto de

desconchados. Había en él algo extraño que le chocó: un temblor, una inestabilidad, como si oscilara impalpablemente entre la firmeza y la inconsistencia. Cada fase duraba unos segundos y daba paso a la opuesta con una vibración confusa; el fenómeno se repetía con toda regularidad, como si bajo la estructura latiera un ritmo orgánico. «Como si estuviera vivo», pensó Joe.

«Quizás he llegado al final», se dijo. Echó a andar en dirección a la farmacia abandonada sin apartar la vista del edificio. Lo veía palpitar, pasar de un estado a otro, y mientras se acercaba a él iba apreciando con mayor claridad la naturaleza de sus estados alternativos. En la fase de máxima estabilidad se convertía en un establecimiento de venta al por menor de artículos domésticos de su propia época, un autoservicio dirigido homeostáticamente que vendía los mil adminículos de un apartamento moderno; durante toda su vida adulta había sido cliente de parecidos pseudocomercios computarizados superfuncionales.

En la fase de máxima insustancialidad, se reducía a una pequeña y anacrónica botica con adornos rococó. En los modestos escaparates Joe vio bragueros para herniados, hileras de gafas, un almirez, frascos de grageas variadas, un rótulo que anunciaba «Sanguijuelas», pesados frascos con tapón de vidrio que eran auténticas cajas de Pandora repletas de fármacos y simples placebos... y, cubriendo la parte superior de los cristales, dos palabras: «Farmacia Archer». Nada parecía indicar que aquello fuese un establecimiento vacío, cerrado o abandonado; su situación correspondiente a 1939 había sido eliminada de alguna forma. Joe razonó: «Si ello es así, en cuanto entre retrocederé aún más en el tiempo o bien volveré a encontrarme más o menos en mi verdadera época. Y lo que más me conviene es lo primero, la etapa pre 1939».

Estaba de pie ante el edificio, experimentando físicamente la tracción del flujo y reflujo de fases: se sentía empujado hacia delante, luego hacia atrás y nuevamente hacia delante. Pasaban por su lado algunos viandantes que no reparaban en él. Era obvio que ninguno de ellos veía lo que él veía: ni la farmacia Archer ni el autoservicio estilo 1992. Aquello era lo que más le desconcertaba.

Cuando la edificación pasó a una de sus fases antiguas, Joe dio un paso al frente y cruzó el umbral. Estaba en el interior de la farmacia Archer.

A mano derecha había un largo mostrador de mármol. En la pared, estanterías con cajas de sucia coloración; todo el local tenía un tono negruzco dominante, no sólo debido a la falta de luz, sino como una protección, como si hubiera sido construido para fundirse en una amalgama con la penumbra para ser inalterablemente opaco. El ambiente del lugar poseía una calidad densa y opresiva; le abatía, pesaba como algo aposentado para siempre sobre sus hombros. Y ya no oscilaba, al menos para él, ahora que se hallaba en su interior. Se preguntó si su decisión fue correcta; consideró, demasiado tarde, lo que habría podido suponer la alternativa. Quizás el regreso a su época, lejos de aquel mundo en el que se descomponía constantemente la trabazón del curso del tiempo; lejos para siempre, quizás. «En fin, así son las cosas». Vagó por el interior de la farmacia, contemplando los metales y las maderas. Nogal, evidentemente. Llegó por fin a la ventanilla de despacho de recetas que había al fondo.

Apareció un joven espigado, vestido con traje gris de muchos botones y chaleco, que le observó en silencio. Durante un buen rato, Joe y el joven se miraron sin decir nada. El único sonido audible provenía de un reloj de pared con cifras romanas en la esfera, cuyo péndulo oscilaba inexorablemente. Todo oscilaba, todo era dominado por aquel ritmo mecánico. Como un reloj.

-¿El ungüento? -preguntó el farmacéutico. El movimiento de sus labios parecía no estar sincronizado con el sonido de sus palabras. Joe vio primero abrirse la boca del joven, luego moverse los labios y al cabo de un intervalo apreciable escuchó las palabras.

-¿Es un ungüento? -preguntó a su vez-. Creí que era de uso interno.

El farmacéutico tardó unos momentos en responder. Era como si hubiera un abismo de tiempo, toda una era, abierto entre los dos. Finalmente, abrió la boca y movió de nuevo los labios.

Joe oyó lo que dijo.

-El *Ubik* ha sufrido muchos cambios al ir introduciendo el fabricante sucesivas mejoras. Usted debe de estar habituado al viejo, no al nuevo *Ubik*.

El boticario se alejó hacia un lado. Sus movimientos poseían una cadencia entrecortada; se deslizaba a pasos lentos y medidos, de ballet. El ritmo era estéticamente agradable, pero estremecedor.

-Últimamente hemos tenido muchas dificultades para conseguirlo -dijo mientras volvía con una lata sellada y plana que depositó delante de Joe-. Viene en forma de polvos a los que hay que añadir alquitrán de hulla. El alquitrán va aparte; puedo dárselo muy barato, pero el *Ubik* en polvo es caro. Cuarenta dólares.

El precio le dejó helado.

-¿Qué hay dentro? -preguntó Joe.

-Secreto de fabricación.

Joe cogió la lata precintada y la levantó hacia la luz.

-¿Le importa que lea la etiqueta?

-No, en absoluto.

A la tenue luz que se filtraba desde la calle consiguió descifrar lo impreso en la etiqueta de la lata. Era la continuación del mensaje manuscrito en la citación que le entregó el guardia de tráfico; empezaba en el punto exacto en el que se detenía bruscamente la letra de Runciter.

> absolutamente falso. No intentó utilizar su facultad tras la explosión de la bomba. Repito: no lo intentó. Tampoco intentó restituir a Wendy Wright, Al Hammond ni Edie Dorn. Le miente, Joe, y ello me obliga a reconsiderar por completo la situación. Cuando llegue a una conclusión se lo haré saber. Entre tanto, ándese con cuidado. A propósito: *Ubik*, en su nueva presentación en polvo, posee un ilimitado poder curativo si se observan consciente y rigurosamente las instrucciones de empleo.

-¿Aceptará un cheque? -preguntó Joe al boticario-. No llevo los cuarenta dólares encima y necesito desesperadamente el *Ubik*. Es literalmente cuestión de vida o muerte.

Buscó el talonario de cheques en el bolsillo de su chaqueta.

-Usted no es de aquí, ¿verdad? -dijo el boticario-. Se le nota en el acento. Pues no, no puedo aceptar un cheque por esa cifra. Necesitaría conocerle. Llevamos una racha de talones sin fondos que dura ya varias semanas, y todos son de forasteros.

-¿Servirá una tarjeta de crédito?

-¿Qué es una tarjeta de crédito? -preguntó el farmacéutico.

Abandonando la lata de *Ubik*, Joe se volvió en redondo y salió a la acera. Cruzó la calle y echó a andar en dirección al hotel, deteniéndose para volverse a contemplar la botica.

Sólo vio un edificio ruinoso de color amarillo, con visillos en las ventanas de los pisos superiores y la planta baja tapiada con tablones, abandonada. Por entre los tablones no se distinguía sino oscuridad, la oquedad de unas ventanas hechas añicos. Ni rastro de vida.

Comprendió que no había nada que hacer. Había perdido la ocasión de procurarse una lata de *Ubik*, aun encontrando ahora los cuarenta dólares tirados por la calle. «Pero he obtenido el resto del aviso de Runciter, con todo lo que pueda valer. Quizá lo que dice no sea verdad; quizá sea tan sólo una opinión deformada, desviada por un cerebro agonizante. O por un cerebro completamente muerto, como en el caso del anuncio televisado. Pero, dioses, ¿y si fuera verdad?», se preguntó con desaliento.

Por la acera había algunas personas absortas en la contemplación del cielo. Al notarlo, Joe alzó también la mirada. Protegiéndose los ojos de los oblicuos rayos del sol, divisó un punto negro que desprendía una estela de humo blanco: era un monoplano que escribía en el cielo, volando a gran altura. Mientras Joe y otros peatones los contemplaban, los trazos de humo, que empezaban a borrarse, compusieron un mensaje: «¡Arriba el ánimo, Joe!»

«¡Qué fácil es decirlo!», dijo Joe para sí. «No cuesta nada decirlo con cuatro palabras».

Presa de una melancolía incómoda -y de los primeros síntomas de un terror que renacía- reemprendió el camino del Hotel Meremont.

Don Denny le recibió en un vestíbulo de aire provinciano, alfombrado de escarlata y muy alto de techo.

-La encontramos; todo acabó, para ella al menos -dijo-. No ha sido nada bonito, en absoluto. Y ahora ha desaparecido Fred Zarsky. Yo creía que iba en el otro coche y los del otro creían que iba en el nuestro. Por lo visto, no subió a ninguno de los dos. Debe de estar en la funeraria.

-Ahora sucede más deprisa -dijo Joe.

Se preguntó si el *Ubik*, que le rondaba constantemente sin dejarse atrapar, haría que las cosas fueran diferentes. «Me temo que nunca lo sabremos». Concluyó:

-¿Se puede beber algo aquí? ¿Qué hay del dinero? El mío no vale.

-La funeraria lo paga todo; órdenes de Runciter.

-¿Incluso la factura del hotel? -Aquello le parecía muy extraño. ¿Cómo lo habían arreglado?-. Quiero que vea esta citación cuando no haya nadie cerca. -Le tendió el papel-. Tengo el resto del mensaje; estuve buscándolo todo este rato.

Denny leyó la citación, la releyó y la devolvió lentamente a Joe.

-Runciter cree que Pat miente -dijo.

-En efecto.

-¿Se da cuenta de lo que supondría? Supondría que pudo anular todo esto, empezando por la muerte de Runciter.

-Podría suponer más cosas aún -dijo Joe.

Denny le miró fijamente.

-Tiene usted razón. Sí, señor, toda la razón. -Pareció desconcertado y, de pronto, firmemente responsable. En sus ojos brillaba una clara conciencia de la situación, teñida de sorpresa y pesadumbre.

-No tengo muchas ganas de pensar en ello -dijo Joe-. No me gusta lo más mínimo. Es peor de lo que creía; peor incluso de lo que pensaba Al Hammond, por ejemplo, que ya era bastante malo.

-Pues quizá sea cierto -dijo Denny.

-Durante el tiempo que llevamos metidos en esto he luchado por entender sus causas. Estaba seguro de tener el porqué.

«Pero Al nunca pensó en esto», meditó. «Los dos nos lo quitamos de la cabeza. Tuvimos nuestros motivos».

Denny dijo:

-No diga nada de esto a los otros. Puede no ser cierto y, aunque lo sea, saberlo no les va a ayudar.

-¿Saber qué? ¿Qué es lo que no les va a ayudar? -preguntó Pat Conley a sus espaldas.

Se situó frente a ellos, mirándoles con ojos intensamente negros que traslucían inteligencia y una serena tranquilidad.

-Qué pena lo de Edie Dorn. Y creo que ahora ha desaparecido Fred Zarsky. Con esto ya no quedamos muchos, ¿no es cierto? Me gustaría saber quién será el próximo. -Parecía totalmente dueña de sí misma-. Tippy Jackson ha ido a acostarse. No dijo que estuviera cansada, pero hay que suponer que lo está, ¿no les parece?

-Sí, me parece que sí -asintió Don Denny.

-¿En qué quedó la denuncia, Joe? ¿Puedo darle un vistazo? -preguntó Pat.

Joe se la tendió. «Ha llegado el momento», pensó. «Todo se acumula en este presente, todo converge hacia este preciso instante».

-¿Cómo supo mi nombre el policía? -inquirió Pat tras ojear someramente la citación. Alzó los ojos y miró intrigada a Joe y luego a Don Denny-. ¿Por qué habla de mí este papel?

Librodot

«No reconoce la letra porque no está familiarizada con ella como lo estamos los otros», comprendió Joe.

-Es de Runciter -dijo-. Lo haces tú, ¿no es cierto, Pat? Tú, con tu facultad. Estamos aquí por tu culpa.

-Y nos estás exterminando, nos liquidas uno por uno. Pero ¿por qué? -añadió Don Denny, quien se dirigió a Joe-: ¿Qué razones puede tener? En el fondo, ni siquiera nos conoce.

-¿Para esto viniste a Runciter Asociados? -preguntó Joe a la muchacha, intentando mantener el tono de voz, sin lograrlo; lo oyó vacilar y sintió un repentino desprecio por sí mismo-. Fue G.G. Ashwood quien te descubrió y te trajo. Trabajaba para Hollis, ¿no? ¿Es éste en realidad el origen de lo que nos pasa? *¿No la explosión de la bomba, sino tú?*

Pat sonrió.

Y el vestíbulo del hotel se desintegró ante los ojos de Joe.

13

Alce los brazos y mírese al espejo: ¡qué figura! El nuevo sujetador Ubik, en sus modelos corto y largo, le hará sentir otra vez el placer de admirar su silueta.

Ajustado según las instrucciones, Ubik dará a su busto la firmeza y la juventud que usted desea.

La oscuridad zumbaba a su alrededor, pegándose a él como un copo de lana tibia y húmeda. El terror que había sentido como un simple malestar asociado a la penumbra se convertía ahora en algo real y pleno.

«Me descuidé y no hice lo que me dijo Runciter», reconoció Joe. «Le dejé ver la citación».

-¿Qué ocurre, Joe? ¿Le pasa algo? -preguntó Don Denny con voz teñida de honda preocupación.

-No me pasa nada, estoy bien.

Ahora veía algo: se abrían algunas franjas horizontales de color gris en las tinieblas, como si éstas empezaran a descomponerse.

-Sólo estoy cansado. -Al decirlo, advirtió de repente lo fatigado que sentía el cuerpo; en su vida recordaba fatiga semejante.

-Déjeme que le ayude a sentarse -dijo Don Denny. Joe sintió su mano sujetándole por el hombro; Denny le conducía a una silla y aquella necesidad de ser guiado le asustaba. Intentó despegarse.

-Estoy bien -repitió.

Ante él empezaba a perfilarse la silueta de Denny. Se concentró en ella y volvió a distinguir el decimonónico vestíbulo, con su lámpara de cristal tallado y su iluminación amarillenta.

-Deje que me siente -dijo, localizando a tientas una silla de mimbre.

Don Denny preguntó con acritud a Pat:

-¿Qué le has hecho?

-No me ha hecho nada -dijo Joe.

Trataba de dar a su voz un tono de firmeza, pero percibía un tono anormal, estridente. «Parece una grabación acelerada, sobreaguda; esta voz no es la mía», pensó.

-Es verdad: no le he hecho nada a él ni a nadie -dijo Pat.

-Quiero subir a acostarme -indicó Joe.

-Le pediré una habitación -dijo nerviosamente Don Denny; vacilaba, de pie ante él, desapareciendo y reapareciendo conforme disminuía o aumentaba la intensidad de la luz, que viraba a un rojo triste, se hacía más viva y volvía a palidecer-. Espere aquí sentado, Joe; enseguida vuelvo. -Salió a toda prisa hacia la recepción. Pat se quedó.

-¿Puedo hacer algo por usted? -preguntó, obsequiosa.

-No -respondió Joe. Decirlo en voz alta le costó un enorme esfuerzo; la palabra se resistía a salir de la gruta abierta en su corazón, una oquedad que crecía por instantes-. Un cigarrillo, acaso -añadió, agotándose al decirlo; sentía latir penosamente su corazón. El doloroso palpitar aumentaba su agobio; era como tener encima un peso más que le oprimiera, una inmensa mano que le estrujara-. ¿Tienes? -preguntó, logrando ver a la muchacha a través de la neblinosa luz rojiza. Era el brillo incierto y titilante de una realidad endeble.

-Ni uno, lo siento -respondió Pat.

-¿Qué... qué me pasa? -preguntó Joe.

-Debe ser un paro cardíaco.

-¿Habrá médico en este hotel?

-Lo dudo.

-¿No vas a ver si lo hay?

-Me parece que lo suyo es puramente psicosomático, Joe. En realidad, no está enfermo; pronto se pondrá bien.

Don Denny, que regresaba, anunció:

-Le he conseguido habitación, Joe. Es la doscientos tres, en el segundo piso. -Calló un momento y Joe notó su mirada escrutadora y preocupada-. Oiga, tiene usted muy mal aspecto: se le ve frágil, como si se lo fuera a llevar el aire. Cielo santo, Joe, ¿sabe a quién me recuerda? A Edie Dorn, cuando la encontramos.

-Nada de eso -dijo Pat-: Edie está muerta y Joe no. ¿Verdad que no, Joe?

-Quiero subir. Quiero acostarme -fue su única respuesta.

Se puso en pie; el corazón le dio un golpe sordo y pareció vacilar y dejar de latir por unos momentos, hasta que recobró el ritmo, martilleando con el retumbar de un lingote de hierro contra una superficie de cemento.

Joe preguntó:

-¿Dónde está el ascensor?

-Le acompañaré -dijo Don Denny, asiéndole de nuevo por el hombro-. Pesa menos que una pluma. ¿Qué le pasa, Joe, lo sabe? ¿Puede decírmelo? Inténtelo.

-No lo sabe -dijo Pat.

-Opino que debería verle un médico, sin más tardar -observó Denny.

-No -dijo Joe.

«Echarme no me va a servir de nada», pensó. Sentía contra sí un empuje oceánico, una gigantesca resaca que le arrastraba y le urgía a acostarse, le movía a desear una sola cosa: tenderse boca arriba, solo en su habitación, donde nadie le viera. «Tengo que salir de aquí, necesito estar solo. Pero ¿por qué?» No lo sabía: aquella necesidad había penetrado en él como un instinto irracional, imposible de entender o explicar.

-Voy por un médico -dijo Denny-. Quédese aquí con él, Pat. No le pierda de vista. Volveré lo antes posible.

Salió y Joe vio alejarse su borrosa silueta: parecía encogerse, menguar de tamaño, hasta que desapareció súbitamente.

Quedaba Patricia Conley, aunque aquello no mitigaba su sentimiento de soledad. Pese a la presencia física de la muchacha, el aislamiento de Joe era, en aquel momento, absoluto.

-Bien, Joe, ¿qué desea? ¿Qué puedo hacer por usted? Basta con que lo mencione.

-El ascensor -dijo él.

-¿Quiere que le acompañe al ascensor? Con mucho gusto.

Pat echó a andar y Joe la siguió lo mejor que pudo. La muchacha parecía caminar a una velocidad extraordinaria y él justo alcanzaba a no perderla de vista. «¿Serán figuraciones mías? La veo caminar muy aprisa», se dijo. «Debo de ser yo: estoy frenado, comprimido por la gravedad». Su mundo adquiría todos los atributos de la pura masa inerte. Se percibía a sí mismo exclusivamente en tanto que objeto sometido a la fuerza de su propio peso, dotado de una única cualidad, un único atributo y una única sensación: la de la inercia.

-Más despacio -exclamó-, espérame. -Ya no podía verla: había salido ágilmente del alcance

de su vista. De pie, inmóvil, incapaz de dar un paso, jadeante, Joe sentía correr el sudor por su rostro. El líquido salino le escocía los ojos.

Pat reapareció. Joe distinguió su cara, que se inclinaba para mirarle. Reparó en su expresión de perfecta tranquilidad y desinteresada atención casi científica.

-¿Quiere que le seque el sudor? -preguntó, sacando un diminuto pañuelo orlado de encaje, y obsequiándole con una sonrisa igual a la de poco antes.

-Llévame al ascensor -dijo Joe, obligando a su cuerpo a ponerse en movimiento.

Un paso. Dos. Distinguía ya el ascensor, con varias personas que esperaban a la puerta, encima de la cual había un anticuado indicador en forma de reloj. La abarrocada aguja oscilaba entre el tres y el cuatro; corrió luego hacia la izquierda, rebasando el tres y vacilando entonces entre el tres y el dos.

-No tardará más de un minuto, es un ascensor muy antiguo -dijo Pat, contemplándolo plácidamente de brazos cruzados-. Parece una de aquellas viejas jaulas abiertas, construidas en hierro. ¿Le asustan?

La aguja rebasó el dos, se detuvo unos instantes cerca del uno y cayó al fin.

Joe vio el enrejado de la cabina y el ascensorista de uniforme sentado en un taburete y con la mano puesta en la manivela de mando.

-Subiendo. Pasen al fondo, por favor -decía.

-Yo no subo -dijo Joe.

-¿Por qué no? ¿Teme que se parta el cable? ¿Es eso lo que tanto le asusta? Porque se le nota asustado -dijo Pat.

-Esto que veo ahora es lo que vio Al.

-Mire, Joe, otra forma de subir a su habitación es por las escaleras, y en su estado no será capaz de hacerlo -le reconvino Pat.

-Subiré por las escaleras. -Joe echó a andar, buscándolas.

«¡No veo! ¡No las encuentro!», se dijo. El peso le aplastaba los pulmones, haciéndole difícil y dolorosa la respiración. Tuvo que detenerse para concentrarse y hacer que el aire penetrara en ellos. «Acaso sea un ataque cardíaco; en tal caso, no podré subir». Pero el deseo de hacerlo era aún más fuerte que antes: sentía la imperiosa necesidad de estar solo, encerrado en una habitación vacía, libre de testigos, tumbado boca arriba y en completo silencio, con los brazos y las piernas extendidos, sin necesidad de hablar ni moverse, sin tener que soportar a nadie ni encarar ningún problema. «Y que nadie sepa dónde estoy», pensó. Aquello le parecía, con mucho, lo más importante: quería estar ausente, vivir ignorado, no ser visto por nadie. «Y menos aún por Pat: ella no, que no esté cerca de mí».

-Ya estamos -dijo Pat. Le guió, orientándole un poco hacia la izquierda-. Ahí tiene la escalera, justo frente a usted. Cójase a la barandilla y en cuatro saltos, ¡zas! A la cama. Así, ¿lo ve?

Trepó por la escalera con agilidad de bailarina, dando saltitos y componiendo poses a cada peldaño, pasando de uno a otro con etérea desenvoltura.

-A ver cómo lo hace.

-No quiero... que vengas -articuló Joe.

-Vamos, querido, no tema que me aproveche de su estado -Pat chasqueó la lengua fingiendo una cómica tristeza-. ¿Cree que voy a hacerle algo malo?

-No. Pero quiero... estar... solo. -Joe sacudió la cabeza y, asiéndose al pasamano, se izó al primer escalón. Miró hacia arriba, intentando discernir lo lejos que estaba el final del tramo. Quería determinar cuántos escalones le faltaban.

-El señor Denny me ha dicho que no me separe de usted. Puedo leerle algo, o traerle cosas. Puedo hacerle compañía.

Joe subió otro escalón.

-Solo -resolló.

-¿Me deja que mire cómo sube? -preguntó Pat-. Me gustaría ver cuánto tarda, suponiendo que llegue.

-Llegaré.

Apoyó el pie en el siguiente escalón, se aferró a la barandilla y se impulsó hasta él. El corazón, al dilatarse, parecía asomar por la boca, cerró los ojos y lanzó un respingo de ahogo.

-Quisiera saber si fue esto lo que hizo Wendy -dijo Pat-. Ella fue la primera mujer, ¿no?

-Yo... la... quería -jadeó Joe.

-Ya lo sé. Me lo dijo G.G. Ashwood, que le leyó el pensamiento. G.G. y yo hicimos muy buenas migas. Pasamos mucho tiempo juntos. Puede decirse que tuvimos un asuntillo; así es.

-Nuestra teoría era la correcta -dijo Joe, inspirando aún más profundamente. Subió otro escalón y luego, con un tremendo esfuerzo, otro-. Tú y G.G. estabais de acuerdo con Ray Hollis..., para infiltrarnos.

-Exacto -corroboró Pat.

-Para liquidar... a nuestros mejores... inerciales. Y a Runciter... A todos nosotros. -Ascendió otro peldaño-. No estamos semivivos. No estamos...

-Pero si usted todavía puede morir; no está muerto aún -repuso Pat-. Pero el grupo sí está muriendo poco a poco. ¿Para qué hablar de ello, para qué abordar de nuevo el tema? Ya dijo hace un rato lo que tenía que decir y, francamente, empieza a cargarme su manía de darle vueltas y más vueltas a lo mismo. En serio, Joe: es usted de lo más pedante y aburrido. Casi tanto como Wendy Wright; habrían hecho buena pareja.

-Es por eso que Wendy murió la primera: no por haberse separado del grupo..., sino por...

De repente, se contrajo: el dolor pulsante del corazón aumentaba de forma muy violenta. Quiso subir otro escalón, pero falló: trastabilló y se encontró sentado en la escalera, acurrucado como... «Sí, como Wendy en el ropero», pensó. Agarró una manga de su abrigo y tiró de ella.

El tejido se desgarró. Reseco y sin fibra, se deshacía como el papel; apenas poseía la solidez de una telaraña. No le cupo duda, pronto dejaría tras de sí un rimero de jirones de tela, un rastro de desperdicios que conducirían a una habitación de hotel y a su anhelado aislamiento. Sus últimas y penosas acciones serían gobernadas por un mero tropismo, un cierto sentido de la orientación que le guiaría hacia la decrepitud, la muerte y la inexistencia. Estaba regido por una alquimia funesta que culmina en la tumba.

Subió otro peldaño.

«Voy a conseguirlo», comprendió. «La fuerza que me azuza se ceba en mi organismo; por eso se deterioraron físicamente, al morir, Wendy, Al, Edie y ahora sin duda Zarsky, dejando sólo un caparazón sin peso, abandonado como un pellejo vacío, sin sustancia ni humores, sin densidad. Es una fuerza que se contrapone a otras muchas, y el resultado es este consumirse del cuerpo en declive. Pero el cuerpo, como reserva de energía, me bastará para llegar arriba; en esto actúa una necesidad biológica y es muy posible que a estas alturas ya no pueda detenerla ni la misma Pat, que la desencadenó». Se preguntó qué sentía ella al verle ascender: ¿admiración?, ¿desprecio? Alzó la mirada, buscándola: vio su rostro vital, su semblante de complejos matices. No había en él más que interés, un interés neutro libre de malicia. No se sorprendió. Pat no hacía ademán de ayudarle ni tampoco de estorbarle.

-¿Está mejor? -preguntó la muchacha.

-No -dijo él, y medio incorporándose atacó el escalón inmediato.

-Ahora tiene otro aspecto: no parece tan desesperado.

-Es porque sé que puedo llegar.

-Ya mismo llega.

-Se dice «ahora mismo» -corrigió Joe.

-Es usted lo nunca visto: tan trivial, tan insignificante. Está en los mismísimos estertores de la agonía y aún... -Rectificó, cautelosa y astuta-: O lo que le parecen, subjetivamente, los estertores de la agonía. No debí emplear este término. Podría deprimirle. Trate de conservar el optimismo, ¿de acuerdo?

-Dime tan sólo... cuántos peldaños... faltan.

-Seis. -Se alejó de él, subiendo por la escalera sin ruido ni esfuerzo-. No, perdón: diez. ¿O

Librodot

nueve? Creo que son nueve.

Joe cubrió un escalón más, y el siguiente, y el siguiente. No abría la boca ni se esforzaba por ver. Buscando apoyo en la solidez de la pared, trepaba peldaño tras peldaño con la lentitud de un caracol, al tiempo que sentía adquirir cierta destreza, una habilidad para decidir con exactitud cómo emplearse, de qué forma invertir los últimos recursos de su organismo en quiebra.

-Ya casi está -le animó Pat desde más arriba-. ¿Qué me dice ahora, Joe? ¿Algún comentario sobre su gran escalada? La mayor escalada de la historia de la humanidad. No, no es cierto: Wendy, Al, Edie y Fred Zarsky la efectuaron antes. Pero ésta es la única que yo he presenciado.

-¿Por qué ésta precisamente? -preguntó Joe.

-Por el miserable plan que intentó llevar a cabo en Zurich: la noche en el hotel con Wendy. Esta noche será distinto. Estará solo.

-También aquella noche... estuve solo. -Otro escalón. Tosió convulsivamente; sus últimos residuos de energía se perdieron con las gotas de sudor que despidió su rostro amoratado.

-Ella estuvo presente. No en la cama, pero sí en alguna parte de la habitación. Y usted se pasó la noche durmiendo -dijo Pat sin contener la risa.

-Trato de... no toser -dijo Joe. Subió otros dos escalones y vio que estaba a punto de llegar a la cima. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que empezó a subir? Lo ignoraba.

Descubrió entonces, con sobresalto, que estaba tan frío como exhausto. ¿Desde cuándo estaba así?, se preguntó. Aquello se había iniciado mucho antes y el frío se había infiltrado de forma tan gradual que él no lo notó hasta aquel momento. «Dios mío», exclamó para sus adentros, temblando frenéticamente. Sentía los huesos a punto de quebrarse. Era peor, mucho peor que lo que sintió en Luna, peor aún que el frío glacial que invadió su habitación en el hotel de Zurich. Aquellos fueron simples anuncios de lo que aún estaba por venir.

«El metabolismo es un proceso de combustión, un horno en actividad», reflexionó. «Cuando deja de funcionar, se acaba la vida. La gente yerra por completo cuando se imagina el infierno: el infierno es un lugar frío; todo lo que hay en él es frío. El cuerpo significa peso y calor; ahora, el peso es para mí una fuerza a la que sucumbo y el calor algo que me abandona. Y que, a menos que yo renazca, no volverá nunca a mí. Este es el destino de todo el universo, así que por lo menos no estaré solo».

Pero se sentía solo. «Me está ocurriendo demasiado pronto», advirtió. «Aún no es el momento; algo ha apresurado el proceso, algo o alguien ha impuesto esta aceleración, por curiosidad y con maldad. Algún poder polimórfico y perverso que se complace en espiarme. Algún ser infantil y retrasado que disfruta con lo que sucede. Me ha aplastado como a un insecto, como a un miserable bicho incapaz de nada salvo de pegarse desesperadamente al suelo, que no puede escapar ni echar a volar, que sólo puede descender peldaño a peldaño hacia la descomposición y la suciedad, hacia el mundo de la tumba, un mundo que un poder perverso ha infestado de inmundos habitantes. Este algo, este poder es lo que llamamos Pat».

-¿Tiene la llave? -preguntó Pat-. Piense qué poco le gustaría llegar al segundo piso y descubrir entonces que la ha perdido y no puede entrar.

-La tengo -dijo Joe, buscándola en sus bolsillos.

El abrigo se le desgarró, deshilachado y hecho trizas; resbaló hasta el suelo y la llave cayó del bolsillo superior, deteniéndose dos escalones más abajo, fuera del alcance de Joe.

Pat dijo con presteza:

-Yo la recojo. -Pasó por su lado como una flecha, recogió la llave, la levantó hacia la luz para examinarla y la depositó sobre el pasamano, en la cúspide de la escalera-. La dejo aquí, donde pueda cogerla en cuando termine la ascensión. Será el premio. Me parece que la habitación cae por la izquierda, cuatro puertas más allá. Tendrá que ir despacio, pero ahora será más fácil, pues la escalera quedará atrás y no habrá que trepar.

-Ya la veo, y también veo el final de la escalera. -Asiéndose con ambas manos a la barandilla, se arrastró hacia arriba, cubriendo tres escalones en un derroche agónico de

Librodot

energías. Se sintió acabado: el peso que le oprimía crecía igual que el frío, en tanto que su materialidad se hacía cada vez más tenue. Pero...

Había llegado al último peldaño.

-Hola, Joe -le saludó Pat, agachándose para que pudiera verle la cara-. ¿Verdad que no desea que venga Don Denny a importunarle? El médico no podrá ayudarle en nada. Por lo tanto, encargué a recepción que le pidieran un taxi; supongo que debe estar atravesando la ciudad camino del hospital. Así no le molestarán y podrá estar completamente solo. ¿Le parece?

-Bien -asintió Joe.

-Aquí tiene la llave. -Pat le metió el frío objeto de metal en la mano, cerrándole los dedos sobre él-. ¡Arriba el ánimo, Joe! Como suele decirse, no baje la guardia. Y no se deje humillar.

La muchacha se detuvo un instante para observarle con atención, y salió volando por el pasillo, hacia el ascensor. Joe vio cómo apretaba el botón y aguardaba. Se abrieron las puertas y Pat desapareció.

Sujetando fuertemente la llave y con movimientos inseguros, Joe se puso en cuclillas. Apoyándose en la pared opuesta para mantener el equilibrio, giró a la izquierda y empezó a avanzar con lentitud, sin dejar el amparo de la pared. «Está oscuro. No han dado la luz», pensó. Cerró los ojos con todas sus fuerzas y los abrió, parpadeando. El sudor volvía a cegarle y los ojos seguían escociéndole. No sabía a ciencia cierta si el pasillo estaba a oscuras o si era él quien perdía poco a poco la visión.

Al llegar a la primera puerta ya había empezado a gatear. Levantó la cabeza y miró el número: no era aquélla. Siguió gateando.

Cuando llegó a la puerta que buscaba tuvo que ponerse en pie, apuntalándose con ambas piernas, para introducir la llave en la cerradura. El esfuerzo le aniquiló: se derrumbó, sin soltar la llave, golpeándose la cabeza en la puerta y cayendo rebotado sobre la polvorienta alfombra. Un olor de vejez, moho y frigidez mortal impregnó sus fosas nasales. «No puedo entrar. Ya no resisto más», se dijo.

Pero tenía que resistir: allí podían verle.

Asiéndose fuertemente al tirador, se puso nuevamente en pie.

Descansó todo su peso en la puerta mientras con mano temblorosa dirigía la llave hacia la cerradura: de aquel modo, apenas le diese vuelta, se abriría la puerta y él se encontraría en el interior del cuarto. «Entonces, si consigo cerrar y llegar a la cama, todo habrá terminado».

La cerradura chirrió al ceder el resorte. La puerta se abrió y Joe cayó de bruces con los brazos extendidos hacia delante. El suelo le saltó a la cara y distinguió las formas tejidas en la alfombra: volutas, cenefas y motivos florales en rojo y amarillo, cubriendo una superficie áspera y deslustrada por el uso. Los colores habían palidecido. Tras darse el golpe, sin apenas sentir dolor, Joe pensó: «Es un cuarto viejo, muy viejo. Cuando construyeron este hotel debieron de instalar un ascensor de jaula abierta. Por lo tanto, el ascensor que he visto es el que corresponde, el verdadero, el de siempre».

Estuvo tendido un rato y al cabo, como si alguien le llamara y se lo ordenara, salió de la inmovilidad. Se arrodilló y apoyó las palmas de las manos en el suelo. «Santo Dios, ¿son éstas mis manos?», se preguntó. Eran manos agrietadas, amarillentas y sarmentosas, como las sobras de un pavo recocido y reseco. La piel no era una piel humana, sino que estaba cubierta de cerdas como cañones de plumas. «Se diría que he retrocedido millones de años, hasta ser algo que vuela y se desliza por el agua con la piel como vela».

Abrió los ojos, esforzándose por localizar la cama. Distinguió a lo lejos un alto ventanal que dejaba pasar una luz grisácea por entre los tupidos cortinajes. Un tocador de largas patas, decididamente feo. Y la cama, con bolas de metal rematando los barrotes de la cabecera y los pies, que eran irregulares y estaban torcidos como si los años de uso los hubieran deformado, desluciendo además el barniz de las piezas de madera.

«Sea como sea, tengo que tenderme en esta cama», se dijo. Alargó una mano hacia el

lecho, asió un barrote y se arrastró un trecho más por el suelo.

Vio entonces la figura sentada frente a él en un sillón: era un testigo que, mudo hasta aquel momento, se ponía ahora en pie y se le acercaba apresuradamente.

Era Glen Runciter.

-No podía ayudarle a subir la escalera -dijo, con una expresión grave en el severo rostro-: ella me habría visto. Es más, me asustaba la posibilidad de que le acompañase hasta aquí dentro; habría sido un grave inconveniente porque... -se interrumpió, inclinándose y poniendo a Joe en pie como si ya no pesara nada ni le quedaran residuos de materia-. En fin, ya hablaremos de eso. Venga. -Llevando a Joe bajo el brazo, le transportó al otro extremo de la habitación, depositándole no en la cama, sino en el sillón que antes ocupara él-. ¿Puede esperar unos segundos? Quiero cerrar, no sea que esa chica cambie de parecer.

-Muy bien.

Runciter se plantó en tres zancadas ante la puerta, la cerró de golpe y corrió el pestillo, para volver acto seguido con Joe.

Abrió un cajón del tocador y sacó de él un frasco de aerosol cuya superficie estaba adornada con franjas y topos de colores vivos, combinados con diversas inscripciones.

-*Ubik* -dijo, agitándolo con energía. Se colocó frente a Joe y le apuntó con la válvula del bote-. No me dé las gracias -dijo, y lanzó una larga pulverización a derecha e izquierda: el aire se llenó de un resplandor titilante, como si se hubieran liberado brillantes corpúsculos luminosos o toda la energía del sol centelleara en aquel lúgubre cuarto de hotel-. ¿Se siente mejor? Ya tendría que hacerle efecto. Ya debería usted notar la reacción...

Observaba a Joe con ansiedad.

14

No basta con una bolsa para impedir que se mezclen los olores de los alimentos: envuélvalos con Ubik, el plástico doméstico de las mil aplicaciones. Sus cuatro capas conservan la frescura de los alimentos y los protegen de la humedad. Observe este experimento...

-¿Me da un cigarrillo? -preguntó Joe.

Le temblaba la voz, pero no de frío ni cansancio: ambas sensaciones se habían disipado. «Estoy tenso, pero no me muero», se dijo. «La rociada de Ubik detuvo el proceso».

Tal como pronosticó Runciter en el anuncio televisado, recordó. «Si pudiera conseguir un tubo, no me pasaría nada. Pero es muy difícil», pensó sombríamente, «y esta vez por poco no llego a tiempo».

-No llevan filtro -dijo Runciter-. En esta época tan incómoda y atrasada no ponían sistemas de filtrado en los cigarrillos. -Ofreció a Joe una cajetilla de Camel, prendió un fósforo y se lo acercó-: Tenga, fuego.

-Es tabaco fresco -comentó Joe.

-No faltaría más: acabo de comprarlo en el puesto del vestíbulo. Ya llevamos mucho tiempo metidos en esto: quedó atrás la fase de la leche cuajada y el tabaco rancio. -Hizo una mueca que recordaba una sonrisa; sus ojos opacos, que no reflejaban la luz, tenían una extraña fijeza en la mirada-. *En* esto, digo, y no *fuera* de esto, hay una diferencia- recalcó, encendiéndose un cigarrillo.

Se reclinó en el respaldo de la butaca y fumó en silencio, sin perder su torvo semblante. A Joe le pareció cansado, pero no como él.

-¿Puede ayudar al resto del grupo? -le preguntó.

-Sólo tengo un frasco de *Ubik*, y ya he gastado con usted la mayor parte de su contenido -dijo con gesto enojado; las manos le temblaban de indignación-. Mi capacidad de cambiar las

cosas es aquí muy limitada. He hecho cuanto he podido. -Torció la cabeza para mirar a Joe fijamente-: Me puse en contacto con cada uno de ustedes aprovechando las menores ocasiones y de todas las formas posibles. Hice todo lo que estaba en mi mano hacer. Que era bien poco, maldita sea: casi nada. -Se sumió en un silencio reconcentrado y meditabundo.

-En las paredes de los lavabos escribió que todos nosotros estamos muertos y usted vivo -dijo Joe.

-Es que estoy vivo -gruñó Runciter.

-¿Y nosotros estamos muertos?

Tras una larga pausa, Runciter respondió:

-Sí.

-Pero en el anuncio grabado...

-Aquello sólo pretendía empujarle a la lucha, moverle a buscar el *Ubik*. Y resultó, en efecto, al tiempo que yo seguía en su busca. Intenté una y otra vez hacérselo llegar a ustedes, pero ya sabe lo que ocurría: ella lo mandaba todo al pasado. Con esa facultad que tiene actuaba sobre todos nosotros. Una y otra vez daba marcha atrás a las cosas y hacía inútiles mis esfuerzos, salvo las notas fragmentarias que me ingenié para colarlas en algunos objetos. -Gesticuló vigorosamente, apuntando a Joe con el índice y añadiendo en tono tajante-: Ya ve a qué me he enfrentado: a lo mismo a que ustedes y que les está matando uno por uno. Con franqueza, Joe, aún me admiro de haber hecho tanto.

Joe preguntó:

-¿Cuándo comprendió lo que ocurría? ¿Lo supo desde siempre, desde el principio?

-¿El principio? ¿Qué significa eso? -repitió, mordaz, Runciter-. Debió empezar hace meses, o años: Dios sabe desde cuándo lo estuvieron cocinando Hollis, Mick, Pat Conley, S. Dole Melipone y G.G. Ashwood, puliendo y repuliendo el plan. Lo que ocurrió fue esto: caímos en el engaño y nos dejamos atraer a Luna. Dejamos que viniera Pat Conley, una mujer que no conocíamos y cuya facultad no entendíamos. Posiblemente no la entiende ni el mismísimo Ray Hollis. Es una habilidad relacionada de alguna forma con la reversión del tiempo, no exactamente la capacidad de viajar por él. Basta con un ejemplo: no puede ir al futuro. En cierto modo, tampoco puede ir al pasado; lo que hace, según alcanzo a comprender, es desencadenar un proceso que suscita estados primitivos inmanentes en las configuraciones de la materia. Pero usted no lo ignora: ya lo dedujo con Al. -Un acceso de ira hizo que le rechinaran las muelas-. Al Hammond, ¡qué gran pérdida! No pude hacer nada por él; no pude abrirme paso como ahora.

-¿Por qué ahora sí?

-*Porque ya no puede llevarnos más atrás de este punto* -respondió Runciter-. Se ha reiniciado el flujo temporal normal, el que avanza; vamos de nuevo hacia el futuro partiendo del pasado. Es evidente que ella forzó su capacidad hasta este límite: mil novecientos treinta y nueve. Este era el límite. Ahora ha dejado de emplear su facultad. No tenía por qué hacer otra cosa: al fin y al cabo, ya cumplió la misión que le encomendó Hollis.

-¿Cuánta gente ha resultado afectada?

-Únicamente quienes estábamos en aquella instalación subálvea de Luna. Zoe Wirt se libró: Pat puede precisar el alcance exacto del campo que genera. A los ojos de todo el mundo, fuimos un grupito que despegó rumbo a Luna y que fue aniquilado por una explosión accidental. Nos metieron en hielo seco gracias a los desvelos de Mick, pero no se pudo establecer contacto con ninguno de nosotros: nos recogieron demasiado tarde.

-¿Y no bastaba con la bomba?

Runciter arqueó una ceja por toda respuesta.

-¿Para qué emplear a Pat Conley? -insistió Joe. Pese a su estado de profunda postración, no dejaba de advertir algo equivocado en todo lo que le contaba Runciter-. No veo la razón de tanto aparato de regresiones temporales, de este meternos en un flujo temporal retrógrado para dejarnos en mil novecientos treinta y nueve. No tiene ningún objeto.

-Es un punto de vista muy interesante -dijo Runciter. Movía lentamente la cabeza en señal

Librodot

de asentimiento, con una arruga cruzándole la frente-: Tendré que tomarlo en consideración. Déjeme pensar un rato.

Se acercó a la ventana y contempló las tiendas que había al otro lado de la calle.

-Intuyo que el poder al que estamos sometidos se mueve más por simple maldad que persiguiendo un fin concreto. No creo que se trate de alguien que intenta matarnos o neutralizarnos, suprimirnos en tanto que organización de previsión, como... -hizo una pausa, buscando el modo más adecuado de expresarlo- sino más bien de un ser irresponsable que se divierte con lo que nos hace, con la forma cómo nos va eliminando uno tras otro. No creo que lo prolongue demasiado. Todo esto, en fin, no me huele en absoluto a Ray Hollis: lo suyo es el asesinato en frío, a lo práctico; y por lo que sé de Mick...

-Pero Pat posee la constitución psicológica de un sádico -le interrumpió Runciter, apartándose de la ventana-. Está jugando con nosotros como quien arranca las alas a una mosca.

Miró atentamente a Joe, en espera de su reacción.

-A mí me parece más bien una niña.

-No, no, fíjese bien en ella: es rencorosa y celosa. Fue por Wendy a causa de una pura animosidad irracional. Ahora mismo le seguía a usted por la escalera, disfrutando, refocilándose con el espectáculo.

-¿Cómo lo sabe? -preguntó Joe.

«Estaba aquí, esperando, y no pudo verlo», pensó. «Además: *¿cómo sabía que yo vendría a esta habitación precisamente?*».

Lanzando un sonoro suspiro, Runciter explicó:

-No se lo he dicho todo. En realidad... -Se interrumpió, mordiéndose con fuerza el labio inferior, y prosiguió-: Lo que le he contado no es exactamente la verdad. Yo no mantengo con este mundo en el que se hallan la misma relación que ustedes. Es cierto, Joe: sé demasiadas cosas. Es porque vengo de fuera.

-Manifestaciones...

-Sí, manifestaciones que proyecto sobre este mundo, acá y allá, en puntos y momentos estratégicos, como la citación del policía de tráfico, la etiqueta del...

-Pero el anuncio que vi en el televisor no estaba grabado: era en directo.

Runciter asintió a regañadientes.

-¿Qué diferencia hay entre su situación y la nuestra? -inquirió Joe.

-¿De veras quiere saberlo?

-Sí. -Joe se aprestó a escuchar lo que ya sabía.

-Yo no estoy muerto, Joe. Las inscripciones que vio en el aseo y el cuarto de baño del anuncio decían la verdad: todos ustedes están congelados, mientras que yo... -Runciter hablaba con visible embarazo, evitando la mirada de Joe-. Yo estoy en este momento en una de las salas de entrevistas del Moratorio de los Amadísimos Hermanos. Ustedes están interconectados, mantenidos en grupo, de acuerdo con mis instrucciones. Y aquí me tiene ahora, tratando de establecer contacto con ustedes. Esta es la razón de que yo hable de «venir de fuera» y usted de «manifestaciones». Desde hace una semana intento situarles en el plano de la semivida, pero no lo consigo: se apagan uno tras otro.

Después de un silencio, Joe preguntó:

-¿Y Pat Conley?

-Está con ustedes, semiviva y conectada al grupo.

-¿Se deben las regresiones a su facultad, o al declive de la semivida? -Joe esperó, tenso, la respuesta de Runciter: desde su posición, de ella dependía todo.

Runciter dio un bufido, hizo una mueca y dijo secamente:

-Se debe al decaimiento normal. Ella, mi esposa, ya lo experimentó. Les ocurre a todos quienes ingresan en el estado de semivida.

-Miente -le espetó Joe, sintiéndose penetrar por un cuchillo.

Clavando la mirada en él, Runciter dijo:

-Santo Dios, Joe: le salvé la vida, y ahora me he abierto paso hasta usted para colocarle en pleno régimen de semivida. Es posible incluso que siga en él por tiempo indefinido. Si yo no hubiera esperado en este cuarto hasta verle entrar a rastras por esa puerta... Vamos, caramba, no sé... De no ser por mí, ahora estaría usted tumbado en esta cama desvencijada, hecho un fiambre. Soy Glen Runciter, su jefe, el único que lucha por salvarles, el *único* habitante del mundo real que hace algo por comunicarse con ustedes. -Siguió mirando a Joe con encendida indignación no exenta de sorpresa; de una sorpresa herida, perpleja, como si no atinara a desentrañar lo que ocurría-. Esa chica, la tal Pat Conley, le habría matado como mató a... -Calló de improviso.

-Como mató a Wendy, Al, Edie Dorn, Fred Zarsky y a estas horas posiblemente a Tito Apostos.

En voz baja pero bien controlada, Runciter dijo:

-Esta situación es muy complicada, Joe, y no admite respuestas simplificadoras.

-Usted no posee las respuestas, he aquí el problema -dijo Joe-. Inventó algunas; tenía que hacerlo a fin de justificar su presencia aquí. Esta y las otras apariciones, las llamadas «manifestaciones».

-La palabra no es mía: usted y Al se la sacaron de la manga -protestó Runciter-. No me eche la culpa de lo que...

-No conoce usted más respuesta que yo acerca de lo que nos sucede y de quien nos ataca. Usted no puede explicarme con qué nos las vemos *porque lo ignora*.

-Sé que estoy vivo. Sé que estoy sentado en esta sala de visitas del moratorio.

-En esta ciudad, en la Funeraria del Humilde Pastorcillo está su cadáver en un féretro -dijo Joe-. ¿Lo ha visto?

-No, pero en realidad...

-Se deterioró: perdió masa, como los de Wendy, Al y Edie, como hará el mío dentro de poco. Y a usted le sucederá exactamente lo mismo.

-Pero en el caso de usted llegué yo con el *Ubik*... -Runciter se interrumpió una vez más: en su rostro se formó una expresión indescifrable, mezcla de temor, comprensión profunda de su realidad y... algo que Joe no acertó a definir-. Yo le traje el *Ubik*.

-¿Qué es el *Ubik*? -quiso saber Joe. No hubo respuesta-. Yo no lo sé, pero usted tampoco sabe qué es ni cómo actúa, ni por qué. Ni siquiera sabe de dónde sale.

Tras un largo y angustiado silencio, Glen Runciter concedió:

-Tiene usted razón, Joe; toda la razón. -Encendió con manos trémulas otro cigarrillo-. Pero yo quería salvarle la vida, eso sí es verdad. Diablos, me gustaría salvarles la vida.

El cigarrillo le resbaló de entre los dedos, cayó y rodó por el suelo. Con visibles dificultades, Runciter se agachó para recogerlo. Su semblante reflejaba de forma inequívoca una extremada pesadumbre, rayana en la desesperación.

-Nosotros estamos metidos en esto hasta el cuello, mientras usted se sienta ahí fuera, en el moratorio, incapaz de interrumpir el proceso que nos arrastra -dijo Joe.

-Así es.

-Lo que me rodea es hielo sintético, pero hay algo más, algo que no es propio de la semivida -prosiguió Joe-. Tal como adivinó Al, aquí actúan dos fuerzas simultáneas: una que nos ayuda y una que nos ataca para destruirnos. Usted colabora con la persona, el ente o la potencia que trata de ayudarnos; es ella quien le proporcionó el tubo de *Ubik*.

-Sí.

-Por lo tanto, no sabemos todavía quién nos ataca ni quién nos defiende. Ustedes los de fuera lo ignoran, y nosotros también. Acaso sea Pat.

-Creo que sí, creo que ahí está el enemigo -afirmó Runciter.

-Puede ser, pero no lo creo -repuso Joe.

«No lo creo: no creo que estemos cara a cara con el enemigo, ni tampoco con quien está a nuestro favor, pero sí creo que pronto lo estaremos. Pronto sabremos quién es quién», pensó.

-Dígame: ¿está totalmente seguro de ser, sin sombra de duda, el único superviviente?

Píenselo antes de responder.

-Como le dije, Zoe Wirt...

-Me refiero a nosotros -precisó Joe-. Zoe Wirt no está presente en este curso temporal. Por ejemplo, Pat Conley.

-Pat Conley resultó con el tronco aplastado. Murió de choque traumático, con un pulmón reventado y múltiples lesiones internas, incluyendo serios daños en el hígado y una triple fractura de pierna. Físicamente está a cuatro pies de usted; me refiero a su cuerpo, claro.

-¿Y los otros, también están metidos en hielo en el Moratorio de los Amadísimos Hermanos?

-Con una sola excepción -precisó Runciter-: Sammy Mundo que sufrió lesiones cerebrales muy serias y cayó en un coma del que nunca saldrá. La corteza cerebral...

-Entonces, está vivo; no está congelado, no está aquí.

-Decir «vivo» es mucho decir. Le tomamos encefalogramas y no se observó la menor actividad cortical. Es un puro vegetal, sin personalidad, consciencia ni movilidad. En el cerebro de Mundo no se produce nada, ni por asomo -afirmó Runciter.

-Por lo tanto, no se le ocurrió mencionarle siquiera.

-Acabo de hacerlo.

-Respondiendo a una pregunta mía -puntualizó Joe, quien, tras meditar unos instantes, preguntó-: ¿Está muy lejos de nosotros? ¿Está en Zurich?

-Sí, está aquí en Zurich, en el hospital Carl Jung a un cuarto de milla del moratorio.

-Contrate a un telépata, Runciter, o utilice a G.G. Ashwood: que lo examine a fondo -ordenó Joe.

«Un crío, un crío inestable e inmaduro, en posesión de una personalidad peculiarmente cruel y todavía sin definir. Esta puede ser la explicación», se dijo. «Esto encaja con lo que estamos viviendo, con esta caprichosa serie de fenómenos contradictorios, este constante arrancarnos y devolvernos las alas, las momentáneas detenciones del proceso, como este reposo en un cuarto de hotel después de la ascensión por la escalera».

Runciter lanzó un suspiro.

-Ya lo hicimos. En estos casos de lesión cerebral, se intenta siempre establecer comunicación telepática con el sujeto. No obtuvimos resultado alguno: nada, ni rastro de actividad en el lóbulo frontal. Lo siento, Joe.

Meneó la imponente cabeza en un gesto de simpatía que tuvo algo de tic. Era obvio que compartía la decepción de Joe.

Quitándose del oído el disco de plástico del auricular, Runciter dijo por el micrófono:

-Luego hablaremos.

Desconectó los dispositivos de comunicación, se levantó con cierta dificultad y contempló durante breves momentos la forma difusa e inmóvil de Joe Chip, envuelto en hielo en el interior de la caja transparente. Rígido y silencioso, como estaría por toda la eternidad.

-¿Me llamaba, señor? -Herbert Schoenheit von Vogelsang apareció en la sala de entrevistas-. ¿Devuelvo al señor Chip donde los otros? ¿Terminó ya?

-Sí, ya terminé.

-¿Consiguió...?

-Sí, perfectamente. Esta vez nos oíamos muy bien.

Encendió un cigarrillo: hacía muchas horas que no disponía de un momento para fumar. La tarea de ponerse en contacto con Joe Chip, ardua y prolongada, le había agotado.

-¿Tiene anfetaminas? -solicitó al dueño del moratorio.

-En el vestíbulo contiguo hay una máquina distribuidora -le indicó el obsequioso sujeto.

Runciter salió de la sala y se dirigió hacia el aparato que servía las anfetaminas: introdujo una moneda, accionó el mando de selección y por la correspondiente abertura cayó con un ruidito metálico un pequeño objeto que le era muy familiar.

La píldora le hizo sentirse mejor. Cayó entonces en la cuenta de que tenía una cita con Len

Niggelman dos horas más tarde. Se preguntó si llegaría a tiempo. «Han pasado demasiadas cosas y todavía no estoy listo para presentar a la Sociedad un informe en toda regla: llamaré a Niggelman y le pediré un aplazamiento», decidió.

Utilizando un videófono público, llamó a la Confederación Norteamericana.

-Por hoy no puedo hacer más, Len -dijo-. Acabo de pasar doce horas tratando de comunicarme con el personal que tengo congelado y estoy exhausto. ¿Lo dejamos para mañana?

-Cuanto antes nos presente la declaración oficial, antes podremos iniciar el procedimiento contra Hollis. Los de la asesoría jurídica me dicen que será coser y cantar: apenas disimulan su impaciencia.

-¿Cree que les aceptarán una denuncia civil?

-Civil y criminal. Ya han hablado con el fiscal del distrito de Nueva York, pero mientras no nos presente un informe en toda regla, legalizado ante notario, no...

-Se lo haré llegar mañana, en cuanto haya dormido un poco -prometió Runciter-. Todo este lío ha acabado conmigo, o poco menos. En especial lo referente a Joe Chip. Tengo desarbolada la organización y pasaré meses o quizás años sin estar en situación de reanudar la actividad comercial normal.

«Dioses, ¿de dónde sacaré unos inerciales aptos para remplazar a los que he perdido?», se preguntó. «¿Y dónde habrá un técnico de mediciones tan competente como Joe?»

Niggelman le dijo:

-De acuerdo, Glen. Descanse esta noche y pásese mañana por mi despacho. Pongamos a las diez, hora de usted.

-Gracias -dijo Runciter.

Colgó y al instante se derrumbó en un diván de plástico rojo que había al otro lado del pasillo. «Nunca encontraré un técnico como Joe. Para Runciter Asociados, esto va a ser el fin», se dijo con amargura.

El propietario del moratorio hizo acto de presencia, en otra de sus proverbiales intrusiones.

-¿Desea que le traiga algo, señor Runciter? ¿Una taza de café, otra anfetamina, o quizás un superestimulante para doce horas? Tengo en mi despacho unos para veinticuatro que le dejarían listo para la lucha durante un montón de horas, toda la noche incluso.

-Lo que quiero hacer toda la noche es dormir -le cortó secamente Runciter.

El propietario del moratorio se alejó a toda prisa, dejándole solo. «¿Por qué escogería yo este lugar?», se preguntó Runciter. «Me imagino que porque Ella está aquí. Y después de todo, es el mejor moratorio: por eso es que la tengo aquí, y también a los inerciales. Pensar que no hace tanto tiempo estábamos todos a este lado del cristal... ¡qué catástrofe!».

De repente, se acordó de su esposa. «Debería hablar otra vez con Ella, sólo un momento, para ponerla al corriente de lo que ocurre. Al fin y al cabo, le prometí hacerlo».

Se levantó y salió en busca del dueño del establecimiento.

«¿Toparé otra vez con ese condenado de Jory, o podré sintonizar con Ella el tiempo suficiente para contarle lo que me dijo Joe? Cada vez resulta más difícil retenerla, con Jory creciendo como lo hace, expandiéndose y nutriéndose de ella y posiblemente de otros semivivos... Los del moratorio deberían tomar cartas en el asunto; constituye una amenaza permanente para cuantos reposan en este lugar. ¿Por qué le permiten seguir? Será porque no pueden impedírselo. Acaso no haya existido hasta hoy un semivivo de las características de Jory».

15

¿Será que tengo mal aliento, Tom?

Mira, Ed: si tanto te preocupa, prueba con Ubik, el nuevo dentífrico de extraordinario poder germicida. Empleado según las instrucciones, resulta totalmente inofensivo.

Se abrió la puerta de la vetusta habitación y entró Don Denny, acompañado de un hombre de mediana edad con apariencia responsable y el cabello gris pulcramente arreglado. Denny, con aprensión que se traslucía en su semblante, preguntó:

-¿Cómo se encuentra, Joe? ¿Por qué no se ha acostado? Métase en la cama, por el amor de Dios.

-Acuéstese, por favor, señor Chip -dijo el médico poniendo el maletín encima del tocador y abriéndolo-. Aparte de los nervios y de las dificultades respiratorias, ¿le duele algo? -Se acercó a la cama con un anticuado estetoscopio colgándole del cuello y un aparatoso instrumento para medir la presión arterial-. ¿Hay algún problema cardíaco en su historia clínica, o en la de su padre, señor Chip? Desabróchese la camisa, por favor.

Acercó una silla de madera, sentándose en ella con aire expectante. Joe dijo:

-Ahora estoy perfectamente.

-Deje que el doctor le ausculte -dijo Denny.

-Muy bien -transigió Joe, tendiéndose sobre la cama y desabrochándose-. Runciter se las ha arreglado para ponerse en contacto conmigo -informó a Denny-: nosotros estamos metidos en hielo artificial y él está al otro lado, tratando de establecer contacto con nosotros. Hay alguien que quiere eliminarnos. No es Pat, o al menos, si lo es, no actúa sola. Ni Runciter ni ella saben qué es lo que sucede. ¿No vio usted a Runciter al abrir?

-No -respondió Denny.

-Estaba sentado al otro extremo de la habitación, hace un par de minutos. Me dijo «Lo siento, Joe» y eso fue lo último que le oí antes de que cortara la comunicación y desapareciera por las buenas. Busque en el tocador, por si se dejó el frasco de *Ubik*.

Denny buscó en el mueble y alzó el bote coloreado.

-Aquí está, pero parece vacío -dijo, agitándolo.

-Está casi vacío. Rocíese con lo que queda, ¡vamos! -ordenó, gesticulando con énfasis.

-No hable, señor Chip -dijo el médico, que le auscultaba con el estetoscopio. Le arremangó y procedió a arrollar alrededor de su brazo la banda hinchable del manómetro.

-¿Cómo tengo el corazón? -preguntó Joe.

-Parece normal, aunque un poco acelerado -respondió el médico.

-¿Lo ve? Ya me he recobrado -dijo Joe a Don Denny, quien le comunicó:

-Los otros se están muriendo, Joe.

Incorporándose a medias, Chip preguntó:

-¿Todos?

-Todos los que quedan. -Denny sostenía en la mano el aerosol, sin hacer uso de él.

-¿Pat también?

-Al bajar del ascensor en el segundo piso me he encontrado con ella. Empezaba a sufrir el ataque y parecía terriblemente sorprendida; aparentaba no creer que fuera posible. -Dejó el bote de *Ubik*-. Supongo que estaría convencida de hacerlo todo ella, con su facultad.

-Exacto, eso es lo que creía. ¿Por qué no emplea el *Ubik*, Denny?

-¿Para qué? Vamos a morir de todos modos, Joe; usted lo sabe tan bien como yo. -Se quitó las gafas de concha y se restregó los ojos-. Después de contemplar el estado de Pat fui a las otras habitaciones y vi al resto de *nosotros*. Por eso he tardado tanto en llegar: hice que el doctor Taylor les examinara. Todavía se me hace increíble que se consuman tan aprisa. La aceleración del proceso ha sido condenadamente fuerte. Sólo en una hora...

-Aplíquese el *Ubik* o se lo aplicaré yo -le conminó Joe.

Don Denny volvió a tomar el bote, lo agitó y dirigió hacia sí el orificio del pulverizador.

-Muy bien, lo haré, si es esto lo que quiere, pero sigo sin ver que objeto tiene. Nos acercamos al final, ¿no? Todos los otros están muertos. Sólo quedamos usted y yo, ¿no es así? El efecto del *Ubik* cesará dentro de unas horas y usted no dispondrá de más. Con lo cual sólo quedaré yo.

Resuelto a hacerlo, Denny oprimió el botón que coronaba el tubo y vio formarse a su

alrededor una nube de vapor refulgente, que palpitaba saturada de danzarinas partículas de luz metálica. Don Denny desapareció en ella, oculto por la aureola radiante de excitación érgica.

Abandonando por un momento la tarea de medir la presión arterial de Joe, el doctor Taylor torció la cabeza para observar el fenómeno. Joe y él vieron condensarse el vapor: había formado en la alfombra un charco brillante y goteaba trazando franjas verticales de varios colores por la pared.

La nube que le ocultaba se disipó por fin.

Quien estaba de pie sobre la mancha que el vapor de *Ubik* había dejado al condensarse en la deslustradora alfombra no era Don Denny.

Era un adolescente de esbeltez algo ambigua y ojos como cuentas negras, desiguales bajo unas pobladas cejas. Lucía una indumentaria totalmente anacrónica: camisa blanca de fibra sintética, pantalones vaqueros y pantuflas de cuero. Eran ropas propias de la mitad del siglo. Joe observó una sonrisa en el rostro alargado; era una sonrisa echada a perder, una mueca frustrada antes de definirse y convertida en algo muy próximo a un rictus de astucia. No había en su figura dos rasgos que armonizaran: las orejas presentaban perfiles demasiado sinuosos para casar con sus ojos de camaleón; el cabello lacio se contraponía a las enmarañadas cerdas de las cejas y, para Joe, la nariz era demasiado delgada, larga y afilada. Ni siquiera el mentón lograba un mínimo equilibrio con las otras facciones: presentaba una profunda muesca, una hendidura que sin duda penetraba en el hueso. Podía pensarse -y de hecho Joe lo pensó- que el creador de aquel ser le había asestado un golpe destinado a acabar con él; pero la materia, la sustancia que lo fundamentaba, resultó demasiado resistente: el niño no se había desmembrado y seguía viviendo, enfrentado incluso al poder que lo creara, del que se burlaba como se burlaba de todo lo demás.

-¿Quién eres tú? -preguntó Joe.

El muchacho se retorció las manos en una acción probablemente destinada a prevenir un tartamudeo.

-A veces me llamo Matt y a veces Bill, pero casi siempre soy Jory. Este es mi verdadero nombre: Jory. -Al hablar mostraba una dentadura grisácea y desgastada, por la que asomaba en ocasiones una lengua pastosa.

Tras una pausa, Joe le preguntó:

-¿Dónde está Denny? Nunca estuvo en este cuarto, ¿no es así?

«Estará muerto, como los otros», pensó.

-Me lo comí hace mucho tiempo -respondió Jory-, justo al principio, antes de que llegaran de Nueva York. Primero me comí a Wendy Wright; Denny fue el segundo.

-¿Qué quieres decir con lo de «comértelos»?

«¿Lo dirá en su sentido literal?», se preguntó Joe, estremeciéndose de repulsión; un impulso animal le invadió, llenándole por completo el organismo, como si éste quisiera encogerse hasta desaparecer. Logró contenerlo, aunque no del todo.

-Hice lo que hago siempre. Es difícil de explicar, pero lo he venido haciendo durante mucho tiempo con un montón de semivivos. Me como su vida, o lo que queda de ella. En cada persona hay muy poca, y por lo tanto me hacen falta muchas. Antes aguardaba a que llevaran algún tiempo en la semivida, pero ahora las necesito sin espera si quiero seguir vivo. Si se acerca, abriré la boca para que escuche las voces. No todas, claro: sólo las de los últimos que he tragado. Usted ya sabe quiénes son. -Se hurgó con la uña uno de los incisivos superiores, con la cabeza inclinada a un lado, atento a la reacción de Joe-. ¿No tiene nada que decir?

-Fuiste tú quien me hizo entrar en la agonía cuando llegué al vestíbulo del hotel, ¿no es cierto?

-Sí, fui yo, no Pat; a ella me la comí en el rellano, junto a la puerta del ascensor, y luego devoré a los otros. Creí que usted estaba muerto. -Hizo girar entre sus dedos el tubo de *Ubik* que aún sostenía-. No entiendo qué es esto. ¿Qué contiene, y de dónde lo saca Runciter? -frunció el ceño-. Pero tiene usted razón, Runciter no puede elaborarlo porque está en el

exterior. Esto procede de nuestro medio, y que del exterior no pueden llegar más que palabras.

-Así pues, no puedes hacerme nada -dijo Joe-. No puedes comerme porque el *Ubik* lo impide.

-No podré durante algún tiempo, pero el efecto del *Ubik* pasará.

-No puedes asegurarlo: no sabes qué es ni su procedencia.

«Quisiera saber si puedo matarle; parece un chico delicado, pero él es la fuerza que aniquiló a Wendy», se dijo. «Estoy frente a él, cara a cara, como sabía que estaría tarde o temprano. Destruyó a Wendy, a Al, al verdadero Don Denny, incluso al Runciter cadáver que yacía en el féretro, en el salón mortuorio; debía de quedar en él o cerca de él algún crepitar residual de protofasones que le atrajo».

El médico dijo:

-No he podido terminar de tomarle la presión, señor Chip. Tiéndase, hágame el favor.

Joe le miró y preguntó a Jory:

-¿Acaso no ha visto cómo te transformabas, no ha oído tus palabras?

-El doctor Taylor es una creación de mi mente, como todos los elementos que componen este pseudomundo.

-No lo creo -dijo Joe, y se dirigió al médico-: usted oyó lo que dijo, ¿no, doctor?

El médico se esfumó de repente con un leve silbido seguido de un estampido hueco.

-¿Lo ve? -dijo Jory, ufano.

-¿Qué harás cuando termines conmigo? -preguntó Joe al muchacho-. ¿Seguirás conservando este mundo, o pseudomundo, como tú lo llamas?

-Claro que no. No tendría ningún sentido.

-Entonces, es todo para mí; todo un mundo exclusivamente para mí.

-No es muy grande -dijo Jory-. Consta de un hotel en Des Moines y una calle con algunos coches y un poco de gente, la que se ve por la ventana, además de algún que otro edificio, para que tenga algo que contemplar cuando se asome.

-Luego, ya no conservas nada de Nueva York, ni de Zurich, ni...

-¿Para qué? En esos lugares no hay nadie. Dondequiera que fuesen usted o los otros miembros del grupo, yo edificaba una realidad tangible que correspondiera a sus previsiones mínimas. Cuando usted voló de Nueva York hasta aquí creé algunos cientos de millas de paisaje rural, pueblo tras pueblo. Resultó agotador. Tuve que comer mucho para resistirlo. De hecho, fue ésta la causa de que consumiera tan pronto a los otros después de llegar usted. Tenía que recuperar energías.

-¿Y por qué el año treinta y nueve y no nuestro verdadero mundo, el de mil novecientos noventa y dos?

-Por el esfuerzo que representa. No puedo impedir que los objetos sufran regresiones. Hacerlo todo yo solo fue demasiado. Primero construí el mundo de mil novecientos noventa y dos, pero las cosas se estropeaban: las monedas, la leche, los cigarrillos, aquellos fenómenos que ustedes advirtieron. Encima vino Runciter a abrirse paso desde fuera, lo cual lo hizo todo mucho más difícil para mí. Habría sido mejor que no se entrometiera -soltó una risita de astucia-. De todos modos, la regresión no me preocupaba; sabía que usted la atribuiría a Pat Conley, porque se parecía a los efectos del funcionamiento de su facultad. Pensé que los demás la matarían. Me habría gustado mucho -añadió, con una risa más audible.

-¿De qué sirve mantener en existencia este hotel y esta calle únicamente para mí, ahora que sé lo que son?

-Siempre lo hago así -dijo Jory manteniendo los ojos muy abiertos.

-Voy a matarte. -Joe se abalanzó hacia el muchacho con movimientos escasamente coordinados. Cayó sobre él con las manos abiertas, tratando de aferrarle el cuello y buscándole la tráquea.

Con un gruñido de furia, Jory le dio una dentellada. Sus incisivos, grandes como palas, se clavaron profundamente en la diestra de Joe. No soltaban su presa. Jory levantó la cabeza con la mano de su adversario en las fauces para mirarle sin pestañear. Los dientes se hundieron en

la carne y Joe se sintió sumergido en el dolor. «Me va a devorar», comprendió.

-No puedes hacer esto -exclamó, golpeando sin descanso la nariz de Jory-: el *Ubik* te impide acercarte a mí -dijo, atacándole los ojos-. No puedes, no puedes...

Jory masculló algo ininteligible, moviendo la mandíbula como una cizalla, triturándole la mano hasta que Joe fue incapaz de soportar el dolor y le propinó una patada. Los dientes soltaron la presa y Joe retrocedió, viendo cómo manaba la sangre de los orificios causados por la mordedura.

-¡Santo Dios! -gritó horrorizado-. No puedes hacer conmigo lo que hiciste con ellos. -Cogió el frasco de *Ubik* y apuntó la válvula hacia el amasijo sangrante en que se había convertido la mano. Apretó el botón rojo de plástico y fluyó de él un delgado chorro de partículas que se depositó formando una película sobre la carne desgarrada. El dolor desapareció al instante y la herida sanó ante sus propios ojos.

-Y usted no puede matarme -dijo Jory, sin perder su siniestra sonrisa.

-Me voy -dijo Joe. Se acercó a la puerta con paso inseguro y abrió. Salió al sucio descansillo y echó a andar con precaución, paso a paso. El suelo parecía sólido, no aparentaba pertenecer a ningún mundo irreal.

-No se aleje mucho -dijo Jory a su espalda-, no puedo mantener en actividad un área demasiado amplia. Por ejemplo, si usted tuviera que cubrir un largo recorrido en automóvil, tarde o temprano llegaría a un punto en el que la carretera desaparecería. No sería nada agradable para usted ni para mí.

-No tengo nada que perder. -Joe llegó a la puerta del ascensor y pulsó el botón. Jory insistió:

-Los ascensores me crean muchas dificultades, son muy complicados. Será mejor que baje por la escalera.

Joe esperó un poco y se dio por vencido. Siguiendo el consejo de Jory, emprendió el descenso por la escalera, la misma que había cubierto poco antes al precio de un esfuerzo sobrehumano.

«Bien, ya sé cuál es una de las dos fuerzas en acción», recapituló. «Jory es quien nos destruye; ya ha aniquilado al grupo entero, excepto a mí. Detrás de Jory no hay nada: todo termina en él. ¿Llegaré a verme cara a cara con el otro poder? Probablemente, cuando lo haga ya nada tendrá importancia». Volvió a mirarse la mano. Estaba completamente sana.

Llegó al vestíbulo y dio una ojeada a su alrededor, observando a las personas que lo ocupaban y contemplando la gran lámpara de cristal que pendía del techo. En muchos aspectos, Jory había realizado un trabajo excelente, a pesar de la regresión de las cosas hacia estadios primitivos. Tanteó el suelo con el pie. «Perfectamente real, impenetrable. Jory debe de tener una gran experiencia; habrá hecho esto muchas veces».

Se acercó al mostrador y preguntó al recepcionista:

-¿Qué restaurante me recomienda?

-Siga calle abajo y tuerza a mano derecha -dijo el empleado, dejando por unos instantes la tarea de ordenar la correspondencia-. El Matador. Le gustará, señor. Es un restaurante excelente.

-Estoy solo en la ciudad -dijo Joe sin pensarlo dos veces-. ¿Puede usted proporcionarme compañía? ¿Chicas?

El empleado respondió en tono cortante:

-En este hotel no ofrecemos esa clase de servicios, señor.

-Ya veo. Es un hotel decente, de ambiente familiar.

-Eso pretendemos, señor.

-Sólo estaba poniéndole a prueba. Quería saber exactamente en qué clase de hotel me alojo.

Se apartó del mostrador, cruzó el vestíbulo, descendió la amplia escalinata de mármol y salió a la calle por la puerta giratoria.

16

Dé comienzo al nuevo día con un tazón de maíz tostado Ubik, el sabroso y nutritivo cereal maduro, dorado y crujiente. El maíz tostado Ubik, la nueva delicia para el paladar, está... ¡para chuparse los dedos!

No exceda la cantidad aconsejada.

Le impresionó la diversidad de automóviles. Vio representados modelos de muchos años y muchas formas. El detalle de que la mayoría estuvieran pintados de negro no podía atribuirse a un capricho de Jory: era auténtico. Pero, ¿cómo lo supo?

«Resulta muy curioso el conocimiento que tiene Jory de los detalles más insignificantes del mundo de 1939, una época en la que no vivía ninguno de nosotros excepto Runciter», reflexionó.

No tardó en comprender la razón. Jory le había dicho la verdad: él no había construido aquel mundo, sino el de su propia época, o más bien una fantasmagórica reproducción. La regresión hacia formas anteriores no era cosa suya, sino que tenía lugar a pesar de sus esfuerzos. Era un atavismo natural que se ponía en marcha al menguar las fuerzas de Jory. «Debe de suponer un esfuerzo tremendo, tal como ha dicho. Es sin duda la primera vez que se ve forzado a crear un mundo tan complejo, para tantas personas a la vez. No es nada habitual que se interconecten tantos semivivos. Le hemos puesto bajo una presión anormal y lo estamos pagando».

Vio pasar un traqueteante taxi Dodge y le hizo una señal con la mano; el vehículo se arrimó ruidosamente a la acera. «Voy a comprobar lo que dijo acerca de los límites de este semimundo», decidió.

-Lléveme de paseo por la ciudad. Vaya donde mejor le parezca: quiero ver todos los edificios, todas las calles y toda la gente que pueda. Cuando me haya mostrado todo Des Moines, quiero que me lleve a la localidad más cercana.

-No hago carreras entre ciudades, señor -dijo el conductor, abriéndole la puerta-, pero estaré encantado de darle un paseo por Des Moines. Es una ciudad muy bonita. Usted no es de aquí, ¿verdad?

-No, soy de Nueva York -respondió Joe mientras subía al taxi.

El vehículo se metió en el tráfico.

-¿Qué se dice de la guerra, por Nueva York? -preguntó el taxista-. ¿Creen que vamos a intervenir? Parece que Roosevelt...

-No me importan lo más mínimo la política ni la guerra -cortó secamente Joe.

Pasaron un rato en silencio.

Mientras contemplaba los edificios, la gente y los coches, Joe no cesaba de preguntarse cómo podía mantener Jory todo aquello. «Tantos y tantos detalles... Pronto llegaremos al límite; ya debe de estar cerca».

-Dígame: ¿hay algún prostíbulo aquí en Des Moines?

-No, señor.

«Acaso Jory no sepa cómo organizarlo al ser tan joven. O quizá no lo apruebe». De pronto se sintió muy fatigado. «¿Adónde me dirijo, y para qué?», se preguntó. «¿Para probarme a mí mismo que Jory dice la verdad? *Ya sé que es verdad:* vi esfumarse al médico y vi salir a Jory de dentro de Don Denny. Debería tener suficiente. Ahora no hago más que someterle a una nueva tensión, con lo cual sólo conseguiré aumentar su voracidad. Será mejor dejarlo. Esto no tiene ningún objeto».

Y, como el propio Jory anunció, pronto cesarían los efectos del *Ubik*. «No quiero pasar mis últimas horas dando vueltas por Des Moines. Debe haber algo más».

Distinguió en la acera a una muchacha que caminaba con paso desenvuelto y

despreocupado; parecía entretenerse mirando escaparates. Era una joven muy hermosa, con dos simpáticas colas rubias, vestida con un jersey abierto sobre la blusa, falda de un rojo intenso y zapatos de tacón alto.

-Pare allí, junto a la chica rubia -ordenó al taxista.

-No le dirigirá siquiera la palabra -pronosticó éste-. Llamará a un guardia.

-No importa -repuso Joe; a aquellas alturas, ya casi nada le importaba.

El Dodge aminoró la velocidad y frenó junto a la acera con un chirrido de protesta de los neumáticos. La chica dirigió la mirada hacia el coche.

-Buenas, señorita -la saludó Joe.

Ella le observó con curiosidad, agrandando un poco los ojos azules de mirada cálida e inteligente, sin mostrar rechazo ni alarma. Parecía más bien divertirle el gesto de Joe, pero sin asomo de desdén, de una forma amistosa.

-¿Sí? -dijo.

-Voy a morirme -dijo Joe.

-¡Dios mío! -exclamó ella con preocupación-. ¿De veras va...?

-Nada de eso, no está enfermo -intervino el taxista-. Anda en busca de mujeres y sólo quiere conquistarla.

La chica soltó una carcajada, sin ninguna hostilidad, y no se alejó.

-Es casi la hora de cenar -dijo Joe-. ¿Me permite llevarla a un restaurante? Me han dicho que El Matador es un buen sitio.

Su fatiga había aumentado; sentía todo su peso en los hombros y advirtió con mudo y horrorizado desaliento que era la misma clase de fatiga que se había apoderado de él en el vestíbulo del hotel, después de mostrar la citación a Pat. Y el frío: la sensación de estar envuelto en hielo sintético volvía sigilosamente a dominarle. «Están pasando los efectos del *Ubik*. Ya no me queda mucho», se dijo.

Algo de ello debió de reflejarse en su rostro, porque la muchacha se inclinó para mirarle a través de la ventanilla.

-¿Se siente mal? -preguntó.

Joe respondió con esfuerzo:

-Me estoy muriendo, señorita.

La herida que tenía en la mano empezaba a palpitar y las huellas de la mordedura iban haciéndose visibles. Aquello bastaba para llenarle de pánico.

-Dígale al taxista que le lleve al hospital.

-¿No podríamos ir juntos a cenar?

-¿Es eso lo que quiere, estando tan..., tan enfermo? ¿De veras está enfermo? -Abrió la puerta y añadió-: Quiere que le acompañe al hospital, ¿no es eso?

-No, al Matador -dijo Joe-. Pediremos filete de topo marciano a la brasa. -Recordó que en aquella época no se conocía aún tan delicioso bocado de importación-. No, pediremos bistec de ternera. ¿Le gusta el bistec de ternera?

La joven subió al taxi y dijo al conductor:

-Quiere ir al Matador.

-Muy bien, señorita.

El taxi enfiló la calzada y al llegar al primer cruce viró en redondo. «Vamos camino del restaurante», pensó Joe. «No sé si llegaré». El frío y el cansancio se habían adueñado por completo de él: sentía apagarse uno a uno todos los procesos de su fisiología. Sus órganos carecían de futuro: el hígado no necesitaba ya producir glóbulos rojos, los riñones no tenían por qué segregar residuos y los intestinos no tenían una función precisa. Sólo persistía el corazón, latiendo penosamente, y la dificultad que hallaba en respirar: cada vez que inspiraba sentía en el pecho el peso de un bloque de cemento. «Es mi lápida», se dijo. La mano volvía a sangrar; veía gotear lentamente un fluido espeso y oscuro.

-¿Un *Lucky*? -ofreció la joven, tendiéndole un paquete de cigarrillos-. «*Dorados al sol de Virginia*», como dice el anuncio. El que dice «*¡Qué placer fumar un Lucky!*», no aparecerá

hasta el año...

-Me llamo Joe Chip -dijo Joe.

-¿Quiere que le diga cómo me llamo yo?

-Sí -dijo Joe, cerrando los ojos.

Ya no podía hablar, o al menos no se sentía capaz de hacerlo durante los minutos siguientes. Aun así, alcanzó a preguntar:

-¿Le gusta Des Moines? ¿Hace mucho que vive aquí? -Escondió la mano para que ella no la viera.

-Parece muy cansado, señor Chip -dijo la muchacha.

-No es nada -dijo Joe con un gesto vago.

-Yo no opino lo mismo. -La joven abrió su bolso y revolvió con viveza su contenido-. Mire, yo no soy una simple deformación de Jory; yo no soy como él -señaló al taxista- ni como esas casitas que ve, ni esas tiendas que hay a lo largo de la calle; yo no soy una de esas personas que ve transitar en coches antediluvianos. Tenga, señor Chip, esto es para usted -dijo, tendiéndole un sobre que había sacado del bolso-. Ábralo ahora mismo. No deberíamos habernos demorado tanto.

Joe rasgó el sobre con dedos torpes. Halló en su interior un certificado de aspecto solemne, cargado de orlas. Sin embargo, el texto le bailaba ante los ojos: estaba demasiado cansado para leerlo.

-¿Qué dice? -preguntó a la joven, poniéndole el papel en el regazo.

-Es de la empresa que fabrica el *Ubik* -explicó ella-. Es un vale por un suministro vitalicio y gratuito del producto. Es gratuito porque conozco sus problemas monetarios; conozco su llamémosle idiosincrasia. Al dorso hay una relación de las farmacias que lo sirven. En Des Moines hay dos, y no están abandonadas. Propongo que vayamos a una de ellas antes de cenar. -Se inclinó hacia delante y mostró al taxista un papel que llevaba escrito-: Llévenos a esta dirección, y dese prisa porque estarán a punto de cerrar.

Joe se reclinó en el asiento, boqueando.

-No se inquiete: llegaremos a tiempo -dijo, dándole una palmadita en el brazo para tranquilizarle.

-¿Quién es usted? -preguntó Joe.

-Me llamo Ella. Ella Hyde de Runciter. Soy la mujer de su jefe.

-Sí, también usted está envuelta en hielo, como nosotros.

-Lo he estado durante algún tiempo, como usted sabe. Pronto voy a renacer en otra matriz, creo. Eso es lo que dice Glen, al menos. A veces sueño con una luz rojiza, pero es mala: no es la matriz moralmente adecuada para nacer de ella -dijo, subrayando la última frase con una risa cálida e intensa.

-*Usted es la otra fuerza* -dijo Joe-: Jory nos destruye y usted trata de ayudarnos. Detrás de usted no hay nadie, del mismo modo que no hay nadie detrás de Jory. He llegado a los últimos entes que intervienen en todo esto.

Ella objetó con cierta ironía:

-Yo no me considero un «ente», me considero más bien Ella Runciter.

-Pero lo que digo es cierto.

-Sí -asintió ella con expresión sombría.

-¿Por qué actúa en contra de Jory?

-Porque Jory me invadió, amenazándome de la misma forma que le amenaza a usted. Los dos sabemos muy bien qué es lo que hace: él mismo se lo dijo en el hotel. A veces es muy poderoso; llega incluso a suplantarme cuando estoy en actividad y trato de comunicarme con Glen, pero de todos modos creo que me las arreglo frente a él mejor que la mayoría de los semivivos, con *Ubik* o sin él. Mejor que su grupo, por ejemplo, aun actuando conjuntamente.

-Sí, es cierto -reconoció Joe.

Estaba más que demostrado.

-Cuando vuelva a nacer -prosiguió Ella-, Glen ya no podrá comunicarse conmigo. Tengo

una razón muy egoísta y muy pragmática para auxiliarle, señor Chip: *quiero que me sustituya.* Quiero que haya alguien a quien Glen pueda pedir consejo y ayuda; alguien en quien pueda confiar. Usted es la persona ideal: hará en la semivida lo que hacía en vida. Por lo tanto, en cierto sentido, obro a impulsos de elevados sentimientos. Le salvé de Jory por una razón muy válida, de sentido común. Y Dios sabe cuánto detesto a Jory.

-¿No sucumbiré yo una vez renazca usted?

-Tendrá el suministro vitalicio de *Ubik*, como consta en el certificado.

-Quizá lograré derrotar a Jory.

-¿Quiere decir destruirle? -Ella reflexionó un momento-. No es invulnerable, y quizá con el tiempo descubra formas de anularlo. Es lo mejor que puede desear, pero dudo que consiga destruirle realmente, es decir, consumirlo del mismo modo que él consume a los semivivos instalados cerca de él en el moratorio.

-Diantre, le contaré a Glen Runciter cuál es la situación y haré que expulse a Jory del moratorio.

-Glen carece de autoridad para hacerlo.

-Entonces, que sea Herbert Schoenheit von Vogelsang...

Ella le interrumpió:

-La familia de Jory le paga mucho dinero al año para que le mantenga cerca de los otros y vaya inventando justificaciones aceptables para seguir haciéndolo. Además, hay seres como Jory en todos los moratorios. La guerra con ellos estalla dondequiera que haya semivivos: es una regla propia de este tipo de existencia. -Calló, y por primera vez Joe vio ira en su semblante, un aire irritado y taciturno que deshacía su placidez-. Debemos combatirles desde este lado del cristal; debemos hacerlo nosotros, los semivivos, los que somos depredados una y otra vez por Jory. Tendrá que hacerse cargo de ello cuando yo renazca, señor Chip. ¿Se siente capaz de hacerlo? Será difícil: Jory se le beberá constantemente las fuerzas, hará caer sobre usted una carga que sentirá como... -dudó- la proximidad de la muerte, y en realidad será eso, porque en la semivida, pese a todo, vamos debilitándonos inexorablemente. Sólo Jory gana vitalidad. Tarde o temprano se apodera de uno la fatiga y el frío. Pero aún no ha llegado el momento.

Joe se propuso mentalmente: «Recordaré lo que le hizo a Wendy; esto me dará fuerzas para seguir».

-La farmacia, señorita -anunció el taxista. El vehículo se arrimó asmáticamente a la acera, hasta detenerse.

-Yo no entraré -dijo Ella Runciter mientras Joe abría la puerta y se deslizaba tembloroso hacia el exterior-. Adiós. Gracias por la lealtad que ha demostrado para con Glen y gracias por lo que hará por él. -Se inclinó hacia Joe y le besó en la mejilla. Él sintió el contacto de sus labios llenos de vida y le pareció que algo de ésta había pasado a su cuerpo, como si recobrara fuerzas-. Buena suerte frente a Jory.

Se reclinó en el respaldo del asiento con el bolso en las rodillas, arreglándose con movimientos pausados. Joe cerró la portezuela del taxi y se dirigió titubeante hacia la farmacia. El vehículo arrancó a su espalda, y no lo vio alejarse.

Apenas entró en el mal iluminado interior del solemne establecimiento, salió a su encuentro un farmacéutico calvo, vestido con una severa chaqueta oscura, pajarita y pantalones de sarga impecablemente planchados.

-Lo siento, señor, vamos a cerrar. Iba a bajar la persiana.

-Pero ya estoy dentro y tiene que atenderme -protestó Joe, mostrándole acto seguido el certificado que le dio Ella.

Forzando la vista a través de sus gafas de cristales redondos sin montura, el boticario descifró la inscripción impresa en caracteres góticos.

-¿Va a atenderme? -insistió Joe.

-*Ubik*... Creo que ya no me queda. Déjeme ver.

-Jory -dijo Joe.

Librodot

El farmacéutico, que se dirigía a comprobar las existencias del producto, se volvió en redondo.

-¿Perdón?

-Tú eres Jory -insistió Joe. «Lo sé; estoy aprendiendo a reconocerle en cuanto se me pone delante», se dijo-. Tú inventaste esta farmacia, con todo lo que hay dentro excepto los tubos de aerosol *Ubik*. Sobre el *Ubik* no tienes ningún poder, porque viene de Ella.

Echó a andar con esfuerzo, cubriendo paso a paso la distancia que separaba el mostrador de los anaqueles de medicamentos. Los recorrió uno a uno, escudriñando la penumbra, en busca de los botes de *Ubik*. La iluminación del local había bajado; los viejos apliques empezaban a desvanecerse.

-He hecho que todos los tubos de *Ubik* que hay en esta farmacia retrocedan hasta el estadio de frascos de bálsamo hepático-renal -dijo el farmacéutico con atiplada voz de adolescente-. Ahora ya no sirven.

-Iré a otra farmacia que los tenga -dijo Joe. Se acodó en el mostrador, tragando lentas e irregulares bocanadas de aire.

Desde el interior del boticario calvo, Jory anunció:

-Estará cerrada.

-Pues iré mañana. Puedo resistir hasta mañana.

-No, no podrá. Y de todos modos el *Ubik* que haya en esa otra farmacia también se habrá transformado.

-Iré a otra ciudad.

-Habrá sufrido la misma regresión dondequiera que vaya. Se habrá convertido en ungüento, en polvo, en elixir o en bálsamo hepático-renal. Nunca logrará dar con un frasco de aerosol, Chip.

Jory, encarnado en el farmacéutico, sonreía dejando al descubierto una dentadura postiza de celuloide.

-Puedo... -se interrumpió, tratando de reunir los restos de su ya escasa vitalidad, tratando de devolver el calor a su cuerpo aterido de frío y entumecido-. Puedo... hacer que vuelva al presente..., a mil novecientos noventa y dos.

-¿En serio? -El farmacéutico le tendió una caja rectangular de cartón-. Aquí tiene. Ábralo y verá.

-Ya sé lo que veré. -Joe se concentró en el frasco azul de bálsamo hepático-renal.

«Avanza, transfórmate, evoluciona», le ordenó mentalmente poniendo en ello toda la urgencia de su necesidad. Invertía en aquel frasco toda la energía que le quedaba. No cambió. «Estoy en el mundo normal», dijo para sí.

-¡Pulverizador! -exclamó, y cerró los ojos, agotado.

-No es ningún pulverizador, señor Chip -dijo el farmacéutico, que iba de un lado para otro, apagando las luces.

Apretó una tecla de la caja registradora y se abrió el cajón. Con movimientos de experto, apiló las monedas y los billetes y los guardó en una caja de metal con candado.

-Eres un frasco de aerosol -dijo Joe al envase que sostenía en la mano-. Estamos en mil novecientos noventa y dos.

Intentaba transformarlo todo, volcándose por completo en el esfuerzo.

Se apagó la última luz, al accionar el interruptor el pseudofarmacéutico. En el interior de la tienda brillaba un débil resplandor procedente del farol que había en la calle. En él distinguió Joe la forma del objeto que tenía en la mano. El farmacéutico abrió la puerta y dijo:

-Vamos, señor Chip, ya es hora de irse a casa. Se equivocó. Ya no la verá más, porque está muy lejos en el camino que la lleva a un nuevo nacimiento; ya no se acuerda de usted, ni de mí, ni de Runciter. Lo que ve Ella ahora son varias luces: rojas y nebulosas, acaso anaranjadas...

-Esto que tengo en la mano es un tubo de aerosol -dijo Joe.

-No, señor Chip. De veras lo siento, pero no lo es -negó el boticario.

Joe abandonó la caja de cartón en el mostrador más cercano. Se volvió con aire digno e inició la larga marcha a través del local hacia la puerta que le abría el hombre. Ninguno de los dos dijo palabra hasta que Joe cruzó por fin el umbral y salió a la acera, sumida ya en la semioscuridad.

El farmacéutico salió tras él. Se inclinó y cerró la tienda.

-Me quejaré al fabricante por... -Joe no pudo terminar la frase: algo le estrangulaba. No podía hablar ni respirar. Finalmente, la presión cedió-, por el estado del producto.

-Buenas noches -dijo el boticario.

Se quedó mirando a Joe durante unos momentos, a la débil luz del crepúsculo. Luego se encogió de hombros y se alejó.

Joe distinguió a su izquierda la oscura silueta de un banco en el que varias personas esperaban el tranvía. Consiguió llegar hasta él y tomar asiento. Las otras personas, dos o tres, se apartaron de él. No supo si era por aversión o para hacerle sitio; tampoco le preocupaba. Sólo sentía el apoyo que le prestaba el banco y la liberación parcial de la enorme inercia de su propio peso. «Ya es cuestión de minutos, si mal no recuerdo. Cielos, lo que me espera. Y ya es la segunda vez», se dijo.

«De todos modos, lo intentamos», pensó, contemplando el parpadeo amarillo de los anuncios luminosos y la riada de vehículos que pasaba en ambas direcciones ante sus ojos. Runciter luchó con todas sus fuerzas; Ella peleó con uñas y dientes contra todo aquello durante largo tiempo. «Y casi hago evolucionar el frasco de bálsamo hepático-renal Ubik hasta el presente. Casi lo consigo». Saberlo le daba una especie de conciencia de su propia fuerza, del valor de su última y trascendental tentativa.

El tranvía, un enorme monstruo metálico, se detuvo con un rechinar de ruedas ante el banco. La gente que había cerca de Joe abordó apresuradamente la plataforma trasera.

-¡Eh, oiga! -le gritó el cobrador-. ¿Sube o no sube?

Joe no respondió. El cobrador esperó un momento y tiró del cordón de la campanilla. El tranvía arrancó con estrépito y se alejó hasta desaparecer. «Mucha suerte y hasta la vista», le dijo mentalmente Joe, oyendo apagarse poco a poco el chirriar de las ruedas. Se apoyó en el respaldo del banco, con los ojos cerrados.

-Perdone. -Una chica vestida con un abrigo de piel de avestruz sintético se inclinaba hacia él en la oscuridad. Joe la miró y volvió a la conciencia-. ¿Es usted el señor Chip? -preguntó. Era esbelta y hermosa. Llevaba sombrero, guantes, zapatos de tacón alto, y también algo en la mano: Joe distinguió la forma de un paquete-. ¿El señor Chip, de Nueva York, de Runciter Asociados? No quisiera darle esto a otra persona.

-Sí, soy Joe Chip. -Creyó por un momento que la chica podía ser Ella Runciter, pero no la había visto nunca-. ¿Quién la envía?

-El doctor Sondebar -respondió la muchacha-. El doctor Sondebar hijo, sucesor del doctor Sondebar padre.

-¿Quién es ese doctor? -El nombre no le decía nada, pero de pronto recordó dónde lo había visto antes-. Ah, sí, el del bálsamo: hojas de adelfa, esencia de menta, carbón vegetal, cloruro de cobalto, óxido de zinc... -dejó de hablar, presa de agotamiento.

La chica dijo:

-Por medio de las más avanzadas técnicas de la ciencia moderna, la regresión de la materia hacia formas primitivas pueden ser invertidas, a un precio al alcance del propietario de cualquier apartamento. *Ubik* se vende únicamente en los mejores comercios de artículos para el hogar de la Tierra. Solicítelo en su establecimiento habitual, señor Chip.

Le entregó el paquete. Ya consciente del todo, Joe preguntó:

-¿Solicitarlo? ¿*dónde*? -Se levantó con gran esfuerzo y se quedó de pie, balanceándose como si estuviera ebrio-. Usted es de mil novecientos noventa y dos. Lo que ha dicho corresponde a un anuncio de Runciter que salió por la televisión.

Se levantó un viento nocturno y Joe sintió su empuje: le arrastraba, se lo llevaba. Le parecía haberse reducido a un informe pelota de trapo a punto de deshacerse.

-Sí, señor Chip. Con lo que ha hecho dentro de la farmacia hace unos minutos, me ha traído aquí desde el futuro. Me ha requerido a venir directamente de fábrica. Si no se siente con fuerzas, puedo rociarle yo misma, señor Chip. ¿Quiere que lo haga? Soy representante y asesora técnica oficial de la firma y sé cómo aplicarlo.

Le arrebató con gesto rápido el paquete de las temblorosas manos, abrió el envoltorio y sin pérdida de tiempo le roció con *Ubik*. Joe vio brillar el tubo en la oscuridad; distinguió los rótulos de colores alegres.

-Gracias -dijo al cabo de unos momentos. Se sentía mejor, más caliente.

-Esta vez no ha necesitado tanto como en el cuarto del hotel; debe de estar más fuerte que antes. Tenga, quédese con la lata; puede hacerle falta esta noche.

-¿Podré conseguir otra cuando ésta se acabe?

-Por supuesto. Habiéndome traído hasta aquí una vez, supongo que podrá hacerlo de nuevo, de la misma forma. -Empezó a alejarse de él.

-¿*Qué* es el *Ubik*? -preguntó Joe, deseando retenerla.

-Un frasco de aerosol de *Ubik* -respondió la joven- consiste en un ionizador negativo portátil, con una unidad autocontenida, de alto voltaje y baja intensidad, alimentada por una pila de helio de veinticinco kilovatios de ganancia máxima. Los iones negativos reciben un giro de sentido contrario a las agujas del reloj, que les imprime una cámara de aceleración de nuevo diseño, creadora de una fuerza centrípeta tal que las partículas ganan cohesión en vez de dispersarse. Un campo iónico negativo reduce la velocidad de los protofasones habitualmente presentes en la atmósfera. Al decrecer su velocidad, dejan de ser protofasones y, según el principio de paridad, ya no pueden enlazarse con los protofasones irradiados por los individuos conservados en hielo sintético, lo cual significa, al menos durante un cierto lapso de tiempo, un incremento neto de la intensidad del campo de actividad protofasónica... que es experimentado por el semivivo en forma de un aumento de vitalidad y una atenuación de las sensaciones de frío características de las temperaturas de hibernación. Por ello no le resultará difícil comprender por qué las formas degeneradas de *Ubik* no lograban...

Joe dijo en tono reflexivo:

-Eso de «iones negativos» es una redundancia. Todos los iones son negativos.

La chica se alejó de nuevo.

-Espero volver a verle -dijo gentilmente-. Ha sido una satisfacción para mí traerle el aerosol. Quizá la próxima vez...

-Quizá la próxima vez podamos cenar juntos -dijo Joe.

-Será un placer. -La muchacha se alejaba cada vez más.

-¿Quién invento el *Ubik*? -quiso saber Joe.

-Un grupo de semivivos dotados de sentido de la responsabilidad a los que Jory amenazaba, pero principalmente Ella Runciter. Ella y los otros tuvieron que trabajar muchísimo para obtenerlo, y en estos momentos todavía no hay mucho *Ubik* disponible.

Se alejaba con movimientos a la vez furtivos y pausados; finalmente, desapareció.

-Cenaremos en El Matador. Tengo entendido que Jory hizo un gran trabajo al crearlo, o al hacerlo involucionar, o lo que fuera. -Se quedó escuchando, pero la muchacha no respondió.

Llevando con sumo cuidado el tubo de *Ubik*, Joe Chip echó a andar para perderse por entre el ajetreo de las calles en busca de un taxi.

Se detuvo al pie de un farol para examinar la lata de *Ubik* y leyó lo que decía la etiqueta.

> Creo que se llama Myra Laney. Encontrará su dirección y número de teléfono al dorso.

-Gracias -dijo Joe al frasco.

«Estamos atendidos por espectros orgánicos que por medio de palabras y escritos penetran en este medio que es nuevo para nosotros», pensó. «Son fantasmas reales atentos y sabios que viven en el mundo de la auténtica vida, algunos elementos de la cual llegan a nosotros en

forma de astillas punzantes pero de impagables efectos, de una sustancia que palpita como un corazón. De entre todos ellos, vaya mi particular agradecimiento a Glen Runciter, que escribe tantas notas de instrucciones y redacta el texto de tantas etiquetas. Son notas de un inmenso valor».

Levantó el brazo para que se detuviera un rezongante taxi Graham modelo 1936 que pasaba por allí.

17

Yo soy Ubik. Antes de que el universo existiera yo existía. Yo hice los soles y los mundos. Yo creé las vidas y los espacios en que habitan. Yo las cambio de lugar a mi antojo. Van donde yo dispongo y hacen lo que yo les ordeno. Yo soy el verbo, y mi nombre no puede ser pronunciado. Es el nombre que nadie conoce. Me llaman Ubik, pero Ubik no es mi nombre. Yo soy. Yo seré siempre.

Glen Runciter no encontraba al propietario del moratorio.

-¿Está segura de no saber dónde está? -preguntó a la señorita Beason, secretaria de Herbert Schoenheit von Vogelsang-. Debo hablar otra vez con Ella; es vital.

-Haré que se la traigan. Puede usar el despacho cuatro B -dijo la señorita Beason-. Por favor, espere allí, señor Runciter. Le traerán a su esposa dentro de un momentito. Póngase cómodo.

Runciter localizó el despacho cuatro B y se puso a caminar de un lado para otro, con evidente excitación, hasta que apareció un empleado del moratorio llevando el ataúd de Ella en una carretilla.

-Siento haberle hecho esperar -dijo el hombre, que empezó a conectar el aparato de intercomunicación electrónica, tarareando una canción.

Comprobó por última vez los circuitos, hizo una señal de aprobación y se dispuso a salir de la habitación.

-Tenga, para usted -le dijo Runciter, tendiéndole algunas monedas de cincuenta centavos que halló al buscar en sus bolsillos-. Le agradezco la rapidez con que ha terminado el trabajo.

-Gracias, señor Runciter -dijo el empleado. Echó una ojeada a las monedas y frunció el ceño-: Oiga, ¿qué clase de dinero es éste?

Runciter examinó con sumo detenimiento las monedas. No tardó en comprender a qué se refería el hombre: aquellas monedas no eran como todas. No cabía duda. «¿De quién es esta cara?», se preguntó. «¿Quién es el que aparece en estas tres monedas? No es el de siempre, pero me resulta familiar. Yo conozco a esta persona».

Entonces reconoció aquel perfil.

«Quisiera saber qué significa esto. Es lo más extraño que he visto nunca. Casi todo en la vida tiene su explicación, pero... ¿a santo de qué sale Joe Chip en una moneda de cincuenta centavos?».

Era la primera muestra de dinero Joe Chip que veía.

Intuyó con un escalofrío que encontraría más en sus bolsillos y en su billetero.

Aquello era sólo el comienzo.

FIN

Librodot